

Noëlle Stephanie

Todas las cosas
que nunca
sabré



Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Odisea Ediciones. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo

Sobre la autora

TODAS LAS COSAS QUE NUNCA SABRÉ

Noëlle Stephanie

TODAS LAS COSAS QUE NUNCA SABRÉ

V.1: Mayo, 2018

© Noëlle Stephanie, 2018

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2018

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen: iStock

Publicado por Odisea Ediciones

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@odiseaediciones.com

www.odiseaediciones.com

ISBN: 978-84-16811-07-6

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

TODAS LAS COSAS QUE NUNCA SABRÉ

¿Qué pasaría si tu hermanastro apareciera un tu vida queriendo recuperar el tiempo perdido?

¿Y si te propusiera coger un avión a Londres e irte con él? ¿Aceptarías?

Ariadna Gómez lo tenía muy claro, si quería se libre tenía que dejar de vivir con sus padres. Y el único que podía salvarla era su hermanastro Charlie.

Los desacuerdos, las discusiones y las continuas plegarias a la libertad hicieron que la chica tomara una decisión rotunda al decidir marcharse con Charlie. Sin embargo, nada sería tan fácil como planeaba.

Para mis Brujis. Sin su apoyo no estaría cumpliendo este gran sueño.

Prólogo

Ariadna

Cuando tenía seis años me perdí en la playa. Era un día soleado y la marea revuelta llevaba a la orilla montones de conchas y caracolas. Cogí una de ellas, era preciosa, del tamaño de mi mano, lisa como el mármol y de un color naranja pálido. Me sentí tan maravillada que seguí buscando por la orilla. Los minutos pasaron entre las olas del mar y la arena que se pegaba a mis zapatos mientras yo seguí caminando. Entonces miré a un lado y a otro, pero no veía ni a mamá ni a papá. Estaba completamente sola. El corazón se detuvo en seco unos segundos. Estaba aterrada. Sin embargo, no podía ignorar el cosquilleo que sentía en los pies y que me invitaba a seguir caminando.

Desde ese momento he sido una de esas personas a las que les gusta perderse. No me siento especialmente un espíritu aventurero, pero durante toda mi vida siempre ha habido algo que me ha impulsado a ir más allá, hacía lo desconocido. Y estoy segura de que esta es la razón por la que a veces siento la necesidad de tomar un tren e irme a cincuenta kilómetros de Barcelona para hacer fotos, o por el simple placer de descubrir un lugar nuevo.

Sin embargo, últimamente me siento atrapada en las calles de mi ciudad; entre el triángulo que forman Sant Martí, Sants y Gracia. Me pregunto si algún día podré ser como esas personas que pasean a mi lado y que parecen tenerlo todo bajo control. No solo estoy perdida en la ciudad, también me siento perdida en mi interior.

A veces me gustaría ser como esos valientes que cantan en el metro, y otras como esas personas que recorren las avenidas repletas de grandes tiendas, desde Burberry hasta Louis Vuitton.

No creo que sea una osadía querer tener el control de mi vida en algún momento. Me parece que la libertad es puramente abstracta. Quizás porque, por el momento, es algo que no poseo.

Sí, ser libre debe ser algo increíblemente bello. Pero, lamentablemente, no creo ser la única dueña de mi destino.

Me gustaría poder viajar por todo el mundo, dejar los estudios y perderme hasta decidir yo misma cuándo es el momento de ser encontrada. Pero mis padres no me dejarían. Vigilarían mis horarios, movimientos y compañías y después tendría que dar explicaciones. Exactamente igual que cuando llego una hora más tarde de lo esperado.

A pesar de esto, siempre me las apañó para perderme. No soy alguien que se rinda fácilmente. A veces escojo lugares bulliciosos, como Plaza Cataluña o las Ramblas. Siempre atiborradas de gente, como un mar de rostros en los que nado con mi cámara en las manos. De hecho, pocos se dan cuenta de mi presencia. No porque sea invisible, sino porque van tan perdidos como yo.

Admito que me gusta sentirme así, aunque no por demasiado tiempo. Es algo extraño que ni yo misma entiendo. A veces no logro descifrarme, pero ¿no forma eso parte del encanto natural humano? Eso me recuerda a mi madre, que continuamente está repitiendo «No te entiendo, Ariadna. No entiendo lo que quieres ni lo que haces, ni porqué estás siempre quejándote». A veces siento que le molesto y, si pudiera, ya me habría ido de casa. Lástima que no sea tan fácil. Así que tengo que aguantar a mi madre y todo lo que eso conlleva: dar clases particulares gratis a los hijos de sus amigas, porque claro: «cómo voy a pedirles que paguen, si son amigas. ¡Qué cosas dices, Ariadna!». Hacer la cena y las tareas de la casa porque mis padres trabajan y por supuesto «ellos no pueden ocuparse de eso», ya podrían echar una mano. Además de todo esto, hay que añadir el ayudar en el Club de Extraescolares en el que hacemos voluntariado (aunque nunca nadie me preguntó si quería aguantar a niños repelentes todos los sábados). Y como consecuencia de todo esto, no puedo salir, y tengo que estudiar algo que odio con toda mi alma, solo porque mi madre cree que es lo mejor para mí. A veces me gustaría que me dejara decidir, aunque eso supusiera equivocarme mil veces. Y para colmo,

siempre quiere saber dónde estoy, qué hago, con quién hablo y con quién no.

Por otro lado tengo el comportamiento de papá, que siempre está trabajando. Solo aparece a mediodía y se larga una hora más tarde. Sé muy bien que su matrimonio no va viento en popa y ser testigo de este fracaso se me hace cada día más pesado. Soy consciente de que se quieren, pero esto no parece suficiente para salvar la dolorosa distancia que se está creando entre ellos. Mientras papá trabaja todo el día, mamá se entretiene en actividades extra en las que, por desgracia, yo tengo que participar.

Estoy cansada de ellos. Y éste es el motivo por el cual muchas veces me pierdo por Barcelona y sueño que tengo una vida diferente. Una que me hace flotar en el mar en lugar de hundirme.

Por esta razón voy a hacer una lista con todas las cosas que nunca sabré, sobre todos los sueños que puede que se cumplan y sobre todas las preocupaciones a las que quizás algún día encuentre respuesta.

Todas las cosas que nunca sabré:

1. Si realmente valgo para algo (hablando en el ámbito profesional)
2. Por qué el café es tan adictivo
3. Hablar inglés
4. Cómo mantenerme en forma sin abandonar
5. Si el amor existe de verdad
6. Si podré ver a Blue alguna vez en directo
7. Si iré a la universidad
8. ¿Por qué el cielo es azul si lo que hay bajo él es gris?
9. Qué se siente al tocar las estrellas
10. El valor del talento

Firmado:

Ariadna Gómez Pardo

Capítulo 1

Ariadna

Por esa época me gustaba jugar a adivinar las cosas que nunca sabría. ¿Por qué? Era divertido e interesante. Sobre todo me mantenía constantemente buscando el límite de mis posibilidades. Era una cosa tan simple... enumerar las cosas que creía que nunca llegaría a saber. Ahora veo lo inocente que era. Sin embargo es algo que nunca he dejado de hacer.

1. Nunca sabré qué hacer con mi vida, a qué dedicarme
2. Nunca sabré por qué el café es tan adictivo. Es amargo
3. Nunca sabré hablar inglés
4. Nunca sabré cómo mantenerme en forma sin abandonar

Y estos podrían ser cuatro pequeños ejemplos de las incertidumbres que atacaban a mi yo de dieciocho años. Una total inexperta en la vida. Pero un día sucedió algo que comenzó a cambiar estas pequeñas cuestiones por otras mucho más grandes, las que quizás permanecerían en mi lista para siempre.

Al volverme intenté reprimir el gritito de sorpresa. En la entrada estaba sentado mi ídolo. Quizás estuviera allí porque era el hijo de mi padre y su

otra mujer. Y por ésta razón yo conocía su grupo de música. Mis pies no pudieron evitar dar un paso hacia atrás. ¿Por qué estaba aquí? Se había sentado en la entrada de mi casa, y quería conocerme. Sus cabellos eran castaños, sus ojos miel, y unas pequeñas pecas adornaban el puente de su nariz, como si Pollock hubiera lanzado una de sus pinceladas sobre él. Había visto fotografías suyas, pero por primera vez en mi vida lo tenía frente a mí. En ese momento no supe cómo reaccionar, ni lo que mi vida cambiaría gracias a él.

No supe qué decir, así que mantuvimos el contacto visual por unos momentos. Tensión, curiosidad, impotencia. Se acercó a mí mientras le observaba con los ojos abiertos como platos. El corazón me palpitaba a una velocidad inimaginable. Siempre había tenido muy claro que, al no querer tener ningún tipo de contacto con papá, no le conocería. Para mí, él era un famoso más. Y, ante todo, un desconocido.

—¿Qué haces tú en mi casa? —pregunté finalmente, después de esos minutos de silencio en los que mi mente se había convertido en un mar de pensamientos sin sentido.

Me miró confuso, así que le devolví la mirada repitiendo su gesto.

«Mierda, él habla inglés. Soy pésima en ese idioma», me recordé mentalmente. «Mierda».

Charlie se había criado en Escocia, su madre era escocesa. Papá la conoció en la universidad cuando estuvo de Erasmus. Una cosa llevó a la otra y ella terminó embarazada. Fue un desastre. Mi padre nunca me contó por qué ni qué pasó con esa chica que desapareció de su vida junto con su hijo. De hecho, el misterio de esa relación era el título de otra de las listas sobre cosas que no sabría ni quería saber.

—Hello, Ariadna —saludó el chico alzando una mano. Una pequeña exclamación escapó de mis labios.

—¡Sabes mi nombre! — Enseguida me sentí patética. Mi contestación había sido ridícula.

Él se rio a pesar de no entender mis palabras, y al mismo tiempo sabía que en el momento en el que él abriera la boca sería yo la que no entendería ni una frase de su diálogo. Aunque suene surrealista, me alegró pensar que sabía mi nombre. Papá me había dicho que nunca le había hablado de mí. Para Charlie, yo no era nadie, no existía. O eso había pensado siempre.

Además de todo esto, habría que destacar que Charle era el batería de una banda escocesa de la que yo era fan hasta los huesos.

— I'm Charlie — dijo.

— ¡Lo sé! —Me avergonzaba mi comportamiento pero no podía controlarme por mucho que lo intentara, así que apreté los puños intentando aliviar mi ansiedad — ¡Oh Dios mío, esto es alucinante!

Él solo sonreía, o mejor dicho, se reía de mí. Negó con la cabeza cuando fruncí el ceño en su dirección y llevó la mano derecha al bolsillo de su chaqueta. Echó una mirada a un lado y a otro del jardín. Imité su gesto, pasando mi atención por las flores en la pequeña fuente y los árboles frutales en el extremo derecho del terreno. No había nadie más.

El chico suspiró y se acercó a mí, le miré fijamente a los ojos, buscando una respuesta a su repentina visita.

—Are you my sister? Mi... hermana —pronunció con dificultad en español, haciendo que me quedara en silencio. Dicho en voz alta parecía una sentencia.

«6. Nunca sabré si mi hermano querrá saber de mí», taché mentalmente aquella frase de la lista.

No hice más que asentir. Se creó un silencio entre nosotros. De repente la diversión había desaparecido y un sabor amargo me inundó la boca. Entre nosotros solo quedaba la certeza de que no éramos más que dos extraños que sentían que se debían una disculpa el uno al otro, a pesar de que ninguno sabía muy bien por qué.

—Yes, I am —contesté.

Frunció el ceño mientras me examinaba de arriba a abajo y entonces fui consciente de lo mucho que nos parecíamos. Ambos habíamos salido a nuestro padre. En sus ojos se dibujaron mil preguntas pero en los míos solo había sitio para una: ¿desde cuándo sabes de mí? Llevaba toda la vida pensando que mi hermano no quería tener nada que ver conmigo, nunca se interesó por mi padre y pensaba que por mí tampoco. No le odiaba por eso, pensaba que él no sabía de mi existencia. O eso había creído... hasta ahora. Quizás ni siquiera venía a verme a mí, seguramente yo no le importaba. Pero al menos sabía que yo era su hermana.

—Why...? —fue todo lo que dijo. Me quedé pensando unos segundos, meditando la respuesta, pero no encontré las palabras adecuadas, así que me

encogí de hombros.

No entendía a qué se refería. ¿Por qué, qué? ¿Por qué tenía mi padre otra hija? ¿Por qué nunca había sabido de mí? ¿Por qué papá no intentó que nos conociéramos? ¿Por qué nunca había intentado contactar con él?

Pero yo tenía otras preguntas: ¿por qué estaba él aquí ahora? ¿Por qué de repente se interesaba por conocerme Charlie?

Me alejé de él, rompiendo el contacto visual que parecía quemarme. «Esto es de locos.» No quería ni imaginarme la cara de papá cuando le viera.

—¿Quieres pasar? —le dije. Podría haber optado por no hablarle, pero quería hacerlo.

—Mi padre no tardará mucho en llegar... Quizás quieres... no sé...—Volví a encogerme de hombros, pensando en la posibilidad de hablar con él. Quería conocerle, como hermano y como integrante de mi banda favorita. Sin embargo no sabía por dónde empezar y empezaba a sentir crecer en mí interior el rencor y el resentimiento que no había sentido antes. Asintió no muy convencido, ni siquiera sé si me había entendido, pero me siguió al interior de la casa.

Por un momento sentí que las agujas del reloj de la cocina iban mucho más lentas. Mi mente especulaba sin cesar y se hacía preguntas que perdían sentido con la misma rapidez con la que surgían. Todo lo que podía hacer era intentar mantener la mirada insegura alejada de la de Charlie, que bebía café justo delante de mí. Desvió los ojos hacia su teléfono y aproveché para hacer lo mismo, en busca de la ayuda de mi mejor amiga. No obstante no llegué a enviar el mensaje y aparté el teléfono a un lado. Volví mi atención al chico que había imitado mi gesto con un suspiro y me miraba.

No sabía qué hacer, estaba completamente muda. Suspiré.

Minutos más tarde sonaron las llaves en la cerradura de la puerta. Papá había llegado. Me mantuve en mi sitio, tensa como la cuerda de una guitarra.

—Is he your dad? —preguntó lentamente Charlie en un susurro.

—Nuestro —corregí, su pregunta me había molestado. No era solo mi padre. Tensó los labios.

—¡Ari! —exclamó papá animadamente desde el recibidor—¿Cómo han ido las clases?

Su voz se aproximaba a la cocina. No contesté, cualquier cosa que dijera sería inapropiada—. ¿Nos ponemos a hacer la comida ahora...?—entró. Y toda la alegría con la que había hablado desapareció en un instante, convirtiéndose en tristeza y rabia. Las dudas giraban en torno a los tres.

Mis ojos se clavaron en los de mi padre, que se ensancharon y su cuerpo se tensó. El hombre, que tenía los mismos rasgos que nosotros, contuvo el aliento.

—Charlie... —lo susurró tan bajo que parecía estar intentando convencerse de que el chico que tenía delante era real.

Charlie se tensó y apretó los puños.

—Papá, espero que puedas ayudarnos a aclarar la situación —dije. Tardó en hablar, estaba demasiado ocupado observándonos incrédulo. Se acercó a nosotros y apoyó las palmas de las manos sobre la mesa.

—No sé... no sé qué decir —musitó finalmente—. Nunca creí que este momento llegaría.

—Yo sí sé qué decir —comencé—. Quiero saber por qué ha venido.

Ninguno de los dos contestó a mis palabras, pero Charlie comenzó a hablar en inglés, tan rápidamente que me fue imposible entender algo de lo que decía. Esa lengua me costaba horrores. Mi padre le contestaba atropelladamente, y por unos minutos el ritmo de sus palabras se aceleró tanto que parecía que las frases de uno comerían a las del otro. Ambos se alteraron.

—Ariadna —dijo papá—. Déjanos a solas.

—¿Por qué? —repliqué enseguida, no quería irme.

—Por favor —más que una súplica fue una orden.

Salí de la cocina con el corazón en un puño. Casi había pensado que Charlie quería saber algo de nosotros, pero todo apuntaba a lo contrario. Me había imaginado muchas veces como lo conocería, pero nunca había inventado una situación tan negativa y tensa. Una tontería, a decir verdad, porque me hubiera ido bien prepararme para aquella decepción.

Cuando tu mirada permanece fija en un punto del techo y tu mente se queda en blanco mientras tus ojos dejan salir lágrimas sordas, sabes que algo va mal.

¿Nunca habéis estado en una situación en la cual no puedes creer ni asimilar lo que está pasando?

Todo es real, pero para ti no lo es.

Por primera vez en mi vida yo estaba pasando por eso. Lo estaba experimentando y nunca hubiera imaginado que podría sentirme de aquella manera.

Suspiré.

¿Iría al día siguiente a clase?

No estaba segura. Solo quería refugiarme entre mis sábanas y no salir hasta que todo volviera a tener sentido, a ser como antes.

Pensé en llamar a mi amiga Laia, pero no sabía cómo explicarle los sucesos sin que me tomara por loca. Si yo fuera ella, me reiría por la poca coherencia de las palabras que me contaba. ¿Cómo iba a ser el batería de Blue alguien de mi familia? ¿Estaba loca? Es más, ¿cómo iba a creerme si nunca le había hablado de él? Charlie había sido un fantasma por mucho tiempo, algo que formaba parte de mi vida pero que no estaba en ella, algo de lo que no hacía falta hablar.

Decidí callar, o al menos esperar hasta que me encontrara preparada para contarle el alocado suceso. Algo en mí pedía a gritos hablar con papá, pedir una explicación lógica sobre el tema. Solo quería saber el por qué. Pero al mismo tiempo tenía miedo de saberlo. Odiaba los problemas y, definitivamente, huir de ellos siempre había sido mi mejor opción. De momento solo sabía que Charlie quería llevarme con él a Londres, así... porque sí.

Decía que quería conocerme y comenzar una relación de hermanos. Me parecía que era demasiado tarde para eso y la idea de irme con él se me antojaba increíblemente precipitada. Era un completo desconocido. Lo único que sabía de él era lo poco que podía saber una fan.

Cogí mi ordenador y el hábito de la costumbre me llevó a hacer lo que hacía siempre para distraerme. Buscar cosas sobre Blue. Admiraba la manera que tenían de cantar, de hablar, la forma de sonreír y esa facilidad con la que se me contagiaban sus risas con cada una de sus bromas. Sin embargo, esta

vez no iba a funcionar. Mi problema estaba relacionado con uno de ellos, el chico inglés de ojos marrones. La página principal de la web apareció en la pantalla, esperando mi decisión. Quizá fuera una estúpida, a veces de verdad pienso que lo soy, porque finalmente pinché en la canción what to do when you're lost. Era irónico pensar que a pesar de mi poco nivel de inglés, eso sí lo entendía.

¿Qué hacer cuando estás perdido? No lo sé, y en ese momento desde luego, tampoco lo sabía. Solo era una chica más haciendo una montaña de un grano de arena; o quizá, haciendo un grano de arena de una montaña. A veces las personas somos ciegos a propósito. La realidad me asustaba demasiado, y era mejor embadurnarla con frases bonitas.

¿Qué hacer cuando estás perdido?

Aquella era una de las cosas que nunca sabría ni entendería. Quizá esa se convertiría en una de las cuestiones que guardaría hasta la vejez para luego preguntarme en mis últimos días si había encontrado la respuesta.

La música sería una buena solución a la pregunta, me dije, e inmediatamente después rectificué, nadie sabía la respuesta.

Era una ilusa.

Me levanté de la cama y mis manos se tropezaron con todas las cosas desperdigadas en la mesa de mi escritorio. Buscaba una escapatoria, una manera de expresar lo que sentía. Eso era todo. Quizá solo necesitaba una hoja y un lápiz para sanar, para encontrarme. Comencé a escribir.

«¿Alguien me entiende? Porque ni yo misma lo hago». Eso era un problema porque iba a tener que enfrentarme a todos los sucesos que pondrían mi vida patas arriba. Iba a tener que perderme de verdad y decir adiós a todo lo que siempre había creído si decidía irme con él. Y, por último, iba a tener que enfrentarme a un pasado que siempre había ignorado, a una vida paralela que estaba pegada a la mía; la de Charlie. Pero solo si decidía irme con él.

En ese momento ignoraba alguna de esas cosas, de hecho, me hacía ilusión irme con él a pesar de las dudas. Había muchas cosas que me llamaban la atención de su propuesta, pero dos destacaban: Londres y la libertad.

—¿Ariadna? —la voz de mi padre interrumpió mis pensamientos.

Me tensé, pero respondí.

—¿Sí? —mi voz sonó más dura de lo que pretendía.

Giré el rostro y lo encontré mirándome desde el marco de la puerta.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por la situación, por todo lo que está pasando —dijo angustiado.

Vi a mamá asomarse por detrás de él y dedicarme una sonrisa.

—No importa, papá. Ninguno pensaba que querría conocerme. —en realidad sí importaba, pero no tenía el valor para herir a papá con mis palabras.

—Sabes que es tu elección —dijo él, aunque en su mirada solo vi dolor, provocado por un hijo que no quería saber de él—. No voy a prohibirte nada, eres mayor de edad y si quieres conocerle estás en todo tu derecho. Es tu hermano.

Charlie siempre había estado en su mente, a pesar de negarlo.

—No solo su decisión —intervino mi madre—. Por mucho que ese chico quiera conocerla, llevársela a Londres no me parece bien. O sea... no habla con ella en dieciocho años, ¿y ahora quiere llevársela a otro país? No lo veo lógico. Además, es un extraño. Y Ariadna tiene su vida aquí.

Mamá tenía razón, pero por otra parte yo también sentía la curiosidad de ir con Charlie, y estaba a punto de ser mayor de edad, por lo que la decisión era solo mía, a pesar de que ella no quisiera aceptarlo.

—Tranquila, mamá —le dije—. Por muy lejos que vaya, siempre voy a ser tu niña.

Ella apretó los labios, evitando mostrar la tristeza de una madre que teme que su hija deje el nido.

—Te quiero —dijo.

—Y yo a ti —le sonreí—. Y a ti también, papá.

Me levanté a abrazarlos. Me dolía ver así a papá y no sabía qué hacer o decir para levantarle el ánimo, ni siquiera había querido hablarme de lo discutido con Charlie.

—Pero no vas a ir —volvió a hablar mamá—. Es un desconocido, ¿cómo vas a irte a vivir con él? No tiene sentido. Tú vives aquí, esta es tu casa.

—¿Y qué más da que sea un desconocido? —interrumpí, notaba que intentaba controlarme como hacía siempre— Tiene mi sangre, debería ser razón suficiente.

Mamá alzó las cejas y en su rostro leí: «eres una ilusa».

—Ariadna, tu madre tiene razón —se metió mi padre.

Me separé de ellos.

—¿No era mi elección? —pregunté de manera desafiante.

—No, no lo es. Por tu bien, no vas a irte a ninguna parte. Si te quiere conocer, que te conozca en Barcelona. —insistió mamá, provocando que me hirviera la sangre. ¡Ya estaba de nuevo cambiando de opinión! O mejor dicho, mintiéndome para hacerme creer que podría decidir, cuando a la hora de la verdad se haría lo que ella quisiera.

¿De nuevo iba a empezar a controlar mi vida? ¿Es que no podía ni decidir sobre mi hermano sin que ella tuviera que tener la última palabra?!

Me tenía harta y amargada en Bachillerato solo porque ella quería que estudiara. ¡Yo solo intentaba vivir tranquila!

—Debo decidir yo —insistí.

—No te vas a ir a vivir con ningún extraño. Ni hablar —era mamá la que hablaba, siempre era ella. Papá se dedicaba a mirar y darle la razón como si no tuviera voz ni voto, por eso le miré, esperando que interviniera.

—Que tenga nuestra sangre no hace que sea de fiar, Ariadna —dijo él.

Aquello hizo que me quedara todo bien claro: si quería empezar a controlar mi vida debía aceptar la propuesta de Charlie.

—Voy a irme.

—No lo harás —dijo mamá.

No contesté. Me limité a dedicarle una mala mirada, llena de impotencia, furia e indignación.

—Lo que tú digas —le di la razón del tonto—. Siempre es lo que tú digas.

—No me hables así. ¡Te voy a castigar si no me respetas!

—¡Qué sí, pesada! ¡Que sí! —alcé la voz a pesar de que sabía muy bien cuál iba a ser el resultado de la discusión que se avecinaba: llantos e indignación.

—¡Déjame en paz!

Y así lo hizo.

Wyatt

Mis ojos se entreabrieron y volví a apretarlos con fuerza por la luz que entraba por la ventana. Gruñí maldiciendo al que había subido la persiana, el mismo que se encontraba delante de mí, con las llaves del cuarto en las manos, fingiendo despreocupación. ¿Por qué se las había dado? ¿En qué momento pensé que sería buena idea?

Me incorporé bostezando.

—Wyatt, me voy a pasar un rato por el gimnasio del hotel. Si quieres algo estoy ahí —dijo Charlie.

—¿Tienes que despertarme para eso? —gruñí de nuevo, tapándome el rostro con el edredón.

Odiaba que hiciera eso, y por alguna razón él tenía aquella mala costumbre.

—Es que...uhm... no sé... ya me voy —anunció caminando hacia la puerta—. Era por si querías venir conmigo, pero ya nada. Déjalo.

Suspiró melancólico. Había llegado la tarde anterior de casa de su padre, se había metido en su habitación y no había salido. Anteriormente habíamos hablado, pero no me había explicado nada con detalle. Sabía que Charlie estaba algo deprimido por lo de Ariadna y que a eso se debía su actitud abatida. Entendía que en esos momentos necesitaba un amigo. Solo quería conocer a su hermana. Aquella situación no era fácil para él y lamentablemente yo no podía hacer mucho para ayudarlo. Por eso decidí levantarme.

—No voy a ir al gimnasio, pero si quieres vamos a desayunar antes de que vayas.

Asintió.

—Te espero —dijo sentándose en la cama mientras yo me embutía en la primera ropa que encontré. De todas formas más tarde subiría a ducharme.

No tardamos ni cinco minutos en salir al pasillo.

—¿Qué tal has dormido? —le pregunté.

—Mal —dijo—. No puedo dejar de pensar. Me he pasado la noche dando vueltas y vueltas.

—Es normal —no le iba a decir que intentara evitarlo, porque sabía que sería inútil. Así que le dejaría hablar.

—Es que, tío, cuando vi las fotos me quedé en blanco, fue surrealista. Lo primero que hice fue llamar a Blake. Quizá en otro momento no le habría preguntado, pero fue lo primero que se me pasó por la cabeza, no sé. Él no supo qué contestar, ya sabes cómo es. Las llamadas por FaceTime no son lo suficiente serias como para tratar un tema como este. Pero al menos lo intentó y lo aprecio por eso —«ya se está rayando», pensé—. Después te llamé a ti y bueno, aquí estamos. Y no sé qué hacer, ni qué decir... Es que no me puedo creer que mi madre no me dijera que tenía una hermana. Aunque solo sea por parte de padre, sigue siendo mi hermana, ¿sabes? Y yo no sabía ni que existía. Es que no me lo puedo creer.

—Esta es la quinta vez que me explicas la misma historia —reí en un intento por hacer que la situación perdiera seriedad—. Y todavía no me has explicado qué pasó ayer por la tarde cuando te fuiste.

Charlie bufó.

—Nada, Wyatt. Nada. Mi padre es un imbécil, eso pasó. Pero es que lo que me jode es que no puedo pensar en otra cosa, es como si lo tuviera en la cabeza taladrándome. Además la chiquilla no entiende lo que le digo y... es una fan. Alucinante.

—Sí, sí. Te entiendo. Puedes desahogarte —le alenté—. Pero... ¿qué te dijo?

Suspiró finalmente.

—Me dijo que él no sabía que mi madre estaba embarazada cuando se fue.

—¿Qué?

—Dice que no se lo dijo hasta que nació, con una carta y una foto—me quedé alucinado, hizo una pequeña pausa—. Mi madre no me había contado eso. Mi padre me ha dicho que ella no le dejó ir a verme, y que cuando intentó conocerme, le puso una orden de alejamiento acusándole de acoso.

—¿Qué me estás contando, Charlie?

—No me lo creo —dijo—. Aunque, no sé, siento que quizás tenga que hacerlo. Estoy totalmente en shock. Pero en el caso de que eso fuera verdad, mi padre tuvo que hacer algo para que mi madre pusiera la denuncia, no le pones una orden de alejamiento a alguien por nada.

—O quizás sí. Quizás simplemente lo quería lejos de su vida, pero sentía que lo correcto era decirle que tenía un hijo. Y cuando tu padre intentó contactar, la única forma que encontró tu madre de salir de la fue poner una

denuncia.

—Mi madre no haría algo así. No me dejaría sin padre por puro egoísmo —su voz sonó molesta esta vez y noté que se ponía a la defensiva con mi comentario—. Estoy hecho un lío.

Decidí no decir nada porque sentía que los temas de familia eran algo demasiado personal como para que yo tuviera licencia para opinar sobre ello más de lo que ya lo había hecho. Conocía a Charlie desde hacía cinco años y sabía cómo actuaba frente a los problemas. Se obsesionaba y no podía dejar de pensar en ello. Las demás cosas desaparecían y solo existiera ese problema del cual hacía un mundo. No le culpaba, desde pequeño me ha parecido curiosa la manera que tiene cada persona de enfrentarse a la vida. Sin embargo, siempre había creído que Charlie necesitaba remediar aquello. El mundo no paraba y su problema no era lo único que había en su vida. Sentía que el chico solo veía la parte mala de las situaciones aunque sabía que podía haber una buena, pero le daba igual. Aunque en aquel momento de su vida era comprensible su estado. Es más, ni siquiera podía encontrar la parte buena de la situación.

—No sé qué hacer. Ariadna no quiere venir conmigo —suspiró de nuevo, melancólico—. Bueno, no me lo ha dicho, pero sé que no quiere venir. Lo entiendo porque soy un desconocido, pero me gustaría que dijera que sí.

—Bueno, déjala hasta mañana y vuelves a preguntarle. Si quieres te acompaño —sugerí.

—Ya lo había pensado —dijo mordiendo su labio inferior con nerviosismo — ¿Ves lo irreal que es esto? ¡Ni siquiera tiene sentido la situación, es totalmente surrealista! Para mí también es una desconocida y me hace sentir algo inseguro. ¿Quién me asegura que puedo fiarme de ella? Y lo que más me jode es que no nos entendemos, porque su inglés es una mierda y mi español también.

—Tranquilízate, que para el español ya me tienes a mí—hice una pequeña pausa—. Mejor no pienses en eso. Solo... dedícate a asimilar la situación y a intentar convencerla de venir contigo. Si es que eso es lo que quieres.

Él asintió.

—Si tan solo supiera cómo... Bueno, al menos lo intentaré —murmuró cuando las puertas del ascensor se abrieron para dejarnos pasar—. No sé si ha sido buena idea venir aquí. Quizás debería haber hecho como si nada y

olvidarme del tema.

—No digas eso, porque no es cierto. Sabes que no podrías haber hecho como si nada, te habrías pasado la vida preguntándote cómo hubiera sido si hubieras tenido el valor de ir a conocer a tu única hermana.

Me miró.

—No sé de dónde he sacado ese valor, Wyatt. Te juro que siempre he querido un hermano. Vale que me llega ahora, con veinte años y una carrera profesional. Podría vivir sin ella, pero no quiero, ¿lo entiendes? No quiero ignorar que tengo una hermana. Me es imposible no preocuparme por ella o pensar en cómo sería tener una relación al menos de amistad con ella. Quiero conocerla de verdad, saber sobre su vida, sus metas, su manera de ver el mundo...

Asentí con una media sonrisa para intentar animarle.

—Lo entiendo, tío. Lo entiendo porque yo tampoco tengo hermanos. Y en tu situación haría lo mismo que tú —se hizo el silencio y aproveché para cambiar de tema—. Tengo un hambre de perros —dije con la esperanza de suavizar el ambiente y calmar los nervios de Charlie.

—Tú siempre tienes un hambre de perros.

—¡No he comido nada desde ayer por la noche! ¡Estoy famélico!

Charlie rio un poco a pesar de estar muy lejos de estar divirtiéndose.

—¿Tú también con esas? ¿Cuántas veces ha dicho eso Caleb?

—Millones —reí. Toqué el botón del ascensor que nos llevaría a la planta del restaurante del hotel. Realmente estaba hambriento.

Caleb era el mayor en la banda, y de hecho el que nos había juntado años atrás. Fue en los últimos años de instituto, esa época en la que muchos comienzan a perseguir sus sueños para abandonarlos justo después de la graduación. En esa época, Blake, mi primo y yo nos dedicábamos a tocar todas las tardes en su casa. Todo comenzó cuando empecé a pasar las tardes en casa de mi tía para poder disfrutar de los deliciosos pasteles que hacía, así que quedaba con mi primo para tocar en su casa la guitarra y a la vez disfrutábamos de la merienda. Meses más tarde, a Blake le comenzó a atraer la idea de participar en las actuaciones que hacíamos a final de curso, donde mi primo tocaba la guitarra y yo cantaba. Cuando la despedida de los de último curso llegó ese año y nosotros actuamos, Caleb, que tocaba el bajo y tenía grandes ideas musicales, se quedó con ganas de tocar con nosotros y al

terminar la fiesta nos fue a buscar para unirse. Tardó un poco en convencernos porque nos daba miedo involucrarnos en algo serio, pero decidimos que no estaría mal que el chico del bajo se apuntara a nuestras meriendas.

Los primeros ensayos no estuvieron mal, pero solo teníamos nuestras guitarras y el bajo de Caleb. Mi primo también tocaba el violín, pero eso no ayudaba mucho cuando tenía que cantar. No era viable. Pero éramos buenos, o al menos eso nos gustaba pensar. Así que Caleb se volcó al cien por cien en encontrar a dos personas más en el instituto que quisieran formar parte de nuestra pequeña banda, a la que llamábamos Blue en honor a los moretones que nos hacíamos cuando intentábamos tocar de rodillas imitando a los grandes iconos del rock. Todo muy penoso. Me avergonzaba incluso recordar el momento:

—Tengo las rodillas azules de moretones —declaré. Yo era blanco como la nieve, por lo que me salían hematomas muy fácilmente.

—Yo también —declaró Caleb.

—Somos azules —Blake hizo la gracia mientras se subía los pantalones enseñando sus rodillas—. Podemos llamarnos Blue. Quedará hasta gracioso.

—Solo nos faltaba eso —se burló Caleb—. Hacer honor a nuestras heridas.

—Me gusta —dijo mi primo, asintiendo para sí mismo.

Me reí.

—Blue. No está mal. —opiné.

—Pues Blue —dijo Caleb.

—¡Sí! ¡Somos Blue! —exclamó Blake levantando los brazos.

Pensándolo tiempo después, era bastante patético, pero con quince años nos parecía buena idea.

Caleb colgó carteles, preguntó clase por clase y corrió la voz por diestro y siniestro mientras Blake y yo perdíamos la fe en que fuera a funcionar. No nos creíamos tan buenos y yo estaba pasando una mala racha. Me pasaba el día componiendo intentando superar un desengaño amoroso. Fue entonces cuando, encontramos a Charlie, que tocaba la batería como si hubiera nacido pegado a unas baquetas. El chico enseguida aceptó, y nuestro primer ensayo con él fue inolvidable. Él estaba muy entusiasmado, y como no tenía muchos amigos en el instituto, nos convertimos en su roca. Pasamos de juntarnos solo en los ensayos a juntarnos en todas partes. Éramos inseparables.

Al poco tiempo llegó Finn con el teclado, a quién Caleb encontró en su escuela de música. Ya estábamos completos. Blake al micrófono, yo con la guitarra, Caleb con el bajo, Charlie con la batería y Finn al piano. En ese momento éramos los cinco dedos de una mano. Si uno faltaba, los demás no podrían funcionar de la misma manera.

Nos costó llegar a donde estábamos. Pasamos muchas noches en vela, muchos conciertos gratuitos, muchas fiestas, bodas y festivales locales, hasta que de nuevo Caleb se puso al frente y luchó por llevarnos a otro nivel. Sin él no seríamos lo que somos.

Nos llevó a un programa de televisión y enseguida comenzó a llover la popularidad, como si siempre hubiéramos estado bajo un cielo gris y de repente comenzara a caer toda esa agua contenida. Fue maravilloso, fue increíble y todavía no podía creerme que fuéramos a comenzar nuestra segunda gira. Por primera vez, dejaríamos el Reino Unido para pisar Europa.

Después de desayunar subí a ducharme. El agua me hacía pensar y en ese momento lo necesitaba. Charlie estaba muy hundido, no solo por Ariadna, sino por su padre también. Cuando salí con una toalla enrollada en la cintura y aún algo mojado, decidí que debía hacer algo. Convencería a Ariadna. ¿Cómo? Aún no tenía ni idea. No tenía ninguna de sus redes sociales. Tampoco su teléfono ni la dirección de su casa. Eso sin contar que no sabía sus apellidos ni cómo era su aspecto. «Mi plan va sobre ruedas». Pensé con sarcasmo.

Entonces recordé que Charlie había buscado la dirección desde mi móvil, y con un poco de suerte... Me vestí y cogí el teléfono. Al desbloquearlo vi que estaba abierto Google Maps. Me quedé unos segundos mirando fijamente la pantalla sin poder creer mi buena suerte. «Un problema menos, Wyatt». Maldije cuando vi que estaba en la otra punta de la ciudad.

«Taxi» sugerí para mí mismo, ya que la opción de ir en metro no era muy factible por dos razones: primera, había demasiada gente y podrían reconocerme; segunda, no conocía los metros de Barcelona e iba a acabar más perdido que Blake borracho por los pubs de Londres.

Cogí mis cosas y cuando estuve listo salí al pasillo y cerré la puerta de la habitación. Bajé a la planta principal y me acerqué a recepción.

—Disculpe —dije a la recepcionista—, ¿podría llamar a un taxi?

—Ahora mismo, señor —el recepcionista se dio la vuelta y apoyé mi codo derecho en el mármol del mostrador esperando su respuesta. Oí como marcaba un número y unas cuantas frases cortas, al momento se volvió de nuevo hacia mí—. En cinco minutos está aquí, señor.

Asentí.

—Gracias —me despegué de la barra de recepción y me acerqué a la puerta principal, sin llegar a salir mientras esperaba a que llegara el taxi.

No había prácticamente nadie, y ningún fan. Me di cuenta de que en Barcelona aún no éramos muy conocidos, y eso me gustó. Era todo un reto saber que había muchos lugares a los que debíamos llegar, como si fueran niveles de un juego que debíamos desbloquear.

Me preparé mentalmente el discurso en español para Ariadna. Aún no imaginaba cuántas veces me encontraría así a causa de esa chica. Era solo el comienzo.

Tenía miedo a equivocarme al hablar y decir alguna tontería que me hiciera quedar como un idiota que no sabe hablar. Mi español estaba un poco atascado porque hacía meses que no lo usaba y a veces olvidaba palabras. Eso me recordó que debía llamar más menudo a la abuela, que vivía en España y me había llevado de vacaciones todos los veranos a Valencia. Fueron ella y esos veranos los que me enseñaron a hablar español.

Capítulo 2

Ariadna

Yo: Hoy no iré a clase. No me encuentro bien :(

Laia: ¿qué te duele?

Yo: buff... Ya sabes, la regla.

Laia: ay, pobre. Bueno, tranquila, te pasaré los apuntes e iré a verte por la tarde!

Yo: Gracias.

Me convencí de que no había mentido a mi mejor amiga, simplemente había disfrazado la verdad. No estaba con ganas de mucho aquel día, y la opción de quedarme en la cama era mucho más atractiva que la de levantarme e ir a las insufribles clases que cada día se me hacían más largas y pesadas. A veces simplemente deseaba echarlo todo por la borda. De nuevo me preguntaba qué hacía estudiando bachillerato, ya que ni siquiera había encontrado mi vocación en la vida.

«Soy una fracasada».

Ni siquiera quería estudiar. Es decir, el bachillerato me hundía tanto que solo me provocaba desagrado. Era un agobio y sentía que debía aprender a contrarreloj cosas que ni siquiera me importaban. En ese aspecto Laia era

muy diferente a mí. Se esforzaba al máximo para conseguir la mejor nota posible y lo lograba. Llevaba todo en orden, los estudios y su trabajo dando clases particulares a niños más pequeños. Tenía dos niños cada tarde, tiempo para quedar conmigo, para dibujar —ella quería estudiar Bellas Artes—, ir al gimnasio, y estudiar. Siempre me había parecido una chica diez, muy responsable y consciente de cuáles eran sus objetivos. Además, era preciosa. Tenía los cabellos rosados, aunque siempre que quería los cambiaba de color. Quizás esa era su mayor peculiaridad y el único rasgo en ella que rompía su imagen de chica perfecta. Por eso yo pensaba que los colores de su cabello no era más que su peculiar manera de mostrar una pequeña parte de esas grandes ideas que tenía sobre los hombros, la forma que tenía de mostrar al mundo un poco de su interior.

Suspiré y aparté el móvil dejándolo encima de la mesilla de noche. Después de todo, este iba a ser mi día de no hacer relativamente nada y mis padres no me lo habían reprochado. Volví a dormir hasta que mi estómago hambriento gritó demandando comida y decidí levantarme.

La casa se sumía en el silencio, solo roto por el sonido de mis pies al pisar. Tanto mamá como papá estaban trabajando. Mejor, así no tendría que estar aguantando las caras largas de mi madre por la pelea de anoche.

Fui a la cocina y me preparé un café con leche y algunas tostadas. Tampoco tenía ganas de cocinar y mi cuerpo pedía a gritos una ducha. Desayuné, y la idea de bañarme se me antojó mucho más atractiva, por lo que fui al baño en el que se encontraba la bañera. Abrí el grifo y dejé que se llenara poco a poco al mismo tiempo que una sensación relajante me inundaba. Me encontraba bien, y por unos segundos sentí que todo lo ocurrido había sido una ilusión. Pero no lo era.

Mientras el agua llenaba la bañera, dejé que mi visión se topara con mi propio reflejo, preguntándome si realmente me parecía al chico que decía ser mi hermano. Charlie Britton. ¿Me parecía a él?

Mis ojos eran castaños, mis cabellos también. Mis labios finos, mis pestañas largas pero no exageradas, y mis ojos mostraban cierto desorden gracias a unas pobladas cejas. ¿Me parecía a él?

Sí.

Me metí en la bañera y dejé que todo mi cuerpo se relajara. No me fue posible llegar a lo último ya que el timbre sonó a los pocos minutos.

«Mierda».

Bufé y salí del agua, me enrollé en una toalla y corrí hacia la puerta estando segura de que sería el cartero con algún correo certificado o algún paquete. ¿Quién sino vendría a esa hora? ¿Quién si no fastidiaría mi momento?

La persona que encontré detrás de la puerta no era el cartero. Ni siquiera era alguien a quién esperara encontrar. Por lo que parecía, aquellos eran los días de encontrarse a famosos en la puerta de tu casa.

—¿Ariadna? —la voz del chico rubio sonó divertida, mientras, mis manos intentaban limitaban a aferrarse a la toalla que me cubría el cuerpo.

«¿Por qué no me he vestido? ¡Oh, sí! ¡Siempre es mejor conocer a Wyatt Harford en toalla y medio desnuda!»

Asentí.

—Hola, soy Wyatt —tendió la mano con una sonrisa, esperando que la estrechara.

Abrí los ojos como platos asombrada por lo irreal de la situación. Era mi favorito del grupo, el más encantador, el más guapo, el que me tenía completamente hipnotizada.

—Ho...la —y cerré la puerta.

Sí, cerré la puerta en las narices de Wyatt.

El pánico me invadió. Necesité unos segundos para asimilar que tenía a Wyatt en la puerta de mi casa.

—Es él. Tranquila. Todo saldrá bien. Solo es un chico, solo es el guitarrista de Blue. —mi respiración se había acelerado.

—¿Ariadna?! — escuché al otro lado de la puerta.

—¡Un momento, ya salgo! —exclamé antes de correr a mi cuarto en busca de algo con lo que vestirme mientras el timbre volvía a sonar y chico tras la puerta gritaba mi nombre.

—Oh, Dios —suspiré—. ¡Wyatt, cállate y no digas mi nombre de esa manera tan sexy! — exclamé para mí misma sabiendo que no me escucharía.

Me vestí decentemente con una falda que encontré encima de la mesa de mi escritorio y un jersey de lana blanco que había acabado tirado en el tocador cuando mamá lo lavó y me dijo que lo guardara. Estaba más o menos presentable, y por fin, me decidí a volver a abrir la puerta.

—Tu ropa anterior era mucho más interesante —admiró el chico con diversión, hablando en mi idioma. Su acento extranjero apenas se notaba.

¿Esto era real?

Se había apoyado en la pared de la entrada con los brazos cruzados y el rostro divertido. Mi numerito le había gustado, genial.

Reí con nerviosismo.

—Sí... no te quito la razón, pero hace un poco de frío para eso ¿no crees?

Asintió.

—¿Frío? Es fácil entrar en calor...—no le dejé continuar, aquello habría subido de tono y aunque me encantara coquetear, con él se me hacía difícil aguantar la compostura.

—Uhm... ¿pasas? —añadí más tarde para romper el silencio antes formado, ni siquiera podía creer que tuviera a Wyatt Harford frente a mí. Miré a todos lados intentando mostrarme tranquila. «Debí pensar que este momento llegaría».

—¡Sí! —respondió con ánimo y entró en la casa.

Nos quedamos en silencio unos minutos, en los que él aprovechó para observar mi hogar y yo me limité a mirarle. El chico era más alto de lo que parecía en las fotos. De hecho, yo quedaba a la altura de sus hombros, pero eso no me alarmaba. Yo siempre había sido la bajita. Con suerte llegué al metro cincuenta y cinco, pero ahí me quedé. Un auténtico gnomo.

Se quedó observando la entrada con incomodidad. Después me siguió hasta el salón donde me quedé prendada de sus ojos azules y cabellos rubios. Su rostro estaba enmarcado por las cejas y la mandíbula, sus labios finos y su nariz chata jugaban a competir con los ojos por ver cual ganaba más atención. Sinceramente, yo lo veía guapísimo.

—Bonita casa —admiró.

—Gracias —mascullé algo incómoda, asintiendo con la cabeza y mirando de un lado a otro intentando controlarme. Algo en mí quería saltarle encima, y aquello sería poco cívico.

Lo dirigí al salón y se sentó en el sofá, donde se acomodó sin ningún tipo de preocupación mientras se mordía el labio. Parecía estar pensando, manteniendo sus ideas alejadas de mí.

—¿Quieres algo de comer? —le ofrecí.

—Sí, por favor. No he almorzado.

—Muy mal. El desayuno y el almuerzo son la comidas más importantes del día —bromeé y me dedicó una sonrisa.

«Mátame». Mi lado fangirl lo haría.

—Sí, aunque he desayunado hace tres horas con Charlie.

—¿Qué quieres?

Se encogió de hombros.

—Cualquier cosa. Soy fácil de complacer —me guiñó un ojo.

—¿Huevos revueltos? —propuse, aunque no era para nada un típico desayuno barcelonés

—Huevos revueltos —hizo la gracia.

Reí.

—¡Marchando una de huevos revueltos! —exclamé con nerviosismo.

«Que no lo note, por favor».

—Acabas de sorprenderme con este guiño a la americana, ¿algo más que deba esperar de una catalana?—me guiñó un ojo.

¿Estaba coqueteando conmigo?

—Quizás hay algo. —me reí.

Me volví dispuesta a ir a la cocina para hacer el almuerzo para mí y para él. Raro. ¿Quién me hubiera dicho que acabaría haciéndole el desayuno a Wyatt Harford a los diez minutos de conocerle? Solo las fanfics de rayita.

El chico me siguió a la cocina y se sentó exactamente en el lugar en el que Charlie lo había hecho la noche anterior. Comencé a hacer el desayuno con las rodillas temblorosas. Pensé en pedirle que me ayudara, pero me dio mucha vergüenza y callé. Rompí los huevos y los puse en la sartén. Solo deseaba que me saliera bien, no quería espantarlo con mis escasas dotes culinarias.

—¿Te gusta con mucha, poca o nada de sal?

—Uhm... no lo sé —su tono parecía coqueto—. Lo justo para que no esté salado.

Reprimí los nervios y corté la conversación para no crearme falsas ilusiones.

—Pues entonces mejor se la pones tú —contesté.

—Bien.

Acabé el desayuno después de diez minutos y una pequeña quemadura en la

mano derecha. Coloqué los platos en la mesa y me senté frente a Wyatt que miraba su iPhone con poco entusiasmo.

—¿Puedes creer que Charlie me ha despertado solo para que le acompañara a desayunar? Eso es amistad —masculló antes de comenzar a comer—. Qué asco da la confianza.

Reí.

—¿Cómo es que hablas tan bien?

Se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió el chico.

—Tú no sabes nada.

—No —rio.

—Creo que cuando no sabes cómo hacer bien una frase en castellano dices «no lo sé» aunque sí lo sepas.

—Eres lista.

Sonreí.

—Gracias.

Comencé a comer en silencio. Odiaba comer con alguien porque me ponía nerviosa y sentía que en cualquier momento acabaría atragantándome. Pero yo sola me había metido en este lío.

Wyatt clavó sus ojos azules en los míos, puros y traviosos. Un sudor frío invadió mi cuerpo y sentí cómo mis mejillas se calentaban por segundos. ¿Podía ser más perfecto? Mis nervios crecían por momentos y mi corazón no podía controlar su latido. Era algo más grande que yo, más grande que mi voluntad...

Y entonces me atraganté.

—¡¿Ariadna?! —exclamó el chico sobresaltado.

—A..aa..aaa ag..gua...agua —balbuceé como pude.

«Que alguien me mate».

—¡Sí! —exclamó levantándose de forma precipitada y asustado.

Comenzó a abrir todos los armarios en busca de vasos mientras yo comenzaba a toser. Quizá este momento encabezaría mi lista de las situaciones más embarazosas de mi vida.

—¡No! —exclamé como pude cuando él miraba en todos los armarios menos en el que era.

—¿Dónde están?! ¡Malditos vasos!

Tosí y noté como mi cara se ponía cada vez de un color más intenso por la falta de aire.

—¡NO TE MUERAS! —exclamó Wyatt mirando en mi dirección con pánico antes de revolverse los cabellos con frustración.

Asentí, tosiendo. Wyatt no encontró los vasos, así que se limitó a agarrar la jarra de agua que había encima de la mesa y me obligó a beber directamente de ella, empapándome por completo. Pero el agua arregló mi problema con la asfixia y dejé de toser unos minutos más tarde, volviendo poco a poco a mi estado normal.

«No voy a dejar que me mire mientras como nunca más en toda mi vida».

Me cambié la ropa mojada y Wyatt me esperó en el sofá.

Me miré en el espejo de mi cuarto y suspiré antes de salir de nuevo a enfrentarme aquel chico que me hacía suspirar y que estaba sentado en mi sofá. Esta vez, no iba a atragantarme, o al menos lo intentaría.

—¿Sabes qué? —pregunté sentándome a su lado una vez estuve allí. Su rostro giró ligeramente en mi dirección.

—¿Qué?

—Soy tu fan y llevo reprimiendo un ataque fan desde que has entrado a mi casa. Si grito y salto, no te extrañes —advertí con absoluta seriedad.

Wyatt estalló en carcajadas y fruncí el ceño sin entender por qué se reía. ¿Tan gracioso era? ¿Acaso no estaba acostumbrado?...Tardé un poco en caer en la cuenta de que acababa de dejarme en ridículo.

—¿Así que por eso te has atragantado? —me dedicó una mirada cómplice.

—No —noté mis mejillas calentarse.

—Sí.

—No.

—Sí.

—¡Cállate!.

—Una chica casi se asfixia por mi presencia, ¡soy un puto dios!

Alcé las cejas.

—Un creído, eso es lo que eres.

—No —respondió divertido—. Soy realista. Estabas muriéndote.

—Odio que me miren cuando como, solo es eso —mi tono sonó más

cortante de lo que pretendía. No tenía claro si él estaba de broma o si debía pensar que era un imbécil ególatra.

—Ah —acabó con una carcajada—. Seguro, será eso.

No contesté y el silencio se hizo. El chico comenzó a jugar con sus propios dedos mientras yo suspiraba, pero esta vez sin otra razón más que la incomodidad. ¿Cuándo hablaría sobre lo que de verdad le había traído aquí?

—Uhm... esto... he venido a hablarte de Charlie —alcé la mirada hacia él.

—Lo he supuesto... ¿qué quieres decirme?

—Siempre ha querido un hermano, y tenerte a ti es algo muy especial para él.

Aquello no acababa de convencerme...

—¿Crees que es buena idea que vaya con él? —estaba claro que me diría que sí, después de todo, él apoyaría a su amigo. Sin embargo lo pregunté de todas formas.

—Charlie no ha pasado por un buen momento debido a esto. Está mal. No puedo pedirte que vengas con nosotros porque no soy nadie para hacer algo así, pero me gustaría que lo pensaras seriamente —hizo una pausa y el mar claro de su mirada se clavó en mis ojos. Tomó aire— por él.

Mi gesto se torció.

—Es complicado. Una parte de mí quiere ir pero la otra no. Me da miedo... ya sabes. Dejar toda mi vida. Nada volvería a ser lo mismo si voy con vosotros. Además, he vivido toda mi vida sin él... y aparece de repente...

—Lo sé. Es complicado. De repente aparece una persona en tu vida y la pone patas arriba, como si no tuvieras suficientes problemas. Serás medio famosilla por ser su hermana —bromeó con una sonrisa, quizás para aliviar mi tensión.

—Eso me asusta.

El rubio suspiró.

—Solo piénsalo, ¿sí? Lo que importa es que quieras estar con Charlie. Lo demás es irrelevante.

Asentí.

Capítulo 3

Wyatt

Charlie no era alguien que hablara mucho de sus sentimientos, y a pesar de que poco a poco hubiera aprendido a leer sus gestos y expresiones, todavía me costaba encontrar la manera de subirle el ánimo.

Estaba seguro de que pensaba más en el hecho de no haber sabido de su hermana nunca, que en haber perdido tiempo con ella. Incluso llegué a pensar que él se culpaba, porque nunca había querido saber de su padre –algo que tampoco me extrañaba–. Sabía la historia, su madre se quedó embarazada en la universidad, ambos estaban viviendo en Londres, aunque el padre de Charlie era de Barcelona y estaba de Erasmus. Su madre había trabajado durísimo para llegar a la universidad de Londres, y solo fueron un rollo pasajero, un juego que salió mal justo cuando él volvió a Barcelona. Con el embarazo no pudo seguir con la universidad y tuvo que volver a Escocia, de donde era ella y todos nosotros. El padre de Charlie nunca se ofreció a casarse o a irse a vivir con ella por el bebé, se desentendió por completo después de romperle el corazón. Enviaba cartas, llamaba, pero nunca hizo nada más que eso, y se justificaba con la excusa de no tener dinero para el avión. Martha se quedó completamente sola con Charlie, y Charlie nunca quiso saber nada de su padre a pesar de que más tarde él intentara conocerle. Creció solo con su madre como hijo único. Esa había sido la única verdad

hasta que conoció a su padre. Ahora ninguna de las versiones encajaba.

Así que sí le comprendía. Porque después de saber lo que su padre le había contado, de repente todo lo que había creído sobre la historia parecía ser solo una pequeña parte de la verdad. Y estaba seguro de que el querer buscar a su hermana no era más que una manera de encontrar a alguien con quien compartir esa soledad que siempre había sentido.

Al principio no me hizo gracia la idea. Pensé que acabaría fatal. Hasta que conocí a Ariadna. Era encantadora, preciosa, risueña, divertida y lo más importante... estaba llena de vida. Me sentí cautivado por ella desde el primer momento en el que nuestras miradas se cruzaron. No hablo de amor a primera vista, pero sí de atracción y curiosidad. Su voz me empujaba a querer conocerla más, y la luz de sus ojos me invitaba a seguir coqueteando con ella con diversión hasta que me doliera el rostro de reír. Tenía ganas de volver a verla.

—¿Por qué no le pides a Ariadna que venga con nosotros a cenar? —le pregunté a Charlie mientras dábamos una vuelta por Barcelona.

Habíamos decidido salir a visitar la ciudad y así aprovechar para despejarnos un poco.

—¿Para qué? ¿Tú crees que va a venir? —preguntó inseguro.

Me miró sin volverse. Me encogí de hombros antes de detenerme frente a lo que parecía un recinto ferial frente a una enorme plaza con un monumento en el centro rodeado de césped.

—Supongo. Es muy simpática. No parece el tipo de persona que diría que no —no le miré porque no quería que se diera cuenta de que era yo quien quería ver a la chica— ¿Esto qué es? —Señalé el edificio a mi izquierda.

—Yo que sé, eres tú quien sabe castellano.

—Esto no es castellano, es otro idioma. Fira de Barcelona. Creo que es una feria.

Arqueó las cejas.

—Creo que es más interesante la plaza que este edificio —opinó, sarcástico.

—Espera, espera mira estas torres —caminé hasta el otro lado de la esquina, directo hacia las dos torres rojas.

—¿Invito a mi hermana, o no? —dijo algo irritado por mi comportamiento.

«Qué mal disimulo».

—¡Mira eso, Charlie! ¡Qué bonito! —le dije una vez llegué a la altura de las torres, dejando la plaza a mis espaldas y observando el edificio que se alzaba al final de la calle precedido por varias fuentes y escaleras.

—Es un museo... —el chico estaba comenzando a molestarse de verdad.

«Pareces imbécil» Me dije a mí mismo.

—¿Invitamos a tu hermana, entonces? —pregunté mirándole.

—Vale —contestó no muy seguro.

—¿Quieres que la llame yo? Me ha dado su número.

Mi amigo asintió y comenzó a caminar en dirección al final de la gran calle, en la que solo estaba el recinto ferial y el palacio de estilo renacentista, lo deduje por las formas y la gran cantidad de columnas y pilastras adosadas.

Saqué el móvil, quedándome atrás para llamarla. Enseguida contestó.

—¿Diga?

—Hola, Ariadna —sonreí.

—Wyatt, ¡qué sorpresa!

—He pensado en invitarte a cenar con nosotros esta noche, aunque pensándolo mejor hay riesgo de que te atragantes así que...mejor pienso en otro plan.

Estalló en carcajadas.

—Qué tonto eres, ya me has pillado la broma para siempre.

Me reí.

—Es lo que hay que hacer.

—No iré a cenar contigo si te ríes de mí —coqueteó.

—Conmigo y con Charlie —la corregí.

Se quedó callada unos segundos.

—¿A qué hora nos vemos y dónde? —«Charlie» era la palabra mágica.

—Cuando quieras, ¿te parece bien en dos horas? —propuse.

—¿A las seis? —preguntó incrédula.

Se me había olvidado que los españoles cenan súper tarde.

—No me hagas cenar a las diez de la noche. A menos que me quieras matar de hambre, claro.

—Está bien. Quedamos a las seis, pero cenamos un pelín más tarde,

¿vale?

—Perfecto. Estamos dando un paseo y creo que vamos a entrar a un museo así que si quieres quedamos aquí mismo.

—¿Y ese museo es...?

Me reí.

—Ni idea. Estoy en medio de una calle ancha con muchos árboles y un recinto ferial, una plaza enorme detrás, unas torres y un palacio delante que parece renacentista.

—Esa es la Avenida de María Cristina. La plaza es Plaza España, y ese palacio enorme ese el Palacio Nacional que es el museo de Arte de Catalunya. Y lo que tienes al lado, sí, es una feria.

—¡Anda!, pero si guardas un guía turístico en tu interior.

—Idiota —se río—. Y no es renacentista, lo construyeron para la Exposición Universal del 29, solo está inspirado en el Renacimiento.

—Perdone, señorita enciclopedia —bromeé.

Se rio.

—Soy de todo menos una enciclopedia... —murmuró—. Luego nos vemos en las torres, ¿vale?

—Sí. Nos vemos.

No sabía por qué estaba sonriendo como un idiota.

—¡Adiós! —y me colgó.

Alcancé a Charlie, que me esperaba a los pies de las escaleras que subían a la fuente de la entrada al palacio.

—¡Va a venir a las seis! ¡Podemos entrar al museo, es de Arte! —exclamé satisfecho.

—Cálmate un poco —me dijo.

Me estaba comenzando a molestar su actitud tan fría, porque, a pesar de todo, estábamos en Barcelona de vacaciones, y tenía ganas de ver la ciudad y disfrutar de la estancia.

—Anímate un poco, tío —alcé las manos—. ¡Que estamos en Barcelona de vacaciones, joder! ¡A VIVIR LA VIDA!

—En un museo...

—Cada uno la vive a su manera. ¿Algún problema? —comencé a subir— Además, después saldremos a cenar y esta noche nos iremos a dormir tarde —

le miré de manera cómplice.

—¿Quieres llevarte a mi hermana de fiesta? Ni de broma.

Me reí.

—No, fiesta no, pero Barcelona es famosa por los bares con espectáculos y quizás acabemos bailando un poquito por Las Ramblas, ¿o en la Sagrada Familia? ¿no?

—Tópicos, Wyatt, tópicos. Esto no es una película y tú no eres Ed Sheeran —él seguía con el ánimo por los suelos, pero yo iba a ver ese museo y a disfrutar de la ciudad. Después de todo, era la primera vez que estaba allí y era algo que quería recordar.

Con un poquito de suerte conseguiría que mi ánimo se le contagiara.

Pasamos las dos horas en el museo, hasta que Ariadna me envió un mensaje diciéndome que estaba llegando a las torres. Así que fuimos hacia allí. El ánimo de Charlie enseguida cambió de decaído a nervioso, y el mío siguió exactamente igual. No sabía qué hacer así que decidí dejar de preocuparme, al menos durante unas horas.

Ariadna nos esperaba en la torre que quedaba a nuestra derecha. Llevaba puestos unos tejanos oscuros y una camisa blanca holgada que había metido parcialmente por debajo del pantalón. Había dejado sus cabellos sueltos y jugueteaba con ellos, muy nerviosa. Desplazaba sus ojos pardos de arriba a abajo, y se abrazaba a sí misma en su pequeña chaqueta de cuero negra.

Llegamos a su altura.

—Hola —saludé y me acerqué a ella para besar su mejilla—. ¿Preparada para empezar el tour turístico? Tengo altas expectativas —le dije en castellano.

—¿Qué? —respondió sorprendida— ¿Qué tour turístico?

—El que nos vas a hacer antes de cenar.

—Estás de broma —dijo nerviosa, mirando de reojo a su hermano.

—No lo estoy —reí y me separé de ella al escuchar carraspear a mi amigo.

No era mi intención hacerle sentir desplazado.

—Hi —saludó el chico de cabellos castaños.

—Hello —contestó también su hermana.

Se miraron por unos minutos, sin apenas decir absolutamente nada.

Aquello era incómodo a más no poder. La chica se cruzó de brazos, y el chico acabó apartando la mirada sin siquiera abrir la boca.

«Vaya par de tontos», pensé.

Si tan solo fueran capaces de intercambiar un «qué tal» y dejarme traducir, podrían conocerse, pero estaban los dos tan enfrascados en sus vergüenzas y miedos que no darían el primer paso.

Pensé en hacerlo yo. De todas formas yo era el que traducía, por lo que podría inventarme las respuestas del otro y dirigir la conversación a un punto en el que pudieran soltarse y sentirse más cómodos. Pero decidí dejarles a ellos, al menos por un rato.

La chica nos llevó al metro, y después de unas pocas paradas en silencio, nos bajamos en el puerto. Ariadna estaba callada, Charlie también, y yo tenía de todo menos ganas de mantenerme en silencio.

Una vez frente al mar, en un lugar en el que se abría paso un puente que llevaba a un centro comercial, les pedí que pararan porque me había torcido un tobillo. Era mentira. Les hice sentarse en unas escaleras a pie de mar junto a mí, y permanecimos en silencio, mientras yo pensaba en alguna forma de hacerles, al menos, reflexionar.

—Esto es ridículo —dije en inglés, y ambos me miraron—. Sois como ese niño que acaba de descubrir el mar y, aunque tiene infinitas ganas de nadar en él, no es capaz de entrar por miedo a que haya tiburones —dije en inglés también, porque iba más para Charlie que para Ariadna. Después me dirigí a ella— ¿Sabías de la existencia de Charlie? —ella asintió.

—Siempre supe de él, mi padre nunca lo escondió. Pero...—dijo, y miró a su hermano—Al principio estaba enfadada con él, le odiaba. Después comencé a admirarle, y cuando pensé que quizás debía hacer algo, se hizo famoso y no había manera de que leyera ninguno de mis mensajes.

—¿Le enviaste mensajes?

Asintió, más triste que tímida.

—Pero no decían nada sobre nuestro parentesco. Eran simples. Esperaba que contestara para decírselo.

Se lo expliqué a Charlie, que asintió, suspiró y no abrió la boca.

—A ella le gustaría saber por qué ahora, de repente, quieres conocerla —añadí, a pesar de que Ariadna no hubiera mencionado nada.

—Tú lo sabes, cuéntaselo tú —dijo, sin más. Y me molestó.

—Charlie, te estás comportando como un crío. No me jodas ahora. Has tenido el valor de coger un avión y venirte hasta aquí para buscarla y ahora que la tienes delante no le dices nada. ¿No ves que también está deseando hablar contigo?

—Díselo tú —insistió.

Bufé, y me dirigí a la chica. Ella no merecía que él se pusiera de esa manera.

—Ariadna —dije—Él no sabía que tenía una hermana. Bueno, medio hermana. Y cuando se enteró... quiso conocerte. Fue hace poco.

—¿Por qué? Ha vivido toda la vida sin mí, ¿por qué iba querer que yo estuviera en su vida ahora? No sé... me ha gustado conocerle y me gustaría mucho que tuviéramos una buena relación pero se me hace muy raro, incluso surrealista.

Me encogí de hombros.

—No tiene hermanos, y siempre ha vivido solo con su madre. Tener a alguien más en su familia es algo muy importante para él.

Ella miró a su hermano, le sonrió y apoyó su mano en la rodilla de él.

El poco trato que había tenido con ella había sido suficiente para darme cuenta del carácter cariñoso que parecía tener, y eso la hacía encantadora.

Charlie la miró, y la chica castaña no hizo nada más que dedicarle un abrazo. Al principio él no se movió. Es más, se tensó y no la tocó hasta que le di un codazo en las costillas y le dirigí una mirada de reproche, algo que Ariadna no vio. Fue entonces cuando él se movió, rodeó la espalda de su hermana y le devolvió el gesto cariñoso que ella le estaba regalando.

Se estaba comportando como un imbécil, y lo que más me molestaba era que yo sabía que él no era así y se estaba dejando llevar por lo negativo de la situación.

Los dos parecían más relajados y confiados después de aquello y la tensión se había relajado un poco. Por lo que pensé que sería el momento adecuado para proponer ir a cenar.

Mi intento de hacer que Ariadna nos hiciera un tour por el centro de la ciudad quedó claramente en el olvido, pero al menos nos llevó a un bonito restaurante de comida local en una de las callejuelas que daban a la Rambla.

Estuvimos hablando. Conseguí que se contaran cosas sobre su día a día y bromeé con ambos mientras intentaba esconder mi evidente tendencia a coquetear con la hermana de mi amigo. Di las gracias al idioma por hacer que él no entendiera mis palabras. No pensaba esconderme a mí mismo el hecho de que esa chica me llamaba mucho la atención, pero sí se lo escondería a Charlie. No quería que pensara que estaba utilizando la situación para ligar en vez de para ayudarlo, y tampoco quería que pensara que tenía como objetivo tener a su hermana entre mis sábanas, porque no era así.

La noche fue agradable. De hecho, estuvimos juntos hasta tarde, incluso la acompañamos a su casa cuando decidimos marcharnos. Justo antes de las once de la noche, cuando la luna observaba Barcelona y el aire olía a Mediterráneo puro.

Ariadna

Mi madre me estaba esperando en el salón. Papá esperaba en la cocina. Habían discutido, lo supe por la tensión en el ambiente. Ahora los gritos me vendrían a mí por irme sin avisar y dejar a mi madre plantada con su grupo de amigas con las que hacía recolecta de alimentos. Pero sobre todo por salir con Charlie cuando ella no estaba de acuerdo con que lo hiciera.

Me daba igual lo que pensara, no iba a dejarle controlar cada aspecto de mi vida.

—¿Dónde estabas? —preguntó seria.

—He salido a cenar, ¿algún problema? —la reté, y en cierto modo fue aquello lo que hizo que la discusión estallara por los aires.

—Obviamente que lo tengo —dijo—. Creo haberte enseñado lo que es avisar y pedir permiso.

—Creo haber comprendido que a los dieciocho años ya no mandas tú.

—Vas mal si crees que vas a utilizar ese argumento y ganar la razón —su tono era serio e intentaba mantener la calma, pero sabía que en el fondo estaba llena de rabia.

Mi madre y yo discutíamos por una razón clave; éramos muy parecidas y

ninguna de las dos soportábamos que alguien nos dijera como hacer las cosas. Ella no iba a dejar que yo le pasara por encima, y yo no dejaría que ella pasara por encima mía. Dos polos iguales repeliéndose.

—Es que no tengo como objetivo ganarte en nada. He salido, ya soy mayorcita para saber cómo salvarme el culo si lo necesito.

—Mañana tienes clase, y estás a nada de terminar el bachillerato. Deberías estar centrada en tus notas en vez de yéndote un miércoles por la noche a cenar y volviendo a las doce de la noche.

—¿Y qué? Puedo ir mañana a clase perfectamente.

—Eres una irresponsable.

Papá se apoyó en el marco de la puerta de la cocina que daba al salón, mirándonos con los ojos rojos. Me quedé de piedra, había estado llorando. Mi padre. Nunca le había visto así.

—He quedado con mi hermano.

—Ese chico no es tu hermano —aun no comprendo cómo pudo atreverse a decir algo así— ¡No es nadie!

—Mireia, te acabas de pasar —se metió mi padre, haciendo que ella saltara del sofá.

—¡No te metas en esto! ¡SI NO HUBIERAS SIDO UN PUTERO EN TU JUVENTUD, NO TENDRÍAMOS ESTE PROBLEMA! ¡Y LA NIÑATA NO ESTARÍA INTENTANDO LARGARSE CON UN TÍO QUE A SABER CÓMO VIVE!

—¡NO LE GRITES Y NO ME LLAMES NIÑATA! —esta vez grité, con todas mis fuerzas y toda mi rabia. No la aguantaba un segundo más. Sentía la impotencia recorrer todo mi cuerpo, porque quería realmente quería que me comprendiera, pero era imposible.

—Pues te lo digo, ¡porque te estás comportando como una niña malcriada! —exclamó mi madre.

—¡Y tú como una egoísta! ¡Esto no tiene nada que ver contigo! ¡No es tu hijo y tampoco tu hermano! ¡NO TE METAS!

—Me meteré si debo hacerlo. ¡Sobre todo si veo que mi hija va de camino a cometer un error!

—No he decidido nada por mí misma, lo estás haciendo todo tú. Me estás obligando a irme porque no me dejas en paz.

—Yo no quiero que vayas a ningún sitio. ¡Te vas a quedar aquí y vas a estudiar para tener un futuro!

—¿Y si mi futuro no está entre libros qué eh?! ¡¿Y SI MI FUTURO ESTÁ EN OTRA PARTE?!

—¡Tú futuro está aquí!

—¿De qué futuro hablas? ¡Si ni siquiera sé qué hacer con mi vida! — comencé a llorar, de impotencia y rabia. Pero sobre todo de nervios— ¿No quieres que cometa un error? ¡No puedes evitar eso! ¡Déjame! ¡Deja que me rompa la cabeza contra la pared como dices tú! Pero al menos será mi decisión, no la de otra persona.

Se quedó callada por unos minutos, en los cuales, tanto ella como yo pensamos que quizás hacía falta algo más que gritos para dejar ir nuestras tensiones. No estaba dispuesta a tomar ninguna decisión que viniera de ella de esa manera. Quería tomar mis propias decisiones, acabaran bien o mal, quería ser libre de equivocarme.

Pero en los ojos de mi madre se leía un claro «no te voy a dejar». Sobreprotectora. Exagerada.

Quería que mi padre hablara, pero no era capaz de abrir la boca. No lo entendía, ¿por qué había dejado que mamá le hablara así? ¿Qué diantres había pasado en su juventud para que acabara con un hijo perdido en Gran Bretaña? Nunca debí pasar por alto que aquella situación padre-hijo no era normal.

—He dicho que no vas a ninguna parte —sentenció mi madre—. Y ahora vete a dormir antes de que el castigo sea peor. A partir de mañana tendrás cuatro horas de clases particulares cada tarde. No vas a salir hasta que acabes la selectividad y ya pensaré si tienes permiso para seguir viendo al chico ese.

—Ese chico es mi hermano.

—Ese chico no es nadie —replicó.

En ese momento me quedé muda. No dije nada, aunque por mi cabeza paso todo lo que tenía que hacer. Iba a irme. Agarré mi orgullo, mi rabia y mi rencor, guardé mis recuerdos, mis dudas y anhelos, y me marché a mi cuarto sin decir nada más, sin mirarla a los ojos, porque los tenía llenos de lágrimas y ni siquiera podía ver. Sentenció mi partida sin siquiera un buenas noches, a pesar de que mi corazón se rompía poco a poco por papá. Y por mamá, porque quería que todo fuera distinto. Pero no podía seguir un día más viviendo la vida que no quería vivir.

Me encerré en el cuarto y llamé a Wyatt en susurros, con lágrimas en los ojos y sollozos entre los labios. No sentí vergüenza alguna por llamarle en ese estado, de hecho era él la única persona que había intentado entenderme y sentí que me escucharía. Y, por lo tanto, era la única persona con la que quería hablar, porque sabía que me apoyaba y me ayudaría. Además no podía hablar con Laia.

Me escuchó en silencio para después sacarme sonrisas con sus bromas. No me sentía en absoluto intimidada por él, todo lo contrario. Su compañía me hacía sentir a gusto. Era como probar un caramelo de miel cuando estás resfriado, justo lo que sentía cuando hablaba con mi mejor amiga.

Capítulo 4

Ariadna

Agarré mi bolso, metí la cámara, el dinero, el móvil y salí mirando por última vez mi cuarto. Finalmente había tomado mi decisión. Y nadie lo sabía, excepto Charlie y Wyatt.

Estaba harta de mi madre, de sus órdenes, de su control y de que pensara que podía llevar mi vida como si ella supiera todo y yo fuera una imbécil que no sabe hacer la “o” con un canuto. Una ilusa que no podía tomar una sola decisión sin su consentimiento, bajo su dictadura. Y era eso por lo que ahora tenía todo muy claro. A mis dieciocho años, ya podía escoger mi vida y mi destino, por mucho que ella pensara que la necesitaba a ella para guiarme.

«¿Quería que tomara decisiones? Aquí va la primera: me largo a vivir, a ser libre.»

Lástima que no fuera el tipo de decisión que ella quería que tomara.

Pasé la mirada por uno de los dibujos tontos que mi mejor amiga y yo habíamos hecho de nuestro profesor de ciencias. Sonreí y me mordí el labio con amargura; estaba esforzándome por no dejar que la nostalgia me golpeará tan temprano, saber que tendría que dejar a esa chica de cabello rosa en Barcelona me producía un hueco en mi interior. No podría vivir sin mi mejor amiga, y no sabía si estaría preparada para su reacción cuando descubriera la verdad sobre Charlie que aún no le había contado. ¿Cómo decírselo? Habría

sido más fácil si no se lo hubiera escondido en un principio.

Me acerqué a la pared y quité todos los dibujos y notas hechos por nosotras para luego ponerlos dentro del bolso también. Quería mantenerlos conmigo; así tendría a Laia más cerca. Así podría tocar nuestra vida juntas, desde la primaria hasta el bachillerato, desde los juegos de saltar a la cuerda hasta los dramas amorosos y las fiestas de madrugada. Todo estaba en esos papeles, escrito en palabras que no habían dejado marcada en el papel, aquellas que solo se podía encontrar si conocías las diferencias de nuestros trazos.

—Adiós —susurré nostálgica.

Aquello me obligó a no pensar en mis padres, en el daño que les produciría mi partida no anunciada y en lo vacía que quedarían estas paredes sin mí. Mi vida también iba a perder gran parte de lo que la llenaba, sin embargo no podía dejar que eso me impidiera hacer lo que llevaba tiempo soñando. Y además, quería conocer a mi hermano de una manera más íntima, más fraternal. Y eso no sería posible sin renunciar a algo.

Todo gran logro exige un gran sacrificio.

Charlie estaba esperándome en el recibidor, mientras observaba las fotos que colgaban de la pared de cuando yo era pequeña. Cogió mi maleta en cuanto me vio acercarme a él y con un asentimiento abrió la puerta de casa. Mis padres no estaban en casa aquella mañana, así que para cuando se enteraran de mi huida yo ya estaría lejos de su control, ese que asfixiaba mi libertad. No había nada que deseara más en ese momento, quería ser libre. Me sentía atrapada en una realidad que no era la que yo quería vivir, necesitaba un cambio. Y aquella noche con los chicos había sentido ese cambio, como si tuviera otra vida, como si, a pesar de la posibilidad de que todo se complicara, yo pudiera seguir siendo yo.

Primera cosa que podría salir mal: Charlie. No quería cerrar mis posibilidades con él, aún no, necesitaba conocerle. Pensaba que quizás con Charlie podría encontrar mi camino, porque, todo lo demás en mi vida parecía estar fracasando. No me veía terminando bachillerato, y mucho menos en la universidad. Pero tampoco quería tener un trabajo de cajera para toda la vida. Necesitaba una tener dirección, un propósito, y quizás Londres me ayudara a encontrar ese camino.

Segunda cosa que podía salir mal: echar de menos mi antigua vida, odiar la

nueva y querer volver atrás.

Despedirme de mi pasado dolió, pero reprimí el llanto.

Permanecí unos minutos observando la entrada de mi casa. Me quedé perdida en recuerdos que eche a patadas de mi cabeza de nuevo, y me fui. Era más fácil así.

Pero aquel día me equivoqué en algo esencial: podía marcharme de Barcelona y de casa, pero ni Barcelona ni mi casa se marcharían nunca de mí.

En ese momento no fui consciente de eso, o no le quise dar importancia.

Me dediqué a seguir a Charlie por aquella calle que conocía tan bien mientras miraba al suelo intentando no llorar. Iba a ir a vivir con mi medio hermano, que tocaba en una banda famosa en Reino Unido, mis padres no sabían nada, aunque, claro está, estaban totalmente en contra y mi mejor amiga aún no sabía el lío familiar en el que estaba metida ¿cómo iba a contárselo? Estaba comenzando a temer que Laia se enfadara.

Seguí a Charlie hasta su coche, y menudo coche:

—¡Wow! —exclamé abriendo lo ojos como platos y una carcajada sonó a mis espaldas mientras él metía la maleta en el maletero. Pasé la mano por él. «Dios mío. ¡Pedazo de coche!»

—It's my baby —dijo antes de poner los ojos en blanco y reír—. Well, it's not. It's a rented car. Mine's in England.

Sonreí nerviosa. Había entendido lo que decía y por esa misma razón me aplaudí mentalmente antes de subir al coche de alquiler cuando él también lo hizo. Mis nervios estaban al límite y me costaba separar las emociones que se acumulaban en mi interior. Aunque la mayoría de ellas iban en la misma dirección: energía pura, como si yo misma estuviera hecha solo de adrenalina. Incluso por algunos instantes, mientras Charlie conducía por las calles de Barcelona dejando que su móvil le guiara por dónde circular en una ciudad que no conocía, comprendí que no importaba la admiración que sintiera hacia él, o que fuera mi hermano; el dolor por haber engañado a mis seres queridos seguía siendo muy fuerte. Mi mirada se mantenía pérdida más allá de la ventana. Charlie no pronunció una sola palabra ¿Qué iba a decir? ¿Por dónde comenzar? Sin Wyatt estábamos bastante perdidos, pero el rubio no había querido venir para poder dejarnos a solas.

Así que ninguno de los dos dijo nada hasta que llegamos a uno de los

hoteles más caros de Barcelona. Suspiré y tomé aire. Cuando aparcó me giré para mirarle, se había colocado las gafas de sol, y fruncía el ceño pensativo con la mirada en algún punto del volante. Se percató de mi atención, y entonces me hizo una señal para salir del coche. Yo sabía que esto era igual de difícil para él que para mí. Los dos tendríamos que enfrentarnos a una situación completamente nueva. Después de todo, ahora mi vida estaría en un universo extraño, donde todos parecían demasiado inalcanzables como para poder relacionarme con ellos, principalmente por el idioma. Miré hacia el hotel que teníamos delante y recordé que ese edificio se podía ver desde la playa. Nunca había estado allí. Al menos no dentro. Yo no era una chica rica, al contrario, todas mis cosas caras las había conseguido con mis clases de apoyo a niños pequeños. Salimos del coche y algunas chicas se acercaron a nosotros cuando llegamos a la entrada. El escándalo me llegó con la misma estridencia que cuando alguien rompe un cristal. Apreté los labios e intenté no parecer incómoda con la situación, pero era difícil. No pude evitar mirarlas intimidada y enseguida Charlie me agarró del brazo para llevarme con él entre la multitud hasta dentro del lugar. Agradecí el gesto e imité el ritmo de sus pisadas. Charlie pidió una habitación para mí en recepción.

—¿Tú debes de ser Ariadna, no? —preguntó alguien a mis espaldas. Su acento escocés y su tono divertido no me pasó desapercibido: Wyatt. ¿Ahora fingía no conocerme?

Me volví. «Este chico es tonto».

Su sonrisa provocó que otro torrente de nervios se apoderara de mí, como un cohete que acaba de explotar. Mi reacción fue una locura, pero cuando se comportó como un famoso desconocido, en vez de como la persona con la que había estado hablando el día anterior, fui consciente de que era el chico de mis pósters. Ahí estaba Wyatt Harford, y no me era indiferente. Sin querer, chillé. Me avergonzarme de mi comportamiento enseguida, pero lamentablemente ya era tarde para eso. Y me dejé llevar por la diversión.

Ahora sé que aquella no fue más que una vía de escape para deshacerme de todos los sentimientos negativos que habitaban en mí.

—¡Ah, sí! ¡Dios mío, eres tú! ¡Wyatt! —de un momento a otro me encontraba abrazándolo como si de un amigo se tratara. Me sentía tan bien en sus brazos, y era tan embriagador su aroma que creí estar en el cielo.

—Sí, eh, ya me conoces Ariadna —rió dejando la broma y con un tono

incómodo mientras me alejaba de él— ¿Qué te pasa? ¿A ti te ha hecho lo mismo? — preguntó Wyatt en inglés a Charlie, algo que milagrosamente entendí.

—Yeah —asintió Charlie mientras reía ladeando la cabeza. Sus ojos se achicaron. Luego dijo algo más que no entendí.

—Wyatt —murmuré seria, haciendo que me mirara. Sentí que me moría al ver lo perfecto que parecía. Hacía dos días que prácticamente todo lo que hacía era morir. Sus ojos azules eran como un imán para mí, y sentía que su presencia era como la de un ángel. Pero eso no haría que me olvidara de mis padres— ¿Qué ha dicho? No me he enterado de nada.

—Que tenías el cuarto lleno de pósters nuestros y que para él es raro que su hermana sea una fan lunática y chillona —contestó.

«¿Cuándo ha visto Charlie mis pósters? ¿Qué soy una lunática? Se va a enterar»

—Él es igual de chillón que yo... lo que pasa es que él lo esconde mejor cuando está detrás de la batería.—me burlé aludiendo a sus malas dotes en canto.

Suerte que en el grupo cantaban Blake, Wyatt y Caleb. Si tuvieran que confiar en las voces de Charlie y Finn la banda no hubiera dado ni un solo concierto. No es que cantaran de manera horrible, pero debían aceptar que no tenían la suficiente voz para ser cantantes.

Wyatt rió y tradujo a Charlie. Él asintió y replicó algo con diversión, Wyatt rió.

—Dice que tú eres una de esas chillonas y que él sí que sabe cantar— tradujo y fulminé a Charlie con la mirada. Él rio y negó con la cabeza.

—Sorry —se disculpó con una burla divertida.

Nos pasamos el resto de la tarde en la terraza de la piscina del hotel, mientras Charlie y Wyatt me enseñaban algo de inglés. Pensé en tener una charla seria con ellos, pero no me sentía lingüísticamente preparada, así que me dediqué a seguir las tontas conversaciones sin sentido. Aprendí bastantes cosas, y supuse que como dijo Wyatt, en menos de un mes ya estaría hablando bastante bien el idioma. De vez en cuando hacían bromas entre ellos y yo, sin poder evitarlo, sacaba mi modo fan haciendo que ellos rieran como malditos. Sobre todo mi hermano, que se burlaba de mí cuando decía: «¡Oh Dios, qué monos!»

Pero aunque lo intentara, no podía evitarlo. Había encontrado la manera de hacer que todo fuera más llevadero, y era comportándome como una fan loca, descargando mi nerviosismo en histeria.

Cuando comenzó a hacer frío decidieron ir cada uno a sus habitaciones, pero yo me quedé un poco más. Necesitaba pensar en muchas cosas. Pero no pude, dado que un grupo de chicas se puso en círculo a unos metros de mí. Enseguida las escuché cuchichear sobre mí. Parecían fingir que toda su atención la mantenían alejada de mí, pero no lo conseguían y me sentía increíblemente incómoda. Me sentí molesta y algo avergonzada por sus críticas. Odiaba sentirme tan intimidada frente a una multitud.

—¿Quién será? —preguntó a las que parecían sus amigas una chica morena y bajita. Hice un gesto de desdén, expresando lo poco que debía importarles quién era yo, pero ni siquiera la miré. ¿Por qué tenía que dar explicaciones a alguien que ni conocía?

—¿Qué hace con Charlie? —preguntó otra chica castaña a su lado.

—No lo sé, tía —contestó una rubia—. Pero está claro que es una groupie de mierda. Aprovechándose de que comienzan a ser famosos para lucirse y tener cosas gratis. Malditas zorras inglesas.

Esa chica consiguió entrar en mi lista de más odiados con solo una frase. Sentí el impulso de levantarme y mandarla a la mierda, pero desde luego yo no era cómo ella y no me rebajaría a su odio sin sentido. Hablaban como si no les importara que yo las estuviera escuchando. Después de todo, pensaban que ni siquiera las entendía y eso les daba una excusa para no sentir remordimientos. Pero a mí sí me dolió sentirme tan atacada.

—¿Y si es su novia? —otra chica.

—Pues mira que es fea —la rubia tenía que dar su opinión, cómo no—. Y gorda. Si me entendiera le recomendaría mi dietista.

«Gracias por herir mi autoestima, muy amable por tu parte». Odiaba a las mujeres que atacaban a otras por celos; por hombres.

En ese momento las miré, y me incorporé. Y a pesar de que estaban haciendo que sintiera vergüenza por mi cuerpo y quisiera taparme, no lo hice.

Se tensaron al ver que iba a dirigirme a ellas.

—Pues a mí me gustaría que me recomendaras a tu dietista. Me iría muy bien para la operación bikini, ¿sabes? —dije, dejándolas estupefactas— No

soy inglesa y gracias por vuestra amabilidad.— Esperaba que mi sarcasmo fuera suficiente.

«¿Cómo alguien puede aguantar esto?»

Después de eso, sus voces desaparecieron del ambiente, al menos por un rato. A veces nos olvidamos del daño que hace nuestro egoísmo y nuestra envidia a los demás, aunque pensemos que la otra persona no se va a enterar.

—Hey, Ariadna, ¿vienes? —Wyatt se abrió paso entre la multitud junto con Charlie que venía detrás de él con un helado de lo que parecía vainilla en su mano derecha.

«Mi salvación».

—¡Claro!

Todas comenzaron a pedirles fotos. Puse los ojos en blanco y me levanté para ir junto a mi hermano. Las chicas no se dirigieron a mí, pero sonreían con nerviosismo, con esa sonrisa que pones cuando sabes que la has cagado. Observé la situación intentando mantenerme impasible, pero no me fue imposible. Esa rubia me caía peor que un petardo en el culo. Después de algunas preguntas, Charlie dijo que yo era un familiar suyo y de repente todas vinieron hacia mí, obviamente no me pidieron disculpas por los cuchicheos anteriores pero sí querían fotos conmigo. Me sorprendió la falsedad e interés que la gente llegaba a tener. La rubia también lo hizo, y sin muchas ganas posé a su lado. Tanta atención repentina me hizo sentir importante, a pesar de ser una don nadie.

Eran aproximadamente las diez de la noche y me disponía a salir del hotel. Muchos pensarían que era un loca adolescente más que necesitaba un poco de juerga y alboroto. Y sí, a veces lo necesitaba, pero eso no era en absoluto lo que iba a hacer esa noche.

Llevaba mi cámara colgada del cuello, la que me había costado más de seis meses de trabajo en días de fiesta y fines de semana, y una chaqueta de lana blanca alrededor de mis hombros. Atravesé el corredor de baldosas negras que llevaba a la entrada del hotel y vi a Charlie y a Wyatt saliendo del restaurante por el rabillo del ojo. Miré a mi alrededor agitada, en busca de un lugar en el que esconderme. Me escabullí por el primer pasillo que encontré y esperé a que pasaran de largo. Suspiré aliviada cuando los vi desaparecer al final del pasillo sin haberse percatado de mi presencia.

Hacía media hora que me había despedido de ellos con la excusa de estar cansada y les había dicho que me iría a dormir. Charlie no parecía creerme, pero no le di ningún tipo de importancia. Quería salir a hacer fotos y por fin era libre de ir a cualquier sitio sin dar explicaciones.

Necesitaba relajarme, pensar y hacer lo que mejor sabía. Quería pasear por Barcelona cuando el sol se escondía y se podían apreciar las luces más bonitas. Las estrellas brillaban en aquella ciudad de la costa mediterránea, podías pasear por la playa y creer que si lanzabas un mensaje en una botella al mar, cualquier cosa sería posible.

Me alejé de mi escondite y del hotel, y me comencé a recorrer la playa. Después seguí hacia el puerto, hasta perderme en los paseos, calles y ramblas del centro de Barcelona. Hice fotos a muchísimas cosas, a la playa, al puerto marítimo, a los adolescentes que hacían botellón y se escondían de la policía, y a los turistas bailando borrachos en las calles. Reí para mis adentros. La gente era sorprendentemente cada día más rara. Pero de alguna manera, era agradable pensar que en Barcelona todo podía pasar, era una ciudad en la que las sonrisas y el buen ambiente te acompañaban siempre. Más tarde descubriría que me equivocaba sobre aquello, era demasiado ilusa e inocente.

Caminé tranquila hasta que vi un mensaje de mi madre y muchísimas llamadas perdidas. No le contesté. Ella no sabía dónde estaba y no se lo diría hasta pisar suelo inglés. Eso me hizo reflexionar sobre la situación.

Estaba en un hotel con nada más y nada menos que Charlie Britton y Wyatt Harford. En cualquier otra ocasión hubiera estado loca de euforia, y lo estaba, pero aquello no era el sueño adolescente perfecto. Además, el hecho de que Charlie fuera mi hermano era algo muy difícil de asimilar, a pesar de que lo sabía desde hacía tiempo.

Otra cosa que me había llamado la atención era que Charlie se había traído a Wyatt para venir a buscarme, y aquello era algo muy considerado de su parte. Los demás estaban en Londres, preparándose para el tour europeo, cosa que ellos dos deberían estar haciendo también. Que se hubieran molestado en venir me reconfortaba. No podía esperar a poder hablar bien con Charlie, a solas. Entender lo que decía y tener una relación de hermano y hermana.

Me desvié de mi camino cuando dos borrachos me vieron y comenzaron a hablarme. Molesta, comencé a caminar sin rumbo y bufé resignada ante las

burradas que podía decir la gente. No era la primera vez que me pasaba y sí, era totalmente asqueroso. Ellos exclamaban cosas desagradables y yo sentía la necesidad de estamparles la cámara en la cabeza antes salir corriendo. Pero nunca le haría eso a mi querida Molly. Seguí caminando, sin hacer caso a los dos chicos que iban detrás de mí.

Charlie

—Tu hermana es graciosa —Dijo Wyatt, que sujetaba una tarrina de helado de frambuesa en la mano—. Sus “ataques fan” son lo mejor. Me siento mal por reírme, pero es que es tan graciosa la situación... Si fuera una fan normal sería distinto, pero es tu hermana... es raro. O sea, la hermana de Caleb pasa de mí y la de Finn me habla como si tuviera algún tipo de retraso por no tener un graduado universitario como ella... pero la tuya me adora porque sí y es súper simpática— declaró antes de tirarse en mi cama, lo miré de reojo, recordando cómo había intentado esconder el coqueteo la noche anterior. Como si yo no me hubiera dado cuenta— Ay, Ariadna. Qué chica más graciosa —«¿Qué hace en mi cuarto? ¿De dónde ha sacado el helado?»—. No me mires así, me lo han dado en la cocina. Ya sabes, soy muy adorable y la camarera no pudo resistirse.

Wyatt soltó una carcajada al ver mi expresión de desagrado, la cual no estaba seguro de si se debía al hecho de que conseguía helado gratis o a que estaba en mi habitación.

—Eres irremediable. Cualquier hombre usaría su físico y sus dotes de seducción para llevarse a cuantas chicas pudiera a la cama. Pero tú... —hice una pausa cuando se manchó la nariz de helado— ¡Tú lo usas para conseguir comida gratis! ¡Eres alucinante, Harford!

Él rio antes de llevarse otra cucharada a la boca.

—La comida y el sexo son las cosas más placenteras de mi vida —informó satisfecho.

Alcé una ceja antes de caminar hacia la butaca situada frente a la cama.

—¿Sexo? —pregunté y él asintió— Tú no tienes sexo desde hace por lo

menos un año.

—¡Hey! No te metas con mi abstinencia sexual —dijo llevándose otra cucharada a la boca—. Sabes que todo es por la maldita apuesta con mi primo Blake. Ese cabrón sabe cómo confundirme para hacerme apostar tonterías y fastidiarme. Lo peor es que sabe cómo disuadirme.

—Sí, será eso, la apuesta. Y sí, Blake es un cabrón muy listo, pero eres tú el que está siguiendo las reglas de un juego tonto —me burlé de él.

Sabía muy bien que no era por eso, pero él podía seguir engañándose así mismo si quería.

Se encogió de hombros.

—Lo sigo porque soy legal.

—Ya, claro, eres legal para lo que quieres, Wyatt. No nos engañemos —contesté y cambié de tema— ¿Crees que mi hermana duerme?

—Sinceramente creo que no, estaba agobiada —respondió.

—Va a ser difícil, para ella y para mí —contesté—. No sabes cómo es esto, me siento impotente cada vez que intento hablar con Ariadna. Ella me mira confusa y no entiende nada. Ya es frustrante el hecho de que hace apenas cuatro días que sé de su existencia, y me cuesta asimilar que ella sea mi hermana, como para añadir esta mierda.

—La verdad es que os parecéis bastante en los rasgos —se fijó él llevando otra cucharada de helado a su boca.

—Sí, eso es verdad —admití.

No podía negar que me había fijado en sus facciones. Su cabello era parecido al mío, del mismo tono castaño, y lo mismo pasaba con la forma de sus ojos y de su nariz.

Wyatt se encogió de hombros y de repente mi móvil comenzó a vibrar. Lo saqué del bolsillo de mi pantalón y leí la pantalla: Blake.

—¿Diga? —contesté poniendo la llamada en altavoz.

—Eh, ¡Hola! ¡Charlie! ¡Wyatt! —escuché un tumulto de voces al otro lado del teléfono.

—¿Blake? —pregunté al no entender nada entre todo ese zumbido de voces juntas.

—¡Hey! Charlie —saludó el tono tranquilo de... ¿Caleb?

—¿Caleb? —pregunté frunciendo el ceño y levantándome para sentarme en

la cama al lado de Wyatt que miraba el ordenador concentrado.

—No, no... sigue probando — fruncí más el ceño. ¿Finn?

—¡Chicos! ¡Hablad claro! —exclamé y Wyatt negó con la cabeza divertido.

—¿Qué les pasa a estos tres? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—¡Charlie! Pásame a tu hermana —ordenó Blake con tono pícaro al otro lado de la línea.

—No, Blake, no te va a entender. No sabe inglés —informé.

—Mi idioma sensual es internacional, le diré Baby baby, hello pretty lady. Senioriiiiita bonita — hizo una pausa— y ya está —dijo satisfecho mientras Caleb y Finn murmuraban entre ellos —. Luego caerá rendida a mis encantos y estaremos juntos hasta que salga el sol.

Puse los ojos en blanco.

—No te voy a pasar a mi hermana, Blake —Wyatt rio ante mis palabras—. Y menos para que hagas el ridículo de esa manera.

—¡No hago el ridículo!

—Sí, lo haces —levanté las cejas—. Y como te atrevas a molestarla o a tocarla vas a ver salir el sol de la paliza que te voy a dar.

—Tú no sabes lo que es el ridículo. Yo tengo estilo y originalidad. —contestó Blake.

—Tú eres tonto —contesté—. No olvides que hablas de mi hermana.

—Yo soy el único que puede hablar con ella, que lo sepas —informó Wyatt con rintintín.

—¿Cómo es? —preguntó Blake ignorando a su primo que intentaba chingarle. No sabía la razón, pero Wyatt siempre buscaba la manera de molestar a Blake, y a la inversa, siempre he supuesto que era cosa de familia.

—Es como Charlie, pero más extrovertida, aunque no me sorprende. Tampoco es muy difícil —yo era muy introvertido—. Y bueno, es fan nuestra —dijo Wyatt.

—¡Sí! Tenía su habitación repleta de pósters nuestros —añadí.

Todos rieron.

—¿Cuándo venís? — preguntó Finn cambiando el tema de la conversación.

—Mañana a las once sale el avión — informó el rubio.

En ese momento recordé que no le había dicho nada a Ariadna sobre el vuelo.

—Wyatt, vamos a la habitación de mi hermana. Tengo que decirle cuándo cogemos el vuelo —le dije levantándome de la cama.

«¿Mi hermana?». Las dos palabras sabían extrañas en mis labios.

Wyatt me miró.

—Cierto, no le hemos dicho nada —dijo.

—¿Adónde vais? —preguntó Caleb desde la otra línea de teléfono.

—A la habitación de Ariadna —contesté—. Tenemos que colgar.

—¿Quién es Ariadna? —escuché preguntar a Finn.

—Su hermana, idiota —contestó Blake— ¡Auch! Finn, no me pegues.

—Pues no me insultes, o saco toda tu mierda —respondió Finn.

—Eres un malhablado —respondió Blake.

Y tenía razón. Aunque fuera nuestro amigo, Finn no era la persona más agradable del mundo, había que admitir que tenía cierta tendencia a ser cortante y enseguida se ponía a la defensiva.

—Cállate —respondió el otro.

—Bueno, chicos, adiós. Hasta mañana —me despedí.

—¡Adiós! —se despidió Blake antes de que los demás lo hicieran para así terminar la llamada.

Salimos de mi habitación después de que me vistiera. Mi amigo cotilleaba su móvil mientras yo cerraba la puerta con la tarjeta.

—¿Qué habitación era? —pregunté.

—Trescientos sesenta y siete.

Recorrimos el pasillo que conducía hasta allí . En cualquier otro momento me hubiera fijado en lo curiosa que era la pared del pasillo, que dejaba caer agua en forma de una pequeña cascada. Sin embargo me mantuve con la mirada fija en el final del corredor con una sola pregunta en la mente. Mamá sabía que tenía una hermana y mi padre nunca lo mencionó en las cartas que yo sí leía pero no contestaba nunca. ¿Cómo pudieron hacer algo así? ¿Alejarme de mi hermana? Esa era una de las cosas que nunca entendería.

La puerta estaba entreabierta pero tocamos un par de veces antes de entrar. No entendía por qué la dejaría entreabierta pero supuse que sería algo

despistada.

—No está —mi voz se escuchó firme, después mi mirada volvió a recorrer la estancia y finalmente se detuvo en el rostro de mi amigo.

No había rastro de Ariadna.

—Charlie... ¿Qué hacemos? ¿La llamo? —Wyatt hizo una mueca, claramente molesto por la mentira de Ariadna.

No contesté.

Me fijé en que había dejado todas sus cosas ahí, así que, no había escapado. Nadie escapa sin sus cosas. Posiblemente solo estaría dando una vuelta por el hotel, no había por qué dejar que el pánico dominara la situación sin la suficiente información como para comenzar a especular.

—Vamos a buscarla —ordené antes de decidir no detenerme hasta encontrar a mi hermana— ¿No creerás que se haya vuelto a su casa, verdad? —pregunté y Wyatt se encogió de hombros.

—No creo... pero no lo sé.

Salimos del cuarto y fuimos a mirar por todo el hotel. Después de recorrer todas las plantas, buscar en todos los lugares comunitarios y preguntar en recepción, la idea de encontrar a la chica allí se hizo más lejana. No había ni rastro de ella, así que lo primero que pasó por mi mente fue proponerle a Wyatt que fuéramos a buscar el coche para ir en su busca.

—¿Dónde mierdas se ha metido tu hermana? —preguntó Wyatt dando a entender que su paciencia se estaba agotando— ¡Me ha dicho que iba a dormir! ¿Eso es dormir? A menos que sea sonámbula, no lo creo.

Genial, no sabía por dónde empezar. ¡Ni siquiera conocía la ciudad y Wyatt solo se quejaba!

—Lo sé, pero ¿qué quieres que haga? Esta chica me va a dar más problemas de los que pensaba, si empezamos así.

—Llámala —sugirió Wyatt que no paraba de morderse las uñas a causa de los nervios.

—No tengo su número —bufé echando mi cabeza hacia atrás con preocupación e impaciencia.

—¡Dios, Charlie! ¿Por qué no tienes el número de tu hermana? ¡Es tu hermana!

—¡Y yo que sé! ¡Prácticamente no entiendo nada de lo que dice! ¿Cómo le

pido el número? ¿En indio?

—No, en castellano.

—No seas imbécil, sabes que no sé castellano.

—Vale, vale. No te enfades ¿sí? Está bien, yo lo tengo.

Suspiré aliviado. Y le quité el móvil para llamarla. Ariadna no contestaba ninguna de las llamadas, atacando mis nervios, encendí el motor y saqué el coche del aparcamiento del hotel mientras mantenía mi corazón en un puño. Se suponía que debía cuidarla, que iba a ser mi responsabilidad y que no sería algo complicado. Sin embargo, parecía ser mucho más complejo de lo que había planeado. Pasaron los minutos, que parecían horas. Sentía los músculos agarrotarse en todo mi cuerpo.

Volví a llamarla. Wyatt también lo hizo innumerables veces sin obtener respuesta, mientras yo me dedicaba a perderme en las calles del centro de Barcelona sin saber dónde me encontraba a ni adónde iría a parar. Encontrarla sería pura suerte, ya que ni siquiera sabíamos si estaba en la calle.

Un grito llegó a mis oídos cuando giraba una esquina. Todavía no estábamos muy lejos del hotel.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Wyatt sobresaltado.

—No lo sé, sal del coche —ordené sin esperar un solo segundo.

—Pero aparca.

—¡No hay tiempo para aparcar! —paré el coche acercándolo a la acera.

—¡Te van a multar!

—¡Me da igual! —exclamé saliendo del coche.

Wyatt maldijo por lo bajo antes de salir también.

Ariadna

Aquellos chicos me habían acorralado contra la pared, dejándome sin ninguna oportunidad de defensa. Diciendo cosas que seguramente ni ellos mismos entendían debido a la borrachera. Uno de ellos, moreno y de mirada oscura, logró agarrarme por las muñecas. Forcejeé sin fuerzas, intentando deshacerme de él, pero fue imposible. Mi cámara acabó en algún lugar de la calle vacía. No sabía cómo había llegado allí, y lo peor era que no sabía cómo iba a salir

de aquella situación. Empecé a hiperventilar, a pesar de mis esfuerzos anteriores por mantener la calma.

El otro se acercó de forma tentativa pero torpe a mí. El chico comenzó a acariciarme el muslo y todos mis sentidos se quedaron paralizados. El miedo me invadió y el primer pensamiento que atacó mi mente fue el de que me arrepentía de haber salido del hotel. Quise chillar cuando el chico moreno de ojos azules atacó mi boca salvajemente, pero no pude. Al igual que mi cuerpo, esas pequeñas cuerdas vocales que se encargaban de hacer funcionar mi voz habían decidido hacerse un nudo. No podía moverme y mi cuerpo no respondía. Eso no era un beso, era una tortura. Era la manera más grande de hacer sentir miserable a alguien. Aquel pensamiento fue el que me hizo actuar al fin. Le mordí la lengua como acto de defensa pero él respondió apretándome el muslo. Solté un quejido de dolor y el chico que me aguantaba las muñecas comenzó a besarme el cuello. Pataleé, y grité, pero me tenía completamente inmovilizada.

Olían a alcohol. Era vomitivo y asqueroso. La vista se me nubló cuando uno de ellos deslizó su mano hacia mi entrepierna y comenzó a tocar con fuerza. Dolía y solté un chillido desesperado. No, yo no quería esto. Deseaba salir corriendo, pero no podía. Luchaba y luchaba contra ellos pero no tenía la fuerza necesaria. No podía creer que solo me quedara esperar un milagro. O que solo pudiera llorar y esperar a que pasara todo. ¿Cómo podía ser que creyeran que podían acabar con mi libertad de decisión sexual, y hacer con mi cuerpo lo que quisieran?

El chico que me estaba sujetando me soltó, pero el otro me agarró más fuerte. Yo no podía moverme y sentía como si algo fuera a explotar dentro de mí. Quizás por miedo, quizá por rabia. No lo sabía. Mis ojos seguían cerrados, incapaces de afrontar la situación que carcomía mi mente. Sin embargo, conseguí alzar la rodilla con todas mis fuerzas para darle en sus partes. No iba a darme por vencida tan fácilmente. El chico soltó un grito de dolor.

—¡Putas zorra de mierda!— dijo y volvió a atacarme.

—Imbécil —le escupí.

Sí, escupí.

Directamente en su asquerosa cara.

Oí unos golpes. Abrí los ojos, confusa y asustada. Mis manos habían sido

liberadas, y las llevé hacia mi rostro.

Las lágrimas caían como ríos por mis mejillas, presa de la situación, y no podía ver con claridad lo que estaba pasando. No podía controlarlas. Quería ser fuerte, quería demostrar que no me hacían daño, pero no era así.

Ese chico ya no me estaba tocando y sentí un alivio inmediato, aunque sinceramente esperaba que arremetieran contra mí con más violencia de un momento a otro. Nadie lo hizo. Me senté en el suelo presa del pánico, intentando mantener la calma, buscando la manera de vencer el miedo y salir corriendo. No podía. Mi cuerpo estaba dominado por un sudor frío y un tic tac acelerado que me impedía moverme. Alce la mirada, preguntándome la razón por la cual nadie volvía a mí.

Entonces los vi.

Wyatt estaba encima del chico moreno. Su mandíbula estaba tensa y gritaba insultos al desconocido mientras golpeaba su rostro sin piedad. El otro se defendía. Mordí mi labio en un acto reflejo y enseguida aparté la mirada para buscar a mi hermano. Charlie, hacía lo mismo con el que me había tocado. Aunque estaba siendo mucho más violento que Wyatt. No podía moverme, mis piernas habían dejado de tener contacto con mi cerebro y todo lo que podía pensar era en el hecho de que necesitaba algún tipo de señal que me devolviera a la normalidad. Los chicos se defendieron pero su estado de embriaguez les impedía enfrentarse a mi hermano y a Wyatt, que estaban totalmente sobrios y dispuestos a darles su merecido.

De un momento a otro Charlie soltó al chico y escupió un par de exclamaciones que no entendí. La respuesta del chico fue rápida y clara ante mis llorosos ojos, salió corriendo sin mirar a su amigo, que yacía entre las manos de Wyatt. Un segundo después Wyatt hizo lo mismo y el otro también salió corriendo. De repente me sentí aliviada y a salvo, pero muy estúpida y cobarde al mismo tiempo. Supuse que, al igual que yo, mi hermano y Wyatt se dieron cuenta de que esto daría mucho de qué hablar. Las marcas y moretones que les saldrían no serían fáciles de disimular. Y lo sabía.

Me levanté como pude y casi sin pensarlo mi cuerpo corrió hacia Charlie, refugiándose en el abrazo que me ofrecía. Me dejó llorar en su pecho. Tenía mucho miedo.

Wyatt también se unió al abrazo haciendo que me sintiera protegida. Ninguno de los tres pronunció palabra alguna. Seguí llorando, pero con cada

segundo que pasaba estaba más calmada. Fuimos al coche y ellos se sentaron delante. Yo me quedé en los asientos de detrás. Aquel silencio me estaba matando. Me estaba poniendo nerviosa, muy nerviosa, y cuando creí que aquello iba a ser eterno, Wyatt habló.

—¿Estás bien? —preguntó amablemente mientras agarraba un pañuelo y lo ponía en su frente después de mojarlo con el agua de una pequeña botella.

—Sí —contesté.

Él se giró para mirarme fijamente a los ojos y entonces fui consciente. Consciente de verdad. Consciente de lo que estaba pasando, de con quién estaba en el coche y de cómo iba a cambiar mi vida a partir de aquel momento. Dos de mis ídolos acababan de buscarme por la noche, acababan de salvarme de dos tíos que querían violarme y habían acabado magullados por aquello. Esto no lo había soñado ni en mis mejores sueños. Aunque la segunda parte ni siquiera era un sueño.

—¿En qué demonios estabas pensando? —preguntó de nuevo mientras me miraba fijamente a los ojos, preocupado y de manera acusatoria al mismo tiempo,— Tienes suerte de que fuéramos pelones en el instituto.

—Yeah, I think that's the question — dijo Charlie.

No entendí nada.

Bien.

—Yo solo quería hacer fotos —me excusé.

Naturalmente sabía que eso no les convencería, pero era la verdad.

—¿Y te pareció buena idea salir a estas horas de la noche? ¿Estás loca?— exclamó Wyatt molesto por mi respuesta. No le culpaba.

—Te sangra el labio —observé.

—Ya lo sé. Pero ese no es el asunto. Dime por qué has salido a estas horas. ¿No piensas, o qué?

—What is she saying? —preguntó Charlie algo nervioso.

Wyatt lo miró.

—Wait, Charlie —dijo Wyatt, me sorprendí a mí misma entendiendo lo que decía, y naturalmente una pequeña “yo” aplaudió en mi mente— Si no hubiéramos ido a tu cuarto a buscarte, ¿eres consciente de que te habrían violado, verdad?

—Sí, lo soy. Pero yo no pensé en eso cuando salí —hice una pausa— .

Solo quería despejarme.

—Pues piensa antes de actuar y si quieres despejarte tómate una ducha como hacemos todos, no salgas en mitad de la noche. Charlie estaba de los nervios —miré a mi hermano, que conducía serio, mirando la carretera mientras un fino hilo de sangre caía por su sien.

—Lo siento.

—What is she saying? —volvió a preguntar Charlie.

Wyatt comenzó a explicarle todo lo que yo había dicho y cuando acabó, Charlie comenzó a hablar, alzando el tono de vez en cuando. Estaba claro que se había enfadado conmigo. Era obvio.

—Dice que eres una inconsciente, que no deberías haber salido a estas horas y que no lo vuelvas a hacer. Que se ha asustado mucho y que cuando ha visto que esos hombres te tocaban... no sabe cómo describirlo pero se le ha caído el mundo encima. Dice que cuando no te ha visto ha pensado que te habías ido, que no querías estar con él, y se ha sentido muy mal. Y que está feliz de que estés bien y de que no te hubieras escapado o algo parecido.

Una lágrima se deslizó por mis mejillas segundos después de que mis ojos se aguaran. Comencé a llorar porque aún sentía las manos de aquellos chicos en mí, porque Charlie me había conmovido y porque la situación me ahogaba.

—Lo siento —me disculpé de nuevo—, no volveré a salir sin avisar. Pero creo que sea justo. ¿Por qué tengo que salir a la calle con miedo a que abusen de mí?

Wyatt suspiró.

—Sé que es una mierda, pero lamentablemente esta sociedad no enseña a los hombres a respetar a las mujeres.

—Entonces ¿es responsabilidad mía lo que ha pasado? ¿Es mi culpa por querer hacer fotos y pasear por la noche? ¿Nadie me dará seguridad si decido vivir mi vida como me apetece?

Volvió a suspirar.

—Te entiendo, Ariadna. Sé que es frustrante, pero yo no puedo hacer nada.

—Sí que puedes. Los dos podéis hacer algo.

—¿El qué?

—No culparme a mí por salir a estas horas. Estoy en mi derecho de hacer fotografías de noche, porque me gusta. No soy una inconsciente.

—Pero es peligroso que una chica salga. ¡Mira que cosas pasan! — contestó.

—¡Ellos tienen el problema! por intentar violarme y creer que tienen el derecho de hacer con mi cuerpo lo que quieran, solo porque soy mujer. ¿Qué soy, un trozo de carne en una carnicería?

—Ya lo sé, pero puedes evitarlo si no sales a estas horas...Así es el mundo, me parece bien que pienses así, ¡pero eso no cambia la realidad!

—No pienso discutir, Wyatt. Ya te he dicho lo que pienso.

Y esta era una de esas cosas que nunca entendería, ni entenderé.

El chico bufó, pero no podía estar de acuerdo con él. Charlie seguía mirando un punto fijo de la carretera y cuando menos lo esperaba pude ver una lágrima cayendo por su rostro. Estaba segura de que él se sentía tan ahogado por la situación como yo.

No volvimos a hablar en todo el trayecto y cada vez me sentía peor. Miraba a Wyatt y a Charlie con la cara destrozada y sabía lo que luego pasaría, un gran alboroto. Todo el mundo querría saber qué había pasado y, por supuesto, ellos tendrían que responder. Todo el mundo sabría que casi había sido violada en un callejón por dos borrachos.

«Bien por mí. ¿Dónde recojo el premio a idiota del año?»

Cuando llegamos al hotel me fui a mi habitación avergonzada. Sí, acababa de darme cuenta de que me avergonzaba de lo que había pasado, y de que ellos sabían que me sentía así. Charlie no me habló, cosa que me molestó, pero tampoco iba a poder comprender nada de lo que dijera. Al único que tenía era a Wyatt. Él era el único con el que podía comunicarme y hablar hasta que mejorara mi inglés. Y dudo que él tuviera muchas ganas de hablar desde nuestra última conversación.

Me puse el pijama e intenté dormir, pero enseguida adiviné que no sería fácil. Me resultaba casi imposible conciliar el sueño. Cada vez que cerraba los ojos me acordaba de esos dos chicos, esa mirada oscura me congelaba y me aterraba. La imagen de hacía un rato se plantó en mi mente como la peor de las pesadillas.

Sonó el teléfono.

—¿Diga? —contesté.

—¡Ariadna! —era Laia— ¿Cuándo pensabas contármelo? ¡Estás en un hotel con Charlie Britton y Wyatt Harford! ¿Y yo tengo que enterarme por

Twitter? ¿A qué juegas? —dijo mi mejor amiga al otro lado del teléfono, y no parecía muy contenta.

«Mierda».

Suspiré.

—Hoy es el peor día de mi vida. No sabes lo que me ha pasado —dije al borde de las lágrimas.

«No Ariadna, no lo recuerdes de nuevo», decía mi cabeza.

—No, no lo sé —contestó, apuntando lo evidente—, pero si estás con Charlie Britton y Wyatt Harford en un hotel, creo que no debe ser tan malo —continuó con su tono molesto.

—Lo es, créeme.

Ella suspiró.

—Cuéntame. ¿Tiene que ver con que no me hayas contado nada?

—No del todo.

Ella siempre estaba ahí para escucharme. No importaba la hora. Era la mejor, y yo le había escondido algo vital.

Empecé por el principio, desde cuando me había encontrado a Charlie en mi casa hasta la agresión y la pelea de los chicos, la bronca de Charlie y la conversación con Wyatt. No pude evitar acompañar mi relato con llanto, me sentía desprotegida sabiendo que cualquier día me podría pasar lo mismo. ¿Por qué? ¿Por qué nos enseñan a sentirnos miserables si agraden? Tenía muy claro que lo que había pasado no era mi culpa, y no pensaba permitir que nadie me hiciera responsable por ello. Sin embargo, no podía evitar sentirme incomoda en mi propio cuerpo. En ese momento, eché de menos a mamá.

—Ariadna, no llores por favor. Mira el lado positivo, no te hicieron nada. Gracias a ellos dos.

—Sí, lo sé, pero no puedo evitar sentirme mal —evité hablar de cómo realmente me sentía—. ¿Sabes la que se va a montar cuando la gente se entere de lo que ha pasado? Porque vamos, solo hace falta mirarlos. Wyatt tiene el labio roto y el ojo morado, y Charlie tiene una brecha desde mitad de la frente hasta la sien, y moretones.

—Ya se ha montado. Ya he leído como unos cincuenta tweets de chicas que dicen que están llorando por eso, y te echan la culpa a ti. Alguien os ha hecho fotos.

Maldije antes de hablar:

—Joder, serán estúpidas. Lloran por algo que ni siquiera saben, qué rabia me da. Igual que esta mañana, que me insultaban por nada. ¡No lo entiendo, Laia! ¿Yo que les he hecho?

Suspiró.

—Celos. Aunque te fastidie aceptarlo, a las chicas nos enseñan a darnos codazos por los chicos. Hasta que crecemos, y nos damos cuenta de lo que realmente sucede.

—Ya lo sé. También cometí ese error hace tiempo, hasta que me di cuenta de que despreciar a alguien no me hacía mejor que esa persona.

—Lástima que haya gente que no entere nunca —suspiró de nuevo—. Lo siento, Ari. No deberías sentirte así, pero sé que no te puedo decir que lo ignores porque no lo vas a hacer.

—No lo haré. No puedo hacerlo. Me da mucho coraje.

—Tan reivindicativa como siempre. ¿Estas segura de que no quieres ser influencer? —soltó de broma.

—Mis notificaciones estarían llenas de insultos... siempre me meto en los temas tabú más conflictivos, no sé cómo lo hago. ¿Te acuerdas de aquella vez que subí una foto desnuda imitando un cuadro de Goya? Mi intención era expresar disgusto. Porque yo sería calificada de puta y el cuadro de arte. Me dio rabia cuando la gente no lo entendió. Decían que solo quería llamar la atención.

Bufé.

—A mí me encantó. Me pasé toda la tarde contestando a los que te insultaban.

—Pues a Instagram no le gustó, porque me la censuró —suspiré—. A saber qué pasará con esto...

—No te preocupes, ya verás cómo tu hermano lo arregla —hizo una pausa—. Qué raro es decir eso.

—Sí, mi hermano. Charlie Britton.

—Oh, Dios. Sabes que yo, como mejor amiga tuya, tengo el deber de conocer a tu hermano y a todos los demás —reí—. Y sobre todo al bastardo de Blake —hice una mueca.

Laia tenía la manía de insultar y halagar al chico a cada momento. Era su

manera de decir «me gustas».

—No acoses a nadie, por favor — supliqué.

—¡Era broma! ¡No estoy tan loca! —se excusó ella.— Además, me daría vergüenza hacer algo así. Mi parte cuerda aún funciona. Tú sabes que yo no grito.

—Lo sé...

Yo no podía cambiar de tema como ella, me era imposible fingir que no me pasaba nada cuando todo lo que conocía se había puesto patas arriba, y yo había contribuido a ello activamente a que pasara cuando dejé a mis padres. Comencé a sentir remordimientos, porque imaginé a mi madre llorando y a papá haciéndose el fuerte frente a la puerta de mi cuarto vacío.

«Olvídalo, Ariadna. Si vuelves ahora será peor que antes».

Comencé a pensar en todo lo que me estaba saliendo mal a nivel personal, y caí en la cuenta de que mi lista era estúpida.

2. ¿Nunca sabré inglés?

¿Qué importancia tenía ahora el inglés cuando una no sabía cómo librarse de la sensación de unas manos extrañas en su cuerpo?

—Oye... —comenzó a decir Laia después de dejar unos minutos en silencio— ¿Por qué no me has dicho nada? Pensaba que confiabas más en mí, sinceramente. Y no lo digo como un reproche, ni mucho menos, pero... no sé... me ha sentado mal.

Me mordí el labio.

—Lo siento. Confío en ti, Laia. Es solo que...

—¿Creías que no te creería?

—Quizás...

—Entonces es que no crees que confíe en ti como lo hago yo.

—No empecemos con esas. Sabes que sé que confías en mí.

—Entonces ¿por qué no iba a creerte? No tiene sentido, Ariadna.

«Porque ni yo misma puedo creerlo».

Tardé un poco en contestar.

—No quiero seguir hablando de esto, ¿podemos dejarlo ya? —no me gustaba discutir, prefería guardar las cartas sin tener que verlas en lugar de ponerlas sobre las mesa.

—Ariadna...

De repente tocaron a la puerta.

—Llaman a la puerta —dije, sin dejarla seguir hablando.

Tocaron de nuevo.

—¿Quién es? —preguntó.

—No sé —le contesté. Volvieron a tocar "¿Puedo pasar?"—. Es Wyatt.

Se escuchó un chillido al otro lado de la línea y reí, a pesar de la tensión que se había creado.

—Ábrele, corre. Pero pon en altavoz y no me cortes, quiero escucharle.

—No, que vas a chillar. Y estoy molesta con él por lo que me ha dicho.

—¿Y si viene a disculparse? Te juro que no gritaré. Necesito escuchar su voz. ¡Yo no chillo!

—Vale, —cedí—pero como hagas algún ruido y él se dé cuenta, te asesino.

—Vale, vale. Seré una tumba.

Dejé el móvil en la mesa y me coloqué un poco el cabello. Limpié las pocas lágrimas que quedaban en mi rostro e ignoré el hecho de que estaba en pijama. Después abrí la puerta, encontrándome a Wyatt en el pasillo.

—¿Estabas durmiendo? —pareció que pedía permiso para entrar con esa pregunta.

—No —contesté y le dejé pasar—. No puedo dormir.

Entró y cerró la puerta.

—¿Estás bien? —preguntó y me hizo una señal para que me sentara.

Asentí.

—Creo que sí.

Me sonrió un poco.

—Vengo a disculparme por antes. Tienes razón. Está fuera de lugar culparte a ti, pero no voy a negarte que las calles son peligrosas a esas horas, y que a pesar de que esta sociedad es una mierda, no puedes fiarte de nadie, porque la gente... —hizo una pausa, y se perdió en sus pensamientos unos segundos— La gente te respeta siempre y cuando eso les beneficie a ellos de alguna manera.

—¿Tú crees?

—Habrá excepciones, supongo...

Nos quedamos en silencio, sentados en la cama de aquella habitación de

hotel desde la que se veía el mar. Poco a poco la tensión entre nosotros se esfumó para transformarse en lo que comparé con las olas del mar de aquella noche sin viento. Le miré y él me miró, pero ninguno habló. Entonces me pregunté por qué se tomaba tantas molestias con Charlie y conmigo. Si no hubiese sido por Wyatt, no habría tenido el valor de salir de mi casa.

Casi se me olvidó que Laia seguía al teléfono.

—Yo... lo siento por antes —bajé la mirada—. Siento mucho que tú y Charlie estéis así por mi culpa.

Su mirada azul me sonrió.

—No te preocupes, era lo que debíamos hacer. Solo quería asegurarme de que estabas bien. —lo dijo con mucho tacto pero, sin ser consciente de ello, comencé a llorar y sus brazos me acogieron—. Eh, no llores. Ya pasó —dijo consolándome—. No te va a pasar nada mientras yo esté aquí —no podía parar de llorar al recordar a esos chicos. Él me levantó por la barbilla y me dio un beso en la mejilla—. No llores más, por favor.

Asentí y limpié mis lágrimas.

—Gracias, Wyatt.

Me sonrió.

—No hay de qué. Pero no vuelvas a hacerlo si no quieres que me dé un infarto del susto y que Charlie se muera de golpe al no verte —sonrió para alegrar el ambiente—. Es difícil para él, ¿sabes? Se pensaba que habías vuelto a casa.

Asentí.

—Lo sé, para mí también —repliqué—. Es difícil de asimilar que de un momento a otro tengas un hermano. Y en verdad me da mucha rabia. Somos hermanos pero nos comportamos como extraños. Ni siquiera hablamos el mismo idioma. Es frustrante.

—Ya, pero para eso estoy yo. ¡Soy el mejor traductor del mundo!

—¿Mejor que Google?

—Mmm... El traductor de Google es una mierda, yo soy cien veces mejor —hizo una pausa—. Aunque creo que lo han estado arreglando.

Reí.

—Dios, esto es un sueño.

Él alzó una ceja interrogante.

—¿Eh?

—¿En serio eres tú? ¿Wyatt Harford? ¿Sentado a mi lado?

—No, por favor... ¡Ataque fan ahora, no! ¡No, Ariadna no! —exclamó con diversión fingiendo horror.

Me reí.

—Vale, ataque fan no.

Me sonrió.

—Bueno, te dejo dormir —se levantó—. Ah, y se me olvidaba. Mañana a las once de la mañana cogemos el avión a Londres, así que, lo siento mucho, pero hay que madrugar —me guiñó un ojo—. A las ocho y media baja al restaurante, que desayunaremos y después nos iremos al aeropuerto.

Había estado tanto tiempo esperando que me hablaran del viaje...

—¿A Londres? —pregunté abriendo los ojos como platos, no sabía si de ilusión o miedo.

—Sí, a Londres —contestó divertido. Era increíble cómo había logrado que cambiara mi estado de ánimo en tan poco tiempo—. Buenas noches.

Me sonrió y se fue cerrando la puerta, entonces cogí el móvil de nuevo.

—¿Laia? ¿Estás?

—Muerta... —dijo ella en un susurro— Vas a Londres... — su tono decayó— Te voy a echar de menos.

—Yo también, quiero que vengas conmigo —dije decidida.

Ella era mi alma gemela, mi compañera de travesuras, mi mejor amiga y no podía vivir sin ella.

—No puedo ir, Ariadna. No tengo dinero, y además no puedo dejar los estudios. Ya te veré en las vacaciones —un tono amargo se adivinó en su voz, como si fuera a llorar.

—No llores.

—No lloro, cállate. —se hizo la dura, como siempre.

—En serio, conseguiré que vengas conmigo. Tú sabes inglés, me irías muy bien y no tendría que depender de Wyatt las veinticuatro horas del día.

—Ya, como si eso fuera un problema. Te encanta tener a Wyatt pendiente de ti.

Reí como una tonta.

—Pues claro que me gusta. Pero lo digo en serio, él tendrá que trabajar y

no estará siempre. Y además, tú eres mi mejor amiga y necesito que estés conmigo. Mañana hablaré con Charlie —dije decidida—. Aunque me da vergüenza decirle algo así tan pronto. No tenemos confianza, ¿sabes?

—Ya lo supongo, os conocéis desde hace solo dos días —Me sentí mal, ella aún no sabía que nos conocimos desde hacía varios días más. Algo me golpeó gritándome que no era una buena amiga. Sin embargo, ella siguió hablando con normalidad —. Es normal que no tengáis confianza — hizo una pausa y se escuchó la voz de su hermano pequeño —. Te dejo, que es tarde y mañana tengo clase.

—Vale.

—¡Adiós, baby! —se despidió con tono burlón— I love you.

—Bye, I love you too — se podría decir que eso era todo lo que sabía decir en inglés.

Corté la llamada y me dormí, no sin antes dar vueltas en la cama y combatir con mis propios recuerdos.

Capítulo 5

Ariadna

—¡Ariadna!

Sorprendida, me volví al escuchar esa voz que reconocería en cualquier lugar. Mi mejor amiga me sonreía vistiendo unos shorts gastados de tiro alto, una camiseta blanca y negra de rayas verticales, y Converse blancas adornando sus pies. Su cabello largo, ondulado y de color rosa pastel caía en cascadas hasta casi su cintura, contrastando con sus azules ojos y su blanca piel. Llevaba máscara de pestañas y brillo en los labios; a ella le gustaba lo simple decía que el poco maquillaje la hacía parecer más pura. Llevaba su bolso con las cosas de clase colgado de un hombro y la carpeta de dibujo en la otra mano.

—¿Acaso pensabas que dejaría que te fueras sin despedirme? —preguntó con ese tono tan característico suyo, dibujando una sonrisa en sus labios. Se quedó quieta esperando.

—¡Laia! —exclamé y me levanté, corriendo en su dirección ante la mirada confusa de Charlie y Wyatt. Ellos miraban a mi amiga de arriba a abajo algo sorprendidos.

Me abalancé sobre ella para abrazarla.

—No sabes lo que me ha costado entrar aquí —informó, devolviéndome el abrazo—. He estado por enseñar el pelo tuyo que tengo en el monedero para

ver si me dejaban entrar.

Solté una carcajada.

—¿Por qué tienes pelo mío en el monedero? —pregunté riendo.

Ella se encogió de hombros

—No tengo ni idea —dijo, aún en el abrazo. Nos separamos y mantuvimos el contacto visual por unos segundos, antes de atrevernos a volver a hablar.

Mi amiga suspiró.

—Te voy a echar de menos —hizo un puchero al hablar.

—Yo también —contesté volviendo a abrazarla, sin embargo nos separamos prácticamente de inmediato, como si aquello no fuera realmente una despedida.

Ambas odiábamos las situaciones de tensión y tristeza, por eso las evitábamos, intentando pasarlas por alto. Ignorando por completo el problema que eso supondría en un futuro.

—Es gracioso cómo me miran tu hermano y su amigo —dijo divertida— ¡Qué raro es decirlo así!

Reí con ella y me volví para mirarlos que seguían observando desde el sofá de la entrada. Ambos sentados, con el teléfono en las manos y la mirada clavada en nosotras.

—Estarán observando tu belleza —provoqué a mi amiga, haciendo que ella negara con la cabeza.

—Ja, ja, ja. Seguro que se están preguntando quién es la loca de pelo rosa que está aquí contigo.

Ella lo negaría, pero yo sabía bien que la miraban por algo más que su cabello. Ella siempre había llamado la atención de los chicos allá donde iba, y no podía negar que en alguna ocasión había llegado a sentirme la amiga fea.

—Ven, te los presento —ella me dedicó una mirada ilusionada.

—Sí, vamos —contestó, emocionada.

—No grites.

Ella puso los ojos en blanco mientras caminaba a mi lado con nerviosismo y algo de lentitud. Desplazando su mirada hacia sus converse de vez en cuando.

—Ariadna, llevo aquí más de diez minutos con ellos delante y no he gritado. ¿Por qué iba a hacerlo ahora?

—No sé —murmuré antes de que nos paráramos justo delante de los dos chicos—. Wyatt —él llevó su mirada hacia la mía. Sus ojos hacían que me perdiera en ellos—. Ella es Laia, mi mejor amiga.

—Hola —saludó mi amiga con su mejor sonrisa. Estaba intentando parecer serena y normal, aunque sabía que se moría por dentro; uno de los problemas de las fangirls— Soy Laia, encantada — tendió su mano.

—Hola —saludó Wyatt después de aclararse la garganta. Le dio dos besos en la mejilla después del apretón de manos— Soy Wyatt. Encantado.

—Ya sé quién eres —indicó ella divertida, provocando que él se riera.

—Debí suponerlo —contestó sonriendo a la chica.

—Charlie —lo llamé y enseguida capté su atención, ya que llevaba tiempo viendo como hablábamos sin entender nada— Laia —señalé a mi amiga. Él asintió antes de que ella se presentara en inglés.

Y de un momento a otro estaban los tres hablando en inglés fluido mientras yo observaba como una tonta. «Voy a tener que acostumbrarme a que me excluyan de las conversaciones por un tiempo» pensé. «Vaya mierda.»

Aquel era el precio de mi libertad. Además de tener que aguantar las llamadas incesantes de mis padres, sobretodo de mi madre.

—Ariadna, me tengo que ir ya —Laia volvió a dirigirse a mí con un puchero—, te voy a echar mucho, mucho, mucho, mucho, mucho de menos — algunas lágrimas amenazaron con salir de sus ojos.

—Y yo —susurré abrazándola, de pronto llorando también. Siempre habíamos querido ir al extranjero a vivir, pero juntas—. Vas a venir a verme, ¿verdad?

—¡Sí, sí, sí! Charlie me ha dicho que cuando quiera ir a verte solo tengo que llamarte para que me vayas a buscar al aeropuerto y que deja que me quede en vuestra casa —informó ella con una sonrisa mientras con la mano derecha limpiaba sus lágrimas.

—¡Sí! ¡Bien! —exclamé —Haz las maletas porque quiero que vengas ya.

Ella me miró con recelo.

—A diferencia de otras, tengo que ir a clase a aguantar a todos esos idiotas. Tú eras la única normal, ahora estoy sola —ella hizo un puchero—. Esa es la vida de los artistas —murmuró con dramatismo.

Ella estudiaba bachillerato artístico plástico en el mismo instituto que yo, y

compartíamos algunas materias comunes.

Reí.

—Piensa que yo no voy a entender nada —se mordió el labio y asintió ante mis palabras.

—Algo de inglés sabes, no exageres.

—Me aprobaron el inglés de Secundaria por junta.

—Bueno... pero no has pasado a segundo de Bachillerato por nada — intento animarme.

—¿Es que no sabes que aún tengo que recuperar inglés del año pasado?

Puso los ojos en blanco.

—Bueno me voy, esta noche hablamos y me cuentas todo —me dedicó una mirada cómplice—. Ya sabes, si ves un inglés guapo dile que me llame — comentó graciosamente y Wyatt soltó una carcajada—. No te rías, Wyatt, si tienes un amigo guapo dile que me llame —bromeó—. Vale no, es broma. No lo hagáis. Como lo hagáis os mato. Sería vergonzoso.

—Puede que lo haga, ¿verdad Wyatt? —dije y Wyatt me sonrió cómplice.

—Yo ya tengo a alguien en mente —contestó el chico con picardía.

Ella nos fulminó con la mirada, pero no dijo nada. En el fondo estaba deseando que habláramos con alguien.

—Bueno, hasta pronto, que yo soy una estudiante responsable y ya me he perdido suficiente clase. ¡Hasta luego, babies! —se despidió ella antes de dar la vuelta y caminar hasta desaparecer por la entrada del hotel. Me calmé enseguida, porque sabía que era un «hasta luego», no un «adiós».

Me volví hacia Wyatt cuando ella desapareció.

—¿En quién estás pensando?

Él torció una sonrisa satisfecha y cuando se puso la mano en la nuca supe que estaba tramando algo.

—Blake —declaró complacido.

Me reí, él era el «favorito» de Laia.

—¡Dile que la llame, por favor! —supliqué— Te juro que, aunque luego nos mate, te reirás.

—Vale, cuando lleguemos se lo decimos. Se va a emocionar, ya verás. A Blake le gustan estas tonterías, sobre ligues y tonteos. Es muy coqueto.

Lo miré extrañada. ¿Emocionarse? ¿Blake Hardford? ¿El primo de Wyatt?

¿El famosísimo Blake Hardford? ¿El cantante de Blue, Blake Hardford? ¿Ese? Eso habría que verlo.

Tal y como Wyatt dijo, a las once estábamos en el avión con destino Londres, y también, a mi nueva vida. Me asustaba. Todo aquello me asustaba hasta el punto de querer dar media vuelta y olvidarme de esto para siempre. Pero no pensaba a hacerlo.

Una vez en el avión le envié un mensaje a mi madre:

Mamá estoy en un avión a Londres, no me busques. Estoy con Charlie, estoy bien. Te quiero pero quiero ser libre.

Después apagué el teléfono.

Me acomodé por enésima vez en mi asiento y me puse a mirar por la ventana mientras esperaba a que despegáramos. Odiaba ir en avión, y la razón de ello no era más que el dolor de oídos que me ocasionaba y esa sensación de poder caer al vacío en cualquier momento.

Aquella mañana, el sol estaba tapado por las nubes, dando una sensación de blancura en el ambiente. Charlie estaba sentado a mi lado, y Wyatt al lado de éste junto al pasillo. Ambos habían cubierto un poco los moretones de sus rostros con maquillaje, el que yo misma les había proporcionado.

Cuando llegamos a Londres lo primero que pensé fue: «¡Qué frío hace aquí!».

Y lo segundo: «¿De verdad estamos aquí? ¡Es una locura!»

Salimos del avión y pasamos por el control de aduanas, para luego ir a buscar las maletas que tardaron media hora en venir, más unas diez fans que pedían fotos y ellos rechazaban debido al estado de sus rostros. Las marcas de la pelea tardarían días en desaparecer y el maquillaje no lo disimulaba todo. Una vez tuvimos las maletas, salimos y nos encontramos con la razón por la que había escuchado chillidos lejanos todo el rato. Eso era una locura. Había personas por todas partes intentando llegar a nosotros, ya que eran mucho más famosos en el Reino Unido. El pánico me invadió, así que por acto reflejo me sujeté fuerte a Charlie, él me sonrió. Poco a poco, tres chicos se abrieron paso desde el centro de la pequeña multitud; Finn, el chico del teclado; Caleb, el del bajo y Blake, el chico que dejaba su voz en cada canción.

Mis manos actuaron por mí cuando me tapé la boca con ellas haciendo que Charlie riera haciendo un comentario tonto. Él posiblemente pensó que no

había entendido el gesto, pero si lo hice y le di un golpe en el brazo, enseguida todos rieron a pesar de la dificultad de la situación. Era prácticamente imposible hablar con tanta gente pidiendo la atención de los chicos de la banda rock-pop. Todos se presentaron uno a uno mientras los chillidos seguían dejándome sorda, era increíble su fama en el Reino Unido. Me besaron la mejilla en forma de saludo y me estrecharon la mano amigablemente. Charlie posó su brazo alrededor de mis hombros y me acercó a él satisfecho después de decir algo que no entendí. Todo era muy desconcertante.

Me quedé prendida observando a los tres chicos que acababa de conocer. Blake, que había adornado su cabeza con una bandana que dejaba ver algunas ondulaciones de sus cabellos prácticamente largos, enseguida comenzó a interactuar con la pequeña multitud. Llevaba unos pantalones negros como de costumbre y una camiseta negra también.

Finn, en apariencia, era sencillo, una camiseta de manga corta blanca y unos tejanos negros también, pero en vez de ser ajustados y apretados como los de Blake, éstos eran más holgados. Muchos tatuajes habían sido gravados en sus brazos y no formaban parte de su vestimenta, sino que eran parte de él. El chico de cabellos pelirrojos y mirada azul parecía estar listo para una sesión de fotos. No por su atuendo, sino por lo potente que era su presencia. Desprendía seguridad en sí mismo y tenía un aura de carisma a su alrededor, quizás por la peculiaridad de su aspecto o por su actitud.

—I'm Caleb —se presentó el moreno abriéndose paso también. Me pregunté por qué se presentaban si era obvio que yo ya sabía sus nombres pero enseguida encontré la respuesta. Una simple cuestión de orden para ellos. No me conocían, debían presentarse.

En cuanto a Caleb, sus ojos eran marrones, preciosos y decorados por unas enormes pestañas negras. Ladeó una sonrisa vaga de la única manera que él sabía hacerlo y mostró levemente sus dientes al hacerlo.

Wyatt dio el primer paso para salir de ahí. Capturó mi brazo agarrándome el codo y acercándose a él.

—Vamos, Ari —dijo cerca de mi rostro.

«¿Ari?»

El ritmo de mi corazón se aceleró. Asentí de inmediato muda de nervios.

Fuimos hasta el coche de Finn en el aparcamiento. Destacaba por su color

negro brillante. Guardamos las maletas y cuando fuimos a entrar en el vehículo nos encontramos con un problema; éramos seis para un coche de cinco plazas. Blake le dijo a Charlie algo sobre mí, que únicamente adiviné al escuchar mi nombre entre palabras ininteligibles. Éste asintió y me señaló que me sentara en su regazo. Noté que Wyatt me miraba cuando contuve el aire.

—¡No! —exclamó el rubio y enseguida todos se giraron a mirar en nuestra dirección— ¡Ataque fan, no!

—Lo siento, no puedo contenerme —exclamé y no mentiría si dijera que me sentía como el ser más patético del mundo. Wyatt se rió.

—No, por favor —suplicó negando con la cabeza, sin dejar el tono divertido.

—Ahhh, ¡Dios mío! ¡Me muero! ¡Qué soy la hermana de Charlie Britton! ¡Qué fuerte! ¡ME VOY A SUBIR EN EL COCHE CON BLUE, MÁTAME! —comencé a saltar de emoción y Wyatt que yacía de pie a mi lado mirándome con una ceja en alto decidió que imitarme sería su arma de humillación. Porque yo no tenía suficiente conmigo misma, claro está.

Los demás siguieron observándonos perplejos para luego comenzar a reír antes de que Charlie se llevara las manos a la cabeza murmurando.

—Dios, me muero —me imitó Wyatt— ¿Has visto que guapo es Wyatt Harford? ¡Ah, lo besaría ahora mismo! ¡No puedo creerlo! ¡Voy a llorar! ¡Mis feels! —se llevó la mano a los labios haciendo una mueca tonta y muy femenina.

Me paré en seco y lo miré arqueando una ceja.

—Creído —le espeté— ¿Y feels? ¡Tú no sabes lo que es tener feels!

—Me has cortado el rollo, Ariadna —dijo fulminándome con la mirada—. Y sí lo sé, lo experimento cada vez que veo fútbol.

—Eso no cuenta

—¿Por qué, no?

—¡Porque no es lo mismo!

—¿Y por qué no lo es?

—¡Cállate, Wyatt!

Blake se echó a reír.

—¿Y tú de qué te ríes? —preguntó Wyatt al chico que reía en nuestra dirección.

—What? — Blake dio otra carcajada cuando Wyatt se dirigió a él en castellano. El rubio negó con la cabeza.

—What are you laughing about? —preguntó Wyatt a su primo.

—I don't know... I just... —sus palabras eran desesperadamente lentas y graciosas — don't know... that was funny.

—Well, you're a smart buddy. You don't understand a thing, but you laugh about it.

—Shut up —contestó Blake entrando al coche por la puerta trasera derecha. Segunda persona que mandaba a Wyatt a callar.

—Este chico es tonto —murmuró Wyatt. Y enseguida una carcajada por parte de ambos inundó el espacio antes de que el rubio alzara la mano para que la chocara.

Charlie

Ariadna se sentó en mi regazo y su cuerpo se tensó, enfriando su comportamiento. No cabíamos todos en el coche y aunque no me agradaba la idea, no me negué a cargar con ella a pesar de que Wyatt se hubiera quejado de que no era legal y que podían multarnos; él siempre era así de irritante con lo que a la ley respectaba.

Quizá el hecho de darme cuenta de que quería ser un hermano mayor protector acabaría cambiándome. Alguien que pudiera demostrar que a pesar de la situación, podía llegar a ser quien estaba pensando ser.

Aún me sentía mal. Estaba molesto con mi propio comportamiento. El primer día de tenerla conmigo había demostrado mi incompetencia; no me percaté de que había se había marchado del hotel y las consecuencias podrían haber sido devastadoras. No estaba preparado para la situación a pesar de que hubiera intentado convencerme de ello antes de conocerla. Las cosas no eran tan fáciles como había planeado, y convencerme a mí mismo de que todo iba a salir bien no haría que lo hiciera. Estaba claro que no iba a ser fácil cuidar de una hermana adolescente cuando yo era prácticamente uno.

El único problema era que no sabía si quería crecer más de lo que ya lo

había hecho.

Blue hizo que me fuera pronto de casa, y aun no me creía preparado para todo con lo que debía lidiar. Las cosas eran más fáciles cuando vivía con mamá, pero nunca volvería a esos tiempos. Gracias al éxito de la banda, ahora teníamos muchísimo más dinero y mamá no tenía que matarse a trabajar en el súper para poder llegar a final de mes. No fue nada fácil para ella criarme sola y es por eso por lo que la admiraba tanto. Había renunciado a su futuro en la última recta para dedicarse a mí y no le había ido del todo mal. A pesar de todas las dificultades. Por otro lado, sentía a Ariadna como a una extraña a la que debía aferrarme. Ella era mi oportunidad de tener una familia más grande; una hermana. Siempre había estado solo y de repente tenía a alguien con quien compartir mi vida, alguien que pudiera eliminar esa soledad. Prácticamente me había criado solo, ya que mamá comenzó a hacer más horas cuando cumplí los ocho años y yo estaba solo en casa hasta que ella llegaba para la cena. No la culpaba por eso porque sabía que siempre fue por necesidad. Pero me hubiera gustado que todo fuera de otra manera.

Por fin una hermana. Había querido dejar de ser hijo único tanto tiempo que no podía perdonar a mis padres por haberlo ocultado.

Agarré a la chica de la cintura con un poco de miedo. No podía negar que estaba asustado por su reacción. Ella se destensó un poco al notar que mi tacto no era más que protector. Era incapaz de sentir algo más hacía ella que no fuera una necesidad inmensa de protegerla y conocerla. Por unos segundos me imaginé como sería tener una relación estrecha con ella. Una relación de hermanos en la que ella pudiera ser también mi mejor amiga. Y me di cuenta de que no quería que nadie me quitara aquella oportunidad.

Blake me sacó de mi burbuja.

—Bien, ahora que estamos tranquilos en el coche, ¿puedo preguntar algo?

—Blake que estaba sentado al lado de Wyatt, justo en el lado de la ventana izquierda del coche, observó con curiosidad y esperó una respuesta a su pregunta.

—Claro —Wyatt habló primero. Asentí.

—¿Qué mierda os ha pasado en la cara?

—Una pelea —declaré provocando que Blake y Caleb nos miraran con los ojos abiertos como platos, mientras Finn manifestaba la misma reacción esforzándose por mantener su atención en la carretera. Estaba seguro de que

ninguno de ellos hubiera esperado algo así.

—¿Y no me avisáis? ¡Yo quería hacer saltar dientes! —exclamó el pelirrojo la volante. Si por algo destacaba Finn era por su personalidad violenta. No buscaba peleas, pero si se las encontraba no dudaba en ser el primero en lanzar el primer golpe.

—¡¿Qué?! —exclamó Caleb que miraba volviéndose desde el asiento del copiloto.

—¿En serio? —exclamó Blake. Por su expresión podíamos adivinar que no creía nuestras palabras. No le culpaba.

Ariadna observaba la situación con asombro, sin embargo no podía ocultar su confusión.

—Sí —afirmó mi amigo rubio.

—¿Qué os hicieron los cabrones? —preguntó Caleb que había girado la cabeza en nuestra dirección.

—Tendría que haber ido con vosotros —dijo Blake—. Hubiera sido interesante.

Nadie lo diría, pero a Blake le encantaban las peleas también. Pero no era un chico problemático como Finn, de hecho el único que recibía sus golpes era su saco de boxeo y su almohada cuando se frustraba.

—No fue nada interesante, os lo aseguro —declaré bufando. Miré a mi hermana que seguía contemplando la situación y la conversación como si fuera la cosa más extraordinaria del mundo. Si tan solo supiera de qué estábamos hablando...

—La verdad es que no fue nada del otro mundo. Solo que a Ariadna se le ocurrió salir del hotel a las once de la noche sin avisar —comenzó a explicar Wyatt— ¿Sabéis cuando os dijimos que íbamos a decirle la hora del vuelo?

—Sí —afirmó Finn y los otros dos asintieron.

—Pues cuando fuimos, no estaba. Salimos a buscarla y la encontramos en una calle con unos tíos.

—Oh dios, no sigas —Blake arrugó la frente y enseguida cambió de expresión, dirigiendo su mirada a la chica para después devolverla a mí—. Dime que no.

—Sí, Blake, la iban a violar unos borrachos —expresé con amargura—. Si no hubiéramos estado...

—¿Qué vais a decir a la prensa? —preguntó Caleb que comenzó a golpear el asiento con nerviosismo. He aquí el responsable de la banda en temas de relaciones públicas, Caleb se volcaba al cien por cien en el marketing y en la imagen que tenían de nosotros.

Suspiré.

—La verdad. No quiero que piensen que nos metemos en peleas por gusto. Pero no tengo ni idea de lo que pensarán los agentes —contesté.

—Sí, creo que primero lo consultaremos, porque es un tema delicado —dijo Wyatt. De repente éste le tocó el hombro a Ariadna y dijo algo que no entendí, a lo que automáticamente ella rió y contestó con unos sí, sí, sí—. Blake —dijo Wyatt y éste, que iba sentado al lado, lo miró.

—¿Qué? —preguntó el chico con la bandana en la cabeza.

—¿Te acuerdas de lo que me pediste antes de que me fuera? —Blake frunció el ceño confundido como si no recordara de qué estaba hablando, pero después de que Wyatt insistiera se le iluminó la mirada.

—¿En serio?! —dijo finalmente, justo antes de que Caleb y Finn se fundieran en una conversación sobre lo ocurrido la noche anterior en una fiesta.

—Sí —le contesto Wyatt a su primo.

La razón por la que Blake no sabía castellano, a diferencia de Wyatt, era que había sido la familia materna del rubio quien le había inculcado el idioma y ellos eran primos por línea paterna. La abuela de Wyatt era española y lo había llevado a veranear a España prácticamente todos los años.

—Oh, tío, te quiero —admiró Blake— Hey, Wyatt me ha conseguido una chica española. ¿Es guapa, no?

—Sí, mucho —contestó Wyatt.

Fruncí el ceño.

—¿De quién habláis? —pregunté.

—Laia —contestó Wyatt de nuevo.

—Ah, sí es muy guapa, Blake —dije—. Y simpática.

Blake sonrió.

—¿Tenéis una foto? —preguntó.

—Supongo que Ariadna tendrá alguna, pero te la describo. Tiene el pelo rosa pastel —enseguida la expresión de Blake cambió a algo que se podría

calificar como horror.

—¡¿ROSA?! —exclamó horrorizado.

Caleb y Finn explotaron a carcajadas.

—Wyatt te ha buscado un payaso, Blake —se burló Caleb. Blake lo fulminó con la mirada.

—Callad, no me habéis dejado acabar. No os pongáis así, que no tiene nada de malo—dijo Wyatt—. Charlie la miraba como un baboso.

—Y tú también —me defendí.

—Blake, tienes que llamarla —insistió Wyatt.

Blake frunció el ceño.

—¿Y qué le digo? —preguntó Blake alzando las cejas.

—No sé, cualquier cosa. Es que ella nos dijo lo mismo que tú me dijiste a mí. Eso de que te consiguiera una española guapa, pues dijo que quería un inglés guapo y que si tenía un amigo le dijera que la llamara. Obviamente bromeaba, dijo que estaba de coña, pero Ariadna y yo queremos molestarla de alguna manera. Así que tienes que llamarla. Te obligo.

No hizo falta insistir más; a Blake le perdían las chicas.

—Vale, dame el teléfono que la llamo ahora —aceptó el chico como si no fuera gran cosa.

Wyatt le pidió el número de teléfono a Ariadna y Blake lo marcó.

Blake marcó el número.

—Ponlo en altavoz —pidió Wyatt riendo.

—Vale —contestó Blake.

Un pitido, dos...

—¿Diga? —contestó Laia en español al otro lado del teléfono.

—Hola —saludó Blake en inglés.

—¿Quién eres? —preguntó ella en el mismo idioma.

—Pues soy tu escocés guapo —se presentó Blake coqueto, ella soltó una carcajada y noté como los demás se aguantaban la risa.

—Voy a matar a Wyatt —dijo entre dientes, escondiendo una risa.

—Oh, no lo mates —contestó Blake riendo—. Estoy más a favor del secuestro.

Ella rió.

—Eres una persona perversa.

—No sabes cuánto.

—Creo que puedo hacerme una idea.

—¿Ah sí?

—¿Quién eres? —Laia cambió de tema.

—Te lo he dicho. Soy tu escocés guapo, nena.

—Como no me digas quién eres te corto la llamada, y no me llames nena —replicó ella dejando las risas de lado y adoptando un tono serio. Blake hizo una mueca divertida.

—Blake —hizo una pausa—, Blake Hardford.

Ella permaneció callada unos segundos en los que Ariadna no pudo aguantar la risa. Todos la miramos para que callara y enseguida su rostro adoptó un tono rojizo.

—Oh, bien, Blake. Ya sé quién eres.

Blake sonrió satisfecho.

—Temía que gritaras si te decía mi nombre.

—Yo no le grito a la gente—contestó ella— ¿Tienes el ego un poco alto, no?

El chico se rio.

—Eso ya lo veremos —replicó Blake

—¿El qué?

—Lo de que no gritas.

—Serás imbécil.

—Veo que no te gustan las indirectas —ronroneó el chico.

—Lo tuyo ni siquiera son indirectas. Retírate, eres malísimo.

—Solo si consigo que hables conmigo por Skype esta noche —no escuchamos la respuesta de la chica, porque quitó el altavoz del móvil con la excusa de que "Lo próximo es privado".

El resto del viaje se lo pasó hablando con la mejor amiga de mi hermana, algo que encontré gracioso, mientras Wyatt le traducía la conversación a Ariadna. No le había dicho nada a Wyatt, pero tenía la sensación de que él sentía algo por ella. La miraba con los ojos brillantes y a cada momento buscaba su compañía; no le había visto así con una chica desde su última relación y fue hace años.

Cuando llegamos a mi casa, yo y Ariadna bajamos del coche cogiendo las

maletas y entramos. Solos, sin Wyatt que tradujera. Ahora sí tendríamos un problema.

Capítulo 6

Ariadna

Aquella casa era maravillosa. Llevaba pensándolo desde el día anterior, cuando puse por primera vez un pie en ella. Nos costó un poco entendernos sin Wyatt, pero salimos airoso.

Charlie me enseñó mi habitación, que estaba pintada de color blanco con unas frases escritas en la pared. La cama era grande y doble con luces que la decoraban en la parte superior. Tenía un escritorio vintage de madera y al lado de la cama había una mesita con un reloj enorme parecido al del conejo de Alicia en el país de las maravillas. También había dos puertas, una que llevaba a un baño y otra a un vestidor. Miré mi pequeña maleta y luego señalé el vestuario que tenía delante con un "¿En serio, Charlie?". Él se rio y se encogió de hombros. Me acerqué a la mesita en la que había una carta y un sobre con dinero. Aquello era demasiado, no podía aceptar su dinero.

—¿Es... for me? —pregunté torpemente en inglés, esta vez no por desconocimiento sino por inseguridad.

Y Charlie abrió los ojos sorprendido de que yo le hablara en inglés. Me sonrió.

Me contestó que sí, era para mí y podía pedirle más dinero cuando se me terminara. Si la vida fuera así de fácil para siempre, podría acostumbrarme, pero sabía muy bien el valor del dinero. Había trabajado dos veranos a jornada completa con niños pequeños, no era un gran trabajo, pero era lo

suficiente cansado para demostrarme lo que costaba ganarse un sueldo. No quería malgastar el dinero de Charlie, y mucho menos que me mantuviera; no sentía que esa fuera su responsabilidad. Pero no creí que la situación fuera la adecuada para quejarme, así que asentí y decidí que encontraría la manera de ganar dinero para que no tuviera que prestarme.

—Gracias, Charlie —contesté en inglés. No era muy difícil. Me aplaudí a mí misma cuando me sonrió y lo abracé.

Él me devolvió el abrazo y me dijo que iría a nosédonde a hacer noséqué y que yo hiciera noséqué y que luego fuera a nosédonde. A lo que yo claramente asentí con una sonrisa, aunque no había entendido ni la mitad de sus palabras. Abandonó el cuarto y yo me dispuse a sacar todas mis cosas y ponerlas en su lugar. Cuando acabé, fui al baño para arreglarme el cabello en una coleta y cambié mi ropa por algo más cómodo.

Me pasé el resto del día en la cama. De repente no tenía ganas de nada y me dediqué a ver películas mientras intentaba ignorar el sabor a melancolía en mis labios. ¿A eso podía llamarse remordimientos por haberme ido de casa sin avisar? No podía dejar de pensar en cómo estarían mis padres.

Al día siguiente sí que decidí hacer algo, justo después de quedarme mirado el móvil. Tenía más de 100 llamadas perdidas y decenas de mensajes de mis padres. Papá me pedía que volviera a casa, mamá me decía que iba a estar castigada de por vida y que volviera a casa. No les contesté a ninguno.

Tenía que hacer algo para olvidarme de todo.

Suspiré por lo culpable que me sentía... ¿y si esto provocaba que su matrimonio sufriera una crisis? Prefería no pensar en eso, porque quería confiar en el amor que se tenían el uno al otro. A pesar de que a veces discutieran y que mamá fuera una mandona, yo sabía que no podían vivir el uno sin el otro y en cierto modo, eso me tranquilizaba.

Al rato decidí salir de mi cuarto a buscar a Charlie, quería comer algo y me apetecía ir a pasear por la ciudad; hacer un poco de turismo. Pero no lo encontraba por ninguna parte, básicamente me perdí por los pasillos y habitaciones de la casa. ¿Cómo podía Charlie vivir solo en un lugar tan grande?

Milagrosamente, encontré la cocina, y a Charlie en ella sentado en la mesa con dos platos con arroz y pollo, parecía que me había leído la mente. Me senté y me invitó a comer. Probé la comida mientras él esperaba mi reacción.

Aquello estaba buenísimo.

—Oh Dios, está muy bueno —dije—. ¡Very good, Charlie!

Se pasó toda la comida hablándome, mientras yo asentía porque solo entendía palabras sueltas. Era gracioso y ya me estaba acostumbrando a escucharle hablar. El único problema era que lo hacía demasiado rápido.

Cuando acabamos, no tenía nada que hacer, así que me fui a mi cuarto. La idea de salir a hacer fotos fue la que se cruzó antes por mi mente. Sopesé la idea por unos minutos, ya que después de lo ocurrido en Barcelona, quizás no sería buena idea salir sola. No conocía la ciudad, pero tenía ganas de perderme. No me atraía la idea de permanecer encerrada en casa, por muchos lujos que tuviera. Necesitaba salir y tomar el aire. Por favor... ¡Estaba en Londres! ¿Cómo no había salido ya?

Me levanté rápidamente y cogí a Molly (mi cámara) que reposaba en el tocador a unos metros delante de la cama. Me la colgué del cuello y bajé las escaleras en busca de Charlie.

Llevaba mucho tiempo soñando con estar en aquella ciudad, recorrer sus calles, que para mí, desprendían muchísimo más que urbanidad. Cada ciudad, tenía su propia personalidad, características e incluso olor. Y Londres era fuerte, tenía clase y olía a fantasía. Desprendía magia, no sabía si era debido a la cantidad de historias que se habían escrito entre sus calles o si era la ciudad en sí lo que había inspirado a decenas de escritores. Siempre había creído en su. ¿Me inspiraría a mí? ¿Me ayudaría a encontrar mi camino?

—Charlie —lo llamé una vez llegué a la sala de estar, donde yacía tumbado en el sofá con el ordenador en las piernas.

La sala de estar tenía, como el resto de la casa, un ambiente muy iluminado. La puerta estaba justo en la esquina y al abrir, lo primero que tus ojos percibían era una mesa de madera pintada de blanco justo encima de una alfombra negra. El sofá era lo que más me gustaba de la habitación. La sala tenía una enorme ventana que daba al patio, y Charlie — o el decorador— había escogido incrustarlo debajo de ésta. Era de color negro, y daba la sensación de ser tremendamente cómodo sin haberlo probado. Justo al lado de la puerta, había una vitrina, a juego con la mesita que contenía premios de varias formas, colores y tamaños. Y delante del sofá, la televisión colgaba de la pared.

Me acerqué al chico de cabellos castaños y él alzó la mirada para

atenderme. Inspiré fuerte y recé por acordarme al menos de algo básico que me hubieran enseñado en clase de inglés. Sin embargo las palabras no llegaban. «Soy tonta. ¡Mira qué no saber inglés!». Me mentalicé o al menos eso intenté. Tenía que decirle que quería irme. El problema era cómo hacerlo, sentía que tenía un candado en los labios que no me dejaba hablar. Me puse muy nerviosa, no podía quedarme callada, así que hablé. E hice lo que se me da de maravilla: el ridículo.

—Me... out.. London.. camera...Take photos —medio pregunté con torpeza, dejando que la confusión inundara mis facciones. Él alzó una ceja divertido y antes de que pudiera corregir mis palabras comenzó a reírse de mí. Bufé. «Esto no tiene gracia».

—¿What? —preguntó riendo al tiempo que sus ojos se achinaban.

Me mordí el labio indignada y me senté en el sofá. Le quité el portátil y él se quejó. Pero no me importó, porque tenía una idea que quizás podía funcionar.

Busqué el traductor de google y cuando la página cargó, ante la mirada sublime de Charlie, puse “Charlie voy a salir a dar una vuelta y a hacer fotos”. Él lo leyó y su rostro se puso serio. Se limitó a no contestar.

Le dediqué una mala mirada y escribí de nuevo en la pantalla del ordenador. “¿Por qué?”.

No esperó ni dos segundos a quitarme el ordenador y escribir una respuesta.

Charlie: Porque la última vez que saliste a hacer fotos casi te violan.

Yo: Charlie, son las tres de la tarde, no las once de la noche. No va a pasar nada.

Charlie: He dicho que no, sola no.

Yo: Ven conmigo.

Charlie: No puedo, estoy ocupado.

Yo: ¡Charlie, por favor!

Charlie: No conoces Londres, te vas a perder.

Yo: Eso no importa, no soy estúpida. Puedo arreglármelas sola.

Charlie: Sí que importa porque no conoces el idioma y te vas a perder.

En ese momento el teléfono de Charlie sonó. Se levantó de inmediato y salió de la estancia dejando solo el murmullo de su voz. Sonreí con satisfacción y abrí la pestaña en la que tenía abierto su Twitter. Me hice una foto con la cámara del ordenador y puse en castellano. "Hackeado. Nunca dejes tu twitter encendido conmigo cerca ;P". Después de eso lo cerré rápidamente cuando escuché los pasos de Charlie acercándose.

—Vas con Wyatt —eso lo entendí— He'll be here in a quarter.

Abrí los ojos como platos. «Wyatt, eres mi salvación».

—¡Bien! —me levanté y fui a prepararme, con una sonrisa entre dientes mientras tarareaba.

Tal y como Charlie había dicho, al cabo de quince minutos Wyatt estaba en la puerta de casa con una sonrisa en el rostro y dos limonadas en las manos.

—Hola —le sonreí y él me devolvió el saludo con una sonrisa aún más amplia— ¡Wow, gracias! ¿Limonada, eh? ¿Estás seguro de que no me conoces de antes? —bromeé— Porque me encanta la limonada.

—Soy todo un adivino —dijo tendiéndome la bebida. Le di un sorbo.

—¿De verdad? —me reí.

—No... solo creo que la limonada es maravillosa y pensé que podía gustarte.

—Entonces sí que eres adivino.

Me dedicó una mueca divertida y también bebió.

—De acuerdo, soy el brujo de las bebidas. Pero no de gustos turísticos, y por lo que tengo comprobado eres toda una experta en eso así que... ¿a dónde vamos, señora? —preguntó.

—Pues, yo no conozco Londres, así que iremos donde tú me lleves —quería que me sorprendiera — Y no me llames señora —le dediqué una mala mirada, esperando una excusa o cualquier tontería por su parte.

—¿Por qué no, señora? —ahí estaba la reacción divertida que buscaba.

—Me molesta, me hace sentir como una abuela —refunfuñé y él soltó una carcajada. Evité su mirada.

Nos despedimos de Charlie que nos miraba fijamente desde la columna de la entrada y salimos de allí. Fuimos al coche de Wyatt y me abrió la puerta educadamente.

—Pase usted, señorita —dijo para provocarme. Lo fulminé con la mirada

de nuevo, y él entrecerró sus ojos azules en un intento por reprimir una carcajada.

—Gracias, señor —le chinché mientras entraba en el coche negro y brillante.

—No hay de qué —contestó. Cerró la puerta y rodeó el coche para sentarse en el lado del conductor—. Entonces, ¿me dejas llevarte a dónde yo quiera?

Asentí.

—Bien.

Encendió el motor y a continuación, la radio. Enseguida empezó a cantar, con la mirada en la carretera y una sonrisa en el rostro. Desde que le conocí no había dejado de sonreír, y me encantaba. Escuchar la voz de Wyatt en privado me dejó perpleja, cantaba mucho mejor de lo que parecía en las canciones de la banda, donde hacía las segundas voces.

Su voz era como el caramelo de miel.

Cuando aparcó el coche, y salimos del parking me quedé impresionada. Estaba justo al lado del London Eye. El camino que marcaban los árboles era realmente impresionante y comencé a hacer fotos sin descanso. Era como una pasarela que te invitaba a sentirte como el protagonista de un gran evento que tendría lugar en el gran ojo de Londres, al final de la arboleda. Corrí como una niña pequeña en una fiesta de cumpleaños sorpresa, hasta estar debajo de él, justo delante del lugar donde se hacía la cola. Tomé algunas fotos, dejando que el flash se disparara en cada plano que escogía. Noté a Wyatt a mi espalda.

—Supongo que no hace falta que te pregunte si te gusta —declaró riendo—. Tu emoción lo dice todo.

—Esto es... ¡Maravilloso, Wyatt! —Miré a mi izquierda— ¡Wyatt! Mira el Big Ben ¡Es precioso!

—Sí, mucho —respondió dejando la mirada perdida en el gran ojo de Londres, mientras sus pestañas dejaban pasar la luz que iluminaba sus ojos. Estaba en el ángulo perfecto y no pude evitar sacarle una fotografía.

Me miró.

—¡Eh! ¿Me has hecho una foto?

Me sonrojé cuando sus ojos se encontraron con los míos de una manera

divertida. Esa que parecía estar siempre dibujada en él, que le acompañaba.

—Sí, es que... estabas perfecto para una foto. —El chico alzó una ceja y me mordí el labio— En el ángulo perfecto.

Él sonrió y me pidió la cámara para ver la foto.

—Madre mía... —susurró con la atención fijada en la pequeña pantalla del aparato— Me encanta. Tienes talento para esto. —Me devolvió la cámara— Luego me la pasas y la pondré en twitter.

Asentí y miré al suelo. «Oh, dios mío. ¡Wyatt va a poner una foto que yo he hecho de él en twitter».

No podía creerlo, era mucho más de lo podía haber imaginado y enseguida alcé la cabeza, sabiendo que mis ojos estaban iluminados por la emoción.

—¡No... no... no chilles! —suplicó antes de que escucháramos unos cuantos gritos que por supuesto no eran míos. Me fulminó con la mirada.

—Eh, yo no he sido. Me declaro inocente —dije alzando las manos.

Poco a poco la gente comenzó a parar a Wyatt para pedirle fotografías, Al cabo de unos minutos, se formó un círculo a su alrededor. El rubio hizo uso de su buena educación, sonrió, firmó y se hizo fotografías con quien se lo pedía, siempre haciendo algún comentario amable con la persona que le hablaba. Era un chico muy educado y se le veía muy agradecido con todas las personas que apoyaban su música. Después de todo, era él quien más trabajaba en la composición de canciones.

Yo, por mi parte, me dedicaba a mirar de un lado a otro, viendo como la multitud de fans iba aumentando cada vez más y que no tenían ninguna intención de marcharse. Comencé a agobiarme, y agarré fuerte a Wyatt de la camiseta en busca de atención haciendo que él se sobresaltara. Se volvió ligeramente confuso y cuando me vio su rostro se tranquilizó levemente. Me agarró de la mano y comenzó a abrirse paso entre la multitud; disculpándose. Y en ese momento, sentí como las chispas volaban disparadas por todos lados dentro de mí al tener mi mano entrelazada con la suya, firme y caliente.

—Lo siento, me encantaría hablar con todos vosotros —se disculpó ante los jóvenes que le aclamaban. Chicos y chicas, parecía que muchos disfrutaban de Blue—, pero tenemos que irnos.

Se apartaron a pesar de que alguna que otra persona mostró poco entusiasmo. Aquello me apenó. Si yo estuviera en su lugar me sentiría decepcionada si me iba sin mi fotografía y mi autógrafo. Pero ahora que

estaba en el lado opuesto, me apetecía pasear, disfrutar de mi “cita”, no deseaba quedarme ahí para toda la eternidad.

Salimos de entre la multitud. Algunas chicas siguieron persiguiéndonos, pero hicimos caso omiso mientras caminábamos calle arriba justo con el río a un lado y el Big Ben a nuestras espaldas. Iba tan concentrada en lo incomodo de sentirme perseguida que no me di cuenta de que Wyatt seguía agarrándome la mano. Cuando fui consciente de ello, no pude evitar sonrojarme y sentir un cosquilleo en la tripa. Para mi suerte, él ni siquiera se percató, estaba demasiado sumido en sus pensamientos mirando hacia adelante.

¿Se había ofrecido a traerme? Ojalá lo hubiera hecho.

—Di algo —suplicó, volviendo el rostro ligeramente y estableciendo contacto con mis ojos—, este silencio me está matando.

—¿Charlie te obligó a venir? —enseguida me arrepentí de usar esa palabra. Obligó.

—¿Obligarme? —preguntó con una pizca de picardía en su voz—. Para nada. Es un honor guiarte por mi ciudad —dijo poniendo una voz rara y no pude evitar reír por lo mono que era.

—¿Tu ciudad? Tú no eres londinense —dije—. Eres escocés...

—Me has pillado —rio—, pero digo que es mi ciudad porque vivo aquí.

—Entonces enséñame tu ciudad, sus secretos, sus peculiaridades, tus lugares favoritos... esos que nunca olvidarías.

Me miró a los ojos cuando acabe de hablar, me dedicó una leve sonrisa y asintió:

—Lo haré encantado.

Pero ninguno se movió. Me perdí en su mirada y sentí que él lo hacía en la mía. El tiempo se detuvo, o ¿fuimos nosotros? En todo caso, sus ojos me dejaron ver un pedazo de su alma, su cuerpo se acercó al mío pero no llegó a tocarme y yo tampoco le toqué. Dejé que mis manos jugaran entre ellas, sin dejar de mirarle, pues sentía que entraba en la habitación de alguien lleno de nostalgia. Vi las cajas llenas de juguetes guardados, los montones de fotografías, las sonrisas pegadas en las paredes y los recuerdos flotando en el aire como una banda sonora. No comprendí por qué veía eso en su mirada, pero pocos fueron los segundos en los que tardé en darme cuenta de que había mucho más que un músico dentro de él.

—Gracias, Wyatt. Si no fuera por ti ya me hubiera vuelto loca —susurré

incapaz de decir nada más—. Esto del idioma me está costando mucho... además en escocés...

—No te rindas. Many a mickle makes a muckle.

—¿Qué significa?

—Es algo que decimos en Escocia... significa, poquito a poco se consigue mucho.

Sonreí y repetí.

—Many a mickle makes a muckle.

—Perfecto.

—Gracias.

Él me sonrió, y las puertas de la habitación de la nostalgia se cerraron.

—De nada, princesa —contestó, sin siquiera darle énfasis al apodo que utilizó.

Me puse alerta, y supongo que mi ceño se frunció porque también lo hizo el suyo, extrañado.

—¿Me has llamado princesa?

Él se rascó la nuca, miró hacia otro lado y pareció perderse en sus propios pensamientos durante unos segundos.

—N... no —tartamudeó en voz baja no muy convencido.

Estaba alelada. ¿Qué acababa de pasar?

—¡Sí, señor! Lo has hecho, ¡Dios mío! —me reí e intenté cortar la reciente tensión de la situación con una de mis actitudes infantiles.

—No, es tu imaginación —prácticamente lo suspiró, antes de esbozar una leve sonrisa al mirarme. Wyatt volviendo al planeta tierra—. Yo no lo he dicho.

—¡Mientes! —exclamé. No podía creerlo.

Él se rio tontamente.

—No.

—¡Sí!

—No.

—¡Sí! ¡Mientes! —dije antes de abrazarlo. Apoyé mi cabeza en su hombro y alcé el rostro para mirarle— Wyatt acéptalo, me has llamado princesa.

Él puso los ojos en blanco.

—Vale sí, ¿Y qué? —aceptó fingiendo molestia—. No es para tanto.

Sonreí al ver que se ruborizaba.

—Eres muy mono, Wyatt —y le di un beso en la mejilla.

—Gracias —hizo una pausa y puso una mueca—. Supongo... ¿qué me llames mono es algo bueno? No sabía que me considerabas de la familia de los simios —bromeó.

Reí.

Caminamos un poco más y nos detuvimos en un establecimiento de yogures helados y batidos. Él escogió un batido de frutos del bosque y yo uno de coco para llevar. Amaba el coco. Di un sorbo a la espuma blanca que cubría el borde del vaso. Estaba delicioso, es más, estaba segura de que si pudiera cubrir el cielo de un sabor, sería con ése. Definitivamente. Mientras, miraba a Wyatt que me estaba explicando sobre el camino que estábamos siguiendo. Por lo que decía, el paseo que estaba pegado al río Támesis se llamaba «el camino de la Reina».

—Oh Dios, no te bebas eso manteniendo contacto visual. Es asqueroso —dijo echándose una mano a la cabeza y sonriendo de lado con diversión.

Reí. Pero no aparté la mirada.

—¿Qué pasa? —pregunté divertida.

Él hizo una mueca.

—Eso de tu vaso, parece otra cosa. Y si lo bebes así mirándome de esa manera, no es cómodo —negó con la cabeza aún sonriendo. No se le borraba la sonrisa incómoda del rostro, y eso me encantaba. «Qué mono».

Reí.

—¿A qué cosa? —pregunté coqueta. Sabía a lo que se refería, pero me di cuenta de que hablar de sexo lo ponía nervioso, y por supuesto iba a aprovecharme de ello— ¿A qué se parece?

Él bufó pero se rio a la vez de mi inocencia fingida.

—Ya lo sabes —insistió.

—No, no lo sé.

—Mentira.

—Verdad.

—Dímelo.

—No.

Sonreí, al ver como sus colores aumentaban. Sería más divertido de lo que

pensaba.

—¿Por qué, no?

—No me parece apropiado —murmuró desviando los ojos.

—¡Qué educado y mal pensado eres! —exclamé dando vueltas con la cañita dentro del vaso.

—¿Esperabas menos de mí? —preguntó, esta vez siendo él el de comportamiento coqueto.

—Nah, venga, Wyatt. Yo te animo, puedes decirlo en voz alta. No pasa nada —dije haciéndome la inocente— ¡Wyatt! ¡Wyatt! ¡Wyatt! —exclamé animándolo y en muy pocos segundos la atención de la gente se giró en nuestra dirección antes de comenzar a unirse a mi pequeña mala broma.

En cuestión de segundos, todo lo que se escuchaba era un constante: ¡Wyatt! ¡Wyatt! ¡Wyatt! El chico se echaba las manos a la cabeza avergonzado, mientras yo reía como si mi vida dependiera de ello. Me dio pena, y hubiera parado en aquel si él no hubiera alzado la cabeza para hablar:

—Semen —susurró, avergonzado.

Aquello era ridículo, pero me lo estaba pasando bien.

—Cariño, más fuerte. No te escucho —estaba disfrutando muchísimo de la situación. «Esto es lo que pasa cuando piensas mal conmigo cerca».

Puso los ojos en blanco.

—Semen —dijo más claro—. Venga ya, no seas cría.

—¿Yo? Eres tú quien se avergüenza...

Esta vez fue él quien rompió en carcajadas, colorado como un tomate. Poco a poco la atención sobre nosotros se fue disipando. Yo tampoco pude aguantar la risa y me atraganté con el batido. Llevé la mano a mi boca para taparla, Wyatt se partía de risa.

«Maldito karma».

—¡Lo mereces!— exclamó mientras yo tosía intentando recuperar el aire.

Caminamos hasta el Tate Modern, donde obviamente, dejé que mi cámara captura mil y un ángulos del edificio, el río y el puente, además de todo el camino hasta allí. Estuvimos riendo y hablando sobre cosas irrelevantes en la cafetería del museo antes de entrar a hacer una pequeña visita.

Wyatt me contó algunas historias graciosas de la banda. Y yo le conté algunas de mis travesuras con Laia. Me gustó hablar con él de esa manera

porque le sentía muy cercano a mí. Cuando estaba con él me olvidaba de que era el integrante de una banda, y de que yo le había seguido durante meses. Había pasado de ser el chico de mi póster a ser simplemente Wyatt, y me encantaba. Incluso llegué a pensar que con el tiempo, podría convertirse en mi mejor amigo, ya que nadie, aparte de Laia, me había hecho sentir tan cómoda a su lado como lo hacía el escocés.

Capítulo 7

Wyatt

Habíamos quedado para hablar de algunas canciones nuevas en las que había estado trabajando para el nuevo álbum. Tenía algunos títulos y estribillos favoritos. Pero sabía que no serían las definitivas y que algunas no llegaríamos a tocarlas, pero quería saber sus opiniones para poder ponerme manos a la obra en lo que a pulir la letra y la melodía respecta. Después de todo, los títulos: Stars in Glasgow, The first night y Holding the Knights Sword no sonaban nada mal. Me gustaban porque había dejado en ellas algunas cosas de mi pasado, y sobretodo hablaban de mi tierra; de Escocia. De lo mucho que echaba de menos los castillos medievales y los campos verdes. Solía ser yo quien componía y ellos hacían aportaciones, aunque parecía que Blake se estaba animando a componer alguna cosa.

Stars in Glasgow hablaba del impulso que mi ciudad me había dado para luchar por mis sueños. Vivía en las afueras de Glasgow, y las noches que precedían a la lluvia estaban llenas de estrellas. Siempre me quedaba mirando por la ventana de mi habitación y me imaginaba que cada puntito eran las luces del público que acompañaba la música que salía de mi guitarra.

Recordaba que siempre aparecía mi padre para decirme que fuera a descansar y guardara la guitarra. Yo la guardaba, pero cantaba en susurros las canciones que inventaba hasta que me quedaba dormido. Después no las

recordaba, pero no importaba, porque de esa manera esas noches se quedaban como sueños en los que siempre había un público iluminado que esperaba nueva música. Y me convencía a mí mismo de que si seguía, algún día tendría un público de verdad, tan grande como las estrellas.

*Oh Stars in Glasgow,
Oh, there's a soul in each one,
there's a dream build in fire,
And it's telling me to keep, keep, keep on singing,
Stars, stars, stars,
Stars in Glasgow*

*The crowd is watching me, and my feet start trembling
I can hear them pronounce my words,
in dreams.
Every night I sing to the sky
Just because it's a good crowd.*

La letra necesitaba muchos retoques, pero me gustaba el camino que estaba tomando.

The First Night hablaba sobre mi primer amor en Secundaria, y Holding the Knights Sword sobre la valentía, basándome en una leyenda de caballeros medievales escoceses. A ellos les gustaron las canciones, pero insistieron en que hacía falta añadirle romance a la tercera canción. Ariadna había insistido en que podía encontrar la manera de que eso no se cargara la esencia de la letra, pero yo no estaba de acuerdo

La chica había venido, nos acompañaba a todas partes. Tampoco tenía gran cosa que hacer y no nos molestaba su compañía, al contrario, a mí me encantaba. Ya llevaba una semana en Londres y había estado con ella todos los días: paseando, haciendo fotos, y ayudando con su inglés. Podría decirse que prácticamente nos habíamos recorrido la mitad de la ciudad.

Y se me había vuelto a escapar. Esta vez, frente a todos mis amigos y la novia de Caleb, Madelyn. Había sido un comentario sin pensar, y Blake me había pillado; «¿Acabas de llamar princesa a Ariadna?», preguntó mi primo y

provocó que toda las miradas que había en el salón de Caleb se centrara en mí.

No pude ocultar mis nervios, pero para ser sincero tampoco lo intenté. Después de todo, ¿quién puede no ponerse nervioso cuando todos le miran acusatoriamente? Hasta para una persona acostumbrada a la atención sería incómodo. Desgraciadamente, mi personalidad introvertida odiaba ser el centro de atención a pesar de tener que vivir de ello día a día.

Pasé la mirada por todos mis amigos, incluidos Charlie y Ariadna. Ella dejaba que su rostro se iluminara; era demasiado fangirl, y si debíamos tener una relación normal con ella, de aquella manera iba a ser imposible.

Y más para mí, que aún no entendía esa extraña atracción que me hacía sentir. Era como si mis ojos siempre hubieran sido norte, y ella fuera completamente sur; por eso siempre estaba mirándola desde el otro lado.

Intenté mantener la calma y convencerme de que lo que me sucedía se desvanecería con el tiempo. Estaba seguro de que cuando comenzara a conocerla mejor dejaría de sentirme atraído, era cuestión de tiempo. ¡Era la hermana de Charlie! ¡Eso estaba más que prohibido!

Por otro lado, la reacción Charlie me parecía exagerada; prácticamente fulminaba con la mirada cada centímetro de mi rostro. ¿Por qué era tan protector? ¡No la conocía ni desde hacía un mes! Entendía que fuera su hermana... ¿pero ese comportamiento? ¿quizás estaba celoso porque pasara más tiempo conmigo que con él?

«A lo mejor es que soy cortito y no entiendo las cosas, pero no creo que sea para ponerse así».

De todas formas no debía importarme, porque nunca tendría una relación con Ariadna. Aparté enseguida el pensamiento, dejando que solo fuera algo breve y pasajero. Mi único problema era que la llamaba princesa sin siquiera darme cuenta.

Sabía muy bien cuál era la razón de su asombro. Princesa era una palabra que no utilizaba muy a menudo con las chicas, no por nada, sino porque desde pequeño, siempre había dicho que el día que encontrara a la mujer de mi vida sería mi princesa. Y por eso no podía entender por qué mis labios me traicionaban llamando así a la chica equivocada. Además, todos sabían que yo me había cerrado al amor por completo a pesar de ser un románticón.

Mi padre siempre había llamado princesa a mi madre, y siempre he dado

por sentado que es de ahí de donde me viene ese deseo de encontrar a la mía. Porque siempre he querido amar como mis padres lo han hecho, con sinceridad, intensidad y mucha confianza. Nunca había pensado en ellos como medias naranjas, más bien los había comparado con dos cerezas atadas por el tallo; como si fueran de la mano. Como el príncipe y la princesa posando para el retrato real.

Era un cursi, por qué negarlo. Sin embargo, me consideraba una persona muy escéptica y me costaba mucho encariñarme con una chica, no tenía la facultad de enamorarme con facilidad. Y mis amigos lo sabían.

—Wyatt... —comenzó Maddie— ¿Te he dicho que eres adorable cuando te sonrojas? —se burló.

«¿Sonrojas?». Puse los ojos en blanco.

—Wyatt... no, no, no —murmuraba Charlie para sí mismo sin deshacer el contacto visual.

Caleb me miraba con una media sonrisa divertida, mientras Blake reía por lo bajo aún con el teléfono en las manos. Iba a matarlo. ¡Todo era por su culpa! Problema número uno de tener un familiar en tu banda: la confianza da asco. Creen que pueden decir lo que sea, porque son tus primos y que no te enfadarás.

—Creo que el rubio se ha enamorado de alguien... —Finn comenzó a tararear con diversión.

Negué con la cabeza, aquello me parecía inmaduro. De hecho, yo era reservado en los temas que concernían al amor. No me gustaba hablar con otras personas de lo que sentía; nunca les hablaría de mi atracción por Ariadna, porque era algo mío y para mí. Me gustaba mantener el amor en solitario, y me parecía innecesario el revuelo que armaba el grupo cuando se enteraban de un nuevo romance. Era estúpido. Aunque esa manera de entender el amor era algo que había aprendido a base de palos, la única cosa que conseguía abrir el baúl de mis sentimientos era mi guitarra.

—No me he enamorado de nadie —lo que me parecía más innecesario aún era discutir esto en presencia de la chica. Era una falta de respeto, y no me gustaba tener que decir frente a ella «No me gusta».

—Ya, ya... —dijo Blake— ¿Y lo de princesa qué es, primito?

—Un mote —respondí metiendo más la pata.

Charlie iba a matarme y en cierto modo me parecía divertida su reacción

exagerada.

Madelynn asintió.

—Un mote cariñoso —dijo la rubia— ¡Eso ya lo sabemos, Wyatt! — exclamó lanzándome un cojín.

—¡Ya vale! Aye, se lo he dicho —acepté agarrando el cojín y poniéndolo en mi regazo—. Pero no sé ni por qué. Tranquilos, no hay nada. Es la hermana de Charlie, ni se me pasaría por la cabeza —Charlie me sonrió satisfecho después de mi declaración. Éramos amigos, no tenía razones para desconfiar de mí.

Cuando me volví hacia mi derecha la descubrí con la cabeza algo baja. Supuse que había entendido lo que había dicho, y en cierto modo debía sentirse dolida. Joder. ¿Pero qué iba a hacer? No podía dejar que se hiciera ilusiones para luego romperle el corazón, no me consideraba esa clase de persona.

—Como note algo más que no sea ayudarle con el idioma... Te mato, glaikit —me amenazó Charlie.

—Charlie tranquilo, no me gusta tu hermana. No es mi tipo.

Blake tosió expresivamente y mi reacción fue lo más próxima a una mirada fulminante.

—¿Estás diciendo que mi hermana es fea? —preguntó Charlie frunciendo el ceño.

Tragué saliva. ¿Por qué no puedo decir nada que mejore la situación?

—No, no. Es muy guapa —me excusé—. Cualquier chico se sentiría atraído por ella.

Blake volvió a toser. Maldito cabrón.

—¿An ye? ¿eres uno de esos chicos verdad? —se burló Finn.

—¡He dicho qué no me gusta! —volví a repetir.

—Mientes — dijo Madelynn señalándome con el dedo índice. Desvié los ojos, el pobre Caleb acabaría con dolor de piernas como ella no dejara de usarlo como silla.

—¡Qué no miento! Nunca me sentiría atraído por ella —volví a decir y Blake tosió otra vez. Como volviera a toser se iba a tragar una hostia —. Y parad de una vez porque esto no está bien. Dejadme tranquilo.

Caleb que llevaba todo el rato callado soltó una carcajada con los demás.

—A ver que me entere. No es tu tipo, pero te sientes atraído, aunque a la vez nunca, en la vida te sentirías atraído —dijo Caleb intentando cobrar sentido a mis ideas— Wyatt ¡Aclárate! No te entiendes ni tú mismo.

Puse los ojos en blanco. Vale, sí, tenía razón. Ni yo mismo me aclaraba, pero no era asunto suyo.

—He dicho que no me siento atraído —«deja de cagarla de una vez, porque vas a conseguir que Ariadna no te mire a la cara nunca más», dijo mi corazón «Tienes que conseguir que ninguno piense que te gusta» dijo mi conciencia— ¡Ay, ya callaos! No la conozco apenas ¿cómo podría enamorarme de ella? ¿Estáis locos o qué os pasa?

Aquella conversación no era nada correcta, ella estaba allí y podía hacerle daño. Sin embargo ninguno de los presentes tenía intención de callarse, porque tenían la estúpida creencia de que la chica no les entendía. Claro que entendía, y se notaba en cómo nos miraba y se abrazaba a sí misma cruzando los brazos.

—Existe el amor a primera vista —dijo Madelynn— ¡Imaginaos! ¡Wyatt enamorándose a primera vista! ¡Nuestro soltero hasta la muerte!

—Eh, no te pases Madelynn —me quejé. La conversación me estaba agobiando.

—¡Es verdad! —replicó la rubia.

—Wyatt, no toques a mi hermana —Charlie seguía insistiendo. El chico de cabellos castaños y mirada parda estaba siendo más serio que nunca, pero no podía ocultar la incomodidad que le provocaba la situación, a la cual aún no estaba acostumbrado.

—Sería interesante que lo hicieras, Wyatt —Blake siguió con la broma.

—¡Bah! ¡Yo voto porque sí que le gusta y tendrán una relación escondidas de Charlie, el hermano malo! —exclamó Finn.

—¡Sí! —asintió Madelynn entusiasmada, levantando los puños—, ¡sería tan romántico!

—Y divertido —añadió Caleb— imaginaos a Wyatt en bóxers escondiéndose debajo de la cama de Ariadna para que Charlie no lo pille.

A mis amigos les gustaba especular, y sobretodo burlarse. No era de extrañar la situación en la que me encontraba, y mucho menos la irritación a la que me estaban llevando. Me gustaría que por una vez dejaran de decir tonterías molestas.

En ese mismo instante quise irme de ahí, a fin de cuentas no me encontraba a gusto. Así que agarré a Ariadna del brazo, no iba a dejar que siguieran humillándonos.

—Anda vayámonos que son unos idiotas — le dije en castellano, a lo que ella asintió cabizbaja.

Me levanté sin que los demás se percataran mientras que mantenían una conversación muy, pero que muy interesante sobre el supuesto futuro romance que nunca ocurriría.

«Son unos idiotas».

Caminamos hacia la puerta y ella ni siquiera preguntó la razón por la que nos íbamos., simplemente siguió mis órdenes.

—¡Van cogidos de la mano! —exclamó Madelynn enternecida. La fulminé con la mirada a la misma vez que soltaba la mano de Ariadna.

—¡Wyatt! —exclamó Charlie.

—¡Es el brazo! —puse los ojos en blanco— ¡Dejadme!

Estaba incómodo. El agobio parecía haberse hecho una nube en mi cabeza y solo quería escuchar las notas de mi guitarra jugar con el silencio después de una buena ducha.

—Ariadna —dije cuando estábamos solos—. Siento mucho que sean así... a veces me desesperan.

Ella asintió, incómoda.

—Tranquilo, no pasa nada. A la gente le gustan los cotilleos amorosos, es normal.

—¿Has entendido lo que hemos hablado?

—Hay cosas que no entiendo, pero otras que sí. Tampoco soy estúpida... —prácticamente suspiró.

«Mierda, mierda, mierda».

En ese momento deseé ser tan valiente como los caballeros de mi canción, tener la disciplina de uno de ellos y no dejar que la tentación a abandonar la batalla me dominara; pero no lo conseguí.

—Lo siento.

La chica me miró como si fuera una reina decepcionada con su ejército, y en sus ojos leí la nueva estrofa de la canción. Allí tenían mis compañeros a su dama, y no estaba en apuros.

The queen was crying because she was fearless than her knights.
She was brave, she was strong,
and she wanted to fight in a battle she was not allowed,
because they thought she was fragile
That's why now she's holding the knights sword,
better than no one else did before.

—Tranquilo, está bien. No pasa nada. Tú tampoco me gustas, así que ya podemos aclarar que somos amigos... o —me sonrió un poco—, futuros mejores amigos.

Aquello me sentó peor que todos los comentarios de mis amigos y mi primo. ¿Tan pronto había entrado en la friendzone? No me había dado tiempo ni a estar seguro de si quería algo con ella, que ya me había alejado.

Cambié de tema.

—Déjame compensarte esto que acaba de pasar —le dije.

—¿Cómo?

—Vamos a cenar juntos y...Quiero enseñarte un sitio que seguro que nunca has visto de Londres.

Me miró indecisa, haciendo que me arrepintiera de la propuesta. No podía decirle que no me gustaba y después invitarla a una cita.

Suspiró.

—Wyatt, quizás... mejor... —volvió a suspirar, sin mirarme a los ojos—. ¿Lo dejamos para mañana? Debería pasar más tiempo con Charlie...

Asentí.

—Vale, como quieras —fingí estar satisfecho con su respuesta.

—Quedamos a las seis.

Asintió.

—Iré a buscarte —dije.

«Vaya pedazo de idiota estoy hecho».

—Hasta mañana —dijo. Pero no me abrazó, ni me dio un beso en la mejilla para despedirse.

—Hasta mañana, pri... Ari —susurré, reprimiendo el impulso de acariciar su rostro.

Me di la vuelta para irme, dejándola sola en el pasillo. Pensé en darme la vuelta y decirle que no era verdad, que me gustaba mucho y que tenía muchas

ganas de besarla. Quise decirle que nada me haría la noche más feliz que pasarla con ella en el templo hindú a las afueras de la ciudad, pero en lugar de eso me fui a encerrarme en mi casa con una libreta y una guitarra.

En el fondo sabía que así era mejor.

Ariadna

Lloré.

Esa noche lloré.

Me encerré en el baño de la casa de Caleb, y sentada en el suelo me tapé el rostro y dejé mi tristeza caer. Se transformó en lágrimas que se deslizaban por mis mejillas, la frustración convertida en sal y el dolor ahogado en suspiros.

Me había herido, no tenía ningún problema en admitírmelo a mí misma. Me había hecho ilusiones. Wyatt y nuestro juego de coquetería era lo único que me daba fuerzas para afrontar esta nueva vida rodeada de extraños. ¿Y ahora que se había terminado qué iba a hacer?

Nada estaba yendo como creía que iría, y me sentía increíblemente sola. Allá donde mirara solo encontraba cosas que no conocía; costumbres que no compartía, rostros que nunca había visto, comidas que no me gustaban y tiempo que no sabía cómo pasar si no era saliendo con Wyatt.

No sabía qué hacer.

Solo llevaba una semana en Londres y ya me estaba consumiendo. Por mucho que estar con Charlie fuera increíble y tuviera a mano miles de lujos, no me sentía para nada plena; estaba totalmente vacía y no sabía dónde encontrar aquello que me faltaba.

Y ahora Wyatt decía que yo no le atraía, que no le gustaba.

Era la segunda vez que hablaban pensando que yo no les entendería y acababan dañándome ¿Sería siempre así? ¿Hablarían así de mí todos a mis espaldas? Me sentí increíblemente vulnerable.

Quise llamar a mi madre, oír su voz, que me calmara y dijera que todo iría bien. Pero ¿cómo iba a hacer eso después de irme sin decir nada e ignorarla por completo? Me había cambiado el número de teléfono para que no pudiera

buscarme, porque quería ser libre y conocer a mi hermano, pero cada día que pasaba me sentía más perdida en un país que no era el mío. Era una extraña, y el único que me hacía olvidar que no estaba en casa acababa de dañarme.

Yo no estaba enamorada de Wyatt, pero me hubiera gustado que ese «princesa», fuera algo más que una muestra de amistad. De hecho, esa noche me había sentido como una mancha roja en un cuadro de tonos verdes, que solo rompe la armonía.

Extrañaba a mi familia, a Laia y a todo lo que había sido mi mundo.

Salí del baño cuando estuve más calmada, me limpié las lágrimas y fingí que nada había pasado; que no había llorado.

Tampoco creía que fueran darse cuenta, estaban demasiado inmersos en su conversación sobre si había algo entre Wyatt y yo. «En el caso de que pudiera haberlo ya habéis agotado todas las posibilidades, gracias». Me encontré con ellos de nuevo y lo único que hice fue dirigirme a Charlie y con el mismo descaro que ellos habían hablado de mí, le dije como pude que quería irme a casa. Sabía que todos habían captado la indirecta. Hasta la rubia, Madelynn, que se había presentado con mucha simpatía al principio de la velada, pareció darse por enterada. Quería irme por su culpa.

Cuando llegamos a casa ni siquiera cené, Charlie me preguntó si quería pizza, pero negué con la cabeza y me hice un café. Nada me apetecía más que eso, de hecho, el café me calmaba y me gustaba tomarlo por las noches. Sí, al revés que todo el mundo.

Mi hermano se dio cuenta de que la había fastidiado. Lo supe por la manera en que me miraba; papá lo hacía de la misma forma cuando se arrepentía. Me senté en el sofá y me quedé mirando la pantalla de la televisión sin encender. ¿Qué estaría haciendo mamá ahora mismo? ¿Y papá? ¿Estarían pensando en mí como yo estaba pensando en ellos? ¿Estarían echándome de menos como lo hacía yo? ¿Creerían que sería capaz de encontrar la manera de ganar la batalla en la que había transformado mi vida?

Quería escuchar sus voces.

«Maldita estúpida, ¿qué vas a hacer ahora? Volver a Barcelona no es una opción».

Y no lo era. Porque sabía que si volvía a España, me arrepentiría de no haber aguantado hasta el final, sabía que aquella era solo una mala noche de desilusiones y nostalgia. Aún me quedaba mucho para encontrar mi camino.

Charlie se sentó a mi lado y no sé si se dio cuenta de que había vuelto a comenzar a llorar, pero aun así se disculpó.

—I'm sorry —dijo.

Entonces me volví para mirarle, con el rostro lleno de lágrimas. Y asentí.

—No... no importa —dije en inglés.

—Please, don't cry —dijo. Me miraba con incomodidad, como si quisiera abrazarme y no se atreviera a hacerlo. Suspiré, papá hacía lo mismo.

—¿Cómo quieres que no llore? —le dije en castellano— ¿Cómo quieres que me sienta bien si estoy rodeada de gente que no conozco y echo de menos toda mi vida en Barcelona? Sé que ésta fue mi decisión y que es lo que quiero... pero no puedo evitar...

Me escuchaba, aunque no tenía muy claro si me entendía o no. Necesitaba desahogarme, y no sabía cómo.

Suspiré.

—You don't understand me —le dije.

Asintió pero sacó su móvil.

—We can try to fix that. We're lucky it's 2017.

Sonreí al ver que ponía el traductor con la función de micrófono. Que transcribiría todo lo que yo dijera y después se lo traduciría. Al principio me pareció ridículo, pero fue increíblemente útil.

Repetí lo que había dicho y él me contestó, dejándome leer después.

“Es normal que te sientas así, yo me sentía igual cuando llegué a Londres desde Escocia. Y echo mucho de menos a mi madre, pero piensa que es normal sentirse perdido cuando tomas riesgos, sobretodo porque no puedes controlar la situación. Quizás en un tiempo te des cuenta de que todo lo que estás pasando es por algo”.

—¿Y si no es así? ¿Y si no encuentro lo que quiero hacer con mi vida y no me adapto?

Me abrazó.

“Lo encontrarás, nada es en vano. Y si no, recuerda que estoy aquí para lo que necesitas.”

—Me gustaría ser como tú —confesé.

—¿Why?

—Tienes un talento y estás siguiendo tu sueño... en cambio yo he hecho

una locura. He venido a otro país y no estoy haciendo nada con mi vida a parte de seguirte a donde vayas y quedar con Wyatt.

“No pienses y vive” leí en la pantalla su respuesta. Él me miraba a los ojos.

—Vale, sí. Estoy haciendo un drama porque me he puesto nostálgica después de lo que ha pasado con Wyatt. Pero me gustaría sentir que hago algo con mi vida.

—“¿Sientes algo por Wyatt?”

—No... bueno quizás sentía algo antes de saber que no le gusto. Esta noche escucharé dos álbumes de Taylor Swift y para mañana ya se me habrá pasado.

Se rió a carcajadas contagiándome la risa también. Al final nos pasamos la velada juntos en el sofá, abrazados mientras mirábamos una serie en televisión y la comentábamos mediante un traductor.

Esa noche entendí que no necesitaba el apoyo de Wyatt, porque tenía a mi hermano y él era la razón por la que había venido a Londres.

Capítulo 8

Ariadna

Noté un suave movimiento que me acunaba de lado a lado y gruñí molesta. No abrí los ojos, estaba adormilada y no era muy consciente de lo que pasaba a mi alrededor. Alguien hablaba, pero no logré entender lo que decía. Poco a poco ese suave movimiento se convirtió en fuertes sacudidas y exclamaciones que me arrancaron de mi sueño.

—Wake up. Come on, Ariadna.

Sin abrir los ojos alcé la mano y busqué la cara de la persona que me estaba molestando. La encontré y di un manotazo.

—Hey! What are you doing? Ariadna, wake up!

—¡Déjame, loco! ¡Quiero dormir! —me moví apartándome de él, escuché unas risas.

¿Quién estaba en mi cuarto?

La persona me agarró por los hombros, obligándome a girar.

—Wake up now. We have to go out—dijo cuando sus ojos marrones entraron en contacto con los míos.

—Mmm... —sonreí coqueta y me miró frunciendo el ceño— Si quieres no me wake up y te tumbas aquí conmigo y hacemos cosas más interesantes... — le guiñé un ojo— ya sabes —su mirada se volvió más confusa aún.

—What the fuck are you saying?— su rostro torció una mueca molesta ante

mis palabras. Le sonreí.

«Espera... ¿Charlie?»

Entonces abrí los ojos como platos volviendo a la realidad.

«¿Cómo he podido pensar...? ¡Oh, qué asco!»

Me incorporé para mirarlo.

—Anything — contesté intentando disfrazar mi desconcierto.

—Stand up, we gotta go — ordenó en inglés; lo entendí y asentí.

Me levanté del sofá. Nos habíamos quedado hasta tarde con aquella serie. Estaba tan adormilada que ni siquiera me di cuenta de que los demás chicos estaban en casa.

Me fui a duchar. Esa siempre era la mejor manera de despertarme. Cuando salí me peiné, alisando mi larga cabellera y después me vestí con algunas de las pocas prendas que había traído. Escogí unos tejanos claros y una blusa blanca con pequeños bordados en los bordes. Mi maleta era pequeña, apenas había traído unas pocas cosas y me hacía falta ropa nueva. Miré hacia la tarjeta de crédito que descansaba en mi escritorio y me acerqué a agarrarla. Posiblemente el plan de aquel día sería ir de compras. Me maquillé un poco y cuando ya estaba del todo lista salí de mi cuarto para ir a la cocina a desayunar donde me encontré a Charlie con el resto de los miembros de Blue. Les dediqué una mirada confundida antes de que ellos hablaran.

—Guid Mornin — saludó Caleb en escocés mirándome amablemente. Le sonreí.

—Hiya Ariadna! — exclamó Finn con esa voz alegre que a mí, personalmente, me sonaba a verano.

—Hi —contesté.

—Buenos días, princesa —dijo Wyatt y luego se tapó la boca alarmado ante la mirada acusatoria de los demás.

—Lo has vuelto a hacer —reí, intentando tomarme la situación a broma ya que al menos quería que nuestra amistad fuera buena.

—Lo siento —se disculpó en un susurro y bajó la cabeza. Le sonreí.

—¡Buenos días, Ariadna! —comenzó Blake con aires de diversión.

—Buenos días, Blake —le contesté divertida.

—¡Yo hablar un poquito español! —contestó el chico de cabellos azabache sin poder esconder su acento inglés. Reí, al igual que los demás.

—¿Sí? — pregunté.

—Aye — asintió convencido —. Hola, ¿cómo estás? —su acento inglés era adorable. A Wyatt no se le notaba tanto el acento como a Blake.

—Bien ¿y tú? — le dije. En esa caían todos los extranjeros, les decías "bien ¿y tú? " y ellos te miraban confundidos.

Blake actuó tal y como yo había supuesto y sonrió.

—Hola ¿cómo estás? —repitió haciendo que estalláramos en carcajadas — My Spanish skills are perfect —asentí.

—Yes —contesté y él hizo una señal de victoria con el puño.

—¡Oh sí! —comenzó— Barato, bonito, playa, tapas, nachos, gato, nieve, agua... I'm saying words like a stupid one —rió antes de remover sus cabellos— ¿Qué hases preciosa? —después comenzó a verbalizar más palabras que no tenían mucho que ver unas con otras, algunas de ellas aún sin admitir por la RAE.— ¡CAMARERO, MUCHAS PUTAS! —gritó de repente e hizo un movimiento extraño.

Me atraganté con el vaso de leche que había cogido minutos antes. Wyatt me miró soltando una carcajada y negando con la cabeza.

«¿Camarero, muchas putas? ¿En serio, Blake? No quería saber dónde había aprendido eso»

—My spanish skills are perfect — repitió el chico convencido y los demás asentimos riendo.

—Your spanish is the worst thing I have ever heard. I can't understand how could you never learn a thing of mine.

—Shut up, glaikit— contestó Blake.

Después de desayunar salimos de casa y fuimos a algo parecido a un estudio, pero no iban a grabar, tenían una reunión. Yo me quedé en una sala de espera decorada con sofás blancos y alguna que otra mesilla, la pared izquierda era un gran ventanal que ofrecía unas increíbles vistas de Londres. Saqué mi móvil, en busca de algo que hacer y enseguida le envié un mensaje a mi mejor amiga.

Yo: ¡Laiaaaa! ¿Cómo va todo?

Tardó un poco en contestar.

Laia: Mal, estoy en clase de dibujo técnico y no me entero de nada. Además, Inés y Alba no dejan de mirarme.

Yo: ¿Por qué te miran?

Laia: por lo mismo de siempre. Que si mi pelo rosa lleva una flor, que si voy con mucho escote, que si... me tienen cansada, de verdad. Además se han enterado de que te has ido a Londres y no dejan de cuchichear.

Ariadna: déjalas que cuchicheen, no ganan nada con eso.

Ariadna: ¿por cierto, con Blake qué? ¿Habéis hablado más?

Tardó unos minutos en contestar, y llegué a pensar que la pregunta había sido incómoda para ella, pero resultó no serlo.

Laia: perdón por tardar en contestar. Inés ha hecho que me echen de clase porque le he contestado cuando ha hecho un comentario sobre mi cabello. Zorra, es una zorra.

Ariadna: deberías enseñar las fotos de aquella fiesta, ya verás cómo se calma.

Laia: esas las reservo para algo realmente especial. ¿Y con Blake? Sí, ayer hablamos todo el día y esta mañana también. De hecho, hemos hablado todos los días desde que me llamó. Ha dejado de hablarme justo cuando has empezado tú.

Ariadna: es que está en una reunión.

Laia: sí, me lo ha dicho. Es más simpático de lo que pensaba, yo creía que sería un estúpido tonto. Sinceramente.

Ariadna: yo también creía eso de ellos a veces. Porque, fíjate, sólo veía la parte que mostraban al público y nunca sabes que pensar. Pero son muy simpáticos, puedo asegurarlo, aunque yo aún no tengo mucha relación con ellos por el idioma...

Pensé en contarle lo sucedido en casa de Charlie, pero al final no lo hice. Prefería llamarla a escribirlo en un mensaje.

Laia: No hace falta que lo jures. ¿Cómo va con Charlie?

Ariadna: bueno... Tirando. No me entero de casi nada de lo que dice. Aunque Wyatt me enseña inglés.

Laia: ¡¡ES VERDAD, SALISTEIS JUNTOS!! SOCORRO, QUÉ BONITO. ¡VI UNA FOTO! Tienes que contármelo.

Ariadna: me llama princesa todo el rato, es un amor.

Laia: awww que bonito.

Ariadna: relájate, que no le gusto. Ayer escuché que se lo decía a los demás del grupo. Y a mí solo me hace gracia, pero no siento nada por él.

Laia: el roce hace el cariño. ¿No te lo han dicho nunca?

Ariadna: alguna vez, pero éste no será el caso.

Laia: me tengo que ir, mi próxima clase empieza en poco tiempo y quiero acabar de hacer unos retoques a los deberes. Luego te hablo.

Ariadna: Está bien.

Suspiré y aparté el móvil dejándolo en el bolso. Enseguida comencé a pensar más de la cuenta, pero por suerte los chicos no tardaron en salir. Así que no llegué a provocarme ansiedad a mí misma.

La conversación no era realmente animada entre ellos, aunque tampoco podía asegurarlo ya que no entendía muy bien de qué hablaban. Salimos de allí, y cuando fuimos a abrir la puerta del estudio, nos llegaron los gritos de la calle. Ya desde el interior del edificio se podía adivinar la cantidad de fans que habría allí, mi corazón comenzó a latir más rápido. La adrenalina, el nerviosismo y puede que el miedo me embargaron ante la situación a la que aún no estaba acostumbrada.

—Tranquila, Ari —Wyatt que hablaba con Finn descubrió mi incomodidad y paró en seco para que llegara a su altura. Pasó los brazos por mis hombros—. No es como si fuéramos a una guerra y todos quisieran matarnos —río.

Torcí una sonrisa.

—No sé si voy a acostumbrarme a esto.

—En un tiempo estoy seguro de que sí.

Blake hizo un comentario que Wyatt me tradujo: «Al principio te incomoda que miren, después sabes que miran, pero te da igual».

Asentí no muy convencida cuando entramos al ascensor. Las puertas se cerraron y mis piernas comenzaron a temblar, sin poder entender cómo podían estar tan tranquilos. Las puertas se abrieron segundos más tarde y cruzamos el

recibidor para salir a enfrentarnos al mundo. Wyatt se separó de mí y automáticamente me abracé a mí misma. Aún me sentía fuera de lugar, y después de lo ocurrido en Barcelona, sentía como las calles de Londres se hallaban a la espera de que el mundo se volviera contra mí. Quizá tenía una concepción exagerada de las fangirls, pero yo era una de ellas, había conocido a muchos tipos de fanáticas y a algunas las temía.

Las cosas no fueron tan dramáticas como esperaba. Algunos paparazzi lanzaron fotografías mientras yo me escondía detrás de Charlie, que agarró mi brazo. Los chicos pararon a hacerse algunas fotos con los fans y noté las miradas curiosas en mí; podía sentir sus ojos preguntándose quién era yo. Los rumores estaban creciendo y con cada momento que pasaba me sentía más extraña. Todo era muy distinto visto desde el otro lado de la fama.

Cuando por fin llegamos al parking, Charlie, Wyatt, Blake y yo subimos en un mismo coche, mientras que Caleb y Finn se fueron cada uno en sus respectivos.

—¿Cómo aguantáis esto? —le pregunté a Wyatt una vez sentada en el asiento trasero a su lado.

—¿La presión mediática y las niñas chillonas como tú? —preguntó con diversión. Lo fulminé con la mirada.

—Yo no soy una niña chillona —me quejé.

—Aye, lo eres —contestó riendo.

—No —insistí.

—Vale como tú digas.

—Sí, como yo diga —contesté algo molesta. De todas formas ya se había creado un poco de tensión entre nosotros— ¿puedes preguntarle a Charlie si esta tarde va a mantenerme ocupada llevándome a sitios aburridos? —pregunté refiriéndome a la aburrida sesión de silencio en la sala.

—Ahora le pregunto —se dirigió a Charlie y después de intercambiar unas palabras, se solvió hacia mí de nuevo—. No, tienes la tarde libre. Y no sé si te has olvidado de que tenemos que ir a cenar y a mi sitio secreto.

«De hecho iba a intentar librarme». Al final no lo hice.

—Cierto —dije— ¿Me harías un favor antes de eso?

Sonrió a medias.

—Depende.

—¿Me acompañas a ir de compras? —supliqué con la mirada.

—Está bien —contestó poniendo los ojos en blanco con algo de fastidio—. Pero a Oxford Street no voy ni borracho. ¿Claro?

—¡Bien! ¡Te quiero, Wyatt! —lo abracé, le di un beso en la mejilla y él rio en respuesta.

—¡Hey! Wyatt... —exclamó Charlie llamándonos la atención.

Hizo un gesto con la mano indicando que nos separáramos. Blake que estaba en el asiento del copiloto se volvió y rio en silencio. Luego nos miró fijamente y sacó los dos dedos índices juntándolo en el aire. Después, negó con la cabeza y dijo:

—No, no, no —hice una mueca aludiendo al poco sentido de lo que hacía. Él separó los dedos cuando Wyatt se apoyó en la ventana—. Yeah.

—Mi primo es tonto —me dijo Wyatt. Blake lo ignoró.

Cada hora que pasaba cerca de Blake más me convencía de que venía de algún lugar fuera del planeta Tierra. Era un chico muy extraño.

Tanto Wyatt como yo les dedicamos una mala mirada. Ni que estuviéramos haciéndolo en el coche. No estábamos haciendo nada y no éramos nada. Charlie se pasaba un poquito de controlador y Blake de gracioso. Imité a Wyatt y me puse a mirar por la ventanilla.

—A las cuatro, paso a por ti —dijo. Volví a mirarle y asentí con una sonrisa antes de volver a la ventana.

Capítulo 9

Ariadna

Pasé a buscarla a las cuatro. Llevaba mi guitarra en el coche y algún que otro as bajo la manga para impresionarla. Me había pasado la noche pensando que no podía tirar la toalla tan fácilmente; algo debía hacer. Sabía que lo mejor era dejar estar ese sentimiento de atracción hacia ella, pero no quería prohibirme a mí mismo un nuevo comienzo. Porque eso tampoco tendría sentido. Así que decidí dejarme llevar, pasara lo que pasara, al menos por el momento.

Fuimos de compras a un centro comercial de las afueras donde no había mucha afluencia de público. Odiaba ir a Oxford Street o a cualquiera de las calles de tiendas del centro de Londres, básicamente porque me agobiaba mucho la aglomeración de gente y me gustaba estar relajado. La multitud era increíble vista desde fuera, pero no quería formar parte de ella.

Me llamó la atención que la chica no me preguntara mi opinión sobre ninguna de las prendas que se probaba, de hecho solo me enseñó un par de vestidos que no le convencían. Me quedó claro que iba a lo suyo y que la opinión de los demás en cuanto a su vestuario poco le importaba. Ni siquiera me pidió que sujetara las bolsas, algo que siempre me había tocado hacer cuando salía con mi exnovia. Yo era realmente poco necesario en su tarea, sin embargo, mis conversaciones y bromas tontas fue lo que mantuvo su rostro

sonriente toda la tarde.

Pasaron las horas y para cuando nos sentamos a cenar yo ya estaba cansado de caminar de arriba abajo. Quería llegar al templo hindú Neasden y olvidarme del mundo por un rato, tocar música y estar con ella. Quizás así me olvidaría de Bethany, en quién no había dejado de pensar durante días.

Así que decidimos pedir algo para llevar y cenar a la luz de la luna, junto a mi guitarra y su cámara. Sin embargo ella comenzó a sentirse mal y decidí que sería mejor dejar mi idea del lugar secreto para otro día e ir a cenar a mi casa.

Una vez allí, la chica comenzó a cohibirse. Parecía como si pisar mi casa fuera tierra poco segura. Miraba de un lado a otro nerviosa, y al mismo tiempo algo curiosa. Se recogió los cabellos castaños en una coleta alta cuando comenzó a parecer agobiada y se excusó diciendo que había comido muy poco al mediodía y que se estaba agobiando y mareando por haber dado tantas vueltas durante la tarde. Quise creer que no era por eso, pero finalmente, después de insistir la creí. Y le dije que se sentara en el sofá mientras servía la cena que habíamos pedido en un italiano. Llevé los platos y los coloqué en una mesa pequeña que tenía frente al sofá.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunté cuando me senté a su lado, acariciando suavemente su brazo derecho. Sonrió vagamente.

—Sí, un poco mejor. Aunque necesito comer algo —dijo, jugando con la lata de Coca-Cola que le había ofrecido minutos antes. Miro el plato de raviolis vegetales con salsa de queso—. Y eso tiene muy buena pinta.

—Es que soy un cocinero exquisito. Cuando lo pruebes suplicarás porque me case contigo.

Me dio un golpecito en el brazo.

—Serás fantasma, si lo has comprado cocinado.

Levanté las manos en signo de rendición.

—¿Seguro? Mira que puedo demostrarte que lo he cocinado yo.

—Sí, claro. Será que tienes la receta apuntada en el ticket de compra —se río negando con la cabeza. Sin embargo, su mirada estaba apagada. No podía comprender qué era lo que le sucedía porque había estado bien toda la tarde, hasta que de repente...

Lo peor era que no me atrevía a preguntarle.

Así que comimos en silencio, mientras la tensión dibujaba cuerdas entre nosotros que nos acercaban y nos separaban al mismo tiempo.

Al final rompí los hilos de la tensión con las cuerdas de mi guitarra y mi voz al terminar de cenar. Ella me miraba cantar; simplemente eso. Sonreía un poco y miraba atenta, como si lo que yo hacía realmente se tratara de arte.

— *«I'm the north
You're the South,
Each one on each side,
How funny it is how criss-crossed we are.
I know distance made us belong to each other,
Because there isn't north without a south,
And there's no me without you*

*Summer made winter fade,
Just as you made our love do it so,
And winter made me cold,
and froze all my memories
as you melt yours away*

*But I'm still, oh I'm Still,
With you, uh... My south, my sun, my summer—canté.*

—Siempre me ha gustado esta canción... —dijo sin más, de repente, haciendo que mi voz se detuviera y solo mis manos siguieran haciendo melodías. La miré— me hacía sentir acompañada cuando estaba sola. Como si de verdad hubiera alguien pensando en mí. Es extraño... ¿no?

Me encogí de hombros, sin dejar de tocar.

—En absoluto. Eso es lo que provoca la música; sensaciones diferentes para cada persona. Lo bonito es que no hay una interpretación válida nunca. Da igual que seas el escritor o el espectador. La música es siempre lo que tú saques de ella. Lo que te haga sentir e imaginar, desde lo más profundo hasta lo más superficial.

Me sonrió tímidamente, parecía que mi canción había hecho desaparecer

su malestar, y eso me alegró. ¿Habría sido por mi culpa? ¿Habría hecho o dicho algo molesto? ¿Seguiría mal por lo de la noche anterior?

—¿En qué pensabas cuando la escribiste? —me preguntó.

Sabía que acabaría preguntándolo, y llevaba unos segundos intentado decidir si lo correcto era contestar o no. Esa era una pregunta que me habían hecho muchas veces y que nunca había contestado. No creía necesario que quien escuchara la canción supiera mi historia con la letra, ya que a fin de cuentas, no era necesario. Cada persona que escuchara esa canción tendría una historia distinta con ella. Habría unos minutos en los cuales la melodía se convertiría en todo lo que las sensaciones, la imaginación y los recuerdos pueden dar; y sería único y personal para cada individuo.

Que pensara en mi ex al escribirlo era lo más insignificante de toda la canción.

—En mi ex-novia —hablé finalmente.

—¿Cómo era?

—Era una chica increíble, guapa, amable, simpática, divertida. Tenía todo, básicamente. Nos conocíamos desde pequeños, era amiga de mi prima y siempre había sido muy cercana a mi familia y a mí. Me enamoré de ella... aunque a veces no lo tengo del todo claro... Pero —suspiré— como es obvio, acabó fatal y me rompió el corazón.

Sus ojos dijeron «lo siento», pero sus labios no pronunciaron una palabra.

—¿CÓ... cómo se llamaba?

—Noel.

—Oh...es bonito —típica contestación estúpida a una declaración que no querías saber.

¿Había dicho Noel?

—No, espera. Noel es mi prima, mi ex-novia se llama Bethany. —Me puse tan nervioso que ni siquiera supe explicarme.

—Oh... —dijo.

—Noel y Blake me ayudaron muchísimo a superar lo ocurrido —no quería hablar de Bethany, y menos con Ari. Así que desvié la conversación hacia mi prima—. En mi familia estamos muy unidos, quizás porque solo somos cuatro primos, Blake tiene una hermana, pero Noel y yo somos hijos únicos.

—¿Tu prima también vivía en Glasgow?

Negué con la cabeza.

—Noel vive en un pueblo a las afueras de Edimburgo, con sus padres... bueno... al menos vivía allí antes. Ahora está aquí en Londres, estudiado Derecho, esa chica es un coco.

—Wow... dos músicos y una futura abogada. En vuestra familia hay altas expectativas.

Me reí.

—Yo diría que las chicas han salido estudiosas y nosotros dos... bueno... sabemos algo de música. La hermana de Blake, Anna, hizo un doble grado en filología inglesa y francesa.

Me quedé pensativo un rato, pensando en Noel. Ella lo estaba pasando muy mal últimamente, y hacía mucho que no hablaba con ella porque siempre estaba ocupada y no tenía un solo día para poder quedar. La echaba mucho de menos.

—¿En qué piensas?

—Noel... lo está pasando mal —no quería dar detalles sobre lo que le pasaba a mi prima—. Tiene problemas con su novio, y con sus padres... y pagarse la carrera le está costando muchísimo. Si a eso le sumas comer, y pagar el alquiler de la habitación en la residencia. En su trabajo no la tratan precisamente bien.

—Yo no podría con todo eso...

—Ni yo. Blake y yo ya hemos insistido muchas veces en que se venga a vivir con alguno de nosotros, podemos ayudarla con lo que sea, pero no quiere. Dice que ella es fuerte e independiente y que puede conseguirlo por sí misma.

Suspiré de nuevo. Con mi prima era mejor no insistir si decía que no.

—Bueno... tiene a su novio.

—Sí... suerte tiene él de tenerla a ella. En fin... dejemos de hablar de mi familia —use un tono divertido, intentando deshacerme de la tensión, de nuevo.

¿Por qué sentía que la conversación iba a todas partes menos a donde me interesaba a mí?

Ella se volvió completamente hacía mí, subiendo las piernas en el sofá y

cruzándolas después de quitarse los zapatos. Dejé de tocar una de mis melodías y comencé a tocar Rock and Roll' Suicide de David Bowie.

«Time takes a cigarette, puts it in your mouth...»

—¿Y de qué quieres hablar? —me preguntó, con la atención en mis dedos que tocaban la guitarra como si fuera un amante.

De ti. De lo que te gusta, de lo que te hace feliz, de lo que sueñas. Pero también de lo que odias, de lo que te entristece y de lo que te atormenta.

—De cualquier cosa —dije, entre cantos.

También quiero hablar de todo lo que dije y no debería haber dicho. No sabes lo mucho que lo siento, y lo mucho que me pesa no ser capaz de decirlo en voz alta.

¿Seré siempre tan cobarde en el amor?

«You're too old to lose it, too young to choose it,
And the clock waits so patiently on your song...»

Allí estaba yo, en mi casa, después de suspender una cita de ensueño en un templo hindú a las afueras, mirando a la chica extranjera que, como yo, parecía comenzar un camino de peregrinaje para encontrarse a sí misma en lo recóndito; en una ciudad desconocida.

—Lo he pasado muy bien esta noche —dijo después de varios minutos. Ese «hablemos de cualquier cosa» se había convertido en un «mejor no hablemos de nada y dejemos que sean las notas las que nos digan que hacer» —gracias por traerme aquí, ha sido como viajar a Italia sin habernos movido de Londres —volvió a sonreír, acomodando sus cabellos castaños tras la oreja.

Dejé la guitarra y salimos a mi terraza, desde donde, sorprendentemente, esa noche se podían ver las estrellas. Agarró su cámara.

Click.

Click.

Click.

Parecía que solo se mostraban para que ella pudiera fotografiarlas. Para que hiciera más claro lo oscuro y dibujara puntos sobre un lienzo en el que después buscaría constelaciones. Quizás porque sabía construir rayos donde veía nubes y brillo donde solo había opacidad.

Pero eso no era todo lo que lograba hacer con su cámara. Podía capturar

los segundos con la nitidez de lo que solo se puede asimilar después de minutos de observación; jugar con las luces como quien mueve las piezas de ajedrez sobre el tablero. Pero sobretodo, podía disfrazar cada momento fotografiado con algo que ni siquiera se asemejaba a la realidad si se lo proponía, y así ser una narradora de imágenes. Una novelista que solo necesita congelar lo que tiene delante para hacerte creer en una realidad nunca sucedida.

En efecto, había estado enseñándome fotografías suyas durante la cena. Y me había quedado boquiabierto. Lo que ella tenía era talento, es más, se me hacía inconcebible que lo ignorara.

Había logrado impresionarme, y no solamente con sus fotografías. Toda la tarde había sido una constante revelación de actitudes que no dejaban de sorprenderme. Sobre todo porque siempre habían estado allí, pero yo no me había fijado hasta ese momento.

En sus ojos pardos se reflejaban las estrellas, y decidí que eso sería motivo de una nueva canción. No sentía algo así desde Bethany.

—Hay muchos lugares secretos que quiero mostrarte. Aunque vamos a ser sinceros... Escocia es mucho más interesante que Inglaterra. Eso tienes que aceptarlo.

Se rio.

—Los escoceses y su orgullo nacional —dijo, pero no me dio tiempo a contestar—. Siento mucho que hayamos tenido que acabar en tu casa.

Negué con la cabeza.

—Un placer, wee lassie.

Apoyó la cabeza en mi hombro, y yo rodeé su cintura con mi brazo. No quería que se fuera, y me pregunté qué pasaría si la besaba.

Pero no la besé, en lugar de eso, dejé que el miedo y los nervios me invadieran y le ofrecí ver una película. Hasta que nos quedamos dormidos en el salón; uno junto al otro; norte y sur creando el ecuador.

Capítulo 10

Ariadna

— ¡Charlie, espabila que llegaremos tarde! —le grité a mi hermano algo alterada. ¿Por qué tardaba tanto en peinarse?

«Incluso yo voy más rápida y tengo diez veces más cabello que él».

— ¡Ya voy! ¡Deja de meterme prisa! — se quejó desde el baño. Me acerqué y abrí la puerta encontrándome con un Charlie muy concentrado con un peine en una mano y un bote de laca en la otra.

— ¡Venga ya, Charlie! ¡Ya estás guapo! ¡Deja de peinar! —exclamé fulminándole con la mirada.

— ¡He dicho que ya voy! —se quejó y sonreí con recelo.

—Espero que así sea. Te espero en el coche —me permití una pausa mientras observaba como el chico hacía muecas mientras se peinaba. «Pero si casi no tiene pelo» Puse los ojos en blanco— ¡Ya!

Salí de la habitación de Charlie y crucé un par de pasillos hasta llegar a mi destino. Llamé al ascensor que se encontraba en el comedor y bajé hasta el parking donde Charlie tenía sus dos coches. No sabía cuál iba a escoger esta vez así que cogí las llaves del Mini que estaban en la repisa junto con las demás. Abrí el coche y me senté en el asiento del copiloto. Bufé desesperada.

Estaba ansiosa, deseosa, nerviosa. ¿Por dónde empezaría a contarle a

Laia? Bueno, más bien a enseñárselo todo. Era alucinante que por fin, después de tanto insistir a sus padres y a Charlie — y de las súplicas de Blake, que tampoco se quedaban atrás—, al final fuéramos a cumplir nuestro sueño, al menos hasta que terminara el verano. ¿Quién lo diría, eh? Desde siempre habíamos querido vivir juntas, sin padres, aunque teníamos a un hermano sobreprotector —pero muy tierno— y eso era más o menos lo mismo. En Londres, las dos juntas. No podía creerlo.

La había echado de menos, mucho. No era lo mismo hablar con ella todos los días por Skype. Yo necesitaba estar con mi mejor amiga en persona.

Unos golpes en el cristal me distrajeron de mis pensamientos. Era Charlie. Abrió la puerta del coche y me miró.

—¿El mini? — preguntó alzando una ceja — ¿En serio?

Lo miré.

«Este chico es increíble»

—Sí, te has comprado un mini y nunca lo has sacado del garaje. ¿Para qué lo compras sino?

Puso los ojos en blanco.

—Ariadna. Tranquilízate y no me agobies —contestó con molestia.

«¡Qué cara tiene!»

—Eres tú quien necesita horas para peinarse —me quejé.

—No me eches la culpa de tu mal humor —se quejó al arrancar el coche.

—Charlie, no estoy de mal humor —le dije y él se giró para mirarme.

—Ya, claro —replicó sarcásticamente y cogió el mando del garaje. La puerta se abrió ante nosotros y el coche salió.

—En serio, solo estoy impaciente. Y si lo estoy es por tu culpa, me desesperas.

Charlie suspiró.

—Nae bother —bufó y subió la radio a todo volumen como siempre hacía. A veces creía que quería dejarme sorda.

Odiaba cuando me decía eso. Era en plan: acabas de ponerte de los nervios y prácticamente llamarme de todo pero soy tan bueno que te perdono. Sobre todo para que te calles.

Nae bother.

Nos dirigimos a recoger a Blake para ir los tres juntos a buscar a la chica

pelirroja al aeropuerto.

Aquella era una de las mil peleas que teníamos a diario. Quien me hubiera dicho que la convivencia entre hermanos fuera tan agotadora. Pero lo quería, lo quería mucho a pesar de discutir. Ahora que ya había aprendido inglés todo era mucho más fácil y no me sentía como un pez fuera del agua. El aprendizaje no había sido tan duro como creía. A pesar de que todavía no dominaba el idioma a la perfección y me trababa muchas veces era capaz de mantener una conversación.

Es más, había entablado relación con todos los chicos, en especial con Blake y Wyatt. Las locuras del primero me habían metido en líos más de una vez y la mayoría de las veces salíamos airosos gracias a alguna fuerza profunda y extraña que nos sacaba del aprieto. Blake era una gran persona cuando lo conocías bien, pero no podías ignorar el hecho de que era extraño. Sin embargo, es agradable tener a alguien que te hace reír a cada momento. Por otra parte, estaba Madelynn, la cantante —tenía una carrera en solitario—, la novia de Caleb, que había sido un gran pilar para mí, si nos olvidábamos del incidente del escocés rubio. Nunca podría agradecerle lo suficiente todo lo que había hecho por mí. Había estado a mi lado cuando quedaba con los chicos. Ella me había transmitido confianza cuando me costaba hablar, me había animado a intentar no quedarme callada, a hablar a pesar de equivocarme. Y sobre todo, a no tenerle miedo al fracaso, porque siempre quedaba la posibilidad de volver a intentarlo.

Aunque lo que más le agradecía era que me hubiera contratado como fotógrafa para su nuevo álbum. En su nuevo proyecto ella quería mostrarse verdadera ante su público, y para eso estaba preparando algo muy personal. Las fotografías y todo el tema visual que acompañarían a las canciones del álbum estarían inspiradas de su vida diaria. Quería mostrarse tal y como era; y me había contratado a mí para pasarme tres meses grabándola y tomándole fotografías. Algo que le venía muy bien a mi bolsillo y a mi técnica fotográfica, al menos por un tiempo.

De hecho, había comenzado a plantearme la posibilidad de que mi futuro estuviera detrás de los focos, con la cámara en la mano.

Me sentía muy bien con mi vida ahora, a pesar de mi drama familiar. Se podría decir que había solucionado las diferencias con mis padres, a distancia y mediante la policía y la embajada española, que se presentaron en casa de

Charlie la mañana siguiente de mi cena con Wyatt. Creían que estaba secuestrada y que necesitaba ayuda para volver a España. Gracias a Dios vieron que estaba en perfectas condiciones y que nadie me había secuestrado. La policía y la embajada se fueron, pero yo tuve una larga charla por teléfono con mis padres, que no terminó hasta que entendieron que no volvería, al menos por un tiempo.

Pero mi gran problema era Wyatt, con quien últimamente me estaba costando bastante lidiar. Me confundía. Un segundo me estaba llamando princesa y besándome las mejillas mientras me abrazaba y al siguiente estaba alejándose, yéndose a toda prisa y dejándome plantada cuando le venía en gana, sin ninguna razón aparente. Simplemente, no lo entendía, pero me estaba enamorando de él. Y lo pero era que aquel comportamiento era lo que provocaba que cada día estuviera más prendada de él.

Sabía muy bien que él no sentía lo mismo y no pensaba humillarme con una declaración de amor si sabía que acabaría rechazada. De ninguna manera, quería mantener un poco de orgullo conmigo. A pesar de que cuando le miraba y él me correspondía sonriendo dulcemente, me perdía en sus ojos y solo deseaba probar sus labios. No lo haría. Aunque mi mayor sueño fuera el oír un «me gustas» suyo. No lo haría. Él solo era un amigo, y viviría con ello.

—¡Buenos días, amigos míos! —exclamó Blake poniendo voz graciosa al entrar.

—Buenos días, Blake —saludé y me giré para mirarle— ¿Nervioso?

Estaba sentado en el asiento trasero con las manos juntas entre las piernas y la mirada yendo de un lado a otro. Estaba nervioso; no podía ocultarlo.

—A dinnae ken... bueno quizá un poco —dijo tímidamente provocando que soltara una carcajada.

—¡Vamos! ¡Solo es una chica! —exclamó Charlie riéndose de su amigo. Volvió a arrancar el coche, esta vez, para dirigirnos al aeropuerto.

Blake puso los ojos en blanco.

—No es sólo una chica —comenzó—. Es una chica que me gusta —susurró en voz baja y luego siguió más alto—. No es solo eso. Es que, es raro... Me he enamorado de una chica que no he visto nunca.—me llamaba muchísimo la atención que Blake hablara de sus sentimientos con tanta libertad—. En verdad, nunca había imaginado algo así. Es que no me cabe en la cabeza ni siquiera ahora — dijo mientras hacía gestos raros con las manos

y se las pasaba por el pelo varias veces — Pero, me he enamorado de una chica a distancia. ¡Yo! Por favor, no me reconozco. O sea que soy de esas personas que necesita tocar y comerse a la otra persona antes de pensar en sentimientos. Pero no he dormido en toda la noche, ¿os lo podéis creer? I cannae...estaba pensando en ella...no sé qué me pasa... no sé qué me ha hecho. ¡Maldita mujer!

Me reí. Blake hablaba muchísimo cuando estaba nervioso. Todo era nuevo para el escocés de cabellos ondulados. El rompecorazones tatuado de la banda había caído por una chica a la cual ni siquiera tenía cerca. Increíble, ¿verdad? Estaba empezando a pensar que debía dejar de sorprenderme, realmente las cosas pasaban siempre de la manera menos esperada.

—Hay que ver...— dijo Charlie.

—Aye, hay que ver a esta chica, en... — hizo una pausa y miró el reloj. Aun no me acostumbraba a su dialecto escocés— ¡Encima llegamos tarde! Hace ya veinte minutos que tendríamos que estar allí — dijo Blake, más alterado aún —¡Qué desastre, vaya bienvenida le vamos a dar! ¡Se enfadará conmigo!¿o no? No lo sé... madre mía. Me he pasado demasiadas horas en vela pensando en qué sería lo primero que le diría como para que al final tenga que ser una disculpa por llegar tarde.

Reí

—¿Quieres calmarte? No se enfadara, aunque quizás se queje —le dije—. Estará sentada en algún lugar del aeropuerto, seguramente en el suelo, murmurando y maldiciendo a toda nuestra familia.

Blake soltó una risa nerviosa, y Charlie estalló en carcajadas, más por la actitud de su amigo que por mi comentario. Al llegar al aeropuerto, fuimos a la zona de llegadas lo más rápido posible. Enseguida noté muchas miradas encima de nosotros.

—¿La veis? —preguntó Charlie pasando la mirada por todas las personas.

—Nae... —dijo Blake— Nunca la he visto... ¿cómo se supone que voy a encontrarla? Esto es ridículo... me siento ridículo... se me va a salir el corazón del pecho.

Me reí. «Ojalá tuviera esa facilidad para expresar lo que siento... las cosas serían más fáciles».

—¡Pero la has visto en fotos, y por videollamada! — dijo Charlie.

—¡Ay calla, calla que no es lo mismo! —se quejó el otro.

—Vosotros buscad una cabeza rosa pastel, y ahí estará ella —miré a mi alrededor, no la veía por ningún sitio, hasta que vislumbé una maleta enorme y algo rosa asomando por detrás— Y como decía, está sentada en el suelo — negué con la cabeza y señalé la cosa rosa detrás de la maleta.

«Mi amiga no tiene remedio, y mira qué hay asientos libres»

Blake rio.

—¡Está en el suelo! — exclamó antes de pasarse la mano por el cabello y morderse el labio.

Nos dirigimos hacia allí sin que ella notara nuestra presencia, así que aproveché la oportunidad.

—Callaos —ordené. Nos acercamos un poco. Aun no se le veía más que el rosa de la cabeza y pude notar los nervios de Blake. Entonces la escuché cantar:

—Odioooo mi vidaaaa, me han dejado solaaa en el aeropuerto, y como estoy en otro país no me va el 3G... no tengo internet. El WI-FI de este aeropuerto es una mierdaaaa —cantaba en español con una melodía muy rara parecida a una canción infantil—. Moriré aquí en el suelo, de hambre y frío esperandooo....

No sabía cuánto tiempo más podría aguantar la risa, y mucho menos cuando tiempo lo harían los chicos.

—Bueno, cuando acabes el concierto nos vamos — dije en castellano y ella dio un respingo antes de volverse.

—¡Ah! —exclamó y nosotros reímos. Ella se llevó la mano al corazón — ¡No sabes el susto que me has dado!

—Era la intención, chica, era la intención —contesté en inglés tocándole la cabeza y riendo al mismo tiempo. No era correcto ponernos a hablar en castellano delante de Blake y Charlie que no entendían nada.

—No me hace gracia —replicó en el mismo idioma mientras su mirada se alejaba de mí y se clavaba en el chico de cabellos azabache.

—A mí sí —dijo Charlie— ¿Qué hacías? ¿Darle música de ambiente al aeropuerto?

Ella se puso el dedo índice en los labios.

—Shh... no alteréis el orden público con vuestras risitas —bromeó.

—Habló, la del concierto —señalé con una carcajada, ya me dolía la

barriga de tanto reír.

Tardamos un rato en relajarnos y cuando lo hicimos ella nos miró y sonrió.

—Y ahora que habéis parado de reiros de mí. ¿Me saludáis? —preguntó acomodándose el pelo.

—Claro que sí —dije— ¡Hola, cielo! —la abracé aunque ella siguiera en el suelo sentada, mientras los chicos miraban, aún manteniéndose al margen.

—No sé cómo mirarle, ayúdame —susurró en español en medio del abrazo.

—Tal y como lo haces —le contesté en voz baja.

—¡No! Es muy guapo, me mira y siento que me derrito.

Reprimí una carcajada. «Otra expresiva...».

—No seas tonta —repliqué.

—No lo soy —susurró cuando me separé de ella para volver a centrar la atención en los chicos.

—Hola —saludó Charlie— ¿Qué tal fue el viaje? —preguntó amablemente

—¡Hola, Charlie! Muy bien, gracias —saludó ella. Cuando llegó a Blake, lo miró de manera sugerente, ya que éste no había soltado palabra todavía, solo había reído y mantenido la mirada en ella, pensativo. ¡Después del monólogo que nos había soltado!— Hola, Blake ¿Cómo estás?

El chico salió de su nube y se pasó la mano por el cabello, de nuevo.

—Uhm... Bien —murmuró lenta y roncamente— ¿Y tú?

—Perfectamente, aunque este suelo está muy duro —contestó la chica con una sonrisa.

Blake sonrió y le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Ella respondió al gesto y ambos se miraron a los ojos durante unos segundos mientras Charlie y yo observábamos. Podría jurar que las chispas volaron locas entre sus ojos mientras Blake le ayudaba a levantarse. Podría decirse que el tiempo se detuvo para ellos. Se quedaron de pie, uno frente al otro, mirándose a los ojos.

Todo lo que sus rostros y sus cuerpos decían era «Abrázame, tócame, necesito sentir que estas frente a mí de verdad». Pero ambos estaban cohibidos.

—Gracias —murmuró ella algo más cortada de repente.

—Ha sido un placer —contestó él sin soltar su mano.

Charlie me dio un codazo y le devolví el gesto con una mirada cómplice mientras chocábamos las palmas disimuladamente.

Charlie agarró la maleta de mi amiga y nos dirigimos al coche. Yo me senté delante con Charlie, y Blake y Laia fueron detrás. Estaban algo incómodos los primeros minutos del trayecto, la chica hacía preguntas, y el chico se limitaba a contestar con incomodidad. Sin embargo, no tardó mucho en soltarse. Al poco, lo único que se escuchaban eran susurros ininteligibles desde la parte trasera.

Charlie me miró cómplice y sonreí. Me pegué más al asiento, intentando escuchar algo, pero todo quedó en un intento fallido porque los «Sí», «No», «fiesta» y «mi casa» quedaban poco claros entre los susurros que se escuchaban.

Cuando llegamos a casa comimos los cuatro juntos lo que Charlie había preparado de manera especial para la ocasión. Se había despertado muy temprano para tener todo a tiempo, de ahí que hubiera tardado tanto en prepararse. Estaba bueno, no sabría decir qué era exactamente, porque era raro. Pero estaba bueno, Charlie siempre cocinaba cosas ricas. Yo le decía que si no hubiera sido cantante tendría que haber sido chef.

Wyatt se presentó después de comer con su guitarra y su cuaderno. Estuvo enseñando a los chicos algunas melodías nuevas y algunas letras que había compuesto, pero como él decía, no eran nada definitivo, simplemente «esbozos» de algo que podría convertirse en música. Ese chico estaba en el estudio componiendo a primera hora de la mañana y era el último en abandonarlo —eso cuando no se pasaba el día solo con su guitarra—. Aquello era verdadera pasión.

Más tarde decidimos ver una película de miedo —por votación de los demás, claro está, porque yo no soportaba ese género—. Pero me aproveché de la situación y me agarré a Wyatt, escondiendo la cabeza en su pecho cada vez que no quería ver la pantalla. Me gustaba sentirle cerca cuando me acariciaba el pelo y me susurraba que me tranquilizara, que no pasaba nada. A pesar de todo, eso no hacía en absoluto que dejara de pasarlo mal con la maldita película. ¿Cuál era el objetivo de pasar miedo frente a una pantalla? Nunca entendería porque le gustaban a la gente. Sinceramente, no le

encontraba la gracia a que me asustaran.

—Tranquila, lassie —rió Wyatt una de las veces— No va a salir del televisor.

—Lo que se me va a salir es el corazón del pecho como vuelvan a asustarme.

Él pasó su brazo por encima mía y lo apoyó en mi espalda

—¡No entres que te mata! —Exclamó mi amiga—¡No seas imbécil!

—¡Entra, entra! —contestaba Blake riendo.

—¡No! —se quejaba ella.

—¡Aye! —exclamaron Wyatt y Blake al unísono.

—Mierda— por la maldición de mi amiga supuse que la protagonista había entrado, pero estaba demasiado embaucada por el olor y el tacto de Wyatt.

—Os voy a resumir esta película —comenzó Blake—. Espejo, niño. Ventana, niño. Abres una habitación, niño en medio. Patio, niño. ¡Te vas a cagar y también te sale el niño!

Exploté en carcajadas separándome de Wyatt y fijando mi atención en Blake para negar con la cabeza riendo.

—Te ha hecho gracia, eh — dijo el escocés satisfecho — pues también te digo que...

—¡Ah! ¡Qué te mata el niño! —exclamó Laia mirando a la pantalla con las piernas subidas en el sofá y las manos en la cara— Blake, cállate y haz algo.

—¿Y yo que quieres que haga? — preguntó con diversión, que estaba sentado a su lado, mucho más cerca de ella de lo que un amigo lo estaría.

—No lo sé — contestó ella.

—Métete en la película y haz que no la maten — sugirió Wyatt.

—Sacrificate — le animé.

—Ya mismo — dijo con ironía.

Cuando la película acabó, los chicos se despidieron de nosotras. Volveríamos a vernos muy pronto en la fiesta de Blake.

En cuanto ellos salieron por la puerta, Laia se giró en mi dirección y comenzó a dar saltitos de emoción mientras me agarraba de los hombros y reía con nerviosismo.

—Dios mío — dijo — Blake me ha dicho que soy mucho más guapa en

persona y que estaba deseando verme... — comenzó — me ha abrazado y me ha besado antes. Pero me da igual que vaya tan rápido porque... — hizo una pausa y yo abrí los ojos como platos intentando asimilar lo que había dicho. ¿Besado? ¿Qué? —. No sé por qué pero no me importa. Hace tanto que no tengo roces con un chico y él es tan... ¡Wow!

Reí agarrándola de los brazos.

—¡Tranquila! Sólo es un chico.

—No es sólo un chico. Es un chico que me gusta, mi chico ¿Captas la diferencia?

—¿Tuyo? —alcé una ceja y ella puso los ojos en blanco mientras caminábamos hacia las escaleras que llevaban a mi habitación.

—Lo será.

—Diría lo mismo de mí y Wyatt pero no creo en la posesión amorosa.

El cabello que le llegaba hasta la mitad de la espalda se movía ligeramente mientras negaba con la cabeza.

—Ese chico está loco por ti. ¡Estabais súper monos abrazaditos!

Me sonrojé.

—El corazón me iba a mil —escondí una sonrisa—. Y no era por la película.

—¡Normal! Pero presiento que esta noche va a ir más que a mil, así que ponte guapa que tienes que acabar de tenerlo en el bote.

—¿Cómo? —pregunté y vi a Charlie salir de la sala de estar. Di gracias a que Laia y yo hablábamos en castellano.

Ella miró a mi hermano que llevaba toda la tarde desaparecido y lo saludó. Él devolvió el saludo y se metió en otra habitación.

—Qué raro está — murmuré y Laia se encogió de hombros.

Hacía días que prácticamente no hablaba conmigo, tampoco salía de casa. Se dedicaba a mantener conversaciones cortas y secas, y unas profundas ojeras adornaban sus ojos.

Entramos en mi habitación y ambas nos lanzamos a la cama tras cerrar la puerta.

El silencio se hizo durante unos minutos en la acogedora habitación.

—No puedo creer que Blake me haya besado — suspiró con una sonrisa traviesa poniendo los ojos en blanco.

—No puedo creer que en un día hayas conseguido lo que yo no he conseguido con Wyatt en dos meses — dije riendo.

Sí, reí por eso. Era mejor que llorar. No iba a amargarme la vida por un pequeño «me gustas» no dicho.

—Mi abuela siempre decía que lo bueno se hace esperar. Es un buen consejo — declaró mi amiga.

Asentí pensativa, clavando la mirada en el techo. No quería deprimirme por Wyatt, así que opté por preguntarle a mi amiga cosas sobre Blake. Eso me distraería y me haría soltar más de una carcajada. Quería reír.

—¿Y cómo besa Blake? — pregunté mirándola sospechosamente. Ella bufó.

—Nunca creí que alguien pudiera besar tan bien —comenzó— y no es por halagarle. Es cierto, es bueno— Reí —. Pero te pone nerviosa — se incorporó —. Porque parece un león agarrando a su presa. Te pilla desprevenida, cuando menos te lo esperas y se te pone muy cerca —hizo una demostración gráfica de lo que Blake hacía, posicionándose ella con las piernas a cada lado de mi cuerpo y las manos a cada lado de mi cabeza, a cuatro patas, manteniendo la distancia — y luego te mira fijamente a los ojos —me miró— se acerca poco a poco mientras va examinando cada parte de tu cara. Te susurra al oído y después te mira los labios y se pasa la lengua por los suyos. Después vuelve a mirarte a los ojos y te besa. Agarrándote de la nuca y la cintura.

—¿Pero qué...? ¡Dios mío! —la voz de Charlie nos sacó de nuestra conversación.

Ambas estallamos en carcajadas y Laia se quitó de encima para caer en la cama víctima de la risa.

Mi hermano nos observó desde el marco de la puerta con el ceño. Era muy probable que estuviera pensando que ella y yo podríamos tener algo más que amistad, pero no era así. De todos modos, Charlie llevaba unos días encerrado en sí mismo, desapareciendo cada dos por tres y tensándose cada vez que le preguntaba donde había estado, o porqué se pasaba las horas frente a su ordenador. Y eso, por no mencionar el hecho de que prácticamente no hablaba con Caleb, ni le había dado explicación alguna.

—¡Esto no es lo que parece! — exclamé llevándome una mano a la frente

—Ya, claro —dijo, como si esa fuera la cosa más extraña que hubiera

escuchado—. Mira que sois raras, es más... espero que ninguna de las chicas que he besado haya ido corriendo a su amiga a contarle como lo hago.

Casi parecía que le molestaba. ¿Por qué?

Mi amiga, que estaba consiguiendo recobrar la compostura, se recostó y apoyó la espalda en la cabecera de la cama y nos miró con lágrimas en los ojos. ¡Estaba llorando de la risa! Sus mejillas estaban totalmente rojas y se abanicaba con la mano. Entonces, se puso seria poco a poco, ante la actitud de mi hermano.

—No se lo digas a Blake — suplicó y Charlie torció una sonrisa—. No le digas que he intentado representar como besa... que vergüenza.

—No sé ni qué le diría si le tuviera que explicar esto — contestó Charlie, algo más relajado, pero manteniendo el tono serio. Era como si su cabeza estuviera en cosas más importantes que nosotras.

¿Qué diantres le pasaba?

Laia se arrodilló en la cama y puso sus manos juntas suplicando.

—¡No se lo digas!

—¿Por qué? —preguntó mi hermano, casi retándola.

—¡Me da vergüenza! —exclamó mirándolo a los ojos. Este alzó una ceja—
— Qué mala impresión debes tener de mí.

Suspiró finalmente, rendido. Como si enfrentarnos le supusiera una dificultad.

—Tranquila, no diré nada. Tampoco es para tanto —contestó—. Después de todo, solo sois niñas.

Quise contestarle, pero desapareció sin darme tiempo a reaccionar. Me había dejado totalmente a cuadros.

Charlie volvió a esos asuntos «tan importantes» de los que no quería hablar con nadie y que le tenían tan ocupado.

Por nuestra parte, Laia y yo nos pasamos la tarde de paseo por Hyde Park y después fuimos a Candem Town, ya que mi amiga estaba loca por visitar esa pequeña zona de la capital inglesa. Fue de tienda en tienda, de paradita en paradita, llenándose las manos de bolsas con camisetas y sudaderas de logotipos y dibujos. Mientras, me ponía al día sobre todo lo que había sucedido en Barcelona desde mi partida. Por lo visto, mi madre había buscado mucho refugio en mi amiga, preguntándole sobre mí prácticamente

cada día. Laia me dijo que mi familia lo estaba pasando mal.

«No es fácil para tus padres, quizás tu madre es quien más lo expresa, pero a tu padre se le nota muchísimo. Lo creas o no, está adelgazando. Yo creo que se siente culpable, no puedo ni imaginar cómo debe sentirse alguien que ha perdido a sus dos hijos y a quien parece perseguirle su pasado día a día. No sé... un error que cometió de joven se le acaba de plantar en las narices y le ha destrozado la vida... o por lo menos desordenado» dijo mi amiga. «Sé que no te gusta hablar de esto y que te duele escucharlo, Ari. Pero nunca he tenido pelos en la lengua y no pienso tenerlos ahora. Actuaste mal. No pensaste en lo que dejabas allí, o en lo que provocarías entre ellos. Cortaste toda comunicación y te quedaste tan tranquila... pero tu madre me ha llamado muchos días llorando, rogándome que le dijera si estabas bien o si podía convencerte para que hablaras con ella.»

«Deberías, como mínimo, llamar a casa de vez en cuando».

Ni loca.

Mi amiga me permitió reflexionar en silencio, nos sentamos en una cafetería y ella se evadió en su bloc de dibujo.

No supe qué contestar a nada de eso, ni siquiera cómo excusarme, porque tenía razón; Era muy consciente de que estaba haciendo daño a mi familia. Pero no estaba dispuesta a dar mi brazo a torcer ni a dejar que me vieran débil. Era lo suficientemente madura para tomar riesgos y luchar por mí misma. No iba a aguantar ni una de las normas de mi madre.

Volvimos tarde a casa, y nos preparamos para la fiesta de Blake. Ambas teníamos objetivos muy distintos esa noche, ella disfrutar y absorber todo lo posible. ¿Yo?, de repente solo quería despejarme, olvidar el mundo y dejar que la música me llevara a ese lugar que solo ella podía.

Capítulo 11

Ariadna

Llevaba media hora sentada frente a la improvisada barra de bar. La fiesta estaba llegando a su clímax; el ambiente se caldeaba y cada vez hacía más calor. Sin embargo yo estaba ajena a todo. Mantuve la mirada fija en ninguna parte, perdida. Quizá era por el alcohol, o porque había perdido de vista a Laia y a todos los que conocía, incluido Wyatt.

Había algo en las fiestas que absorbía a la gente, los hacía perderse por horas para encontrarse más tarde, dejando solo confusión. A lo mejor por eso estaba en trance, dentro de la fiesta y lejos de allí a la vez. Pero sinceramente, creo que solo estaba aburrida. Y eso era quedarse corto. La multitud se esparcía a diestro y siniestro, oprimiendo mi espacio y robándome el aire, mientras yo buscaba la manera de irme, o encontrar algo que hacer.

Por el momento, mi plan de evasión total había salido no había salido como yo quería y había acabado tensa, incómoda y marginada en la barra. Genial.

Jugué con el vaso. Suspiré y después me acomodé el mechón que había caído de mi recogido despeinado. Me obligué a salir de mi nube. Había gente por todos lados, hasta encima de los muebles. Bailaban con alegría poco contenida, hablando, bebiendo, tocándose con descaro, besándose, e incluso haciendo cosas que nunca había imaginado que pudiera hacerse en ese estado.

Toda una fiesta universitaria, en la que el anfitrión ni siquiera se había presentado a los exámenes de acceso.

Toda una ironía.

Había perdido de vista a Charlie nada más entrar, que se había ido con una chica. «Muy bien hermano, dejando a tu hermana sola en una fiesta de tal calibre». Después diría que yo era la irresponsable y me regañaría por la más mínima cosa que hiciera. Laia había desaparecido hacía una media hora, cuando Blake se la había llevado a bailar. Y Wyatt... Dios sabe que se le pasaría a ese chico por la cabeza. Estaba con Finn en la piscina haciendo el indio, y ya de paso coqueteando con alguna que otra chica. Me molestaba verle con otras, así que me había ido. Podía soportar que no me amara, pero que coqueteara con otras no.

Decidí pedir otro cóctel.

—Aquí tiene, señorita —me sirvió el chico de la barra. Me guiñó un ojo y después dio dos toques en la barra de madera con sus dedos jugueteando.

—Gracias —agradecí con una sonrisa amable.

Pensé en levantarme e ir a dar una vuelta por fuera, pero la concentración de gente era tan grande que no podría salir de ahí y pensé que la mejor solución era quedarme sentada donde estaba. O quizás podía buscar a Maddie y hacerle algunas fotos, pero ya habíamos hecho eso al entrar y no me apetecía mucho. Necesitaba encontrar la manera de dejarme llevar completamente, de elevarme y volverme una con la música; sentía que solo lo conseguiría con alcohol, ya que mi cuerpo se tensaba cada vez que pensaba en mis padres. No podía sacármelos de la cabeza.

Di un sorbo al contenido líquido del vaso, lo noté caer por mi garganta ardiente y dulce al mismo tiempo. Pasé la lengua por mis labios instintivamente y otra vez más me quedé observando a la multitud. Iba a necesitar más de esa mierda.

—¿Qué haces aquí tan sola, preciosa? —una voz me sacó de mi nube y alcé la mirada para encontrarme con un chico alto, de ojos y cabello negros; el chico que me había servido la bebida.

No era una combinación muy impactante, pero era guapo. Le miré a los ojos y sin darme cuenta ese mar de oscuridad me infundió la seguridad necesaria para perderme unos segundos en ellos. Todo gracias al alcohol, obviamente. Ese chico debía darle las gracias al Cosmopolitan.

—Tomar un cóctel, ¿no lo ves? Me lo has servido tú — «vaya un iluminado», contesté dando golpecitos con los dedos en la mesa.

No me causó ni la mitad del efecto que Wyatt provocaba en mí cuando se rió. Y eso que el rubio ni lo intentaba.

Me preguntó sobre la noche, se preguntaba si me lo estaba pasando bien. Le dije que esperaba algo más de la noche y que me había quedado sola. A decir verdad, no quería admitir que había venido con la ligera esperanza de tener al escoces pegado a mí toda la noche, pero él había optado por ignorarme. Entonces empezamos a hablar. Me explicó que estudiaba filosofía y que esperaba convertirse en profesor algún día, mientras tanto trabajaba para poder luchar por ese futuro. Yo le dije que aún no había encontrado mi lugar, y poco a poco, la conversación se difuminó con coqueteos y bromas. Hasta que llegó el momento de su descanso:

—He pensado en aprovechar que estoy en mi descanso para invitarte a bailar —sonrió de oreja a oreja.

No sabía si debía hacerlo, no le conocía. ¿Pero que podía perder? Nada. Así que asentí.

—Claro —le devolví la sonrisa cuando agarró mi mano para que me levantara y puso la otra en mi cintura llevándome con él a la pista de baile. Me pareció simpático.

La canción era movida, así que enseguida el chico se pegó a mí, quizá demasiado para mi gusto. Eso hizo que me cohibiera unos segundos, pero solo eso...segundos. Cerré los ojos, dejé que me agarrara de la cintura, y bailé. Me olvidé de quién podía estar mirando, disfruté del contacto físico que tanto necesitaba en aquel momento, fingí que recibía un abrazo y seguí bailando. Dejé que el espacio entre su cuerpo y el mío se hiciera inexistente, y dejé que mi corazón corriera a gran velocidad en mi pecho.

Gran dosis de adrenalina.

—Aún no nos hemos presentado... ¿cómo te llamas? —susurró en mi oído.

—Ariadna —le respondí alzando la voz— ¿Y tú?

—Jack —se presentó apretando mis caderas.

Me estaba evadiendo de todo, poco a poco mi mente salió de la fiesta y volvió a Barcelona. Me dije a mí misma que lo de mis padres no había sucedido. Esa noche me declaraba vacía de toda preocupación, exenta de todo

error del pasado por unas horas. Escondí el cuaderno donde escribía mi historia y cogí otro más pequeño al que llamaría «Memorias de una noche».

Tenía que luchar por mantener mi mente en la fiesta.

Reí y canté, bailé y coqueteé. El chico terminó su descanso y tuvo que volver al trabajo, así que me senté en la barra de nuevo y nos enfrascamos en una conversación sobre todo y nada. Me dije a mi misma que podía permitirme sentir algo intenso esa noche y lo escogí a él. Quizás hablé más de la cuenta sobre mí misma, puede que de una manera demasiado metafísica. Me senté en la barra y bailé de nuevo tras la tercera copa.

Estaba comenzando a perder el equilibrio. Tenía una sonrisa borracha pegada al rostro y el ritmo se adueñaba de mi cuerpo; balanceándome de lado a lado.

Entonces vi un rubio al que reconocería en cualquier lugar; estaba hablando animadamente con otra chica, rubia también. Pestañeé dos veces antes de que los celos me invadieran. Odiaba ese sentimiento, sin embargo no podía evitarlo. ¡La princesa era yo! No aquella rubia. Alcé mis manos y las pasé por el cuello de Jack que estaba al otro lado de la barra y noté como su mirada intensa se fijaba en mí. Perspicaz, impaciente, indeciso. «¿Me besarás ahora, chiquilla?», creí escucharle susurrar.

Cerré los ojos y rocé sus labios, que no habían probado el alcohol. «Quizás sí te bese». Pero el beso no llegó a suceder, porque antes de que me diera cuenta alguien me agarró del brazo, deshaciéndome del enganche de Jack.

—¡Eh! —Me quejé al sentir el agarre de Wyatt. Jack frunció el ceño enfrentándose al rubio sin ningún tipo de cautela.

—¿Qué crees que haces? —preguntó Jack a Wyatt que aguantaba mi mano. Éste último lo desafió con la mirada, apretando la mandíbula. Un escalofrío me invadió.

—Llévame —dijo con descaro. Escondí mi emoción en un rincón, no quería que aquello hiciera crecer ilusiones que acabarían marchitas—. Tenemos que irnos. Su hermano está que trina.

No teníamos que irnos a ningún sitio.

—¿Perdona?—dije, incrédula.

—Oye rubio, no me vengas con cuentos y déjala tranquila —masculló Jack. Apostaría cualquier cosa a que si no salíamos rápido de allí, la cosa

terminaría mal, ya que ambos estaban adoptando una postura tensa.

—Tú no vas a decirme a donde tengo que ir —le contestó Wyatt con decisión—. Vamos, Ariadna. Y tú —miró a Jack—, lárgate a trabajar. Te pagamos para eso.

«Será imbécil»

Me arrastró tras él sin darme opción a decidir. Me mantuvo caminando detrás de él con el corazón en un puño mientras salía de entre la multitud sin dedicarme una sola mirada. ¿Estaría enfadado? Quizá ¿Me importaba? Sí ¿Me molestaba? Obviamente.

—¿Wyatt, eres tonto o qué te pasa? —me quejé una vez llegamos al jardín de Blake— ¡Déjame en paz!

No me miró. Me crucé de brazos a la espera, aunque él ni siquiera había soltado mi brazo.

—Calla —ordenó.

—Suéltame y deja que me vaya con Jack —apreté los puños con rabia. Allí fuera, donde el sonido de la música era sordo y la cantidad de gente había disminuido en un ochenta por ciento era más fácil mantener la calma.

—Ah, qué se llama Jack —dijo con molestia, arqueando las cejas.

—Sí, se llama Jack —afirmé cruzándome de brazos. ¿Quién se creía que era él para ir y fastidiarme la fiesta?

—El cabrón se estaba aprovechando de ti, ¿no lo ves?

—¿Pero qué dices?

—¡Te estaba emborrachando!

—¡Le pagan para servir alcohol!

—Eso es una gilipollez. Te estaba emborrachando para que acabaras en su cama.

—¡Eso no es tu problema! ¡¿Qué más te da?!

—Con la de invitados que hay, ¡te ligas con el catering!

—Eso no es asunto tuyo, maldito escocés.

—No te pases, españolita analfabeta. Si fueras un poquito más inteligente no te pasarían esas cosas y no tardarías dieciocho años en aprender un idioma.

No podía estar diciendo eso. Iba a golpearlo por imbécil.

—¿Qué has dicho? ¡Imbécil de mierda!

Suspiró, intentando calmarse.

—Perdona, ha estado fuera de lugar. Pero es que eres tonta, ¿ese quería llevarte a la cama!

—Ese es mi problema, no sé cómo será en tu mundo pero en el mío las princesas no necesitan ningún caballero de mierda que las rescate. ¡MUCHAS GRACIAS!

—No puedes bailar así con él ¿Me entiendes? Ni con nadie.

Su cuerpo se acercó al mío como si tuviera derecho a imponerse sobre el mío. Sentí su respiración contra mí, haciendo que se dispararan mis nervios. Pero me mantuve firme y no me hizo falta preguntarle si había bebido para darme cuenta de que sí lo había hecho.

«¿Pero quién se cree que es para decirme eso? ¿Acaso iba tan bebido como yo?»

—¿Pero qué dices? ¿Estás loco? Yo bailo con quien quiero y como quiero, tú no puedes decirme qué hacer y qué no —declaré manteniendo el contacto visual.

Él no podía escoger por mí. No tenía derecho a mandarme y tampoco a exigirme. Yo no estaba dispuesta a llorar por él y por su poca importancia hacia el amor que yo le tenía. Comencé a sentir que estaba jugando conmigo o que se estaba riendo de mí. Pues sabía que él notaba mis sentimientos, siempre había sido como un libro abierto.

—No lo hagas — dijo acercándose más.

Me había ignorado toda la noche, no podía permitir esto.

—Lo voy a hacer —lo último que podía aceptar era una orden de ese estilo—. Es más, lo haré como quiera y las veces que yo quiera. Y espero que te quede claro.

—No me lo hagas más difícil, Ariadna —se quejó a dos centímetros de mi rostro.

—¿Pero qué dices de difícil? Yo no estoy haciéndote nada. Déjame, te estás comportando como un idiota —contesté resentida, sin siquiera pararme a analizar las palabras había escondidas bajo sus frases.

Él negó con la cabeza, sin apartarse.

—¿Quieres volverme loco, o qué? —Fruncí el ceño.

No podía ser que estuviera celoso... ¿O sí?

En el fondo de mi corazón la llama de esperanza iba aumentando, iba brillando más y más mientras me hacía ilusiones, pero no podía dejarla crecer. No. Así que la retiré. No estaba dispuesta a perder su amistad a pesar de lo obvias que eran sus palabras. Y tampoco podía permitirle tener estos comportamientos posesivos.

—Mira Wyatt... déjame. Yo bailo con quien quiero y me beso con quien quiero. No me vengas con historias porque como vuelvas a ordenarme qué hacer con mi vida amorosa vamos a tener problemas serios—capturó mis manos entre las suyas en ese mismo instante.

—Por favor, no vayas con él, no quiero tener problemas con Charlie—suplicó antes de que luchara contra su agarre hasta soltarme.

Le miré con desdén, tampoco iba a aceptar que metiera a mi hermano en esto.

—¡Déjame en paz! —una vez dicho eso me di la vuelta y me fui y como de costumbre no me siguió, intenté que eso no me afectara, pero creo que sí lo hizo.

Volví a entrar a la fiesta y busqué a Jack con la mirada, estaba en la barra, justo donde le había dejado. Volví y le pedí otra bebida. Y luego otra, hasta que ya no podía más con la borrachera. Estaba sola, ya que el chico iba de un lado a otro preparando bebidas.

Descubrí que dos meses en Londres no eran suficiente para que me sintiera en casa. No era solo extranjera, era una intrusa en una fiesta a la que no pertenecía. Extrañaba tanto Barcelona...

Pedí otra bebida. Un chico moreno se sentó a mi lado y comenzamos a hablar. No recuerdo su rostro, ni su nombre. Y tampoco lo que pasó después: lo único que hay en mi memoria es Wyatt. No sé cómo, ni cuándo ni dónde, pero ahí estaba.

Todo mi subconsciente recordaba a Wyatt esa noche en un mar confuso.

Wyatt

—¡Wyatt! ¡¿Qué haces?! —exclamó la chica cuando aparecí, obligándola a separarse de los labios del moreno.

—¡Ahora sí que nos vamos! —exclamé, rojo de furia y celos.

—¿Es tu novia? —preguntó el chico, algo aturdido.

—En efecto, imbécil.

El chico puso las manos en alto.

—¡Lo siento, no lo sabía! Pero la próxima vez deberías controlar a esta zorra.

Sentí la mirada de odio de la chica puesta nosotros, que apartó al chico de ella de un empujón y se dirigió a mí.

—Yo no soy tu novia. ¡Más te gustaría, imbécil! —su mirada estaba llena de furia.

Sonreí ante su enfado y la arrastré fuera de la casa de Blake, a pesar de sus pataleos y de que me pidiera que la dejara en paz una y otra vez. Estaba muy borracha, ni siquiera conseguía mantenerse en pie y estaba seguro de que había llegado a ese punto de embriaguez en el que al día siguiente no recuerdas nada de lo sucedido.

Llegó a golpearme en la espalda y a darme un manotazo en la mejilla, acusándome de “reprimir su libertad”. La chica podía llegar a ser muy radical con sus ideas si se lo proponía.

—¿A dónde vamos? —preguntó en el coche, algo más calmada.

—A mi casa —informé, esforzándome por mantener el semblante serio. Ella comenzó a reír— ¿Y ahora por qué ríes?

—No me violes, Wyatt —dijo en un tono tonto, negando con la cabeza y haciendo resonar su risa tonta por el vehículo.

—¿Qué dices? —abrí los ojos como platos—. No digas tonterías.

Se pasó la lengua por la comisura de los labios.

—Que no me violes — repitió.

—No voy a violarte, por Dios. Cállate. Vamos a ir a mi casa, vas a comer y después te vas a ir a dormir, rezando por no tener una resaca mortal mañana.

—Pero tú me cuidarás, ¿no?

—¿Qué?

—Porque eres mi novio, ¿no? —preguntó con coquetería, llenándome de confusión.

—Lo he dicho para que te soltara. ¿Estás loca? No puedes ir bailando con

uno y besándote con otro.

Aún no había arrancado el coche, y la chica aprovechó la ocasión.

—¿Y por qué no? —dijo acercándose a mí, acariciando mi pecho, su rostro cerca de mi cuello. Mi respiración se agitó— Dime —me susurró en el oído y noté como mi piel se erizaba.

—Porque no —no fui capaz de decir nada más.

—Está bien —masculló, seca. Dejó un silencio sin alejarse de mí, al contrario—. No voy a perder el tiempo discutiendo contigo.

Apoyó su cabeza en mi hombro, y sentí sus labios acariciar mi cuello. Apoyé las manos en su cintura, y por primera vez en años, me sentí temeroso y sobretodo, vulnerable.

—No te enfades, princesa —contesté minutos más tarde, rompiendo el silencio.

—No me enfado.

—¿Sabes? Charlie me va a matar cuando se entere de que dejé que esos chicos se te acercaran. —y así fue como de nuevo dejé escapar cualquier posibilidad de que ella pensara que yo sentía algo parecido al amor.

—Charlie es idiota —dijo.

No respondí. Ni siquiera sabía qué decir. Así que permanecemos en silencio unos minutos, abrazados, mientras ella besaba dulcemente mi cuello. Cerré los ojos y me dije a mí mismo que intentara jugar con el tiempo, y así detenerlo en aquel preciso instante para siempre.

Le acaricié el cabello, la espalda y de nuevo el cabello. Mis dedos pasaron por su nuca y mis ojos permanecieron cerrados mientras mis labios ardían por un beso. El tiempo no se había detenido, pero sentía que habíamos entrado en una dimensión en la que todo estaba congelado menos nosotros.

Hice lo que no creí que me atrevería a hacer desde que la conocía. Acaricié su rostro, y ella se despegó de mi cuello. Sus ojos estaban cerrados pero su alma no, o al menos eso fue lo que sentí cuando besé la comisura de sus labios, después sus mejillas y de nuevo su boca. Nos fundimos en un beso que duró más de lo que dura un amanecer, en el que su lengua parecía hablarme de cariño y esperanza, mientras la mía buscaba consuelo por todos los miedos de mi pasado.

—Deberíamos ir a casa ya, Ari —susurré minutos más tarde, cuando

decidí que no tenía valor suficiente para continuar.

La chica asintió después de un susurro inaudible. Se sentó de nuevo en el asiento del copiloto y encendí el motor, con mi corazón bombeando al ritmo de la máquina.

Definitivamente, acabaría la noche con una canción sobre esto.

Cuando llegamos a mi casa tuve que ayudar a la chica a salir del coche, se tambaleaba. La ayudé a cambiarse de ropa, dejándole una camiseta y unos pantalones míos, que le iban un poco grandes pero eran mucho más cómodos que su vestido. Después vomitó, por suerte tuvo tiempo de llegar al baño y sujete su cabello mientras me tapaba los ojos y aguantaba las arcadas. Odiaba con toda mi alma el vómito, fuera de quien fuera. Se lavó los dientes y le serví agua mientras me decía lo bueno que era por ayudarla y cuidarla. También habló de mis labios y de lo suaves que eran; quería volver a besarme. Sin embargo no le dejé ni me permití aprovecharme de su embriaguez, aunque todo mi ser deseara pegarme a ella y sentir sus roces durante todo lo que quedaba de noche.

—Me siento sola —declaró de la nada, justo cuando se dirigía a la cama—. Lejos de todo lo que conozco... ¿es normal que sienta que no acabo de encajar aquí? ¿es normal que a veces sienta que te quiero?

—Ari...

—Da igual —dijo—. Estoy borracha. Muy borracha. —Hizo un puchero— No soy coherente. Nunca soy coherente. He hecho daño... —Iba a llorar— a mis padres. Están mal por mi culpa... todo es culpa mía. Soy estúpida. Me odio. Me odio.

Suspiré y me acerqué a ella para abrazarla.

—No te odies. Es inevitable cometer errores... no te preocupes.

Me di cuenta de que la chica extrañaba a su familia, pero no era capaz de admitírselo a sí misma. Porque quería ser fuerte y seguir adelante. No le gustaba la vulnerabilidad, y solo el alcohol la dejaba hablar.

—¿Y si vuelvo?

—Te extrañaría mucho si te fueras —y no mentía.

—Eres lo mejor que me ha dado Londres —declaró, y no llegué a entender a qué se refería.

—Y tú lo mejor que me ha dado Barcelona.

Ella asintió.

—Pero... creo que te quiero para algo más —acarició mi rostro.

«Y yo a ti».

—No puede ser, Ari.

Se puso a llorar, y yo no sabía qué hacer. Estaba claro que el ochenta por ciento de sus emociones eran puro alcohol en aquel momento. Sin embargo... no pude evitar pensar que quizás sus sentimientos si fueran de verdad.

La hice tumbarse en la cama y me tumbé a su lado.

—Deberías dormir —susurré, abrazándola.

—Hasta cuando lloro por ti eres tú quien me consuela, pedazo de imbécil —susurró.

—No soporto verte mal, ya lo sabes —susurré escondiendo una sonrisa y acariciando su cabello—. Va... duerme.

No me preguntó por qué no quería nada con ella. Se limitó a dejar caer las lágrimas, —cada vez menos—, hasta quedarse dormida.

Esa noche me rompí el corazón a mí mismo, pero agradecí que ella no fuera a recordar nada. Cuando se durmió me fui a dormir al sofá. Su cercanía me quemaba la piel y hacía que mis recuerdos salieran a florecer de nuevo, como si todo hubiera sucedido el día anterior, como si el tiempo no hubiera pasado.

Como si aún pudiera sentir a Bethany a mi lado.

Capítulo 12

Ariadna

Un profundo dolor de cabeza turbó mi sueño. Abrí los ojos y me incorporé con dificultad antes de darme cuenta que no me encontraba en mi cuarto: estaba en el de Wyatt. Pestañeeé un par de veces antes de destaparme e ir al baño a quitarme todo el maquillaje que quedaba en mi rostro de la noche anterior. No recordaba nada. Es más, ni siquiera sabía cómo había acabado en casa de Wyatt si el último recuerdo que tenía de él era discutiendo en la fiesta.

Me miré frente al espejo, y me sorprendí al ver que mi vestido había sido substituido por unos pantalones de deporte negros y una sudadera negra también. Mi maquillaje se había corrido como si hubiera estado llorando y tenía una resaca increíble.

Bostecé y me apoyé en el mueble, intentando recordar los sucesos de la noche anterior. Poco a poco, conseguí que aparecieran como flashes de escenas separadas. Wyatt con Finn en la piscina coqueteando con las chicas. Jack. Wyatt alejándose de Jack. El moreno de los labios carnosos. Wyatt sacándose de la fiesta. Yo enfadada... y nada más. En mi mente estaba el rubio, pero no sabía por qué. «Mierda».

Lo peor de todo era que mi atuendo no me ayudaba a calmarme. ¿En qué momento me había vestido con su ropa? ¿Por qué? ¿Por qué había llorado?

Solo esperaba no haber declarado mi amor y que me hubiera rechazado. Eso sería patético.

Suspiré y me acomodé el cabello. Salí del baño y del cuarto hacia la cocina en busca de algo para el dolor. Bajé las escaleras y me encontré a Wyatt durmiendo en el sofá. Su pecho subía y bajaba con tranquilidad. Me acerqué a él en silencio, intentando no despertarlo. Me agaché a su lado y le besé la mejilla después de luchar contra mis sentidos que me chillaban que le besara en los labios. Me separé y lo miré de nuevo, preguntándome a qué habían venido sus celos en la fiesta. Seguía molesta por su comportamiento, pero no me importaba nada que no fuera el saber qué pasó, y por qué acabamos así.

En cierto modo encontraba adorable que me hubiera dejado dormir en su cama y me hubiera cuidado toda la noche. Estaba claro que no necesitaba un caballero que me salvara, pero no iba a negar que me gustaba tener uno que me cuidara.

Me levanté y fui a la cocina. Abrí el cajón y cogí una pastilla para el dolor de cabeza. Todo daba muchas vueltas. Me disponía volver a la cama cuando mi móvil sonó.

—¿Diga?

—Ariadna, ¿dónde estás? —era Laia.

—En casa de Wyatt —contesté adormilada.

Laia calló.

—Oh dios, —dijo ella— ¿qué haces ahí?

—Dormir.

—Ya claro, y yo soy Selen Gómez. Guapa, rica y encima famosa — contesto con sarcasmo—. No te jode.

Puse los ojos en blanco.

—Que sí, estaba durmiendo —no pensaba decirle que no recordaba nada de la noche anterior. No quería pensar en la posibilidad de que hubiera habido sexo, iba a preguntarle a Wyatt cuando despertara.

Sí, era una locura. Pero ambos estábamos borrachos.

—Vale, como digas.

—¿Qué quieres?

—Que vengas a casa ya —dijo ella.

—Pero... Wyatt está durmiendo —dije. No podía irme sola, necesitaba que él me llevara.

—Pues despiértalo —contestó con obviedad.

—Pero...

—Pero es que está muy guapo y parece un angelito y no lo quieres despertar ¿verdad? —dijo ella riendo. Reí también.

—En efecto —vi como el chico que hacía un par de minutos dormía entraba en la cocina revolviéndose el cabello y bostezando. Recé porque no hubiera notado mi beso en su mejilla—. Aunque, ya se ha despertado —hizo un ruidito de celebración.

—¡Bien! ¡Ahora ven a casa! —exclamó con ilusión— Tengo algo que contarte.

«Seguro que es sobre Blake», pensé.

—Vale, en un rato estoy allí.

—¡Bien! Adiós, te quiero.

—Yo también te quiero.

—Ah por cierto, está aquí Madelynn. Ha venido hace un rato a verte para lo de las fotos de anoche. Pero claro... no estás —ella rio— ¡No tardes! —cortó la llamada.

Dejé el teléfono en la encimera y me sobresalté cuando los brazos de Wyatt me rodearon.

—¿Cómo has dormido, princesa? —susurró en mi oído haciendo que mi pulso se acelerara. ¿Cómo podía ser tan irresistible?

—Bien —contesté con una sonrisa. Estaba claro que algo había pasado por la noche— ¿Y tú?

—Bueno, todo lo bien que se puede dormir en un sofá.

Reí.

—Lo siento.

Me besó la mejilla abrazándome cariñosamente. «Esto es el cielo». Pensé en preguntarle sobre la noche anterior, pero no quise estropear el momento perfecto.

—No te disculpes. Dormí ahí porque quise —era tan mono—. Me duele la cabeza horrores —se quejó.

—A mí también.

Me soltó y agarró la caja que yo había dejado encima de la encimera y se tomó una pastilla.

—¿Qué pasó anoche? —pregunté.

El chico me miró a los ojos, por un instante pensé que dudaba pero se encogió de hombros.

—Estabas muy borracha y te traje a casa. Te di ropa para que te cambiaras, vomitaste, y después te pusiste a llorar por tus padres. Luego te quedaste dormida y me fui al sofá.

«Yo me esperaba algo más apasionante...».

—Oh... guay —en realidad eso me dejaba mucho más tranquila.

—¿Qué quieres hacer hoy? —preguntó, maldije a Laia y Madelynn—. ¿Quieres que te enseñe lugares secretos, o la resaca no te va a dejar salir de la cama? —bromeó.

—Tengo que ir a casa. Laia me acaba de llamar para que vaya y Madelynn me está esperando allí.

—Oh —hizo una pequeña pausa—, genial. Vístete y te llevo.

Por su tono supe que la acababa de fastidiar, pero no dije nada, no me excusé. Aunque sí le agradecí haber estado conmigo por la noche, a pesar de todo lo sucedido. A eso me contestó con una sonrisa y un «No hay de qué, para eso están los amigos. Además, Charlie me pidió que te vigilara».

Eso lo aclaraba todo. Maldito Charlie.

Ninguno de los dos habló durante el trayecto a casa.

Nada.

Que.

Decir.

Se creó un espacio entre nosotros que no sabía cómo explicar.

Al llegar, encontré a las dos chicas en el comedor, sentadas en el sofá conversando, con una pizza familiar entre ellas. Aquello me recordó que era mediodía, algo de lo que no había sido consciente hasta ahora. Ambas llevaban ropa cómoda. Laia unos leggings negros y una sudadera gris, mientras que Maddy se había vestido con un chándal negro y una camiseta de media manga blanca. Ambos atuendos hablaban del día perezoso que pensaban tener gracias a la resaca.

—¡Ariadna! —exclamó la chica de cabellos rosados al verme entrar.

—¡Buenos días! —sonrió Maddy alzando un trozo de pizza, ofreciéndomelo.

—¿Qué hacías con Wyatt? ¿Eh, listilla? —preguntó Laia con tono sugerente.

—Seguro que estabas súper entretenida en su cama, ¿a que sí? —dijo Madelynn alzando las cejas con diversión, tenía ganas de todo menos de eso.

Puse los ojos en blanco y me senté con ellas. Apreté los labios y durante unos segundos sopesé la opción de contarles lo ocurrido, pero al final me decidí por algo más inconcreto:

—Ojalá —suspiré y enseguida me dispuse a cambiar de tema— ¿Cómo habéis entrado?

—Charlie —contestó Laia. Asentí.

—¿Dónde está ahora? No le veo desde ayer por la tarde —dije—. En la fiesta desapareció y no me dijo absolutamente nada.

—Se ha ido —informó Laia—. Hace una hora, justo cuando nosotras llegábamos.

—¿A dónde?

Se encogieron de hombros.

—No lo sé —dijo Laia antes de que la rubia informara de que ella tampoco estaba al corriente de la situación de Charlie.

Hice una mueca, molesta.

—Bueno... hablemos de otra cosa —dije—. Charlie, lleva unos días en los que es mejor no tenerle en cuenta.

—Bueno... bueno —comenzó Laia—, cuéntanos sobre Wyatt.

—Todo bien —mi rostro decía lo contrario.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Madelynn.

Suspiré.

—Ni idea, está raro —contesté antes de explicarles todo lo sucedido en la fiesta y lo de su repentino cambio de humor esta mañana. Pero evité mencionar que no recordaba cómo había acabado en su cama.

—Ese chico siente algo por ti —sentenció Madelynn como si de verdad lo creyera. Tal fue el énfasis en su voz, que sentí que yo debía creerlo también.

—Yo también lo creo —añadió Laia de la misma manera.

Bajé la mirada, aún apretando los labios.

—No creo, chicas. Eso sería estupendo... —saboreé con amargura la frase antes de decirla— pero todas sabemos que nunca pasará.

Laia me tocó el brazo, mostrándome apoyo con una suave caricia.

—¡No digas eso! —dijo— Mírame a mí, dos años detrás de Blake, mirándolo en los pósters, deseando verle en concierto y siendo una extraña para él y ayer me consideró algo más que una fan — hizo una mueca—. No he sido nunca una loca enamorada de un ídolo adolescente, pero cuando eres fanática y pasa algo así no puedes evitar sentir que todo es un poco surrealista.

—Lo sé, pero es que yo no soy tú, ni Wyatt es Blake. Somos diferentes, y que algo os pase a vosotros no significa que nos vaya a pasar a nosotros también —repliqué—. A veces creo que debería buscarme alguien que me ayudara a olvidarme de él. Pero no lo sé, el problema con Charlie sería el mismo.

Charlie era muy protector,.. Además estaba algo tenso con Wyatt últimamente. Aunque a decir verdad, lo estaba con todos. La cuestión era que más de un chico se me había acercado alguna vez, sobretodo cuando iba detrás de Madelynn con la cámara. La mayoría eran chicos que trabajaban en la industria de la música o el espectáculo, y con todos se las había ingeniado para hacerles desaparecer. Aún me preguntaba era lo que le había dicho a Harry, un compositor que había colaborado tanto con Madelynn como con ellos, para que de un día para otro me bloqueara en las redes sociales y dejara de contestar a mis mensajes. Yo solo buscaba amistad en ese chico, me parecía muy simpático y me defraudó aquella precipitada decisión, causada al cien por cien por Charlie. ¿Cómo lo sabía? Wyatt me había dicho que habían quedado con él para hablar del nuevo álbum justo el día antes de que dejara de hablarme.

—¿De verdad te preocupa Charlie? —comenzó Madelynn— se quejará las primeras veces, pero si ve que es algo serio no va a decir nada. Es como un perro pequeño, mucho ladrido y poca acción. No te va a prohibir querer a Wyatt.

Reí sin mucho ánimo antes de contestar:

—Yo creo que se las ingeniará para que no tenga nada con nadie. A este paso ingresaré en un convento.

—Él no te dirá que no si es amor de verdad. —añadió Madelynn.

—¿Y qué me dices de Harry? ¿Por qué me dejo de hablar de golpe?

Ella siseo.

—Puede que Charlie tuviera algo que ver en eso... pero tampoco es para tanto. Apenas le conocías.

—¿Y si era el amor de mi vida y yo aún no lo sabía?

Ambas se rieron.

—Lo dudo mucho —contestó la cantante.

Les pedí que cambiaran de tema. No quería seguir dándole vueltas al tema del amor como una niña de trece años; que fuera lo que tuviera que ser, yo solo tenía claro que me dejaría llevar si los sentimientos florecían de verdad.

Y por otra parte tampoco quería seguir pensando en lo que Charlie hacía. Ese comportamiento controlador y posesivo me estaba cansando, es más, no le iba a permitir tratarme así. No estábamos en el siglo XVIII, como hermano mayor su función ya no era buscar pretendiente para su hermana pequeña.

—Me gustaría enseñarte las fotos de anoche —le comenté a Madelynn, que parecía haber olvidado su trabajo.

—Cierto. Yo también quiero verlas. En especial las que me hiciste bailando.

Saqué la cámara del bolso y busqué mi ordenador para poder ver las fotografías en una pantalla con más calidad. Me dije a mí misma que eran buenas, en general me gustaban; a pesar de que unas pocas salían borrosas o con Maddy poniendo muecas graciosas. En algunas daba la sensación de que la fiesta estaba a su alrededor, y en otras, parecía que ella era solo un añadido al panorama, algo secundario que se camuflaba entre la gente.

Todas parecieron gustarle mucho, hasta que llegaron las del final.

En esas no estaba sola, la acompañaba Caleb y se la veía muy borracha. Su vestido rojo se había subido y ella se había transformado en algo vulgar a los ojos de los que detienen el tiempo.

—Borra esas fotos —me dijo, molesta—. No se las enseñes a nadie, por favor. Ni siquiera sé por qué las hiciste —me pidió.

Laia se reía por las fotografías.

—Tranquila, las borraré. No sé ni por qué seguí haciéndote fotos en ese estado, aunque me lo pediste tú —informé— Lo siento.

Parecía de todo menos tranquila mientras se hacía un moño y ponía los ojos en blanco.

—Bórralas. No quiero que nadie las vea —sentenció, bastante seca, ignorando por completo mi disculpa.

Las borré.

—Ahora arréglate —me ordenó—. Tengo una entrevista en tres horas y quiero que vengas.

—Aún no he comido —le dije, señalando la pizza sin empezar—. Y me encuentro muy mal, ¿no puedo quedarme hoy aquí?

—Te pago para que trabajes no para que te quedes durmiendo —dijo con gracia e incluso simpatía, levantándose. Casi parecía una broma.

No me lo podía creer.

Laia abrió los ojos como platos, sorprendida por la actitud repentina de la cantante.

—Uhm... —agarré un trozo de pizza y me levanté para ir a mi cuarto—. Ahora voy, diva.

Yo no usé un tono de falsa simpatía. Escupí las palabras con desdén y me fui a preparar.

«Yo no trabajo para que tú me tengas las 24h de paparazzi», pensé.

Fuimos a la entrevista en la radio, que no duro más de una hora. Después nos reunimos con su estilista, que decidió que necesitaba un cambio de look para el nuevo álbum y que todas mis fotografías no servían por el simple hecho de que Madelynn necesitaba otro corte de cabello. Tenía que ser una broma.

—¿Cómo que empezar de nuevo? Llevo semanas trabajando con ella, ¿cómo me vas a decir que ahora no sirven para nada? —me quejé a la chica, molesta, obviamente.

Madelynn estaba acomodada en una butaca, con los ojos cerrados y un tratamiento facial en el rostro. Sus cabellos estaban llenos de tinte rosado y la estaban arreglando las uñas.

La estilista, Wendy, encogió de hombros.

—Me ha dicho Martin que te lo diga. Yo solo cumplo órdenes —me informó, casi disculpándose.

Oh... Martin, el manager de Madelynn era un tanto especial, alto, delgado

y siempre hablando por teléfono desde el manos libres que tenía conectado a la oreja. No quería llevarle la contraria pero aquello me parecía una putada, hablando mal. Había puesto mucho esfuerzo en todo ese trabajo que él ni siquiera se había dignado a ver, porque «estaba muy ocupado y primero debían verlas el equipo de diseño». Y para colmo, quería que volviera a empezar porque le iban a hacer un corte por debajo de las orejas y flequillo a Maddy.

Me dieron ganas de quejarme, pero me callé, no hice nada. Llevaba muy poco tiempo trabajando con ellos y no quería que me despidieran tan pronto, y si no lo hacían, tampoco me interesaba ganarme fama de quejica. Cuando Maddy terminó su sesión, decidió que iría al estudio a ver qué podía componer. Me pareció una tontería enorme ya que ella no componía sus canciones, y sospeché que solo quería hacerse fotos. Le encantaba sentir la cámara mirándola.

Entró en la cabina de grabación y yo me quedé fuera un rato, para llamar a Martin para preguntarle si de verdad debía volver a empezar.

—¿Podría enseñarte las fotos que tengo? Quizás alguna se puede usar...
—sugerí.

—No creo que sirvan, ya te he dicho que vamos a ser muy estrictos con el estilismo de Maddie. Tiene que ser todo igual.

—Pero si las reutilizáramos quedaría más natural. Un cambio de look en medio de un trabajo fotográfico. ¿No te parece buena la idea?

—Reutilizar nunca tiene éxito —sentenció, con cierta prepotencia.

«Vete a la mierda, cabrón».

—Está bien, perdón por la sugerencia —me mordí la lengua tan fuerte que creí que me haría daño—. Volveré a empezar, gracias por atenderme.

—De nada, chiquilla. —contestó, está vez con indiferencia hacia mí—. Te atiendo porque trabajas para mí y odio un trabajo mal hecho. Adiós, cielito.

Y me colgó.

—Maldito hijo de puta —maldije por todo lo alto antes de volver a ir detrás de Madelynn.

Capítulo 13

Ariadna

Blake tocaba el teclado mientras esperábamos para empezar el ensayo y yo jugaba con las cuerdas de mi guitarra memorizando las nuevas melodías. Ya llevábamos media hora, y ninguno de los tres chicos restantes se había dignado a aparecer. Aquello me parecía alucinante, por mucho que hubieran discutido días atrás, este comportamiento no era justo.

—Me parece despreciable que a una fiesta aparezcan todos y cuando hay que trabajar se tomen las cosas poco en serio y no aparezca nadie —dijo Blake con cierta indignación—. De Charlie y Finn puedo esperarlo, pero ¿de Caleb? ¡Caleb siempre va con el rollo de súper responsable y trabajador! ¡¿y ahora hace estas cosas?! ¡¿Cree que puede tomarse días libres y después regañarnos a nosotros por hacerlo?! Maldito hipócrita.

—Blake, cálmate. Vamos a empezar una gira en muy poco tiempo, tenemos que esforzarnos por no crear mal ambiente.

—¿Cómo me voy a calmar? ¡Quiero terminar al menos la mitad del álbum antes de irnos de gira y estos tres no aparecen! Además... ¡deberías ser tú el que se estresara en vez de yo! Sueles ser más responsable.

—Por eso no quiero alterarme. Aparecerán, y si no lo hacen, haremos las canciones nosotros dos.

—Tú alucinas. No haré el trabajo de los demás.

Alcé una ceja.

—¿Blake? ¿Qué dices?

—Que no voy a hacer el trabajo de los demás. Estoy cansado, y me gustaría estar con Laia en vez de aquí.

—Pensaba que la música era tu pasión, no tu cárcel.

Se quedó callado unos segundos.

—Y no lo sería si no lo convirtieran en eso... pero es que el comportamiento de estos tres a veces me saca de quicio. Si tan solo se tomaran las cosas en serio... a veces creo que lo hemos conseguido todo tan fácil que se creen que tener lo que tenemos es lo normal. Si no hubiera sido por un golpe de suerte ahora sería un universitario corriente de la Universidad de Glasgow, con un trabajo de mierda y viviendo con mis padres. O peor aún, como Noel.

Bufé. Me molestó la comparación.

—Lo sé —dejé la guitarra a un lado—. Pero no era necesario que mencionaras a Noel de esa forma. Sabes muy bien su situación.

—Sí, me he pasado. Pero es cierto. Solo tenemos suerte. Cambiando de tema... le voy a decir a nuestra prima que se venga a vivir a mi casa, aunque sea mientras estamos de gira.

—No lo aceptaré.

—Le diré que me cuide el gato.

—¿Qué gato?

—El que me voy a comprar como excusa para que Noel viva en mi casa y deje de estar así. El otro día fui a verla... tenía antidepresivos en la mesita de noche y solo tiene veintiún años.

—Y todo por amor —suspiré.

—No me creo capaz de amar con tanta intensidad —opinó mi primo.

—Yo tampoco.

Me sorprendió cómo habíamos desviado el tema.

En ese momento apareció Monica, nuestra agente. Nos había comunicado que venía para hablar del tour, parecía estar preparando algo grande, y quería informarnos de algunas cosas. Se suponía que para ese momento nosotros ya habríamos podido definir el camino que llevaría el próximo álbum para

tenerlo terminado antes del tour (ese era mi plan), pero las cosa no estaban saliendo así.

Monica, una mujer de treinta y cinco años, mulata y de cabellos rizados que imitaban las formas de una palmera entró al estudio saludando y agarrando una silla para sentarse frente a nosotros.

—¿Dónde están los demás? —sus ojos marrones nos miraron con cierta molestia. Sacó una libreta del bolso y la abrió sobre su falda, dejando unas anotaciones a la vista.

—No lo sé —confesó Blake antes de que yo lo hiciera—. Se supone que habíamos quedado, pero parece que hoy les ha dado por ser irresponsables.

La mujer alzó una ceja.

—Voy a llamarles —informó, antes de comenzar las llamadas.

Lo intentó varias veces, e incluso nos pidió a nosotros que llamaremos a los chicos; pero ninguno de los tres se dignó a responder al teléfono.

—Me están llegando rumores de que Finn se está desviando con sus malas actitudes... espero que eso no esté causando problemas. —dijo Mónica, una vez se dio por vencida con las llamadas.

Suspiré.

—Tranquila, no es nada que no estemos intentando solucionar —informé.

De eso había ido la pelea del otro día. Finn y Caleb tenían caracteres muy poco compatibles y solían discutir muchas veces. La responsabilidad de Caleb no aguantaba las posturas pasotas del pelirrojo, y eso por no contar con que, desde que Madelynn dejó a Finn porque se «enamorado» de Caleb, las cosas entre ellos estaban bastante tensas. Las indirectas volaban de un lado a otro y muchas veces llegaban a darse gritos, sobre todo por parte de Finn.

La discusión del otro día había comenzado con un comentario de Caleb sobre el aspecto de Finn, que últimamente había comenzado a vestir como si lo que cantara fuera rap en vez de rock-pop. Una tontería que acabó con los dos chicos peleados y dudaba mucho que ya lo hubieran solucionado. Es más, mencionaron algo relacionado con la fiesta de Blake, en la que por lo visto había pasado algo con Maddie.

¿En cuanto a Charlie? Ni la más remota idea de lo que le podía suceder o de dónde podía estar.

Monica tomó aire, como si buscara paciencia y no supiera donde

encontrarla.

—Hablaré con vosotros entonces, y ya les llamaré a ellos. Esto es... no me lo esperaba de ellos. En fin... el tour comenzará en dos meses. Ya sabéis que se vendieron muchas entradas cuando lo anunciamos, así que vamos a añadir algún concierto más, quizás en Austria, o en Polonia. —ambos asentimos—. Cantareis en pequeños clubs con un aforo máximo de 5.000 personas. No está nada mal para un primer tour.

—Es genial —dijo Blake—. Mucho más de lo que pensaba.

—El más grande será aquí, en Londres.

—Fantástico —dije yo.

—Otra cosa... necesito saber si habrá acompañantes y cuantas habitaciones de hotel necesitáis para hacer las reservas.

—Yo voy a llevar a mi novia, Laia —informó Blake—. Con una habitación doble todo está bien.

Monica asintió y apuntó en la libreta.

—¿Y tú, Wyatt? —preguntó, como si esperara que le dijera que iba con alguien

Negué con la cabeza.

—No vendrá nadie. Quizás mis padres vengán unos días a verme pero en ese caso ya avisaré o me ocuparé yo de ellos.

—Muy bien... no sé porque pero pensaba que tenías algo con la hermana de Charlie y que me ibas a pedir una habitación.

Abrí los ojos como platos.

—No, no tengo nada con ella —disimulé, riendo.

Se encogió de hombros.

—Perfecto—me sonrió, mostrándome sus dientes blancos. Se acomodó un poco los cabellos—. Ahora os explicaré como estamos organizando todo y después quiero que me digáis como van las nuevas canciones.

Blake, que seguía con los nervios a flor de piel escuchó a la mujer con atención, mientras mi mente se iba a otra parte continuamente, junto a Ariadna, preguntándome por qué creía que teníamos una relación. ¿Acaso alguien nos había visto besarnos en la fiesta de Blake?

—Perdonad un segundo —dijo levantándose cuando su teléfono sonó—. Tengo que atender esta llamada.

Se fue, dejando su descripción de la distribución del escenario a medias. Mi primo y yo nos miramos confundidos.

—Esto es de locos —dijo Blake—. Una reunión en la que faltan tres y encima Mónica se va a atender una llamada —susurró, como si la mujer que acababa de salir del estudio pudiera escucharle—. Nunca ha hecho esto.

—Tranquilo, quizás es una llamada importante... y por los otros tres, no sé qué decirte.

—Que me vas a ayudar a matarlos.

—No hay que recurrir a eso...

—¡Chicos! —Mónica volvió a entrar, algo alterada— Era una llamada de Charlie, ¿sabíais que está en Glasgow?

«¿Qué?»

—No —negó Blake, a quien se le había puesto el rostro rojo de ira— ¡¿Cómo que está en Glasgow?! ¡Pero si estamos ensayando todos los días y preparándonos! ¡No puede irse ahora! —se levantó agitado, buscando su teléfono para llamar al chico—. Lo voy a matar, os juro que lo voy a matar. Desde que apareció Ariadna está en las putas nubes. ¡Es que lo mato!

—Cálmate, Blake —le dije, no quería que nuestra jefa presenciara uno de los enfados de mi primo.

—¿Pero, cómo quieres que me calme? ¡Charlie se ha ido a Escocia!— exclamó.

Mónica, cruzada de brazos caminaba de un lado a otro del estudio. Estaba enfadada.

—Tenéis cuarenta y ocho horas para traerme a Charlie aquí —nos miró seria y con esa actitud profesional a la que solo podías asentir. Era mejor no llevarle la contraria. Se detuvo frente a nosotros—. No me interesa en absoluto apoyar a una banda que comienza a tener problemas nada más empezar su primera gira europea. Básicamente porque si queréis que vuestro productor siga poniendo dinero en vosotros, tenéis que trabajar. Irse a Escocia sin decir nada no es trabajar, y tampoco lo es no aparecer en las reuniones ni ensayos. —pareció que la bronca iba para nosotros, y eso me molestó.

—Yo estoy haciendo mi trabajo, Mónica. —la interrumpí.

—Sí, pero los grupos no sobreviven si solo trabaja una persona —agarró

su bolso—. He terminado la reunión por hoy. Quiero que Charlie esté en Londres pasado mañana al medio día y que hagáis que los otros dos se presenten a la reunión... si no tendré que informar a producción de que es mejor no anunciar las próximas fechas y dejar solo los diez conciertos planeados porque no estáis preparados. Sería una pena, de verdad. —su tono disminuyó de seriedad hasta que sus últimas palabras parecieron ser un suspiro de alguien exasperado—. Porque sois buenos.

Me sentí defraudado conmigo mismo, y con mi banda, pues ella tenía razón, no parecíamos estar preparados para una responsabilidad así.

—Te prometo que aquí estarán —dijo Blake, manteniendo la mirada fija en la mujer de cabellos rizados—. Te lo juro.

Volvió a suspirar al coger sus cosas.

—Eso espero —dijo antes de abandonar el estudio.

—¡Es que los mato! —exclamó Blake que dejó descargar toda su furia cuando la mujer había desaparecido.

Estuvo un rato maldiciendo e insultando a nuestros compañeros, mientras yo solo podía dejar la mirada fija en el suelo preguntándome por qué diablos habíamos acabado así. ¿Y Charlie? No entendía porque se había ido a Glasgow sin siquiera avisar. Sabía que había estado revolviendo su pasado familiar, pero aquello no me parecía para nada algo propio de él. Volví a intentar llamarle pero no cogía el teléfono; era obvio que nos estaba evitando. Y necesitaba saber la razón, porque había mucho en juego gracias a su repentino viaje de vuelta a casa.

—¿Sabes si Ariadna y Laia saben algo de Charlie?—pregunté.

Mi primo negó.

—Le he enviado un mensaje a Laia. No saben nada. Y Ariadna se ha puesto histérica porque se ha ido sin decirle nada. —me informó.

—Voy a llamarla —dije. Enseguida descolgó el teléfono, muy alterada.

—¡¿Wyatt, qué es eso de que Charlie se ha ido a Escocia?! —prácticamente se tropezaba con sus propias palabras.

—Sé exactamente lo mismo que tú. Se ha ido, pero no ha dicho por qué, ni cuánto tiempo, ni nada...

—Pero... no lo entiendo, Wyatt. Es verdad que lleva muy raro unos días, pero ¿irse sin avisar? ¿Esto es propio de él?

—En absoluto. Algo le pasa.

—Voy a buscarle —dijo de inmediato.

—¿Qué? ¿Tú? No sabes dónde vive, y no has estado nunca en Escocia.

—Me las apañaré, pero esto no va a quedar así... me voy a Victoria y cogeré el primer tren a Escocia que pase. O a Waterloo o a la estación de la que salgan los trenes a Glasgow —dijo, de nuevo atropelladamente—. Iré a dónde sea por Charlie.

—Ari...

—Le voy a encontrar y le voy a hacer decirme...

—Ari... cálmate.

—No puedo, Wyatt.

—Haz la mochila, y prepárate para pasar la tarde en el coche, llegaremos por la noche. Te paso a buscar en media hora.

—¿Vienes conmigo?

—Obviamente. Luego hablamos, no tengo tiempo —le dije antes de colgar y encontrarme con la mirada indignada de mi primo.

—¿Te vas a Glasgow? —preguntó, incrédulo— ¡Al final cogerá el teléfono y vendrá, no tienes que pasarte ocho horas en el coche!

—Tengo que ir a hablar con él, y Ari está muy nerviosa —comencé a coger mis cosas—. Tú ocúpate de Caleb y Finn... tenemos que arreglar esto.

Bufó, con fastidio.

—Al final hubiera sido mejor formar un dúo.

—Qué tonterías dices —le dije antes de abrir la puerta del estudio—. Te llamo cuando llegue a casa.

—Ya que vas, trae galletas de mi madre y dile a mi padre que ya le he conseguido el vinilo firmado por Bowie.

Asentí, poniendo los ojos en blanco. No era el momento de mandarme recados.

—¡Nos vemos! —y me fui, preparándome para mi interminable viaje al centro de Escocia.

Ariadna

Wyatt, tan puntual como siempre, me envió un mensaje para que saliera de casa; él me esperaba con su Range Rover negro en la entrada.

Estaba muy molesta con Charlie, aunque no podía negar que me entusiasmaba la idea de ir a Glasgow; era toda una aventura. Sin embargo, no estaba contenta con la finalidad del viaje, y por mucho que lo intentara no entendía por qué se había ido de repente y sin avisar. Me merecía una explicación. Sobre todo porque él me había traído desde Barcelona para pasar tiempo juntos, y justo cuando nuestra relación comenzaba a hacerse más íntima, él decidía que era el momento de actuar raro e irse a otro país.

Me iba a oír cuando lo encontrara, no pensaba contenerme.

Wyatt se pasó la primera parte del viaje explicándome que su agente estaba enfadada porque los chicos no se habían presentado. Me explicó que Caleb y Finn habían discutido por Maddie, pero ella no me había dicho nada y yo no había presenciado aquello, lo que me pareció muy extraño. La noche de la fiesta yo solo la vi con Caleb, antes de que me dijera que podía largarme para que se lo montaran en una habitación —o eso supuse que hicieron—. No me gustaba en absoluto aquel triángulo amoroso de telenovela que parecía estar formándose; las cosas que se mueven entre celos y cotilleos nunca acaban bien. No obstante, por alguna razón no podía creer que Maddie pudiera estar echando leña al fuego que ardía entre ambos chicos, yo estaba convencida de que eran todo celos y competición entre ambos.

—Mira la parte buena de esto —comenzó a hablar Wyatt, cuando me quejé del largo viaje—. Tenemos ocho horas para conocernos mejor, y cuando lleguemos a Escocia entenderás porque es el lugar más precioso del mundo.

Sonreí, y negué con la cabeza.

—Ningún lugar como Barcelona.

—Discrepo.

—¿Sabes que esta discusión no terminará nunca? —pregunté, observando su rostro de perfil.

Sus cabellos desordenados caían sobre las cejas que enmarcaban el acantilado de sus ojos azules.

Ladeó el rostro, y sus pestañas me hicieron volar hasta el puente de su nariz deseando que rozara mi piel.

—Lo hará, si cedes —me guiñó un ojo.

Sus labios crearon una sonrisa traviesa.

—Yo nunca cedo —dije, apartando la mirada como si así no pudiera notar mis repentinos nervios—. Lucharé por mi Barcelona. —bromeé.

Soltó una carcajada.

—¡Enviaré los cañones si es necesario! —imitó a un general de guerra, burlándose de mí— ¿Esconderás también las reliquias?

—Eres tonto —negué con la cabeza.

—Soy tontísimo. Sí, tienes razón —siguió, con tono burlón.

—El más tonto de la clase —me reí.

—Sí, cada uno es como es —se río. Sabía muy bien que no se lo decía en serio, era solo una frase comodín que me sacaba de no saber qué decir, porque me ponía muy nerviosa.

Nos quedamos callados, pero noté que él sonreía al volver a dirigir la mirada a la carretera. Mantuve la mirada en la ventana un rato. El paisaje era precioso. Parecía que las carreteras de Inglaterra no eran más que unas rayas en medio de un manto de color verde. Un verde brillante que me invitaba a imaginar cómo sería caminar descalza por aquellos prados. Imaginé lo que sería tumbarme allí, respirar el aire de la hierba húmeda y después sentir las gotas de la típica lluvia inglesa que solo chispea, resbalar por mi piel. Debía ser una sensación relajante, a pesar del barro.

El teléfono me sonó cuando estábamos pasando cerca de Birmingham.

—¿Dónde estás? —preguntó Maddie al otro lado del teléfono.

—Hola, Maddie. De camino a Glasgow.

Ni siquiera me dio tiempo a terminar.

—¡¿QUÉ?! —podría jurar que su grito se escuchó en la propia Escocia.

—Mi hermano se ha ido a Glasgow, voy a buscarle —informé—. Tendrás que apañártelas sin mí unos días.

—¡Pero quería que vinieras a la sesión de fotos de hoy! ¡Y al estudio de grabación mañana! ¡Y la entrevista por la noche!

—No puedo, Maddie. Lo siento.

—¡No! ¡No lo sientes! ¡Parece que no te importan las fotos!

Suspiré. ¿Qué no me importaban? Ella no tenía ni idea.

—Maddie, lo siento, de verdad. Te prometo que estoy al cien por cien volcada en el proyecto y que es súper importante para mí... es solo que

necesito encontrar a Charlie. Entiéndelo... como amiga, no como jefa. Es mi hermano y lleva unos días muy aislado.

Tardó unos segundos en contestar, en los cuales suspiró.

—Vale, voy a calmarme y dejar de pensar en cómo que había idealizado las fotografías de hoy y mañana. Intentaré no pensar —no parecía muy dispuesta—. Está bien. Encuentra a Charlie, y después dale un bofetón por comportarse de esta manera tan infantil y desaparecer sin decir nada.

«¡Bien!», me calmé.

—Gracias, Maddie. Te lo recompensaré, lo prometo.

—No tienes por qué —contestó con un tono que solo decía «más te vale».

—Nos vemos.

—Adiós —colgó.

—¿Todo bien? —preguntó Wyatt.

Me volví para mirarle.

—Sí... —hice una mueca— Genial.

—Madelynn es un poco diva, ¿verdad? —adivinó.

—Exasperante, diría yo.

—Pero sois amigas.

—Estuvimos a punto de serlo... pero comenzamos a trabajar juntas —suspiré—. Y ahora me saca de quicio.

—No me sorprende, no es de extrañar.

Volví a quedarme con la mirada fija en la ventana, pensando en el miedo que me da perder mi trabajo. Aquel era mi mayor logro hasta el momento, me gustaba sentir que valía para algo y no quería que nadie me arrebatara eso... ni Maddie, ni Charlie. Nadie.

«Más le vale a Charlie tener una buena excusa para esto». La gira podía irse al garete por su culpa.

Pasamos la frontera con Escocia cuatro horas más tarde, momento en el que mis piernas comenzaron a gritarme que saliera a estirarlas. Además quería ir al baño. Así que le pedí a Wyatt que detuviera el coche en el lugar más cercano posible. Nos paramos en un área de servicio.

—Podemos quedarnos un rato, si quieres. Solo queda una hora de camino —dijo, saliendo del coche y desperezándose—. Tengo un hambre horrible. ¿Te parece bien que cenemos y después sigamos? No he avisado a mi madre

de que vamos, y es posible que me mate cuando vea que vienes conmigo.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué? —pregunté, agarrando mi bolso y cerrando la puerta. Yo también necesitaba comer algo urgentemente.

Comenzó a reír, algo nervioso.

—Puede que... puede que crea que tenemos algo.

—¿Qué tenemos algo?

Asintió, incómodo, mientras íbamos hacia el restaurante del área de servicio.

—Se cree que eres mi novia —abrí los ojos como platos— ¿No es gracioso?

—¿Qué? —alucinar era poco— Menos mal que no estoy comiendo aún, sino me habría atragantado. ¿Por qué le has dicho eso a tu madre? ¡A tu madre! ¡Eres tonto!

Chasqueó los dientes.

—Yo no se lo he dicho. Lo leyó en internet, no sé si en Facebook o en Twitter, yo que sé. Le he dicho que no es cierto, pero yo tengo la mala costumbre de no hablar a mi familia ni amigos de mis relaciones hasta que no llevo unos meses saliendo. Y se cree que le miento porque aún no estoy preparado para decir nada.

Comencé a reír, por los nervios y por lo ridículo que me parecía.

—¿Tu madre lee los cotilleos de internet?

Asintió, no muy orgulloso.

—Por desgracia. Se los sabe todos.

No podía parar de reír.

—Te prometo que he intentado convencerla de que no tenemos nada —continuó—. Pero no hay manera de sacárselo de la cabeza.

Entramos al establecimiento. Era un sencillo bar de carretera con un pequeño menú y pocos clientes. Nos sentamos en una de las mesas del final, junto a la ventana que daba a la autopista.

—Tranquilo, puedo fingir una noche —dije, agarrando la carta—. Lo que sea por tener a la suegra contenta —bromeé.

Sonrí de lado, apoyando un codo sobre la mesa.

—¿Aunque eso implique tener que besarme?

El corazón me subió en espiral hasta la garganta, enrollándose en mis cuerdas vocales por el camino.

—No sueñes, Hardford —le espeté, en un intento absurdo por evitar que notara mis nervios.

El chico soltó una carcajada.

—Evitaremos los besos entonces.

Negué con la cabeza.

—Como tus asquerosos labios me toquen dormirás en el suelo —le señalé con el dedo. Volvió a reír— ¿De qué te ríes?

No estaba dispuesta a dejar que su metedura de pata dejara florecer mis sentimientos.

—Entendido, princesa —no contestó a mi pregunta.

Lo fulminé con la mirada y volví a mirar el menú.

—¿Qué es Haggis? —pregunté— ¿Y Broth? ¿Y Coulibiac?

—El Haggis es carne condimentada, generalmente es corazón, hígado, pulmón y estomago de oveja o cordero —hice una mueca de asco—, embutida y cocida. —Se río por mi mueca—. No pongas esa cara.

—Que buen gusto tienen en tu Escocia —me burlé— ¡Qué delicioso manjar!

—Te recuerdo que en tu tierra coméis caracoles.

—Solo algunos locos lo hacen. Y también los franceses.

Se rio volviendo al tema.

—El haggis está bueno, deberías probarlo. El Borth es una sopa de verduras, carne y cebada. Y el Coulibiac es un pastel de salmón.

—Creo que optaré por la sopa —sonreí.

—Yo pediré Haggis. Hace muchísimo que no los cómo.

Hice una mueca asqueada.

—Pues espero que no se te ocurra intentar besarme después de comerte eso. Si antes no podías, ahora menos.

Volvió a reír.

—Qué haré contigo, Ariadna —dijo, y no contesté. Suficiente tenía con el remolino de nervios en mi garganta.

Aunque mi comentario iba en serio, me parecía asqueroso.

Llegamos a casa de los padres de Wyatt a las nueve de la noche y decidimos que iríamos a ver a Charlie por la mañana. Wyatt había conseguido que Charlie le cogiera el teléfono y por lo visto mi hermano tenía pensado quedarse unos días en la ciudad escocesa. Así que nosotros, aprovecharíamos la noche para descansar del largo viaje y a la mañana siguiente iríamos a verle —él aún no sabía que estábamos en la misma ciudad—. Estaba deseando encontrarme con él y exigirle explicaciones. Es más, había imaginado varias veces como sería aquel momento y en todos conseguía mis respuestas.

La madre de Wyatt fue quien abrió la puerta, y después de soltar una exclamación se lanzó a abrazar a su hijo, que le devolvió el abrazo.

—¡Madre mía! ¡Qué sorpresa! ¡Wyatt, qué ganas tenía de verte, cariño! —comenzó a besarle el rostro mientras el chico hacía muecas.

—Yo también te he echado de menos, mamá. Pero no hace falta que me beses toda la cara.

Su madre lo abrazó más fuerte.

—Mi niño... qué grande estás —aquello sonó a pura nostalgia.

Entonces Wyatt optó por reír y dejar que su madre expresara todo el cariño que no le había podido dar desde que no se veían.

Descubrí que Wyatt había heredado el cabello de su madre, así como la constitución delgada y el aspecto humilde. Era una forma muy simple de definir a una persona, pero la imagen que te llevabas de ella era toda energía. Se veía en su rostro un poco arrugado que sonreía con gran ilusión. Llevaba puesto el pijama y parecía que estaba a punto de irse a dormir. Cuando soltó a su hijo me miró, con dulzura.

—Tu debes de ser Ariadna —dijo, sonriéndome—. ¡Estaba deseando conocerte! ¡Hacéis una pareja encantadora!

Me sorprendió que estuviera tan encantada de que «saliera» con su hijo, pues no me conocía. Pero sonreí y acepté el abrazo que me brindaba, ante la mirada del chico, atento a mi respuesta.

—Yo también estaba deseando conocerla... Señora Hardford —sonreí, y me agarró de la manos al deshacer el abrazo. El gesto fue cálido—. Su hijo me ha hablado mucho de usted.

Por la mirada que Wyatt me echó de reojo, supe que la acababa de fastidiar.

Nos dejó entrar en la casa.

—¿Ah sí? —miró a su hijo— ¿Y qué te ha dicho? No suele hablar de su familia ni de sus amigos ni de sus parejas— lo último lo dijo con un tono rencoroso— Es un poco soso...

Me reí, intentando eliminar la tensión.

—Todo lo que me ha contado es positivo, su hijo la quiere y la admira mucho. —Wyatt me fulminó con la mirada cuando terminé de hablar.

—¿Ah sí? ¿de verdad?—volvió a decir la madre, esta vez sorprendida—. No sabía que me admiraba. La mayor parte del tiempo se la pasa diciéndome que soy una ilusa, por no mencionar inocente. Dice que me lo creo todo— se quejó, indignada.

—Mamá... —comenzó Wyatt.

—Y no me cuenta nada sobre sus parejas. Cosa que no veo bien porque...

—Mamá, ya. Eso no es así.

—Y encima me lo niega. ¡No quería decirme que estabais juntos! ¿te lo puedes creer? —Wyatt puso los ojos en blanco y yo reprimía la risa— Tuve que enterarme por Facebook.

—Mamá, hemos venido en coche desde Londres, y estamos muy cansados. ¿Podemos discutir mañana? —más que una sugerencia era una declaración de lo que pensaba hacer.

Ni siquiera hablamos cruzado el recibidor, pero había unas escaleras que subían al piso superior y vi como Wyatt hacía ademán de ir en esa dirección.

—No, no podemos discutir mañana. Es que no entiendo por qué no me lo cuentas, ¡yo te apoyo en todo! y sabes que estoy deseando verte casado y con hijos. —declaró la madre, de quien aún no sabía ni el nombre. Abrí los ojos como platos, ¿hijos? ¿casado? Solo esperaba que no me presionara para eso, porque sería increíblemente incómodo.

—Quizás por eso no te lo cuento.

La madre suspiró.

—Pero Wyatt...

—Elizabeth, deja al niño tranquilo —interrumpió una voz masculina que provenía de la planta superior. Reprimí una sonrisa por aquel «niño» que se

refería a Wyatt. Enseguida apareció un hombre junto a la escalera en el piso superior—. Que agradable sorpresa, hijo.

Entonces Wyatt estalló en carcajadas.

—Me rindo —dijo—, entre mamá y tú llamándome «niño» he llegado al punto máximo de hoy. No puedo. Vale. Ya está.

Su padre también se rio.

—Para mí siempre serás un niño —contestó.

El hombre en sí, de cabellos canosos y mirada profunda como la de su hijo, bajó las escaleras enfundado en su pijama de rayas blancas y azules.

Elizabeth se cruzó de brazos y a pesar de la indignación, su postura no era para nada desagradable, todo lo contrario.

—Recuérdame que te haga pagar que me presentes a tu novia sin avisar, pillándome en pijama —le dijo a su hijo, que suspiró. Por lo visto los únicos que sacaban de quicio al rubio eran sus padres, y de una manera muy graciosa—. Soy Harry Hardford, encantado —dijo una vez estando a nuestra altura, tendiéndome la mano.

—Ariadna Gómez —sonreí al tenderle la mano.

—Es un placer que nuestro hijo nos haya traído el mediterráneo a casa —me dijo su padre en castellano.

Sonreí.

—El placer es mío —contesté.

—Papá, mamá —comenzó Wyatt—. Siento no haberos dicho nada sobre nuestra relación —aquella frase hizo que mil mariposas estallaran en mi estómago—, y también haber venido sin avisar. Os prometo que mañana hablaremos las cosas, pero estoy muy cansado y solo puedo pensar en dormir. ¿Podemos irnos ya a mi cuarto?

Elizabeth alzó una ceja, y el gesto me recordó a Wyatt cuando mostraba desacuerdo.

—A tu cuarto va ella, tú duermes en el sofá —le dijo su madre.

—¿Qué?! —exclamó el chico, incrédulo.

Su madre se cruzó de brazos y supe que al chico no le quedaría otra que hacer lo que le mandaba. Este juego de ser pareja iba a resultar bastante divertido.

Wyatt no consiguió dormir en su cama, y tuvo que aceptar el sofá, a regañadientes. Yo interpreté mi papel de novia y fingí convencerle de que no pasaba nada, y de que ya hablaría con su madre por la mañana para arreglar las cosas. Mientras tanto, su madre nos escuchaba desde la cocina, preparándose un té. Wyatt se ocupó de llamarme princesa más de lo habitual, y yo pronuncié algún «cariño», que nada más salir de mis labios hacía que sintiera que aquel teatro era real. ¿Estarían capacitada para decirle «te quiero», sin que él sospechara que no era parte del guión?

No, aquello estaba fuera de lugar.

Dormí en su cuarto, pero me costó por varias razones. La primera era que me sentía una extraña violando la privacidad del pasado de Wyatt, moviéndome entre los muebles que le habían visto crecer y la cama donde quizás lo habría hecho con Bethany... esa chica que le había robado el corazón y se lo había llevado a dondequiera que se hubiera ido. La segunda era que no dejaba de pensar en cómo me estaba afectando esta relación falsa que podía durar cuarenta horas más. Y la tercera; Charlie.

La habitación de Wyatt era espaciosa, tenía una cama doble en uno de los costados y un gran armario empotrado de puertas de madera roja en el otro. Había pósters de los Rolling Stones, Nirvana, Bowie y los Beatles, algunas fotografías y una guitarra acústica recostada en la pared junto al ventanal, desde el que se podía ver como las estrellas brillaban sobre Glasgow; era precioso. Y no pude evitar la tentación de fotografiar aquel cielo lleno de constelaciones.

Por la mañana fue Wyatt quien vino a despertarme, acarició mi rostro y después se tiró sobre mí, dejando caer todo su peso, aplastándome. Solté una exclamación.

—¡Wyatt! ¡No me despiertes así! —me quejé, quitándomelo de encima. El corazón se me había acelerado.

Él se reía.

—No sabía cómo despertarte —«definitivamente, como novio cariñoso no servirías».

—¡Aplastándome no! —intenté parecer enfadada, pero admito que me hizo gracia. Me incorporé—. Maldita amistad y maldita confianza.

Se río.

—Admite que te encanta como soy.

—Sí, me encanta que seas un pesado orgulloso—contesté, abriendo mi mochila para buscar el neceser—. No sé qué sería de mi vida sin ti.

Volvió a reírse.

—¿Pero a qué vienen estos ataques a mi persona tan temprano?

—Te lo mereces, ¿a qué viene tirarte encima de los demás? —le señalé con el cepillo de dientes—. Voy al baño. Necesito prepararme para la obra de teatro que has montado para tus padres —reí y salí de la habitación, cerrando la puerta tras de mí.

Cuando salí del baño, después de aseoarme, me puse un vestido marrón con flores estampadas y bajé a desayunar, donde me esperaba toda la familia Hardford. Me quedé paralizada unos segundos, mientras ellos me miraban a la espera de que me uniera a la mesa para empezar el desayuno. Sentí la presión recorrer todo mi cuerpo y decirme «que ellos noten que le quieres, pero él que él no lo hagan». ¿Y por qué no? Si iba a hacerme daño esta amistad, prefería que él no lo supiera. Ya que a pesar de todo yo nunca podría decirle que no y tampoco podría alejarme de él.

—Buenos días, cielo —saludó Elizabeth— ¿Has dormido bien?

Asentí.

—Sí, muchas gracias. ¿Y ustedes? —pregunté, sin saber muy bien qué decir. Me uní a ellos en la mesa— ¿Han dormido bien?

—Yo no —se quejó Wyatt—. Me gustaría dormir en una cama esta noche.

—En el jardín está la cama del perro —sugirió su madre.

El padre y yo estallamos en carcajadas.

—¿Cuando vas a dejar de molestarme por no decirte que tengo novia? —preguntó el chico.

Cada vez que pronunciaba la palabra «novia», sentía que abría la primera página de una novela en la que todo era posible.

—No lo sé, quizás nunca —contestó su madre—. Aunque si no lo hubieras admitido habría sido peor.

—Madre mía... —se quejó el rubio.

Me serví café mientras Wyatt cortaba una tarta que había hecho su padre, que se dedicaba a observar la situación con diversión.

—¿Y cómo fue? —preguntó Elizabeth.

—¿El qué? —contestó Wyatt.

—¡Cuando os dijisteis que os queríais! —exclamó, mirando a su hijo con los ojos brillantes, quien se llevó una mano a la frente y puso los ojos en blanco.

—Mamá... no me gusta hablar de mis relaciones, ya lo sabes.

—Pero Wyatt...

—Fue muy bonito —interrumpí, y vi como el chico rubio me fulminaba con la mirada a la vez que su madre me dedicaba una mirada expectante—. Estábamos en... casa de Wyatt. Esa noche habíamos tenido una cita y yo comencé a sentirme indispueta, él estuvo conmigo toda la noche... me sentí tan cuidada que no pude evitar confesarle que le quería desde hacía semanas — no aparté la mirada de Wyatt hasta que terminé de hablar—. Y él también me dijo que me quería y que se quedaría en vela las noches que hiciera falta a mi lado.

La expresión del rubio parecía la de un fantasma, lo que me hizo temer. Pero ya estaba dicho, ya había distorsionado un recuerdo juntos como si de verdad aquello hubiera pasado. En mi mente, pude convencerme de que me recordaba mí misma diciendo «te quiero, Wyatt» y de que le recordaba a le diciendo « y yo te quiero a ti, princesa». Sin embargo eso nunca había pasado, pero entonces, ¿por qué parecía que Wyatt se sentía como yo cuando le miré a los ojos?

El chico se levantó de la mesa.

—Deberíamos ir ya a buscar a Charlie, antes de que se vaya. — dijo.

—Apenas has desayunado —dijo su padre. El chico agarró un trozo de tarta.

—Comeré con las manos. Vamos, Ariadna—me ordenó.

Fruncí el ceño, pero intenté no montar una escena delante de sus padres y por eso me levanté sin rechistar.

—¿Wyatt, cómo se va a ir tu novia sin desayunar? —intervino su madre—. Me rindo, si tanto te molesta que te pregunte por tus relaciones no lo haré más, pero deja que la chiquilla coma tranquila.

—He dicho que nos tenemos que ir —dijo, saliendo del comedor.

Sus padres suspiraron.

—Nos vemos luego —les sonreí—. Muchas gracias por el desayuno, el pastel está delicioso —solo había dado un bocado, pero estaba buenísimo.

Seguí a Wyatt hasta salir de la casa. Lo encontré abrochándose la chaqueta, con la mirada fija en el vecindario de casas idénticas.

—¿Qué te pasa? —le pregunté al llegar a su altura.

—¿Qué te pasa a ti? ¿Cómo les dices eso a mis padres?

Me encogí de hombros.

—Solo contestaba a tu madre. No es para tanto, si ha sido muy simple.

Más que un suspiro, soltó un bufido.

—No le digas a mis padres nada más sobre cómo nos conocimos ni cómo fue. No me gusta que la gente sepa esas cosas.

—Pero... ¿qué más te da? Ni siquiera estamos juntos.

—Ya... ya lo sé. Es cierto. Pero no sé por qué no me siento cómodo. —comenzó a caminar, pero le agarré del brazo, obligándole a mirarme.

No entendía nada, pero sentí que debía hacer algo antes de que la oportunidad se escapara de entre mis manos. Sentí que el problema no habían sido sus padres, sino yo confesando que le quería mientras distorsionaba la realidad.

—Wyatt... ¿es posible que tú sientas algo por mí? —no sé de dónde saqué el valor para preguntar eso, pero el chico se quedó sin habla, mirándome fijamente a los ojos por unos segundos.

Sentí su respiración agitarse, pero no me moví. Dejé que mi mirada y la suya se perdieran la una con la otra, mientras el cielo de Glasgow comenzaba a llorar con un pequeño chispeo.

—Puede ser —confesó. No dejó de mirarme fijamente a los ojos, poco a poco menos enfadado y más temeroso—. Puede que haya algo.

—¿Por qué no me has dicho nada nunca? —me acerqué a él y entrelacé mi mano con la suya. No se resistió.

Nuestras miradas hablaron por unos instantes, pero parecía que nos expresábamos en idiomas diferentes. Como si sus ojos solo supieran de escocés y los míos catalán; no parecíamos entender lo que el otro sentía. Como si ambos hubiéramos olvidado el castellano y el inglés.

Esperé a que rechazara mi contacto, y que después contestara, pero en lugar de eso, estrelló sus labios contra los míos en un beso. Sentí que mi cuerpo se volvía ligero como el viento y que mis labios se convertían en una caricia. Una de mis manos fue a parar a su mejilla, mientras que la otra seguía

entrelazada con la suya. Él, me agarró de la cadera, antes de que su beso comenzara a hablarme de canciones de amor y sentimientos reprimidos.

Cuando nos separamos, ninguno habló, era como si hubiéramos tragado nuestras voces en ese beso. Así que volvimos a besarnos.

—Esto... —susurré. No sabía qué decir—. Vamos con Charlie.

Wyatt asintió, sin decir nada sobre el beso.

—Vamos —contestó.

Pero yo no podía comportarme como si nada; al menos no conmigo misma. Ese beso había cruzado los límites de lo que creía controlar, y me daba la sensación de que nunca sabría qué significaba realmente para él.

Nunca sabré qué se siente al tocar las estrellas.

Recordé mi lista, y sentí la necesidad de añadir un pequeño cambio.

¿Es posible que un beso te haga pasear por las estrellas y volver como si algo en ti hubiera cambiado para siempre?

No estaba segura.

Caminamos por las calles de Glasgow, por las hileras de casas de dos plantas y jardín trasero; eran todas parecidas, pero no completamente iguales. El cielo estaba cubierto de un manto gris, como si alguien hubiera echado polvo a las nubes. Y mi corazón daba brincos de un lado a otro, mientras yo me preguntaba si tendría valor para exigir respuestas después de esto.

Y hasta que estuve frente a la casa de la madre de Charlie no fui consciente de dónde estaba y de lo que eso significaba. Entrar ahí removería mi vida, y el pasado de mi padre. ¿Qué sentiría cuando viera a la madre de Charlie? ¿Qué pasaría cuando descubriera el mundo que había estado ligado a mí sin saberlo? ¿Qué le diría? ¿Podría resistirme a pedir explicaciones sobre haberme privado de mi hermano por años?

No podía entrar a esa casa.

—Ve tú —le dije a Wyatt.

—¿Por qué?

—No quiero entrar. Dile que salga y hablamos en otro sitio. —bajé la mirada al suelo y caminé hacia atrás, buscando un sitio en el que esperar.

El chico me siguió, y se puso frente a mí, posando su mano levemente en mi cintura.

—¿Estás bien, princesa? —preguntó, dulcemente.

Ladeé la mirada.

—Sí... es solo que no quiero enfrentarme al pasado de mi familia. Y siento que si entro tendré que hacerlo.

—¿Por qué?

—Hace semanas que no me pregunto por qué me escondieron a mi hermano —hice una pequeña pausa—. No quiero volver a tener esas preguntas taladrándome la cabeza de nuevo.

Me sonrió.

—Está bien, tranquila. Yo me ocupo de sacarle de ahí, ¿vale?

Le dediqué una sonrisa también, algo tímida.

—Gracias —volví mi mirada a la suya que parecía tan inmensa como un cielo despejado. Sentí el impulso de apoyar mi mano en su mejilla, pero él me robó un beso corto en los labios antes de separarse de mí y dirigirse hacia la casa. Dejándome de nuevo, totalmente perpleja.

Wyatt

Cuando Charlie abrió la puerta de su casa se quedó extrañado, pero no sorprendido. Suspiró, ante mi expresión interrogativa y me invitó a pasar, ignorando que su hermana se encontraba a escasos metros.

El lugar hizo que una oleada de recuerdos me invadiera, como había estado sucediendo desde que habíamos llegado a Glasgow; surgían recuerdos por todas partes...y muchos me hablaban de Bethany. Recordé lo que era estar con ella y toda mi adolescencia me cayó como un cubo de agua fría, cuando era tan inocente que no creía en el daño que alguien podía hacerte. Como cuando acudí a casa de Charlie, prácticamente desesperado por alguien que me consolara cuando la chica decidió terminar con todo; aquel día perdí mi corazón. Me sentí más perdido que nunca, vacío, como si una parte de mí se hubiera resbalado y caído a un precipicio, junto con todo lo que alguna vez había sido amor. Se me cayó el mundo a los pies y más tarde descubrí lo poco que podía controlar de mi vida... y cuánto podían hacerlo las personas que fingían.

Tomé aire.

—Charlie, tenemos que hablar —le dije. Sentía la obligación de hacer las cosas bien con él, y temía que él se molestara conmigo. Por unos instantes sentí que no debía meterme en sus asuntos, pero no me eché atrás.

—Supongo que has venido a eso. Y a llevarme a Londres —añadió, caminando hasta el salón.

Las situaciones de tensión me hacían sufrir. Ese silencio forzado, esas palabras que insinúan más de lo que dicen, a veces disfrazadas de lo que no se quiere decir. Ese ambiente que te dice que la confianza está cayendo.

Sin confianza yo no tenía nada, y ¿qué pasaría si la perdía con Charlie?

—Sí —asentí—. Creo que me debes una explicación, y no solo a mí, a todos. Irte así de repente... ¿Estás solo en casa?

—Tengo mis motivos. Y sí, estoy solo.

—No lo dudo —Nos sentamos en el sofá—, pero Mónica nos ha dicho que si no estamos todos mañana en la reunión, cancelarán las nuevas fechas para la gira.

Bufó.

—Eso es un farol, Wyatt —dijo, tranquilo—. No van a cancelar algo que les da un gran beneficio económico.

No estaba de acuerdo con eso.

—Si creen que peligra el apostar por nosotros sí que lo harán.

—La banda no peligra, no seas dramático.

—Entonces explícame por qué estás tan distante últimamente, y porque Finn y Caleb se pelean por idioteces.

—A veces hay malas rachas... y siempre lo hemos solucionado. Sabes que hemos tenido problemas más grandes que este.

No quería dejar que desviara el tema.

—Me gustaría saber por qué te has venido a Glasgow sin decir nada, de golpe.

—Tengo algunos asuntos que solucionar —contestó.

—¿Qué asuntos? —pregunté. Me molestaba que siguiera con su secretismo.

—Algunas cosas importantes para mí.

—Sobre Ariadna —por alguna razón, lo tuve muy claro. Eso explicaría lo

distante que estaba con la chica.

—No exactamente —se rindió por fin—. Estoy investigando el pasado de mi familia... de mis padres —le costó pronunciar la última palabra.

—Vale, pero eso no explica ni justifica que no hables con nosotros durante días y que después te vayas sin avisar.

—Son cosas mías, Wyatt.

—Mira, puedo entender que creas que nosotros no tenemos nada que ver en este tema, pero ¿Ariadna? ¿Qué pasa con ella? Es tu hermana, Charlie, ¿te la trajiste de Barcelona para dejarla sola en Londres?

Se quedó callado unos segundos, se pasó la mano por el rostro y se mordió el labio antes de bufar.

—¿Puedo confiar en ti? —en esa pregunta vi al Charlie preocupado que estuvo conmigo en Barcelona, ese que deseaba expresar lo que sentía.

—Claro que puedes Charlie, somos amigos desde hace años. Sabes que solo quiero ayudarte.

Se quedó mirando a la ventana que daba al jardín, sus ojos oscuros se cerraron unos segundos antes de habla. Después, echó la cabeza hacia atrás y se revolvió los cabellos castaños antes de hablar:

—Creo que mi madre me ha estado escondiendo cosas de su pasado con mi padre —susurró—. He venido para ver si puedo descubrir algo.

—¿Qué cosas?

—Creo que fue ella quien no quiso que mi padre estuviera en mi vida... pero no sé por qué.

—¿Por qué crees eso?

—He estado investigando —dijo—. Ya sabes que mis padres estuvieron estudiando en Londres cuando se conocieron. Pues... había una hermandad un tanto extraña y mis padres estuvieron involucrados en ella.

Fruncí el ceño.

—¿De qué manera?

—Eso es lo que no sé. He contactado compañeros de universidad de mis padres pero todos dicen que no saben nada de esa hermandad... o que no quieren hablar, que eso quedó en el pasado.

Aquello me pareció muy extraño.

—¿Realmente crees que tus padres estaban metidos en algo así? —me

costaba creer en las hermandades, los clubs y todas esas cosas extrañas que se movían en las universidades. Quizás porque yo no iba a una, o quizás porque me parecía todo muy de ficción.

—Sí, estoy seguro. Fui a Goldsmith, la universidad donde iban y me metí en los archivos.

—¿Cómo? —abrí los ojos como platos.

—Una del consejo de estudiantes es fan nuestra... fue fácil —hizo una pausa—. La cosa es que busqué las matrículas de ese año y los informes académicos. Por alguna razón aún los conservan y lo curioso es que la universidad estaba al corriente, porque encontré una carpeta con informaciones sobre las hermandades. Cuando la abrí, me encontré el nombre de mi madre en la primera página. Pero justo entonces, la chica me quitó la carpeta de las manos, diciendo que debía irme y me echó de allí. Necesito encontrar algo que me dé más pistas o me ayude a descubrir lo suficiente para que ni mi padre ni mi madre me mientan sobre lo que pasó.

No sabía qué decir, todo me parecía muy alocado, aunque si era verdad, podía tener todas las respuestas a las preguntas que Charlie siempre había tenido.

—Voy a ayudarte —dije—. Pero necesito que vuelvas a Londres mañana por la mañana, y sobretodo que hables de esto con Ariadna. Sé que no es asunto mío... pero es tu hermana.

—No quiero que sepa nada hasta que no descubra lo que pasó.

—¿Por qué?

—Quiere mucho a su padre, y lo está pasando mal por su familia. Lo último que necesita es saber que yo estoy revolviendo su pasado —Charlie tenía razón, Ari no estaba preparada para eso. Es más, ni siquiera lo estaba para muchas de las cosas que habían pasado.

Entonces hice lo que pensé que sería lo mejor para ella; protegerla. Y di la razón a Charlie.

—Es cierto, será mejor que no hables con ella de esto.

—¿Cómo está?

—Preocupada... deseando que estés en Londres.

No mencioné que ella había venido conmigo. Si ella tenía un encuentro con su hermano en el que flotaran secretos por el aire, acabaría dañada. Lo

último que quería era verla llorar.

—Yo volveré a Londres esta tarde —mentí, no me iría hasta el día siguiente—. Vuelve mañana por la mañana, y si quieres vamos a Goldsmith a buscar de nuevo. Esa carpeta puede tener información.

—Gracias, Wyatt —me dio un abrazo—. Pero no hables con nadie de esto...¿vale?

—Tranquilo... Mientras no haya más secretos.

Por su expresión, supe que los había. Y no me hizo falta más que preguntar.

—¿Charlie? —añadí— ¿Algo más que contar? Prefiero que me lo digas ya a que lo escondas.

—He vuelto con Teddy.

Salí de casa de Charlie media hora más tarde. La chica, que seguía allí esperándome, enseguida se volvió y vino hacia mí con el rostro colorado. Su mirada me hizo sentir miserable, ella tenía tanta esperanza en mí y en nuestra amistad que el hecho de que yo le hubiera mentado a su hermano sobre ella me convertía en un tremendo cabrón.

—¿Dónde está? ¿Qué te ha dicho? —preguntó impaciente, cuando estuvimos a la misma altura.

Seguí caminando calle abajo por aquel sendero de casas de dos plantas y patio trasero. Ella caminó a mi lado y yo sentí un cosquilleo invadirme. Pensar en lo que había pasado entre nosotros me ponía nervioso por tres razones. Primera, quería volver a besarla. Segunda, no quería volver a enamorarme. Tercera, su beso me había hecho recordar a Bethany y eso no era bueno.

—Me ha dicho que está bien, y que mañana por la mañana volverá. — intenté tranquilizarla. Su rostro se contrajo en una mueca.

—¿No quiere hablar conmigo?

—Es un tema complicado, y quiere estar solo. Solo eso —intenté parecer lo más rendido posible, como si me hubiera pasado el rato suplicándole a Charlie—. A mí tampoco me ha querido dar muchas explicaciones.

El rostro de la chica se tiñó de desilusión y algo de tristeza.

—¿No quiere verme?

—Claro que quiere, princesa. Pero es mejor que ahora lo dejemos solo, necesita pensar.

—¿En qué? —preguntó— Necesito respuestas, Wyatt.

—Te prometo que te las dará, en cuanto él mismo las tenga.

Suspiró.

—¿Y por qué ha venido aquí?

—Ha vuelto con su ex novia, ha venido a verla. Y a ver a su madre.

—¿No te parece un poco raro que se escape sin decir nada para ver a su ex novia? ¿Y que encima diga que necesita estar solo? —Hizo que me detuviera— Está mintiendo en algo, oculta alguna cosa, Wyatt. ¿No te das cuenta? O es que acaso pasó algo con esa chica?

Odié mentirle de esa manera, pero quería proteger su corazón de aquello que nunca debería dañarlo: la familia. Juro que me desgarró decirle que su hermano no quería verla cuando realmente ni siquiera sabía que estaba allí. Pero no quería que se enfrentará a algo para lo que no estaba preparada, e ignoré cuánto me arrepentiría cuando ambos descubrieran la verdad.

—Me he dado cuenta... pero no he podido obligar a Charlie a hablar. —Suspiré— Lo siento.

Se mordió el labio y llevó su mirada al suelo, abrazándose a sí misma, como si reprimiera las ganas de llorar. La tomé del rostro y la obligué a mirarme. Quería que me mirara, quería que sus ojos hablaran con los míos e iluminaran mi mundo de la manera en la que el suyo parecía estar lleno de luz.

—Te prometo que todo va a ir bien —susurré.

Negó con la cabeza.

—Pero es que no va bien... Echo de menos a mi familia, las cosas con Maddie van muy tensas, tú me besas de repente sin darme explicaciones y Charlie me rechaza de esta manera. Voy a sonar melodramática, pero me siento sola.

Que yo estuviera en la lista de cosas que la hacían sentir sola me sentó como si me hubiera dado un puñetazo. Es más, lo merecía por lo que estaba haciendo, pero una parte de mí agradecía que la chica fuera a pasar el tiempo conmigo. Quería estar con ella a solas, y por unas horas imaginar que mi

mundo solo lo formábamos ella y yo. Nunca la dejaría sola, por muy confundido que mis sentimientos me tuvieran.

—Mientras yo esté cerca, tú nunca estarás sola Ariadna —le dije, mirándola fijamente a los ojos, dejando que mi alma se entregara a ella, a pesar de que su ceguera no le dejara ver que lo hacía día a día. Saber que se sentía así me rompía el alma.

Le acaricié el rostro.

—Yo estoy contigo, princesa. Te lo prometo. —Rocé mis labios con los suyos, sin saber qué significaba esta repentina declaración. Lo único que sabía era que quería verla feliz, y ahora mismo no lo era.

El beso no llegó a suceder, la chica bajó la cabeza y me abrazó, susurrando un gracias. Quizás era mejor así, después de todo no sabía hasta qué punto los besos de antes habían cambiado nuestra relación. Aunque quería besarla. ¡Vaya si quería besarla. Quería ir a casa y encerrarme con ella en mi habitación, tumbarnos el uno junto al otro hasta que no nos quedaran más besos ni más horas que gastar.

¿Qué se suponía que iba a hacer?

Ariadna

Wyatt insistió en que estaba cansado por el viaje y quería volver a casa. Lo noté un tanto extraño, como si se sintiera incómodo por algo, pero no pregunté. Supuse que sería por mi culpa...

No estuvo mal volver a su casa, después de que Charlie no quisiera hablar conmigo, lo único que me apetecía era enterrarse bajo las sábanas y no salir nunca de allí.

Sus padres estaban en el salón, leyendo tranquilamente el uno al lado del otro. Me pareció increíble la conexión que parecía haber entre ambos porque a pesar de que cada uno estuviera metido en su mundo, quedaba claro que estaban juntos. Su madre, Elizabeth, tenía la cabeza apoyada en el hombro de su marido, que la abrazaba y apoyaba su libro en el regazo de ella. Sentí un cosquilleo al pensar que yo quería algo así; una relación en la que el cariño continuara a pesar de los años que lleváramos juntos. No debían ser pocos los

que Elizabeth y Harry habían estado casados, después de todo, tenían un hijo de veintidós años.

Wyatt nos excusó, diciendo que queríamos estar tranquilos un rato. Subimos a la habitación de Wyatt y me estuvo enseñando su primera guitarra, la que había visto apoyada en una pared. Estaba llena de pegatinas, cada una era un recuerdo. Me las explicó una por una con la mirada brillante, como si hubiera estado esperando hacerlo desde hacía mucho tiempo, y no mentiría si dijera que aquel pequeño viaje su pasado me hizo sentir especial. Para cuando terminó, su padre apareció en la puerta de la habitación diciéndonos que la comida estaba lista y podíamos bajar a comer. No se olvidó de decirle a su hijo que no quería más escenas y le regañó por no dejarme terminar el desayuno.

La comida fue agradable. Los padres de Wyatt habían preparado un pastel de carne y verdura, y se tomaron la molestia de mencionar que lo habían hecho juntos. Al parecer era costumbre en casa de los Hardford, preparar la comida en familia. Fingí estar bien, pero lo cierto era que no podía dejar de pensar en Charlie y en el beso de Wyatt. Mi mente iba de un tema a otro sin descanso, y aquello me impedía estar al tanto de la conversación que se mantenía en la mesa. Quería estar a solas, aunque ese a solas también incluyese al chico que tenía sentad a mi lado, con un tenedor en la mano acusando a su padre de haber soltado una broma malísima.

Después de comer, volvimos a la habitación de Wyatt. Nos tumbamos en la cama, uno junto al otro al principio, simplemente mirándonos sin hablar. A ambos nos sobraban las palabras y yo sabía que en cuanto abriera la boca solo podría darle vueltas al tema de Charlie... así que ¿por qué hacerle malgastar tiempo? Y sobre todo, ¿por qué malgastar el mío? Lo único que quería era no pensar en mi hermano, centrarme en otra cosa para que no me arruinara el día. Hablaría con él en otro momento.

Acaricié el rostro de Wyatt y él cerró los ojos, esbozó una pequeña sonrisa y me dejó hacer. Enrollé mis piernas en las suyas y él apoyó su mano en mi cintura. Mi rostro quedó en su hombro y mis caricias pasaron a sus cabellos.

—¿Cómo te sientes? —pregunté—. Por volver a casa... y eso.

Abrió los ojos ligeramente para mirarme.

—Raro. Todo ha cambiado mucho por aquí —comenzó a acariciar mi

cintura en pequeños movimientos suaves de arriba abajo—. Es como si todo lo que he vivido aquí no existiera, pero al mismo tiempo se repite todo el rato en mi cabeza.

—Es normal —me incorporé—. Volver a casa no significa recuperar la vida que tenías. No es como si pudieras viajar al pasado.

—Lo prefiero así —contestó—. Aunque a veces me gustaría poder ir atrás —por unos minutos me perdí en su mirada— ¿Puedo decirte algo? —asentí—. Me tiene confuso lo de esta mañana.

—¿El qué?

—Los besos —dijo—. No sé cómo me siento. Es verdad que siento algo por ti, pero aún no entiendo a mi corazón. Lo que sí sé, es que eres la persona con la que más me gusta estar y que...—suspiró acercando nuestros rostros sin dejar de mirarme—, ojalá pudiera volver a besarte.

Me quedé callada, perpleja, sin saber qué decir.

—Dime algo —susurró de nuevo, y sentí sus labios buscar los míos en un pequeño roce.

—¿Qué pasaría si nos besáramos otra vez y yo te dijera que me gustas? ¿Qué haríamos?

Me robó un beso corto.

—Dejarnos llevar... supongo —sonrió, rozando mis labios de nuevo.

—Entonces —acaricié la comisura de su boca, inclinándome sobre él—. Bésame.

Su lengua se coló, juguetona entre mis labios.

—Las veces que quieras y más.

—Pero no comas haggis, hazme el favor.

Rio antes de besarme.

—Te comeré a ti antes, princesa—sus manos me pegaron a su cadera y mi cuerpo quedó recostado sobre él—. Eres preciosa.

—Que cursi —me reí tirando de su labio inferior—. Es asqueroso.

—Totalmente asqueroso —bromeó dando por terminado todo lo que las palabras pudieran decir y dando paso a aquello que los labios transmitían sin voz.

Mis labios y los suyos jugaron por un rato en el que nuestras lenguas también se tocaron. Nuestras manos eran todo caricias y el roce de nuestros

cuerpos hablaba de algo que no era solamente deseo. Sentí que por primera vez en mi vida estaba siendo libre; haciendo exactamente lo que quería. Sentía que toda yo era un cúmulo de energía que estaba deseando llegar al éxtasis de su capacidad y estallar como fuegos artificiales. Allí, en esa habitación de una pequeña casa de Escocia, sentí que podía construir mi pequeño momento en el tiempo, aquel que guardaría en una cajita y sacaría cada vez que quisiera revivir la cercanía del chico que me volvía loca. Y eso me hizo temer:

—Wyatt...espera —susurré, separándome un poco. El chico gimió, confuso y buscó mis labios como si estuviera desesperado seguir con los besos—. Necesito saber qué pasará después de esto... yo no puedo seguir si sé que voy a perderte cuando volvamos a Londres.

No contestó de inmediato, pero abrió los ojos y me miró mientras me acariciaba. Quise creer que lo que veía en su mirada eran los mismos sentimientos que habitaban en mí por él.

—No sé qué sucederá mañana —confesó—. Pero sí sé que quiero estar contigo desde hace mucho tiempo, y que no hay nada que desee más. Pero si no quieres seguir, lo comprendo, no pasa nada —me acarició la mejilla—. Quiero estar contigo, Ariadna.

—Me importas muchísimo. —susurré, besando su cuello. Mis manos se colaron por debajo de su camiseta, acariciando su piel.

—Y tú a mí —contestó en un susurro—. No quiero cometer un error.

En aquel momento, descubrí que nada me importaba más que estar a su lado; no era solo mi amigo. Eso me asustó lo suficiente para cohibirme y no dejarnos ir más allá de compartir caricias y besos. Es más, su repentina declaración aumentaba mi inseguridad. Me sentía en el cielo, pero no entre las nubes, sino como si los dos fuéramos una pequeña estrella en un lugar recóndito del universo.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero ir rápido —contestó, a pesar de que sus manos estaban en todas partes—. Quiero estar seguro de esto.

—¿Qué te hace dudar? —me separé del roce de sus labios para encontrarme con su mirada de nuevo.

Suspiró.

—Tonterías mías, Ari —me volvió a besar, y su sabor inundó mi boca; sería el último por el momento.

Aquello no sonaba a tonterías, pero no me atreví a preguntar, ¿la razón? Quizás era demasiado pronto y si en algo estaba de acuerdo con él era en que quería estar segura de lo que hacíamos y sobretodo de lo que sentíamos. Lo último que necesitaba en mi vida era un desastre amoroso.

Así que me salí de encima de él y me quedé mirando el techo un rato.

—Deberíamos ir a algún sitio —comenté, cuando ya no quedaban suspiros que dar—. Es mi primera vez en Glasgow y no he visitado nada. Ni siquiera he hecho fotos, ¿te lo puedes creer?

Sonrió.

—No sé cómo has aguantado tantas horas sin sacar una fotografía, ¿estás segura de que no tienes fiebre? —bromeó.

—Uhm... —saqué el móvil de mi bolsillo y puse la cámara—. A ver... sonrío —puse la cámara delantera para sacarnos un selfie.

El chico sonrió y yo besé su mejilla para la foto. Después volvió el rostro para que sus labios se pegaran a los míos y yo respondí con una sonrisa que quedó capturada en otra fotografía.

—Listo —me separé—. He curado mis ansias de cámara.

Negó con el cabeza, divertido.

—¿Quieres ir a cenar? Te invito. —propuso.

—Estaría muy bien. Aunque puedo pagar mi cena, gracias.

—¿Por qué no me dejas invitarte?

—Ya te lo he dicho. No necesito que me pagues nada.

Se encogió de hombros; sabía que no valía la pena discutir conmigo por eso. No me gustaba la idea de que empezáramos una «relación» en la que él me pagaba las cosas. Nunca le había dejado hacerlo como amigos, —omitiendo las limonadas sorpresa— no iba a hacerlo ahora que nuestros sentimientos comenzaban a salir a la luz.

—Está bien —dijo—. Te llevaré a un bar-restaurant donde me encantaba ir. Espero que siga siendo igual de bueno.

Se levantó y me incorporé.

—Seguro que sí —sonreí, dispuesta a esforzarme para que lo que fuera que estábamos empezando juntos se acabara convirtiendo en una de las mejores aventuras de mi vida.

Fuimos a dar una vuelta por el centro de la ciudad. Al principio nos mantuvimos callados, cohibidos como los pétalos de una flor que aún no se han abierto. Pero poco a poco volvimos a las sonrisas y a las conversaciones triviales que en el fondo no lo son tanto.

Wyatt se entretuvo explicándome anécdotas de sus años de instituto, pero desvió el tema de vez en cuando, omitiendo algunas partes. Y eso provocó que, en vez de sentir gran curiosidad por lo que no decía, me diese cuenta de que necesitaba repasar todo lo que yo misma omitiría de mi adolescencia. Quizás esos zapatos ortopédicos de cuando me rompí los ligamentos y estuve en rehabilitación dos años, o quizás aquella carta de San Valentín que envié y quedó tirada en un rincón de la mochila de la persona a la que creía querer. Las burlas que vinieron después que hicieron que nunca más quisiera saber de las relaciones amorosas; yo era débil como una pluma y moldeable como la plastilina.

Omitiría muchas cosas de esa época de mi vida, sin embargo no quería olvidar mis años de instituto. Después de todo me hicieron ser quien soy.

Más tarde fuimos a cenar. Esta vez no era un lugar de comida tradicional, sino un restaurante de hamburguesas. No iba a negarlo, las prefería mil veces. Nunca había sido muy partidaria de las comidas que no conocía, y aunque podían estar deliciosas, no me gustaba enfrentarme a la sorpresa de no saber si acabaría odiando un plato.

—Me gusta Glasgow —dije, tomando una de mis patatas fritas.

—¿Y eso? —preguntó él, algo extrañado—. Sé que Escocia es genial, pero Glasgow tiene muy poco en comparación con Edimburgo, por ejemplo.

—Tiene todo lo bueno de una gran ciudad pero sin el exagerado atractivo turístico. Es genial.

—Sí, eso es cierto —contestó.

—Debe haber sido precioso vivir aquí.

—Lo mismo podría decir de Barcelona. Pero todo depende de lo que vivas —replicó—. A ti no se te veía muy contenta allí.

—No, la verdad es que no era muy feliz.

Decirlo en voz alta hizo que me sintiera aliviada después de mucho tiempo.

—¿Por qué?

«Pregunta directa a mis entrañas».

—Mis padres me ahogaban... estaba harta. Y bueno, tampoco tenía muchos amigos, por lo que me entretenía como podía y odiaba mi vida —me encogí de hombros.

—¿Qué quieres decir con que te ahogaban?

—Me mandaban todo. Mi madre nunca me ha dejado escoger por mí misma lo que quería, es bastante controladora. No le gustaba que saliera de fiesta, ni con amigos. Ella quería que estuviera estudiando a todas horas y el resto del tiempo haciendo favores a sus amigas o lo que fuera... No sé, quería vivir y sentía que no me dejaba. En el instituto aguanté pero al empezar un bachillerato que no quería hacer por capricho suyo comencé a evadirme bastante. Iba a disgusto, por lo que comencé a alejarme de todo el mundo.

Me acarició el brazo.

—Vaya... lo siento.

Me encogí de hombros.

—No lo sientas. Realmente estos dos últimos años lo único que he querido es estar sola. No me sentía con ánimos ni con ganas de hacer nada. Supongo que estaba tan triste y ahogada que ni socializar me valía la pena —suspiré—. En fin, tenía a Laia todo el tiempo, ella era la única persona con la que me llevaba.

—¿No hablabas con nadie?

—A ver, hablaba con gente de mi clase pero no iba más allá de las aulas. Supongo que por eso me ha sido tan fácil dejar todo atrás. Lo único que me retenía era Laia y mis padres.

Sentí sus dedos acariciando mi brazo y bajar poco a poco hasta mi mano.

—Me alegra que me lo cuentes.

—¿Por qué?

—Significa que confías en mí —sonrió—. Y eso me gusta.

—Claro que confío en ti. Es solo que nunca te había hablado de mi pasado, pero no tengo nada que esconder —reí un poco—. Créeme. Es todo un drama de chica adolescente que se lleva mal con sus padres. Clá-si-co.

—Pero muy jodido —contestó—. No creas que porque es típico no es importante.

—¿Cómo sabes que pienso eso? Es decir, para mí es importante porque

me afecta, pero siento que si lo miro desde lejos o lo comparo con otros problemas... lo mío son tonterías.

—Eres un espejo, tu cara lo dice todo. Al menos cuando aprendes a leerla —hizo una pausa—. Y volviendo al tema, es importante.

—Gracias... —sonreí— Ya que estamos siendo sinceros. ¿Por qué no me cuentas qué pasó realmente con Bethany?

—Ya te lo dije. De un día para otro me dejó sin darme explicaciones. Y creo que por eso me cuesta tanto olvidarlo, porque aún no entiendo qué pasó.

Asentí.

—Entiendo —y no pregunté más sobre eso, lo que nos llevó a un silencio incómodo.

—¿Sabes que hoy hay un concierto en el primer local en el que actuamos? —preguntó, cambiando de tema.

—¿En serio?

—¿Te apetece ir?

—¡Sí!

—Es un local muy agradable. Siempre hay alguien tocando, buen ambiente y una cerveza deliciosa.

—Odio la cerveza, pero me apunto.

—Perfecto.

Al terminar de cenar, salimos del establecimiento para ir a ver la actuación. Fue un pequeño paseo, lleno de trivialidades y bromas. Me gustaba poder hablar de cualquier cosa con él y no sentirme banal.

Llegamos enseguida. The Glad café era un lugar peculiar, sobre todo por el decorado. Lo primero que pensé al pisar el establecimiento fue que quizás no era más que un café tradicional, pero solo me hicieron falta segundos para darme cuenta de que no lo era. Los muebles eran marrones, de madera, sin embargo abundaban las decoraciones de cristalerías geométricas de colores. La música estaba sonando de fondo, pero parecía que anunciaba algo más grande. Y en efecto, sabía que en poco comenzaría la actuación. Nos pusimos en una de las mesas que estaban en una esquina del salón.

—¡Wyatt! —exclamó un camarero al verle. El rubio se volvió y enseguida se levantó a saludar.

— ¡Alex! ¿Cómo estás? ¡Cuánto tiempo! —exclamó Wyatt.

El chico en cuestión, me pareció una persona alegre. No era partidaria de las primeras impresiones, pero esa actitud parecía rodearle, como si su aura fuera completamente amarilla. Y sus cabellos pelirrojos, ojos azules y rostro manchado de pecas solo hablaban de buen humor. El chico era alto, no mucho más que Wyatt, pero lo suficiente para que se notará la diferencia.

—Bien, las cosas siguen bien por aquí. Como siempre, aunque sigue creciendo. La misma gente en el café, pero cada vez hay más grupos y cantantes. ¡Y esta noche tenemos una actuación buenísima!

Wyatt sonrió.

—Me alegro muchísimo de que vaya creciendo. Es increíble —contestó mirando a su alrededor.

—Te gustará. La chica que actúa hoy es muy animada.

—Tengo ganas de verlo.

Alex dejó la bandeja de cervezas sobre nuestra mesa.

—Hey, hola. —me saludó el pelirrojo—. ¿Vienes con él, cierto?

Asentí y extendiendo la mano.

—Ariadna. Encantada — me la estrechó, mientras Wyatt nos miraba. Hubo algo en su expresión que me infundió confusión.

—Soy Alexander, puedes llamarme Alex —sonrió. Después de unos segundos incómodos, el pelirrojo volvió a Wyatt— ¿Y los chicos? ¿Cómo están?

—Están muy bien, la banda también va creciendo —contestó Wyatt. Eso me hizo fruncir el ceño, ¿y esa manera de mentir?

—He escuchado que Blake tiene novia, ¿es cierto?

—Sí, supongo. Tiene una relación un tanto especial. ¿Por qué preguntas?

Alex se rió.

—Nos parecía tan surrealista que hicimos apuestas. Estamos hablando de Blake, si fueras tú nos lo creeríamos. Pero recuerda el instituto, cuando se las apañó para besar a todas las chicas de su clase en una noche —ambos comenzaron a reír.

—Creo que sigue arrepintiéndose de eso, la venganza de ellas fue horrible.

—Me acuerdo de eso —Alex seguía riendo. De hecho, ambos lo hicieron durante unos minutos, en los que yo intentaba adivinar qué había sucedido con

Blake aquella noche. No iba a mentir, el cotilleo me pareció divertido—. Menos mal que Bethany no estaba en su clase, sino hubiera recibido también por tu parte.

En ese momento aquellas risas cesaron, al menos por parte de Wyatt, y las de Alex no tardaron mucho en hacerlo. Fue como si hubiera sacado un fuego del infierno y lo hubiera puesto sobre la mesa de manera inconsciente. Me sentí increíblemente incómoda, más por la tensión que por el silencio incómodo que se originó.

Alex golpeo suavemente la mesa con la yema de los dedos. Wyatt carraspeó. Y yo me callé.

Se miraron, y entonces Wyatt habló.

—¿Qué... qué tal tu hermana?

El chico frunció el ceño, como si no esperara la pregunta.

—Bethany está bien...—suspiró—. Está terminando la carrera, ya vive sola. Las cosas le van genial y se va a casar.

Wyatt se transformó en una estatua, blanca como el mármol de carrara.

—Lo siento —continuó Alex y le dio una palmadita en el hombro—. Pero deberías olvidarla ya.

La tensión de Alex desapareció, quizás por la reacción de Wyatt que parecía haber visto un fantasma.

—Ya lo he hecho —soltó de inmediato—. No te he dicho que es mi novia —me agarró de la cintura acercándose a él.

Reprimí mi incredulidad. ¿Qué?

— Se veía venir. Pero... ¿la hermana de Charlie? ¿Qué te pasa con las hermanas de tus amigos? —bromeó.

—¿Cómo sabes que es la hermana de Charlie? Y yo no sabía que Bethany era tu hermana, lo sabes muy bien. Era amiga de mi prima.

Alex le dedicó una mirada interrogativa.

—Los rumores vuelan —contestó el chico y después me miró—. Encantado, Ariadna. De verdad.

Hubiera sido mejor mantenerse callado y por suerte, lo hizo en cuanto captó que la estaba fastidiando.

—Ya veo —contestó Wyatt.

—Me ha alegrado verte —dijo el otro—. Nos vemos —levantó la mano,

despidiéndose— ¡Adiós, Ariadna!

Sonreí forzosamente, sin enseñar los dientes, y le despedí con un gesto.

Volví al rubio metepatas.

—Tienes que dejar de decirle a la gente que somos pareja. —Le fulminé con la mirada— Pero ya.

Hizo una mueca, incómodo.

—Disculpa. Ha sido en defensa propia.

—En defensa de tu orgullo, querrás decir.

Asintió, mostrándose atolondrado.

—Sí, eso. ¿Qué más da?

—No puedes confirmar una relación falsa, por favor, Wyatt. Me vas a meter en un lío.

—¿Un lío?

—Claro... con Charlie, con los fans, conmigo misma... No quiero verme obligada a tener una relación falsa.

—Ari... ¿Crees que lo nuestro es falso?

—No. No puedo dar hablar sobre algo que aún no comprendo. Pero lo que sí es falso es que seamos pareja. Y solo lo has dicho para convencerte a ti mismo de que no piensas en Bethany.

—No es así...

—Sí, es así. A mí no me engañas. Era sobre ella esa “tontería tuya” de la que no me has querido hablar.

—Eso no tiene nada que ver con lo que siento por ti.

—¿Y qué sientes por mí?

—Me... me gustas, Ari. Créeme...

Me miró fijamente a los ojos.

—Te creo. Pero también creo que tienes que olvidarla, pero no por mí, sino por ti. — Suspiré y puse mi mano sobre la suya— Tienes que hacerlo, para empezar a vivir por ti, no por un fantasma.

—Quiero hacerlo a tu lado —confesó—. Quiero olvidarla y comenzar de nuevo.

—¿Seguro?

Asintió.

—Pero solo si tú quieres... —dijo.

—Quiero hacerlo. —Sonreí, porque a pesar de que me fastidiara que él tuviera a otra en mente, creía que si yo le apoyaba para que pudiera superarlo, conseguiría mucho más que enfadándome— Pero no estamos juntos.

El chico se mordió el labio, y suspiró, como si estuviera esperando que diera nuestra relación por oficial. Es más, llegué a pensar que este plan suyo de presentarme a su madre como su novia no era más que una estrategia para conseguirlo. Sin embargo, se me hacía muy extraño imaginar que él hubiera pensado en mí como a algo más. Toda la situación me confundía, era todo muy repentino.

—¿Y qué somos? —preguntó.

—Amigos.

Arqueó las cejas.

—¿Amigos, en serio? —preguntó incrédulo. ¿Esperaba que de repente fuéramos amantes? Estaría de broma.

—Sí —dije—. Amigos que sienten cosas el uno por el otro y que no decidirán qué pasa con ellos hasta que tengan claro lo que quieren —hice una pausa—. Y lo más importante... mantienen esto en secreto —le guiñé un ojo, animándome— ¿Te apuntas?

Sonrió.

—Me parece buena idea.

—Así es un poco más divertido —me incliné sobre él y dejé un beso corto en su cuello—. En casa más —susurré.

Me agarró de la cintura y en ese preciso instante la música comenzó a sonar.

—Me encantaría que fuera ahora.

—No pienso acabar en un baño, fiero —contesté antes de llevar mi atención a la chica que tocaba esa noche.

Salimos del local a las doce de la noche, justo cuando cerraba. Pero si hubiera sido por nosotros nos habiéramos quedado allí hasta la madrugada. La actuación había sido alucinante, aquella chica tenía una energía que parecía invadirte por dentro y llenarte de júbilo. Además de su potente voz que

sonaba dulce al mismo tiempo, como un caramelo de cereza. Me había animado lo suficiente para hacerme bailar un poco y olvidarme de todos mis problemas al son de su “Life is beautiful when you believe it is”.

—¡HA SIDO INCREÍBLE! —exclamé una vez fuera, esquivando a la pequeña multitud que se había amontonado en la puerta del local.

Wyatt rió mi emoción.

—Me alegra que te haya gustado, la verdad es que era buena.

—¿Solo buena? Es más que buena, Wyatt. Tenía una energía, no solo en la voz sino en el ritmo y en la letra de las canciones. Nunca había escuchado a una cantante que defendiera tanto la positividad ante la vida y que además hablara tanto de la libertad sexual y sentimientos y... —hice una pausa, suspirando—Creo que soy su fan.

El chico volvió a reír.

—Entonces deberías haberle pedido un autógrafo. —contestó cuando ya nos habíamos alejado.

—Ugh... mierda. Es cierto. Se me ha olvidado—bufé y me sujeté a él cuando sentí que perdía el equilibrio—Uy, creo que ese San Francisco me ha subido demasiado.

Reí tontamente.

—Eres como una esponja. Absorbes el alcohol de manera increíble. Si fueras un detergente serías increíble.

Me detuve en seco.

—Espero que no acabes de compararme con un detergente y espero que no intentaras que fuera una broma graciosa porque no ha tenido ninguna gracia —me reí.

—¿Y por qué te ríes entonces? —me miró satisfecho.

—Porque es ridículo —me entró la risa floja y el chico alzó una ceja, divertido—. Por mucho que lo parezca, estoy totalmente cuerda y tu broma no ha sido graciosa.

—¿Seguro? —Me agarró de la cintura.

—Completamente —le aparté—. No juegues conmigo.

—No he hecho nada.

—Ya claro —puse los ojos en blanco—. Y yo soy virgen.

—Por lo que sé, sí.

Me volví de golpe.

—¿Qué has dicho? ¡¿Y tú qué sabes?!

Se rió.

—Nada, olvídalo.

—Ahora me lo dices —le señalé con un gesto totalmente acusatorio que acaba por completo con las risas del ambiente—. Yo no soy de las que dejan que les tiren piedras y escondan la mano. Ahora, dime de donde sacas que soy virgen.

—Nunca me has hablado de que hayas tenido alguna pareja.

—¿Y eso implica que soy virgen?

—¿Sí?

—¡No! ¿Y si lo fuera? ¿Pasa algo?

Frunció el ceño.

—¿Qué iba a pasar? Nada.

Le miré fijamente por unos minutos.

—No preguntes ni especules sobre mi virginidad, eso es algo que sabrás cuando llegue el momento.

—¿Por qué siempre te alteras cuando insinúo algo sexual?

Esa pregunta me molestó, no porque la hiciera, sino por lo que me hizo recordar.

—No es asunto tuyo —caminé alejándome él, haciendo que ambos aceleráramos el ritmo. Quería llegar a casa de inmediato—. Vamos a tu casa, estoy cansada.

Yo iba cruzada de brazos y él con las manos en sus bolsillos, a mi lado, en silencio por las calles frías, oscuras y desiertas de Glasgow, en las que a pesar de la tensión que se había creado entre nosotros, él era mi foco de calor. Clavé la mirada en el suelo y me sentí como si esa ciudad estuviera haciendo que yo también recordara mi adolescencia. Sacando a relucir todas mis pesadillas.

«—Ey, Ariadna —me dedicó una mirada pervertida— ¿No crees que la clase de matemáticas sería mucho más interesante si...? —susurró en mi oído, deslizando su mano por mi pierna, adentrándose en el interior de mis muslos y dejándome totalmente paralizada. Solo tenía catorce años, y no sabía qué hacer.

Odiaba que me obligaran a sentarme a su lado.

—Eric, déjame —me quejé, pero no me moví. Tenía miedo de que el profesor me llamara la atención. Y también tenía miedo de mi cuerpo que se había transformado en piedra.

—Va, nena. Sé que quieres.

—No... déjame. No me toques —logré apartarme un poco, pero él volvió a tocar.

—Estás buenísima.

Me moví en la silla, apartándome hacia un lado y haciendo un ruido que provocó que todas las miradas de la clase se centraran en mí. No me di cuenta de eso hasta más tarde:

—¡Serás pesado! ¡Te odio, déjame en paz!—exclamé. Eric me dedicó una sonrisa.

—¡Ariadna Gómez, sal de clase ahora mismo! —Escuché decir al profesor, que ya se había mostrado molesto hacía un rato por el murmullo de voces que inundaba la clase— ¡No estoy dispuesto a aceptar este comportamiento! ¡Los demás iréis detrás!

—Pero... yo... ha sido él.

Me señaló con la tiza y vi de reojo como Eric se aguantaba la risa. «Cabrón»

—Fuera de clase, he avisado antes. Piensa en lo que has hecho y cuando yo quiera entrarás.

Asentí al borde de las lágrimas, puesto que no era la primera vez que eso pasaba. Maldito Eric.»

—Ari, ¿estás bien? —Wyatt me sacó de mi pequeño viaje al pasado— Siento mucho haber hablado sobre eso... perdona. No sabía que te molestaba, nunca lo diría de manera ofensiva. De veras... disculpa. —sabía que era sincero.

—En el instituto un chico me trató como un objeto sexual día sí y día también. Nunca hizo más que toquetearme, pero me hacía sentir como un juguete al que se le pregunta hasta dónde ha llegado para saber qué se puede hacer con él. Confió en que tú no eres así, pero no me gusta que me pregunten hasta donde he sido capaz de llegar. —omití añadir que también me hacía sentir utilizada.

Asintió, y pareció conmovido por mi declaración.

—Si no te sientes a gusto dando detalles sobre tu vida sexual, no preguntaré más. —Alzó las manos en símbolo de paz—. Lo prometo.

—Gracias —contesté, algo más calmada.

Alzó los brazos, invitándome a un abrazo.

—Ven aquí —edulcoró su voz.

Acepté su abrazo, permitiendo que el foco de luz que él era me inundara por completo. Y apoyé la cabeza en su hombro, dejando que se llevara mis pesadillas con las yemas de los dedos que acariciaban mis cabellos. Le estreché fuerte contra mí, como si así nada pudiera quitármelo, pero como todo lo idílico termina, el abrazo también lo hizo cuando mi teléfono sonó.

Lo saqué de mi bolsillo y vi que era mi hermano. Descolgué de inmediato.

—¡Charlie! —exclamé su nombre.

—¿Ariadna, dónde estás? Acabo de llegar a Londres y no te veo por ninguna parte. ¿Has ido a dormir a algún sitio?

—¿Qué? —pregunté extrañada— Estoy en Glasgow con Wyatt, he venido a buscarte y no has querido hablar conmigo.

—¡¿Qué?! He hablado con Wyatt esta mañana y me ha dicho que estabas en Londres.

Fulminé a Wyatt con la mirada.

—Pues no, estoy en Glasgow y a mí me ha dicho que no querías hablar conmigo.

—Voy a matarlo. —masculló mi hermano al otro lado de la línea.

—¿Te importa que corte la llamada para hacerlo yo misma? Voy a hablar con él.

Charlie suspiró.

—Está bien—y colgó la llamada.

Dirigí a Wyatt una mirada acusatoria mientras guardaba el teléfono y me cruzaba de brazos, esbozando una sonrisa molesta antes de hablar:

—Wyatt, llevas un día de mierda. Te lo prometo. ¿Podrías dejar de fastidiarla? ¿Por qué no le has dicho a Charlie que estoy contigo? ¿Pensaba que no quería verme! ¡Me has mentido! ¡No me lo puedo creer!

—Yo... uhm... No tenía mala intención, es solo que verle te iba a poner

mal, créeme.

—Pero pensar que mi hermano no me quiere ver también me daña. ¿No lo has pensado ni por un minuto?

—Intenté hacer lo mejor, para que no hubiera problemas para nadie...

—No me gusta esto —sentencié.

—Antes me has dicho que no querías enfrentarte a tu pasado familiar. Y eso es lo que está haciendo Charlie. Está rebuscando para saber la verdad sobre su nacimiento. Por eso no le he dicho que estabas aquí. Perdona si no te ha parecido correcto, lo siento. Pero no quería que tuvieras que enfrentarte a eso.

Me mordí el labio, en ese momento sentí que no tenía que contestar, pero al mismo tiempo tenía argumentos de sobra para contradecirle. Le creía cuando me decía que no había sido malintencionado, y aunque no me estuviera de acuerdo con que me mintiera para protegerme, el gesto me parecía tierno.

—No vuelvas a mentirme, por favor —dije al fin, y mi voz sonó algo rendida.

—Lo siento... yo no hago esas cosas —hizo una pausa, nervioso—. Perdona, de veras. He sentido la necesidad de protegerte de un mal trago.

—Acepto las disculpas, pero ya te lo he dicho mil veces; no necesito que me salves y tampoco quiero que lo hagas. Después de todo, enfrentarme a mi familia es algo que tendré que hacer tarde o temprano.

Me tendió la mano. No se la cogí.

—Lo hago prácticamente de forma inconsciente. —movió la mano para que se la cogiera—. Va.

Bufé.

—Intenta no hacerlo... —comencé a alejarme, quería llegar a casa— Al menos cuando eso suponga mentirme.

Lo escuché soltar una maldición de fastidio a la que no contesté. Volvimos a casa prácticamente sin hablar. Por suerte cuando llegamos, sus padres estaban dormidos, lo que hizo que Wyatt decidiera dormir en su habitación. A mí no me molestaba compartir cama, así que me puse el pijama en silencio y me escurrí bajo las sábanas sin decir nada. Tenía mucho en lo que pensar ahora que se me había pasado el efecto del alcohol y la euforia del concierto; parecía que el viaje a casa había sido un propósito de desventuras para que

todo aquello pasara. Wyatt se tumbó a mi lado, también en pijama. Me preguntó si podía abrazarme y le dije que sí; yo también le abracé. Fueron pocos los minutos que tardó en quedarse dormido, pero yo no era capaz. Aún abrazada a él no lograba sacarme de la cabeza las especulaciones sobre lo que Charlie podía estar descubriendo. ¿Podría mi padre haber hecho algo tan malo que no pudiera creerlo? ¿Sería cierta su versión? ¿Me habría mentado?

Sentí la tentación de llamarles, a ambos, pero era tarde y decidí guardarme los pensamientos para mí por el momento.

De todas formas, seguía insegura sobre lo que estaba dispuesta a querer descubrir. Quizás era mejor no saber nada, después de todo en la ignorancia se vive mucho mejor.

No me quedé dormida hasta las dos de la madrugada, cuando Wyatt me estrechó más fuerte contra él y apoyé la cabeza en su pecho. Su respiración comenzó a hacer el efecto de un relajante en mí y poco a poco no fui más que una joven viajando al mundo de los sueños por unas horas, con mil esperanzas en el bolsillo.

Capítulo 14

Ariadna

Iba muy tarde para la reunión gracias al atasco que había en la entrada de Londres. Pero aun así, corrí todo lo que pude para llegar, aunque eso significara aparcar el coche y coger el tren de cercanías. Ariadna me dijo que me calmara y que esperara en el coche a que todo se disipara, pero un accidente por un choque de tres vehículos en medio de la autopista no era algo que se disipara en media hora. Y ese era el tiempo del que disponía.

Si llegaba tarde a esa reunión todo mi esfuerzo se echaría a perder por mi culpa.

Corrimos hasta la estación, cuando vimos que el tren se acercaba. Le grité que sacara su Oyster lo más rápido posible y finalmente, después de unos cuantos esquivos nos subimos al tren, yo con el corazón en la garganta y Ariadna con el aliento agitado. La hubiera dejado a ella con el coche, pero no sabía conducir.

Nos sentamos y dejé caer mi cabeza hacia atrás. «Tengo que llegar a tiempo, no puedo ser yo quien no esté».

—Llegarás tarde igualmente —observó Ariadna, mirando por la ventana.

—Lo sé, pero al menos llegaré. Podríamos habernos quedado allí durante horas. —prácticamente jadeé, sentía mi cuerpo como un trozo de gelatina gracias a la carrera.

Sonrió negando con la cabeza.

—Eres tan responsable... —admiró antes de mirar su teléfono. Hizo una mueca —Uhm... cuando llegemos a King's Cross nos separaremos, ¿vale?

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—Madelynn me necesita en Covent Garden. Iré en metro —informó.

—¿Más fotos?

Asintió.

—Está con Harry, el compositor que está colaborando con ella en el álbum. Quiere que les haga fotos en pleno proceso musical... —suspiró—. Pero te voy a ser sincera, siento que más que como una fotógrafa me trata como a su paparazzi personal.

Emitió un pequeño «ja» sarcástico.

—No me sorprendería de ella.

No hablamos más hasta que llegamos a King's Cross y ambos nos despedimos para coger el metro; ella Picadilly line, yo la Circle line. Fue una despedida rápida que escondía un beso en nuestras miradas, detrás de ese «luego nos vemos». Este viaje había cambiado algo en mí.

Corrí por los pasillos del metro, ignorando las miradas de algunos usuarios; iba quince minutos tarde y ya tenía algunas llamadas perdidas, pero no podía contestar si quería llegar lo antes posible. No iba a entretenerme.

Se me hizo prácticamente imposible entrar al metro, estaba abarrotado, como siempre. Me agarré a uno de los barrotes y jadeé una vez escuché las puertas cerrarse. Sentía un nudo en mi estómago y cómo el corazón me iba a mil; a una reunión en la que arriesgaba tanto, ser yo el que llegaba tarde me carcomía. Le envié un mensaje a Blake, y volví a guardar el teléfono.

No podía culpar solamente al accidente, había sido mi culpa quedarme en Glasgow dos horas más. Me había despertado bastante temprano, pero como Ariadna dormía no la desperté y desayuné con mi padre. La verdad era que necesitaba hablar de lo que me pasaba con alguien, ya que por mucho que lo intentara negar, sentía que una parte de mí quería utilizar a Ariadna para olvidarse de Bethany. Y eso no estaba bien. Además, cada minuto en esa ciudad me hacía pensar en ella, además de que haberme encontrado con Alex me había sentado como un buen puñetazo, uno de esos que te da la vida

cuando crees que no necesitas ninguno. Y lo peor era que Ariadna lo sabía, lo aceptaba y quería ayudarme. Me frustraba porque adoraba tener ese apoyo, pero no podía negar que tenía una sensación agri dulce al respecto. A Ariadna también la quería, de otra manera, pero la quería.

Papá sabía toda la historia con Beth, algo que mamá ignoraba. Y la parte más difícil de todo lo sucedido era que yo siempre había sabido que ella me dejó a pesar de quererme. Quizás la esperanza de que alguna vez volviéramos a vernos había estado siempre ahí, hasta la noche anterior.

Iba a casarse. Y yo ya no era nada para ella. Pero, ¿por qué era ella tanto para mí? ¿Por qué no podía olvidarme de lo suaves que eran sus cabellos rojizos? ¿Ni de lo dulce que era su expresión cuando me miraba al tocar? Allí, sujeto a una barra de metro sonreí al recordar aquel día en el que actúe en el instituto y después vino a felicitarme. No me despegué de ella en toda la noche, y cuando la acompañé a casa sucedió: nuestro primer beso, acompañado meses más tarde de nuestra primera vez y nuestro primer error inocente que fue el amarnos.

Era una chica sencilla y risueña que no destacaba sobre las demás, pero que infundía felicidad a cualquiera que estuviera a su lado. Me llamaba «rubio estirado» porque siempre he sido un seguidor nato de las reglas, y se burlaba de ellas sobre su bicicleta roja con la que iba a todas partes. Fuimos a tantos lugares en esa bicicleta, e hicimos tantas locuras, que sentía que los labios se me llenaban de metal al recordarlo. No fue solo un amor, fue una mejor amiga.

Me bajé dos paradas más tarde y volví a la tarea de salir corriendo y esquivar a los usuarios del metro de Londres hasta salir a la calle y seguir corriendo hasta el estudio.

Entré al edificio y subí hasta la tercera planta. Toqué dos veces a la puerta antes de que me abrieran, e inmediatamente, después de saludar al secretario, camine hasta la sala de reuniones, donde a través del cristal de la puerta pude ver a mis compañeros de banda sentados en una mesa redonda junto a Mónica que estaba de espaldas a mí. Todos con expresiones de fastidio. Caleb y Finn estaban uno frente al otro, manteniendo una mirada tensa entre ellos que se desviaba de vez en cuando hacia Mónica. Charlie estaba apoyado en su brazo derecho y prestaba atención, a pesar de que podía ver el desacuerdo en su rostro. Y no me hacía falta descifrar la expresión de Blake para saber que

estaba pensado que aquello era un fastidio y que no estaba dispuesto a aguantar esa reunión sin después echarnos algo en cara.

Toqué a la puerta antes de entrar.

—Hola —hice una pausa temerosa cuando todas las miradas se giraron en mi dirección—. Siento... siento el retraso.

—Buenas tardes, Wyatt —saludó Mónica con cierta frialdad en su voz.

Me senté entre Charlie y Blake.

—¿Por dónde íbamos? —continuó la mujer—. Ah sí, el nuevo acuerdo de marketing —fruncí el ceño, aquello me olía a chamusquina—. Por lo visto no sabéis comportaros —me miró—. No sé si te has enterado Wyatt, pero te informo de que ayer Finn y Caleb se pelearon en un bar, delante de todo el mundo y a golpes. Cosas como estas destrozan bandas. Así que, hemos decidido que si queréis que el escándalo sea lo que os siga, al menos lo haremos a nuestra manera.

—¿Qué? —interrumpí—, ¿a qué te refieres? Esto no lo veo bien, por mucho que hayan peleado una vez no significa que seamos unos escandalosos de revista de corazón.

—¿Y lo dices tú que tienes una aventura con la hermana de tu compañero? —me echó en cara con desprecio.

Intenté reprimirme, pero me fue imposible no saltar en mi defensa:

—¡Yo no tengo ninguna aventura! No voy a aceptar que controléis nuestra vida privada. Y menos que hagáis un montaje que nos vincule a la prensa rosa más cutre.

Mis compañeros estaban callados, pero noté que Charlie me fulminaba con la mirada. Estaba enfadado por lo de Glasgow y lo entendía perfectamente.

—Vuestra vida privada afecta a la profesionalidad de vuestro trabajo. ¿Cuándo lo entenderéis? —contestó Mónica.

—¿Y cuándo entenderás tú que estoy harto de que valores más nuestras caras que nuestra música? ¿Has escuchado las nuevas canciones acaso? ¡No! ¡Claro que no lo has hecho!

Al parecer yo era el único dispuesto a plantarle cara a Mónica, y eso me molestó. Puse la atención en mis compañeros y en ese instante Blake abrió los labios para hablar pero terminó no diciendo nada. Finn frunció el ceño algo

pensativo y Caleb me devolvió la mirada angustiado. Lo que más me molestó fue ver a Charlie apartar la mirada de la mía.

—Tus compañeros ya han aceptado las normas —sentenció la mujer para callarme lo antes posible. Golpee la mesa con rabia.

—¿Harías el favor de decirme cuáles son esas normas? ¿Y vosotros? ¿Es que no pensáis decir nada?!

La mujer se cruzó de brazos y me miró con soberbia antes de hablar:

—Nada de peleas en público, nada de dramas familiares públicos, y siempre tendrá que haber uno de vosotros soltero.

Bufé.

—Es absurdo. Las dos primeras normas ni siquiera tendríais que ponerlas, son algo obvio. Pero... ¿la última? ¡No tiene sentido!

—Y con lo de dramas familiares me refiero a que te olvides de la hermana de Charlie. Al menos si quieres que la banda dure más que un tour. Eso solo nos traerá problemas.

—¿Y Madelynn no? —pregunté desafiante señalando a Caleb y Finn—. ¡Todos sabéis que es la culpable de esto!

—Madelynn es una buena profesional —concluyó Mónica.

Me reí con ironía.

—Sí, y Ariadna solo es la que va detrás de ella haciéndole fotos. ¿Me vas a prohibir tener una amiga después de acusarme de tener una aventura con ella? Eso es falso.

—Puedes ser su amigo, siempre y cuando los rumores cesen. Búscate otra chica, una que te aporte algo más que cotilleo.

—Ariadna no me aporta cotilleo —si mi sangre pudiera hervir de rabia, lo estaría haciendo en ese momento—. Mira, siento haber llegado tarde, pero no voy a disculparme por irme sin acabar la reunión. Esto es inaceptable.

Me levanté, ante la mirada asombrada de mis compañeros.

—¡Wyatt! —exclamó Mónica cuando me acerqué a la puerta.

—Yo también me voy —Blake se levantó—. Esto más que una reunión parece un insulto. No nos trates como si estuviéramos en el colegio.

Sonreí de espaldas a ellos. Sabía que mi primo me apoyaría.

—Pienso lo mismo —escuché decir a Finn, y aunque no me sorprendió demasiado, tampoco lo esperaba—. No vais a controlar nuestras vidas tan

fácilmente.

—Tened cuidado con lo que hacéis. Aún podemos cancelar el tour. —nos amenazó Mónica.

Me reí con sarcasmo.

—Cancélalo si tienes cojones —le replicó el pelirrojo.

Los tres salimos de allí, y a pesar de que miré hacia atrás con esperanza, ni Caleb ni Charlie se levantaron. Mantuve mi fe en ellos, pero se disipó en cuanto bajaron la mirada. La mujer nos llamó una última vez, pero ninguno cedió, y ella pareció no tener intención de suplicar. Después de todo sabía que la necesitábamos para seguir adelante. Sin embargo no iba a poner mi vida amorosa en manos de otro tan fácilmente.

—Me gustaría saber qué piensa de nuestra música —dijo Blake—. Porque no nos ha dicho absolutamente nada sobre lo que estamos componiendo. Y os juro que le he enviado las muestras.

—No creo que piense que seamos malos —opiné—. Pero nos ve como bolsas de dinero que debe cuidar, en vez de personas. Entiendo que nos quiera dar un ultimátum, pero prohibirme ver a Ariadna y obligarnos a no tener todos pareja me parece demasiado.

—Tampoco le gusta mucho Laia —añadió Finn. Que iba a mi lado

Blake puso los ojos en blanco.

— «¿De dónde has sacado a esa chica» —imitó la voz de Mónica—. «Espero que haga algo más que pasearse». Es una estúpida.

—Pero hemos firmado las normas —declaró Finn, provocando un silencio tenso entre los tres.

Ninguno dijo nada más sobre el tema, lo que hicimos al salir fue ponernos de acuerdo para ir a mi casa y ensayar alguna cosa. Lo necesitábamos como banda, a pesar de que no estuviéramos todos. Nos iría bien ponernos manos a la obra para volver a implicarnos en el trabajo, o al menos para convencernos a nosotros mismos de que éramos buenos y no necesitábamos jugar con las relaciones sociales para triunfar. Quería pensar que valíamos la pena.

Ariadna

—Ariadna acércate un poco más, tómate un primer plano —me indicó Maddie, que se encontraba delante del sintetizador.

Harry estaba probando melodías con su guitarra.

Me acerqué a ella y la fotografié. Ella recogió sus cabellos en una coleta muy pequeña y volvió a indicarme que la fotografiara. Así hice. Era un no parar que comenzó a molestarme una hora más tarde, cuando me indignó ver que Madelynn no hacía absolutamente nada aparte de pasearse y jugar a ser una modelo en un estudio de grabación, mientras Harry se esforzaba por tener clara la melodía y la letra. Estaba sentado en el suelo, con la guitarra entre las manos y un papel delante que iba modificando a medida que repetía la canción. Una y otra vez.

—¿Tú no haces nada? —le espeté a Madelynn con algo de picardía y un tono burlón en mi voz.

—Ahora empezaré a cantar —dijo con una sonrisa falsa en el rostro—. Estaría bien que siguieras haciéndome fotos.

Puse los ojos en blanco cuando se volvió y vislumbré de reojo la sonrisa divertida de Harry que me miraba. Sabía perfectamente que Maddie me sacaba de quicio cuando se ponía en ese plan.

—Está bien, pero quiero ir al baño antes —me excusé.

En realidad quería llamar a Wyatt para saber cómo le había ido la reunión. Estaba un poco preocupada, sobre todo después de que me dijera que peligraban las nuevas fechas del tour.

Salí del estudio de grabación y me fui al baño. Me senté en la tapa de inodoro y llamé a Wyatt. Ya habían pasado más de dos horas por lo que supuse que habría terminado.

—¿Aye?—preguntó al otro lado de la línea.

—Wyatt, soy yo, Ariadna —contesté—. ¿Cómo ha ido la reunión?

—No muy bien —confesó—. Pero de momento las fechas del tour quedan intactas.

Sonreí.

—Me alegro.

—Sí... yo también. ¿Nos vemos mañana? —preguntó—. Ahora estoy ensayando con Finn y Blake y no puedo estar mucho rato al teléfono. Ya

sabes... no quiero que piensen que...

—Sí, lo sé. Esto es un secreto. ¿Nos vemos mañana a las cinco si te va bien?

—Por mí perfecto, preciosa.

Sentí que me sonrojaba.

—Genial.

—Hasta mañana —me dijo.

—Hasta mañana —prácticamente suspiré, con una sonrisa en el rostro.

Colgué la llamada y salí del baño. Volví al estudio, intentando concentrarme en mi tarea y en encontrar la manera de ser creativa con mi trabajo a pesar de las exigencias de la cantante. Podría haberlo conseguido, de no haberme encontrado con una escena que no esperaba para nada. Maddie estaba sentada sobre Harry, besándolo. Besándose. Me quedé perpleja, pero ninguno de los dos pareció darse cuenta de mi presencia. La chica metió las manos por debajo de la camiseta de él, haciendo que gimiera.

Carraspeé. No quería seguir viendo aquello.

Maddie se separó de él y me miró, esbozó una sonrisa juguetona.

—Haznos fotos, Ari. ¿Quieres? —dijo Maddie mientras le quitaba la camiseta a Harry.

Abrí los ojos como platos. Él sonrió coqueto.

—¿Qué?

—Que nos hagas fotos, será divertido —repitió la chica—. ¿No te va el morbo?

Estaba alucinando, pero no quería perder mi trabajo. Agarré la cámara de nuevo y comencé a fotografiar. Ellos volvieron a los besos, a las caricias, y a desnudarse en mis narices, hasta que fue insoportable.

—Me voy —sentencié dándome la vuelta y saliendo del estudio. Aquello era demasiado.

—¡Ari! ¿A dónde vas? —Maddie me siguió.

—No quiero hacer un reportaje porno, Madelynn. Y no, este «morbo» no me va para nada —le espeté enfadada—. No puedes obligarme a esto, es demasiado.

—Creía que eras una fotógrafa, no una santa. No deberías ponerte así, es algo la mar de normal.

—No, no lo es. Tú tienes novio, y acabo de ver cómo le pones los cuernos. ¿Cómo voy a mirar a Caleb ahora? ¿Te recuerdo que es compañero de banda de mi hermano?

Puso los ojos en blanco, como si mi preocupación fuera una tontería.

—Caleb y yo tenemos una relación abierta, no te preocupes. Pero prefiero que no le digas nada de esto. Suele ponerse muy incómodo si estoy con alguien a quien conoce.

Lo pensé un poco. No estaba bien quedarme callada y hacer como si nada. Pero a decir verdad no sabía en qué me beneficiaba decírselo a Caleb, y sí era verdad que tenían una relación abierta. Lo último que quería era que Maddie se enfadara conmigo y me despidiera, así que acepté.

—No diré nada, tranquila. Pero no voy a hacer esto nunca más.

—No te pongas así.

—Pero es que podrías haberme dicho algo, al menos. No así, de sopetón.

—A mí me hubiera encantado que me sorprendieran así.

—¡Yo no soy tú! —Me miró a los ojos como si realmente no entendiera por qué me molestaba—Sospecho que este era tu plan desde el principio, y no me gusta esto.

—¿No te gusta tu trabajo?

—No me gusta sentir que me tomas el pelo.

Me dedicó una de esas miradas por encima del hombro que siempre me regalaba cuando se comportaba como una jefa y no como una amiga.

—Borra esas fotos. Voy a seguir a lo mío, tú sabrás que haces con tu vida —dijo.

Me dejó sola en el pasillo, sumida en la culpabilidad. ¿Cómo iba a fingir que no sabía nada? Aquello no me gustaba, y odiaba que me hubiera incitado a fotografiarle mientras se liaba con Harry. Se había pasado.

Llamé a Laia, quien me dijo que estaba en casa y tenía muchas ganas de verme. Yo tenía muchas ganas de explicarle todo lo ocurrido con Madelynn. Estaba indignada.

Me encontré con ella media hora más tarde. Se había ocupado de preparar la cena para ambas y esperaba sentada frente a la mesa con el móvil entre las manos y la cena servida. Se había hecho un gran moño en su cabello, dejando que pequeños mechones rosados cayeran sobre ella como palmeras. Iba con

una camiseta de tirantes que nunca antes había visto y unos leggings negros; adivine que se había pasado el día en casa.

—Hola —saludé.

Levantó el rostro y me miró.

—Buenas noches, cielo —sonrió—. ¿Cómo ha ido en Glasgow?

Suspiré y me senté frente a ella dejando mi bolso caer al suelo junto con mi chaqueta.

—Ha ido bien. Lo malo ha sido llegar aquí y verme con Maddie.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó extrañada, pero desvió la mirada de su teléfono unos segundos antes de hablar para sí misma—. Pero qué asco de cosa —dijo. Fruncí el ceño y le dediqué una mirada confusa—. Este móvil es el hijo del diablo, está siempre bloqueado. Le doy a la pantalla pero no reacciona ¡Mathius, reacciona, que mi novio me habla y no puedo contestar, maldito!

Alcé las cejas más sorprendida aún.

—¿Tu novio?

Sonrió de manera que su rostro se iluminó como nunca antes lo había hecho.

—Sí —se sonrojó un poco—. Ayer formalizamos nuestra relación y... — se mordió el labio sonriendo— estoy contenta. Es la primera vez que tengo pareja, todo es muy nuevo.

—¡Felicidades! —me levanté para abrazarla.

—Ey, tampoco es para tanto —se rio.

Me abrazó de todas formas, y añadió:

—Cuéntame lo que ha pasado, y ponte a cenar que se va a enfriar la comida.

Me reí separándome de ella.

—¿Ahora eres mi madre?

—Alguien tiene que serlo. Te he preparado verduras salteadas.

—Ya veo. ¿No era más fácil pedir a una pizza?

—¿Quieres acabar con colesterol?

Arqueé las cejas.

—¿Tener pareja te ha vuelto sana?

—Siempre lo he sido, lista.

—Lo sé —me reí.

Ella comenzó a comer.

—Va, cuéntame —me señaló con el tenedor.

—Maddie me ha tomado el pelo. Estaba haciéndole fotos en un estudio de grabación mientras ella acababa de componer con Harry. He ido al baño y cuando he vuelto me los he encontrado enrollándose.

Abrió la boca anonadada. Enseñándome todo lo que estaba comiendo.

—No quiero ver tu comida —Me sacó una risa.

—Perdón —tragó—. ¿Cómo que enrollándose con Harry? Pero... ¿y Caleb?

—Dice que tienen una relación abierta. —hice una pausa para tragar—. Pero no me habría molestado si no me hubiera obligado, prácticamente, a hacerle fotos como si estuviera en una porno.

—Estoy alucinando —declaró con expresión perpleja. Su rostro lo decía todo. Pero enseguida comenzó a reírse—. No me lo puedo creer.

—Estoy muy enfadada con ella —declaré— me da muchísimo coraje. ¿Cómo se atreve a hacerme eso? Encima sabe muy bien que Harry estuvo coqueteando conmigo hasta que Charlie se metió por medio. Ha sido muy incómodo. Horrible.

—¿Tienes esas fotos? —preguntó la chica.

—Sí, ¿quieres verlas?

Negó.

—Aunque me encantaría... tengo una idea mejor. Guárdalas, puede que en algún momento te vaya muy bien que puedan filtrarse.

Aquella declaración no me la esperaba en absoluto.

—¿Qué? ¿Qué dices?! Perdería mi trabajo.

—Hazme caso. Guárdalas.

—Las guardaré pero no haré nada con ellas. Y tú tampoco.

Ella asintió.

—Hay que ser precavida.

La señalé con el tenedor.

—Tú sabes algo, de lo contrario no me dirías esto.

Asintió, desviando los ojos.

—A la manager de Blue no le gusto, —informó— pero adora a Madelynn.

Puedo romperle un mito cuando quiera librarse de mí.

—Laia, eso no está bien.

—Tampoco está bien que me juzguen. Blake me lo acaba de decir. Al parecer piensa que solo me “paseo” y que soy una don nadie.

—No puedes vengarte a costa de Maddie.

—Esas fotos serían un escándalo de dos semanas que se olvidaría fácilmente. Y no he dicho que vaya a hacer algo, solo que las guardes.

No estaba muy convencida, y ella lo vio en mi expresión. Era la primera vez que me pedía algo así, y la conocía lo suficientemente bien para saber que no lo haría si no se sintiera amenazada de verdad.

—Está bien, las voy a guardar. Pero no pienso hacer nada con ellas.

—Gracias.

Durante unos minutos, cada una se centró en su cena. Me pregunté dónde estaría Charlie porque quería hablar con él. Después de todo lo que había pasado, me merecía una explicación. Estuve a punto de preguntarle a mi amiga por el paradero de mi hermano, pero ella habló antes de que eso sucediera:

—Y ahora cuéntame de una vez qué ha pasado en Glasgow.

—¿Por qué tiene que haber pasado algo?

—Porque no me has contado nada y si no hubiera pasado nada me estarías contando hasta los colores de lo que comiste anoche.

—No ha pasado nada.

—Te conozco, y todo me huele a Wyatt.

Me sonrojé y busqué mi móvil.

—Te voy a enseñar una cosa —dije buscando el selfie mío y de Wyatt besándonos—. Pero no digas nada de esto a nadie —la miré seria—. Ni a Wyatt. Confío en ti.

Ella asintió con una sonrisa curiosa en el rostro. Después le tendí el teléfono.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó— No me lo puedo creer. Era de esperar pero... Ay, Dios mío. ¡Tienes que contármelo todo!

—No estamos juntos, si es lo que te preguntas.

—¿Por qué no?

—No ha superado a su ex y no pienso meterme en algo serio con alguien que vive en el pasado. Así que lo vamos a mantener en secreto de momento, al

menos hasta que aclaremos lo que hay entre nosotros.

—¿Y tú qué sientes?

—Yo... creo que le empiezo a querer. Y me da miedo que eso sea un problema.

—Mi móvil sonó.

—Wyatt te está llamando —informó mi amiga dándome el móvil—.
Respóndele.

—Negué.

—No contestes.

—¿Por qué?

—Quiero ir lento con él, y si nos mantenemos tanto tiempo juntos y hablando... no quiero que nos ahogemos.

—Uhm —no pareció muy convencida por mi explicación, pero asintió—.
Como quieras.

Dejó el móvil sobre la mesa y seguimos cenando.

Al terminar, recogimos y nos pusimos a ver una película, pero yo no dejaba de preguntarme dónde estaría Charlie. Miré en su habitación y no lo encontré, tampoco en el resto de la casa y no tenía mensajes suyos. Decidí llamarle, tuve que insistir tres veces hasta que me descolgó la llamada.

—¿Ariadna?

—¿Dónde estás? —fui al grano.

Tardó un poco en contestar.

—Estoy liado con algo importante. —su voz estaba tensa.

—¿Con qué?

—Nada...—alargó la palabra y pareció tardar en encontrar una justificación, como si buscara una excusa—. He quedado con Caleb.

—Oh... vale. ¿Y cuándo vienes? Me gustaría que habláramos.

—No dormiré en casa hoy. ¿Mañana para desayunar?

—Charlie, nunca estamos juntos —me quejé algo molesta—. Quiero pasar tiempo con mi hermano.

—Te prometo un desayuno riquísimo —insistió.

—No intentes hacerme chantaje emocional con comida.

—Va. ¿Tortitas?

—Si no hay chocolate no acepto.

—Habrá tres tipos diferentes —dijo y negué con la cabeza. ¿Qué iba a hacer?

—Está bien. —sentí que no valía la pena insistir.

Después volví con mi amiga.

Wyatt

—¿Cuándo vendrá?—pregunté. Apoyándome en la pared del edificio rojo.

Esa parte de Londres no me inspiraba mucha confianza, y no era solamente por los rumores de tráfico de drogas y los grafitis que adornaban las calles. Sabía que por allí se cocía mucho más que eso.

—No tardará mucho, me dijo que vendría a las nueve —informó Charlie, metiendo las manos en los bolsillos.

Aquello no me gustaba en absoluto, pero Charlie quería compañía y yo era la única persona que sabía sobre la hermandad en la que sus padres estuvieron metidos. Así que iba a mostrarle mi apoyo, a pesar de que él no me lo hubiera mostrado la noche anterior.

—¿Por qué te has quedado en la reunión? —me crucé de brazos, hacía bastante frío— No entiendo cómo has podido apoyarle.

El chico se quedó un rato pensativo, con la mirada en el final de la calle.

—Voy a ser sincero contigo, Wyatt. Aunque te moleste.

—Dime.

Su mirada parda se centró en la mía.

—Te quiero lejos de mi hermana. Y apoyar a Mónica en ese sentido me beneficia.

Eso me pilló por sorpresa, y me dejó perplejo durante unos segundos sin saber cómo reaccionar.

—¿Qué? ¡Pero... pero si fuiste tú quien me pidió en un principio que estuviera a su lado!

—Sí, mientras no sabía bien el idioma. Pero ahora parece que solo está en Londres por ti, y su hermano soy yo. —bufó con cierto fastidio.

—¿Estás celoso? —aquello era increíble.

—No, no estoy celoso. Pero quiero que mi hermana esté conmigo, no contigo todo el santo día —apartó la mirada, notablemente molesto.

—No me lo puedo creer, de verdad que estás celoso.

—Llámalo como quieras, pero te la has llevado a Glasgow contigo y ni siquiera me has dicho algo. Empezaré a pensar que Mónica tiene razón y que tenéis algo.

—¿Y si lo tuviéramos qué pasa? Que no es el caso.

—Pues no me haría ninguna gracia.

—No vas a decirme con quién puedo y con quien no puedo estar, Charlie. Y Ariadna es mi mejor amiga, no me vas a quitar eso.

—¿Mejor amiga? ¿Qué dices? Ni que la conocieras de toda la vida.

Le fulminé con la mirada.

—Quizás es culpa tuya, porque en vez de estar con ella te buscas excusas para evitarla. ¿Por qué no estuviste tú a su lado desde un principio? ¿Por qué te empeñas en hacer estas cosas a escondidas? ¿Por qué no le cuentas lo que estás haciendo?

Bufó.

—Porque no es fácil, Wyatt. Para ti ella es una chica más, para mí es diferente. Es mi hermana y no sé cómo acercarme a ella.

—«¿Ariadna vamos a dar un paseo? ¿Te apetece ver una peli? ¿Quieres que vayamos a pasar el fin de semana a no sé dónde?» —comencé a decir—. Quizás si te propusieras pasar más tiempo con ella no sentirías que soy una amenaza. Así que tranquilo, ¡no quiero robarte la hermana!

No contestó, resignado.

La chica a la que esperábamos se presentó minutos después, dando por terminada nuestra pequeña discusión.

Tenía los cabellos cobrizos y ondulados, es más, ligeramente rizados. Parecía no haber dormido en días y abrazaba unas carpetas a su abrigo rojo.

—Buenas noches —saludó al llegar a nosotros.

—Buenas noches, Mary —saludó Charlie.

Ella enseguida me miró antes de dirigirse a Charlie.

—¿Él sabe...?

Mi amigo asintió.

—Bien —comenzó ella—. Tengo aquí todos los archivos de la

universidad que hablan de hermandades, en especial de la Saint List, en la que estaba tu madre. Al parecer, tu padre no estuvo involucrado en estas sociedades clandestinas, pero si participó en alguna ocasión, junto con tu madre en una de las actividades que hacían. Lo sé porque en esta otra carpeta hay información de la propia hermandad que la universidad requisó cuando quisieron prohibirla.

—¿Por qué la prohibieron? —preguntó Charlie, frunciendo el ceño mientras se abrochaba la chaqueta.

—Una chica acabó en coma. Sé poco de eso, pero el caso es que aquí tienes mucha información. No he podido leerlo todo, pero puedes intentar contactar a algunas de las personas que estuvieron allí con tu madre. Te podrán informar mejor que yo, si es que quieren hablar de lo que pasó.

—¿Tienes algún teléfono? —preguntó Charlie.

Ella negó.

—Usa Facebook—bromeó la chica.

Charlie cogió las carpetas riendo.

—Sí, esa es una buena idea. —contestó.

Los tres nos quedamos en silencio, aunque de hecho yo lo había estado todo el tiempo. El ambiente se tornó tenso e incómodo, y fue la chica quien lo rompió.

—Bueno... eh...esto es todo —dijo—. No quiero ser seca pero estoy de exámenes y tengo que irme a estudiar. Cualquier cosa que necesites avísame.

El chico asintió y yo alcé las cejas mirando hacia otro lado. Perfecto, así tendría una excusa para irme yo también. No tenía ganas de seguir con Charlie.

Mary se despidió y aproveché la ocasión.

—Yo también me voy, tengo mucho trabajo en el estudio y muy pocas ganas de tus celos.

Hizo una mueca de desprecio.

—Lárgate si quieres.

—No voy a llamar tu hermana, no te alteres —me burlé antes de alejarme.

No me contestó, estaba demasiado centrado en sus problemas y en ser el

ombbligo del mundo. Bufé y me largué de allí, no tenía tiempo para tonterías.

Ariadna

Cuando desperté, el olor a chocolate ya había inundado la casa. Salí de la cama lentamente como de costumbre y me fui a la cocina, donde encontré a Charlie terminando de hacer el desayuno.

Llevaba los cabellos castaños alborotados, y enseguida pensé que le hacía falta un buen corte. Se había vestido con ropa de estar por casa y se movía con total serenidad. Si no supiera nada sobre su viaje a Glasgow y su investigación familiar, podría haber creído que era una persona libre de preocupaciones.

—Buenos días, hermanito —empecé saludando de buen humor, a pesar de lo molesta que estaba por todo lo sucedido.

No era el tipo de persona que optaba por las malas maneras, primero intentaría hacerle entrar en razón usando el buen humor. Y quizás así, hablaría.

Eso me hizo recordar a mi padre en el momento en el que todo estalló cuando Charlie apareció en casa; ese podría haber sido el único momento en mi vida en el que realmente perdí los nervios.

Me sonrió.

—Buenos días —dijo, poniendo tortitas en los dos platos que tenía sobre la encimera—. ¿Cómo has dormido?

—Bien —me senté frente a la barra que separaba la cocina del comedor—. ¿Y tú?

Se mordió el labio, como si estuviera recordando algo.

—De maravilla... —Me trajo una taza— Te he preparado un té negro con leche, como no te gusta el café por las mañanas...

—Gracias —sonreí y se sentó frente a mí con un café después de servir los platos de tortitas y los recipientes con chocolates de tres tipos—. ¡Qué manjar!

—Espero que te guste —contestó.

—Seguro que sí —por mucho que lo intentara, no sabía muy bien por dónde empezar ahora que lo tenía frente a mí. Las cosas con Charlie no eran tan fáciles como con Wyatt, no tenía la misma confianza a pesar de tener una conexión mucho más fuerte.

Ambos comimos en silencio por unos minutos, hasta que yo me decidí a hablar:

—¿Por qué te fuiste sin avisar? Así sin decir nada... sin pensar... sin nada. No me gustó.

Dio un sorbo a su café antes de contestar.

—Fui a ver a mi madre porque quería hablar con ella sobre todo lo que pasó. —suspiró—. No sé Ariadna, llevo mucho tiempo dándole vueltas a la situación de nuestros padres y quiero saber la verdad.

—¿Por qué?

—Porque lo necesito. Necesito saber por qué mi vida ha sido así y por qué he vivido sin un padre. Para ti es más fácil, los has tenido a los dos. ¿Pero yo? Me he criado solo con mi madre y me he pasado toda la vida preguntándome por qué mi padre había actuado como lo había hecho —se quedó callado con la mirada en el plato—. Ahora necesito respuestas.

—Lo entiendo —contesté, y pensé en añadir que yo no quería saber del tema, pero no dije nada.

Él me miró esperando que algo más saliera de mis labios, y al ver que no decía nada, volvió a hablar.

—¿Qué opinas de esto? ¿Me vas a ayudar?

Cerré los ojos unos segundos antes de negar con la cabeza lentamente.

—Yo no estoy preparada para esto Charlie. Prefiero no saber nada por el momento.

—Pero es tu vida. Podemos saber la razón por la cual nos han criado separados.

—¿Y qué importa ya esa razón? No podemos volver a atrás.

—Y tampoco seguir adelante si no sabemos de dónde venimos.

Suspiré. No sabía muy bien qué decir ni qué era lo correcto. Me sentía confundida, pero sobretodo asustada de que todo aquello nos llevara a una verdad dolorosa.

No hablamos más en todo el desayuno. Charlie se mostró tenso y poco a

poco fui notando que esa tensión se transformaba en enfado. Aquello era lo último que quería, pero también necesitaba ser sincera con él. No habíamos terminado de desayunar cuando Maddie irrumpió en el salón con un regalo entre las manos y el rostro arrepentido. Parecía un cachorrillo que busca el consuelo de su dueño.

—¿Qué haces aquí? —quedé tan extrañada que fue lo único que se me ocurrió decir.

—Vengo a disculparme...por lo de ayer —hizo un puchero—. Lo siento mucho.

—¿En serio?

Charlie miraba anonadado desde la distancia, antes de aprovechar el momento para desaparecer.

—¡Sí! Estuvo horrible, no debí obligarte a eso. Yo solo quería divertirme un poquito y se me fue de las manos. No debí involucrarte.

—Bueno... eh...

—Te he traído un regalo. Es una cámara —la rubia se encogió de hombros—. Ya sé que tienes una, pero bueno, esta es mejor... y no sé... quería... bueno.

Me resultó adorable lo mucho que le costaba disculparse y me encantó verla intentarlo de aquella manera tan incómoda...

—No necesito que me regales nada, Maddie.

—Tómalo como una muestra de disculpa —insistió.

—Está bien, disculpas aceptadas —«soy demasiado buena».

—¡Bien! —exclamó victoriosa antes de lanzarse sobre mí.

Le devolví el abrazo, después de todo no era tan mala, quizás me había pasado juzgándosela.

Laia, que nos miraba desde la mesa con su taza de café entre las manos se acercó a nosotras para hablar.

—Ahora que ya lo tenéis todo arreglado, ¿os sentáis conmigo? —sonrió a Maddie. Supe muy bien que su interrupción no era más que un intento de terminar con la tensión que podía haber provocado la disculpa.

—¡Claro! —exclamó la rubia, ahora animada—. Necesito un café urgentemente, no he desayunado.

Laia alzó las cejas.

—¿Por qué? —preguntó.

—Caleb. Se ha presentado en mi casa y con las prisas que tenía por comprarle la cámara a Ari no he podido.

«No me lo creo».

—Un café para ti entonces —dije. Me acerqué a la cafetera dejando la caja con la cámara nueva sobre la mesa.

Le serví un café a Madelynn y después me hice un chocolate caliente para mí.

Abrí el paquete con la cámara y me sorprendió la calidad que tenía. Una réflex de última generación con varios objetivos. Debía haber sido carísimo, y eso me hizo pensar... ¿realmente valía tanto mi perdón? Yo me hubiera conformado con una humilde disculpa.

Laia volvió a sus quejas sobre su teléfono. Según ella no le iba la pantalla.

—Dile a Blake que te compre uno nuevo —sugirió Madelynn cuando la chica de cabello rosa hizo ademán de lanzar el móvil por los aires.

—Eso —añadí—. Que él tiene dinero.

Ella se volvió enseguida para mirarnos con desaprobación.

—Nunca —dijo—. No necesito un novio para que me compre cosas.

—Espera... ¿novio? ¿de qué no me he enterado? —preguntó Maddie confusa.

—Blake me ha pedido que sea su novia —aclaró la chica, provocando una mueca de asombro en Maddie.

—¿No va un poco rápido? —preguntó incrédula—. Esto es raro en Blake.

—Quizá —Laia hizo una pausa— de todas maneras no me importa. Bueno, volvamos al tema, no voy a pedirle a Blake que me compre nada.

—Pero si no tienes dinero —comentó la rubia y Laia hizo una mueca.

—Me da igual —declaró— Trabajaré en el McDonalds y me compraré un móvil.

—Ese trabajo es asqueroso. Reconozco que es un trabajo digno, pero no creo que el trato que te vayan a dar sea el mejor, Laia. Eres más que eso. Piensa en otra cosa. —le dije.

—Podría probar a trabajar como personal de museo o quizás, no sé... en una cafetería o una tienda más sencilla, ¿no? —me dijo.

Fui a contestar. No me parecía mala idea la de probar suerte en un museo, sobretodo porque sabía que a ella le gustaría.

—Tú no puedes hacer eso — declaró Madelynn con seriedad haciendo que la chica la mirara confundida.

—¿Por qué no? —preguntó—. Tampoco es que esté capacitada para mucho más. Solo tengo el bachillerato. No me van a contratar para estar en una oficina, precisamente.

Madelynn suspiró y frunció el ceño mirando al suelo. Enseguida adiviné que lo que iba a decir no sería de nuestro agrado. Volvió la mirada.

—Eres la novia de Blake Dashner —dijo—, ahora tienes que actuar como una famosa más aunque no lo seas. Sino su imagen se va a la mierda. Pelirosa, tienes que ser la chica ejemplar y perfecta. Trabajar en el McDonalds o en cualquier otro lugar que no sea de lujo podría causar mucha polémica y rumores —dijo—. Cuando eres la novia de uno de ellos te sometes a mucha presión. Y más tú, que Blake es el más popular entre las chicas. Además, habla con él y te buscará algo que puedas hacer.

—Pero eso sería aprovecharme. Yo no pertenezco a este mundo, Madelynn. Solo pinto, nada más—dijo Laia.

—Lo sé —afirmó Madelynn— pero...

—Pero la gente cree que puede inventar una vida perfecta a quien no la tiene —terminé por ella.

El silencio se hizo en la estancia. Laia tenía sus ojos azules perdidos en algún lugar al otro lado de la estancia.

—Entonces, ¿no puedo ser yo misma? —preguntó temerosa, pensativa— ¿tengo que llevar la sonrisa simpática aunque tenga un mal día? —Hizo una pausa—. No me gusta eso, yo no soy famosa y no quiero ser tratada como tal. ¿Tengo que ser una enchufada más?

Madelynn se encogió de hombros.

—Así son las cosas. O vas a la universidad o hablas con Blake y buscas algo que hacer.

—Yo quiero ser artista —declaró mi amiga—. Quiero estudiar Bellas Artes y quiero pintar. Quiero ver mis obras en una galería y quiero que paguen por ellas para poder seguir haciéndolas. ¿Entiendes? Y quiero conseguir eso por mis propios medios.

—¿Sin usar contactos? ¿Cuándo lo conseguirás? ¿Cuando tengas cincuenta años? —contestó Maddie—. Se realista, no te busques un trabajo que te arruine la vida. Busca algo mejor.

Aquello me pareció despreciable. ¿Cómo podía decirle que su sueño sería su ruina? ¡Cuán hipócrita sonaba de los labios de una cantante!

Laia y yo nos dedicamos una de esas miradas que dicen quiero luchar pero no sé dónde debo atacar primero. ¿Qué iba a hacer? Las cosas iban a ponerse más complicadas segundo a segundo. Pero yo estaba convencida de que al final saldrían bien, Laia estaba exagerando. La vida que Blake podía darle era mejor que la de una trabajadora de un restaurante de comida rápida, solo tenía que aprovechar la oportunidad.

—Tienes que soltarte con Wyatt —Madelynn cambió de tema al notar el malestar—. Sé que te gusta. ¡Ve por él!

Aquel comentario me pilló desprevenida pero disimulé fácilmente.

—Puede que sea una buena idea decirle que me gusta —contesté mordiéndome el labio—. Pero me da miedo que fastidie nuestra amistad.

Laia me miró, cómplice. Había captado que yo no quería que Maddie supiera nada.

—No hace falta que se lo digas, solo déjalo caer, discretamente —dijo la chica de cabellos rosados—. Provócale. Hasta que sea él quien se lance a ti loco perdido.

Madelynn aplaudió.

—¡Eso es retorcidamente bueno! —dijo la rubia.

—Mmm... es buena idea —dije, bajando la mirada. Iba a hacerme la inocente—. Pero no sé cómo hacerlo... es que me da cosa, ya sabéis.

«Y tanto que sabía cómo hacerlo, pero tenía mis motivos para evitarlo».

Madelynn me dio en el brazo.

—¡No seas tonta!

Laia agarró su móvil y se lo llevó a la oreja. La miré confusa y nos indicó que calláramos.

¿¡Qué iba a hacer?!

—Hola, Blake — dijo ella con una sonrisa tonta. Puse los ojos en blanco—. ¿Haces algo esta tarde?... mmm... ¡Sí!... ¿Y una cita doble con Wyatt y Ari?... pero no le digas a él que es una cita... Pues una salida de amigos —

dijo como si fuera algo obvio. Iba a matarla. ¡No podía hacerme estar a solas con él en una cita doble! ¡Se descubriría todo! ¡Además yo ya tenía planes con Wyatt por la tarde!— ¿Qué dices? —rio— Sí, claro... Bien... A las cuatro.... hasta luego... ¡No me llames pelirosa! ... ya... ¡adiós! Hasta luego... ¡te quiero!... No tú... Vale, pues cuelgo yo. Adiós —colgó. Madelynn estalló a risas.

La iba a matar.

—¿Le has colgado? —preguntó. Mientras tanto, mi mente se convirtió en un arrebato de nervios. Me estaba metiendo en un lío con toda esa conversación que tenían las chicas.

—Sí. Me ha dicho que cuelgue yo —contestó con tranquilidad.

—Oh, pobre Blake, ahí era cuando tenías que... —empezó Madelynn, pero Laia la cortó.

—¿Cuando tenía que hablar como una retrasada mental y pasarme media hora... Cuelga tú... no tú, no tú, no tú? ¡Anda ya! Me enferma tanta cursilería.

Reí más fuerte junto con Madelynn. Mi mejor amiga era así, terca y borde. Pero divertida. Siempre dijo que odiaba las cursilerías. No soportaba que un chico le viniera con poemas diciéndole cosas empalagosas, según ella, le parecía estresante.

—Bueno dejémonos de charlas y vamos a prepararnos, que a las cuatro vienen Blake y Wyatt —informó y se me abrieron los ojos.

—Genial... —sonreí intentando no parecer nerviosa frente a Madelynn. No quería que ella supiera nada porque no confiaba en ella.

—Sí, pero Blake le dirá a Wyatt que es una salida de amigos —dijo Laia.

—¿Salida de amigos? —dijo Madelynn que pensaba lo mismo que yo— ¿Con todos nosotros en pareja?

—Sí —Laia se encogió de hombros, sabía que ella pensaba que era una buena idea. Pero la conocía lo suficiente como para saber que se equivocaba — ¿Qué pasa?

—Nada, nada —contesté poco de acuerdo con su idea, iba a meterme en la boca del lobo.

Madelynn llamó a Caleb, y Laia avisó a Blake de que también vendrían. Estuvimos toda la mañana juntas y a pesar de que intenté hablar a solas con Laia, con Maddie de por medio me fue imposible.

Capítulo 15

Ariadna

—¿A dónde vamos? —pregunté a Wyatt cuando vino a recogerme. Laia iba con Blake y Madelynn con Caleb.

Me sonrió.

—A Blake y a mí se nos ocurrió que tal vez a ti y a Laia os gustaría subir al ojo de Londres. Tú llevas aquí meses y aún no has montado.

—¡Oh, sí! —exclamé emocionada—. Claro que quiero subir. ¡Y me he traído a Molly! —dije alzando la cámara en alto, él negó con la cabeza. «Haré unas fotos increíbles desde allí arriba».

—La gente normal no le pone nombre a su cámara de fotos.

—Yo no soy normal, cariño. Pero debo hacerlo, ahora que tengo dos —abrí la puerta del coche y le mandé un beso antes de entrar y cerrar la puerta, a lo que él rio negando con la cabeza.

Estaba entusiasmada. Me preguntaba cómo sería verlo todo desde allí arriba; debía ser impresionante tener la ciudad y el Támesis a tus pies.

Cuando llegamos, Blake y Laia ya se encontraban esperándonos, apoyados en un muro cerca de unas escaleras. Ambos mantenían la atención el uno en el otro con las manos entrelazadas mientras hablaban. Su relación había empezado con mucha rapidez y aunque a Laia le diera igual, algo me decía que se estaban precipitando. De todas maneras, sentí envidia al verlos y algo

en mí tuvo el valor para avanzar y entrelazar mi mano con la del rubio. Nunca pensé que sería yo quien mostrara nuestro afecto en público tan rápido. No puedo negar que temí que me rechazara al hacerlo, pero la sonrisa que me dedicó hizo que se me encendieran los colores mientras ese temor se desvanecía. Y me gustaba, así que pensé en tomarme más en serio los consejos de Laia y Madelynn y mostrarme algo más descarada, quizá realmente pudieran ayudarme a que se olvidara de Bethany. Y a pesar de que mantenerlo en secreto era mi primer plan y no pensaba confirmar la relación por el momento, me sentía increíblemente bien.

Llegamos con los otros dos y nos sentamos, cortándoles la magia. Blake nos fulminó con la mirada.

—¿Y Caleb y Madelynn? —Laia se separó de Blake y se encogió de hombros.

La mirada de Blake fue directa hacia nuestras manos entrelazadas y a nuestro alrededor creció una evidente incomodidad. Deshicimos el agarre.

—No sé, ahora llegarán —contestó Laia antes de que la voz de Madelynn hiciera que los cuatro nos giráramos.

—Hola —saludó ella llegando junto con Caleb a donde estábamos nosotros.

—Hola —saludamos todos a la vez, lo que provocó que nos miráramos antes de dejar estallar un cohete de risas.

—Eso es telepatía a un nivel extremo —dijo Blake. En ese momento se oyó un gran tumulto de gente que se acercaba, sobresaltándonos— ¡Oh no! ¡El apocalipsis zombi! ¡Laia, vienen a por mí! ¡Tranquila, sobreviviré! ¡Pero si no lo hago, quiero que sepas que te quiero! —exclamó Blake haciéndose el horrorizado. Ella le miró alzando las cejas.

—Cállate, pareces tonto —dije.

—Bueno chicos, poned buena cara y sonreíd —dijo Caleb—, cuatro fotos y luego subimos.

En cuestión de minutos nos vimos rodeados por una oleada de fans pidiendo fotos y algo de atención. Yo ya estaba más que acostumbrada a esto, dado que cada vez que salía con Wyatt o Charlie era lo mismo, pero Laia no, aquello era nuevo para ella. Me volví y vi a mi amiga algo intimidada agarrando con fuerza la mano de Blake y mirándome en busca de ayuda.

Laia tenía problemas de claustrofobia y no soportaba las multitudes.

Razón número uno por la que nunca iba a las Ramblas de Barcelona, y por la que nunca se compraría una entrada de concierto en pista.

Me separé de Wyatt y fui con ella para darle mi apoyo. No solo por su fobia, sino porque sabía lo asustada que podías llegar a sentirte.

—¿Blake, ella es tu novia?— preguntó una chica, él inmediatamente asintió.

La chica le dedicó una mala mirada a Laia, pero después sonrió falsamente y se hizo una foto con el chico.

—Gracias —me susurró mi amiga mientras la sacaba de allí. Nos pusimos a un lado.

—Tranquila, Lali —le dije. Ese era un mote cariñoso que prácticamente le decía sin pensar cuando quería consolarla.

—¿Ariadna? —dijo una voz a mi espalda, me volví para encontrarme con una chica de mi edad, de facciones suaves y ojos azules— ¿Te importaría hacerte una foto conmigo y con Wyatt? —fruncí el ceño, extrañada.

—¿Con Wyatt? —pregunté.

—Sí —respondió ella—. Es que me gusta mucho vuestro romance, sois muy monos. Tienes mucha suerte al tenerlo de novio —dijo ella y la miré.

—Él no es mi novio —aclaré y me miró sorprendida. No sabía que la gente pensaba que estaba con él.

—¿No? —dijo ella— ¡Qué pena! Deberías serlo. Él se muere por ti. Se ve a la legua.

Sonreí, algo incómoda. ¿Por qué mi plan de tener una relación secreta parecía tener lagunas por todas partes?

—Me alegro de eso —dije antes de que me agarrara de la mano y me llevara donde Wyatt hablaba con unas fans.

—Bueno, hagamos una foto —dijo ella y se acercó a mi oído—, prométeme que lo conquistarás, que estarás con él y lo harás feliz. Porque yo lo veo feliz cuando está contigo.

Me reí, pues no sabía qué decir a aquella petición tan incómoda.

Me acerqué a Wyatt y le cogí de la mano besando su mejilla. Miré a la chica con la que había hablado antes y le guiñé un ojo.

—Ven... mmm—no sabía su nombre.

—Tiffany —dijo ella y le sonreí.

—Ven, Tiffany.

Nos hicimos una foto con ella y al cabo de un rato, vimos como los demás se disculpaban y se iban hacia la cola del London Eye e hicimos lo mismo.

Cuando llegamos a subirnos en una de las cabinas ovaladas me quedé fascinada al ver lo diferentes que eran a como las imaginaba. No eran pequeñas, ni mucho menos. Eran bastante grandes, cabíamos los seis perfectamente. Caleb y Madelynn se sentaron en el banco que había en el centro, y yo junto con Wyatt me aferré a una de las barras de los cristales.

—No lo había imaginado así —admití al notarle a mi lado—. Es tan bonito... —la noria comenzaba a subir.

—Lo sé —contestó—. La primera vez que subí creí que podía sentirme como si fuera el dueño de la ciudad y estuviera vigilándola.

Le miré.

—¿El dueño?

—Suenas algo ególatra. Podría haberme sentido de mil maneras —dijo divertido—. Pero sí, me sentía como el dueño.

Me quedé callada por un pequeño espacio de tiempo, mirando en la lejanía los edificios, al agua del río que separaba la ciudad y todo lo que no se puede ver desde tierra. Me sentí atraída hacia ello.

—Yo me siento como si estuviera volando sobre ella y pudiera caer en picado en cualquier momento —confesé en un tono más serio.

Me dedicó una mirada más preocupada que compasiva, porque él sabía muy bien por qué me sentía así.

Cuando bajamos del ojo de Londres fuimos a por algo de comer, nos moríamos de hambre. Mi mente gritaba «comida, comida, comida.» Así que le pedí a Wyatt que me acompañara al Starbucks de la estación de Waterloo que estaba a escasos metros de allí.

—¿Qué tomarás? —preguntó el chico de cabellos castaños que me miraba sonriente desde el otro lado del mostrador.

—Un capuchino y un cruasán de almendras, por favor —pedí— Wyatt, ¿tú quieres algo?

—Un café solo largo, para llevar—contestó.

El chico asintió y volvió a mí.

—¿Cómo te llamas guapa? —dijo sonriéndome. Ignorando por completo

el hecho de que Wyatt estaba a mi lado mirándolo mal, enseguida me agarró de la mano.

—Ariadna —contesté y me guiño un ojo mientras escribía mi nombre— Toma, invita la casa —dijo él coquetamente, y me tendió un papel con un número— Llámame.

Le sonreí amablemente, me sonaba de algo. Como si lo hubiera visto antes y por eso me lo quedé mirando por unos minutos mientras preparaba el pedido, hasta que lo recordé.

—¡Jack! —exclamé al darme cuenta de que era el chico con el que había bailado la noche de la fiesta en casa de Blake. Aquel capullo que estuvo con otra a los cinco minutos. Wyatt también se dio cuenta de eso, solo había que mirar su expresión.

—El otro día desapareciste de golpe —dijo— Si estás disponible luego, podemos ir a dar una vuelta — sugirió, sin embargo, él había sido el capullo que se había olvidado de mí en cinco minutos para acabar besándose con aquella rubia.

Puso nuestras bebidas en la barra, ya estaban listas.

—No. Lo siento, está ocupada. ¿No lo ves, imbécil? —Wyatt se adelantó a mí antes de agarrarme de la mano y llevarme lejos de Jack que miraba confundido. Idiota.

—Wyatt, ¿se puede saber qué te pasa? Iba a mandarle yo a la mierda, ¿sabes? —pregunté divertida una vez estuvimos fuera. Los demás nos esperaban. Sabía que estaba molesto, sin embargo estaba disfrutando con la situación.

Se detuvo en las escaleras que nos sacaban del establecimiento, justo donde nadie nos veía.

—Nada —dijo suspirando antes de que por impulso yo le rodeara el cuello con mis brazos y lo acercara a mí.

—¿Y por qué te has puesto tan tenso? ¿Por qué eres así si sabes que lo nuestro es incierto? —susurré muy cerca de sus labios antes de notar como él se sentaba con nerviosismo— Wyatt, ¿qué quieres de nosotros? ¿De verdad no lo tienes claro?

Él me miró a los ojos y suspiró.

—Yo...

Wyatt

Estaba nervioso. No sabía qué responder.

—A mí no me pasa nada —mi ceño se frunció sin mi permiso—. Y sigo igual que en Glasgow.

—¿Seguro? —la seriedad de su mirada consiguió hacer que me cuestionara mis palabras.

¿Qué podía decirle? ¿Qué estaba enamorado hasta la médula de ella? No, definitivamente no.

¿Y por qué no?. Dijo una vocecita en mi mente.

Porque haré el ridículo, porque sigo con otra en la cabeza.

Nah. Respondió.

«Ella me considera su amigo. Y ya está, se quedará en eso porque además no quiero tener problemas con Charlie.» Me añadí a mí mismo.

Volví a mirar sus ojos marrones. Era tan guapa, tan adorable, tan divertida y la sentía tan cerca de mí emocionalmente.

Suspiré.

—En serio —dije. Asintió no muy convencida.

—Bien —ladeó la cabeza—. Como digas. —contestó antes de que sus labios atentaran contra la comisura de los míos. No me moví. Se separó y me sonrió coquetamente agarrándome de la mano para ir junto a los demás chicos. Dejándome totalmente atontado y confuso.

¿No iba a ser esto un secreto?

No dije nada, pero no pude evitar mirarla por el rabillo del ojo. Era increíble. Nos juntamos con los demás y pasamos la tarde dando vueltas por aquella zona de Londres, hasta que Blake propuso ir a casa a hacer una barbacoa. Todos aceptamos y llamó a Finn. Y yo llamé a Charlie, pero me dijo que no podía porque estaba con Teddy. Me decepcionó, ya que después de lo tensas que estaban las cosas, nada nos iría mejor que pasar un tiempo juntos sin trabajar.

—Charlie no vendrá —informé— Está ocupado con una chica.

—¡Aw, voy a tener sobrinos! —dijo Ariadna con diversión haciendo que los demás rieran.

—¡Qué exagerada! —dijo Caleb. Ella alzó los brazos en defensa propia.

—Bueno... Ahora no, pero puede que en unos años sí, ¿no? —contestó con los ojos brillantes.

Reí. ¿Charlie? ¿Hijos? ¿Qué cuento era ese y por qué me lo había perdido? Él odiaba los críos.

—¡Claro que sí! —se burló Caleb—. No te rías Wyatt, no voy a quitarle la ilusión a la chica.

—No se la quites —dije riendo.

—¡Caleb, desgraciado! —exclamó ella—. No me digas que sí como si fuera tonta.

Él rio y negó con la cabeza. Luego se alejó junto con Madelynn para ir al coche. Ariadna, con mi mano aún entre las suyas, hizo lo mismo mientras me sonría... ¿Seductora? No, no podía ser. Pestañeeé y volví a mirarla pero ella ya miraba el horizonte, sonriendo satisfecha. ¿Qué estaba intentando?

Miré el reloj que descansaba al lado de la mesita de noche. Eran las tres de la madrugada.

—Genial —murmuré.

No había podido dormir nada hasta el momento. La maldita de Ariadna no paraba de dar vueltas en mi cabeza. Y por mucho que intentara sacarla, mis pensamientos no dejaban de volver a ella una y otra vez.

Habíamos ido a cenar a casa de Caleb, y lo último que me esperaba era que ella escogiera un momento a solas para transformarlo en un pequeño episodio de besos necesitados y deseo cohibido. Aquello me tomó por sorpresa. En Glasgow no había habido lugar para la lujuria, y de repente, tras el coqueteo en Waterloo, hacía su aparición.

Me levanté y me fui a dar una ducha para despejarme. Usualmente funcionaba, pero aquella ya era la segunda vez que me duchaba aquella noche

y no había obtenido ningún resultado eficiente.

Simplemente no entendía. No la entendía. No entendía el porqué de ese comportamiento tan atrevido de repente. Tan inesperado pero a la vez tan agradable.

Me llevé la mano izquierda a la nuca, recordando cómo sus dedos se enredaban entre mi pelo mientras su lengua jugaba con la mía. Sonreí. En ese momento lo único que quería era tenerla a mi lado. ¿Pero por qué no lo hacía? Por miedo, por Beth y por Charlie.

¿Sería ella algo que nunca llegaría a tener? ¿Algo a lo que tenía que renunciar para siempre?

No. Una voz casi inaudible se abrió camino en mi mente.

No podía dejar que eso ocurriera. ¿Sería capaz de verla con algún otro chico? No, definitivamente no. Cada vez que la veía con otro me ponía rabioso sin razón alguna. Celos. Dios, eran celos. No quería aceptarlo, pero así era. Y no quería enamorarme hasta ese punto, no quería sentirme vulnerable de aquella manera y que lo único que me controlara fuera mi corazón. Sabía muy bien que ella no solo me gustaba, me estaba enamorando de mi amiga aun sabiendo que no era capaz de amarme a mí mismo.

La última vez le fastidié la vida a una chica. No quería volver a hacerlo. Sobre todo con alguien a quien ya se la había puesto patas arriba.

Salí de la ducha diez minutos más tarde, después de intentar mantener la mente en blanco durante todo el rato que estuve ahí dentro. Era imposible. Su voz, su sonrisa, su manera de mirarme, su manera de decir mi nombre. El cómo me abrazaba cuando veíamos películas de miedo y el cómo se refugiaba en mí. Cómo lloraba la noche en la que casi la violaron, como miraba confusa cuando no sabía inglés, haciéndome reír mientras intentaba chapurrear el idioma esperando comprensión.

Sonreí. No podía negar que me gustaba ser su punto de apoyo. Me gustaba que me llamara y dijera, «Wyatt ven, te necesito» y yo ir corriendo a donde ella me pidiera.

Recordaba la primera noche en Barcelona, cuando la encontramos Charlie y yo en aquel callejón con dos borrachos. Nunca me había sentido tan agitado en toda mi vida; aquella fue la noche en la que la atracción que sentía se hizo más intensa.

Suspiré y me puse unos bóxers, se me habían pegado las malas costumbres

de Blake y tenía la manía de andar ligero de ropa. Cogí la guitarra que descansaba en una esquina de mi cuarto y me senté en la cama.

Deslicé mis dedos sobre las cuerdas y comencé a tocar la dulce melodía que describía a la perfección como yo me sentía en aquel momento. Suspiré de nuevo, liberando mis sentimientos.

La canción inundaba la estancia y mis pensamientos. Aquella era la verdad, lo sabía todo de ella. En estos meses había acabado conociéndola por completo. Amándola entera. Pero, si me preguntaran mentiría. Siempre mentiría, porque tenía miedo a volver a fracasar en el amor y eso era algo que debía admitirme a mí mismo.

Sonreí como un tonto mientras mis dedos se movían por las cuerdas, recordando aquella vez que se quedó a dormir a mi casa, y me sorprendió cogiendo la guitarra y arrancándose a tocar. Recordaba haberme quedado embobado mirándola y que pensé: «¿Aún puede ser más perfecta?» mientras, el cabello caía en cascada por su espalda y sus ojos brillaron cuando entraron en contacto con los míos.

—Y mentiré cada vez que me pregunten si la amo...— terminé la canción.

Capítulo 16

Wyatt

—Chicos, estaremos en el aire en cinco minutos.

La voz externa hizo que me sobresaltara. Solté todos los bollos que tenía en las manos y me fui corriendo a la zona de maquillaje donde estaban los chicos acabando de prepararse, cosa que yo había hecho hacía un rato. Encontré a mi amigo pelirrojo sentado en un sofá y me miró antes de soltar una carcajada.

—¿Qué te has hecho en el pelo? —preguntó el castaño señalando mi cabeza.

Fruncí el ceño.

—¿Eh? ¿Yo? —murmuré confuso—. ¿Qué tengo? —llevé mis manos a mi pelo, pero no lo llegué a tocar ya que se escuchó un chillido a mis espaldas proveniente de la estilista.

—¡Wyatt James Harford! —exclamó. Me volví para encontrarla apuntándome con su cepillo redondo acusatoriamente— ¡Ven aquí!

Asentí antes de acercarme a ella, aún preguntándome qué era lo que tenía en la cabeza. Ella estaba acabando con Caleb y al igual que Finn, estalló en carcajadas burlonas.

—¿Qué te has hecho en la cabeza? —preguntó Caleb.

—¿Yo? —pregunté de vuelta frunciendo el ceño al ver como algo blanco yacía en mi cabello «¿Qué es eso?»— Nada.

La mujer se acercó a mí, me tocó el pelo.

—¿Por qué tienes azúcar en la cabeza? —preguntó no muy relajada y arrugando la frente—. Ahora no tengo tiempo de arreglarte el pelo. Ve al baño y sacúdete el pelo

«Oops, ¿cuándo he acabado yo con eso en la cabeza?».

Asentí sin rechistar y aún confuso caminé hacia el baño. Algún que otro bostezo se escapó de mis labios. Tenía tanto sueño que no sabía ni por dónde caminaba.

Encontré a Charlie en el baño, él frunció el ceño señalándome la cabeza del mismo modo que los demás habían hecho.

—¿Cómo has acabado con eso ahí? —preguntó divertido mientras yo me situaba delante del espejo.

Comencé a sacudirme el pelo antes de contestar. ¿Qué era lo que había hecho? Comencé a recordar todos los momentos en los que había estado cerca de algo que tuviera azúcar. El único había sido durante la comida, cuando había estado pensando en Ariadna. Bufé. «Soy tan idiota que seguro que me he manchado por estar en las nubes».

—Estaba distraído —contesté— y dormido.

—¿Qué pensabas? —preguntó con amabilidad.

«En tu hermana»

—En la entrevista —mentí— y en el tour.

Volví a sacudirme el cabello dándolo por terminado mientras Charlie asentía complacido con mi respuesta. «Menos mal». Ambos salimos del baño y la voz volvió a sonar indicando que teníamos que ir a plató. Nos dirigimos a la puerta por la que tendríamos que entrar cuando Amy Scott, la presentadora, nos introdujera. Me apoyé en la pared al lado de Blake, que esperaba nervios, repiqueteando con los dedos en la sien. Cogió aire y lo mantuvo en su boca haciendo que sus mejillas se hincharan, para luego dejarlo ir.

—¿Qué te pasa, Blake? — pregunté mientras él echaba la cabeza para atrás, pegándola a la pared.

Bufó de nuevo y me miró.

—Voy a hacer pública mi relación — informó.

Asentí con la cabeza. Sabía lo mucho que le desagradaba a Blake hablar de su vida privada en público. Nunca había confirmado ninguna de sus relaciones, pero si esta vez había decidido hacerlo, era especial. Entendía su ansiedad, no sabía cómo el mundo iba a reaccionar, más que nada por el hecho de que él nunca confirmaba nada, y si lo hacía, todos sabrían que esa vez iba en serio.

—Lo harás bien — lo intenté calmar —. Ya verás.

Volvió a bufar mientras escuchábamos como Amy introducía el programa de esa mañana.

—Es la primera vez que hago esto — murmuró agobiado —. Me da miedo que ella reciba mucho rechazo. No quiero que eso pase. O peor, que no lleguemos a nada y quede en ridículo.

—Lo harás bien y estoy seguro de que eso no pasará — dije de nuevo justo cuando la puerta se abrió para dejarnos pasar —. Siempre habrá alguna que otra que la odiará por celos, pero no tiene importancia.

Asintió.

Las luces nos iluminaron al mismo tiempo que los aplausos sonaban sin descanso durante un par de minutos. Y nosotros caminamos saludando hasta nuestros lugares asignados. Miré a Blake que sonreía falsamente, y le deseé suerte con la mirada. Él asintió y nos sentamos. La entrevista empezó, y con ella, una de mis pesadillas: Rumores sobre Ariadna.

Ariadna

Laia se sentó a mi lado en el sofá y me tendió un bol con cereales, y la leche era... ¿rosa pastel?

La miré horrorizada.

—¿Qué? —preguntó ella encogiéndose de hombros — Es Cola cao rosa, es increíblemente genial.

—¿Sabe a chocolate? — pregunté abriendo los ojos como platos y dando vueltas con la cuchara en el recipiente — ¿Chocolate rosa pastel?

—Mmm... puede — contestó sonriendo.

—Estás enferma —dije y me dedicó una sonrisa fingida.

—Anda calla, que voy a ver a mi novio — dijo ella subiendo el volumen de la televisión.

Estaban pasando en vivo la entrevista mañanera de los chicos en el programa de Amy Scott. Me acomodé en el sofá haciéndome una coleta alta.

—Wyatt, ¿qué hay con esta chica? La hermana de Charlie —dijo la presentadora del programa.

Al escuchar que me mencionaban me concentré en lo que pasaba en pantalla. La mujer estaba mirando a Wyatt, el cual se mostraba algo nervioso y vi la foto de nosotros dos fuera de la cafetería, justo detrás de los chicos en una pantalla enorme.

«Mierda, nos vieron».

—Nada. Es una buena amiga. — contestó Wyatt. Y sus palabras se me clavaron como cuchillos. "Una buena amiga".

—Más te vale que sea solo eso — el comentario de Charlie hizo que todos rieran.

—Charlie no va a dar la bendición a la pareja —añadió Finn.

—No, en serio, solo es mi amiga —insistió el rubio—. Es casi como una hermana.

—Si sigue diciendo que soy su amiga me tiraré por la ventana — dije y Laia me abrazó haciendo una mueca—. O peor, ¡su hermana!

—Tranquila. No soy la única que ve que hay algo más aunque no suceda nada — dijo ella guiñándome un ojo

—No sé si eso me consuela. En cierto modo, ahora mismo estoy hecha un embrollo. Sé lo que siente por mí pero escucharle decir eso en la tele es muy incómodo.

Ella rio.

—No le des tanta importancia —dijo antes de sobresaltarse— Dios mío no podían haber puesto peor foto.

Reí cuando una foto de ella adornó la pantalla. En aquel momento me di cuenta de que ni siquiera habían dedicado mucho tiempo a hablar del tour, enseguida habían empezado a sacar rumores. Me pareció despreciable. Estaban allí por su música, no por su vida personal.

—Bueno Blake... ¿algo que tengas que decir de esta chica? — dijo Amy y

Laia saltó en su asiento, no sin antes dejar su taza rosa en la mesa frente al sofá.

—Sí, es mi novia. Se llama Laia— Blake sonrió y en ese momento lo enfocaron en primer plano. Escuché la risita tonta de mi amiga.

—Aw, qué nombre más bonito — dijo la presentadora con una sonrisa — ¿Finalmente el galán de Blue está cogido?

—¡Si está cogido, putas! — exclamó mi amiga con entusiasmo y yo reí negando con la cabeza.

—Así es —dijo él y miró a la cámara— Lo siento chicas.

Laia sonrió y se puso de pie en el sofá pensativa.

—Después de todas esas charlas de amor por él, de todos los pósters, de todos los tweets que no respondía, después de dejarte el dinero en sus canciones. Es tu novio. Felicidades amiga — le dije y ella rio tontamente.

—Me siento como la chica más afortunada del mundo, ¿pero sabes por qué? Porque ahora que le conozco de verdad, siento que estamos hechos el uno para el otro — dijo—. Ya no le veo como el cantante de Blue, sino como Blake, el chico escocés que es un desastre en el romanticismo, adora reírse de mí con sus bromas y aunque es un cerdo y un orgulloso, también es tierno y sabe cómo hacerme sentir bien.

—¿Cerdo?

—Si, es un desordenado —se rio—. ¿No estarías pensando en otra cosa, no?

Me reí. De hecho, sí que lo estaba pensando.

—Me alegro mucho por ti — contesté y volví mi atención a la entrevista.

Los chicos hablaron de la gira mundial que empezaría exactamente en un mes. De la cual, curiosamente, Charlie no me había hablado. ¿Tendría pensado dejarme aquí sola en Londres? No, no creo.

Mientras Laia miraba la entrevista, comencé a preparar una entrega de fotos para el mánager de Maddie. Me había enviada un email hacia unas horas diciéndome que quería ver mi trabajo. Así que seleccione y envié.

La entrevista terminó y Laia se retiró para llamar a sus padres. A mí se me ocurrió buscar una escuela de fotografía en la que pudieran mejorar. Fue una idea repentina, pero me pareció interesante.

Charlie llegó junto a Blake sobre el mediodía, y enseguida sentí la

necesidad de explicarle mi nuevo plan; probar con la escuela fotografía.

Sin embargo, una llamada me interrumpió. Era el manager de Maddie.

—¿Diga?

—¡Bravo! —su exclamación me confundió— Esta vez sí que has hecho un buen trabajo.

—Vaya... gracias.

—Aunque hay alguna porquería entre todo lo que me has pasado. Recuerda que lo importante es que Maddie esté preciosa.

«Y mi calidad fotográfica se basa en que ella esté guapa».

Me molestó, pero no me quejé. Con él no valía la pena.

—Uhm... vale —contesté con poca simpatía.

—Por cierto, Maddie va a ir a Estados Unidos el jueves, ¿vendrías también?

Sabía perfectamente que eso no era una pregunta. Y en cierto modo no me molestó, es más, provocó que me invadiera la euforia como si se tratara de una repentina ráfaga de viento.

—Claro que sí... Iré con ella. —contesté, lo más calmada posible ¡Estados Unidos! No podía creerlo.

—Perfecto. Te enviaré los billetes de avión por email.

Me mordí el labio, impaciente.

—¡Gracias! —exclamé, y antes de que pudiera añadir algo más, me colgó. Al parecer tenía una vida muy ocupada.

—Dios mío —susurré antes de correr hacia el comedor— ¡Dios mío! ¡No me lo creo! ¡No me lo creo!

Blake, Laia y Charlie me miraron extrañados.

—¿Sucede algo? —preguntó mi hermano.

—¡Me voy a Estados Unidos! ¡A Estados Unidos! ¡La madre que me... Dios! —no podía de la excitación.

Me miraron con expresión de asombro.

—¿Cuando? —preguntó Laia.

—El jueves —me uní a ellos en la mesa y comenzamos a comer. Todos en silencio, como si aquel repentino viaje fuera más una desgracia que una alegría.

Charlie no parecía muy contento con la noticia. Y de eso me habló al

terminar de comer:

—Ariadna —me llamó mientras recogíamos la mesa— Ven un momento, por favor —dijo y los dos salimos del comedor.

Una vez en su cuarto, nos sentamos en la cama.

—¿Qué quieres, hermanito? —le pregunté, temiendo que me fuera a hablar de las fotos con Wyatt. Pero, por suerte, no lo hizo.

—El mes que viene iremos de gira. Y no quería dejarte aquí sola... pero con tu trabajo con Maddie no sé cómo arreglar las cosas.

—¿Y eso que quiere decir?

—Que me gustaría que vinieras conmigo. No me fío de dejarte sola en Londres, siempre te metes en líos y no tengo ganas de que acabes desaparecida. Pero eso quería que dejaras el trabajo con Maddie y sabía que quizás no te iba a gustar la idea.

—No va a pasar nada Charlie, si yo soy buena —intenté tranquilizarle—. Pero no puedes pedirme que deje a Maddie, es la oportunidad de mi vida.

—No lo creo —hizo una pausa—. Esa chica te está utilizando y después le dará tus fotos a un diseñador que hará con ellas a saber qué. ¿De verdad crees que dejarán que una inexperta haga un trabajo tan importante? Te está engañando y esas fotos las usará para otras cosas.

Me separé.

—¿Bromeas? ¿Qué cosas?

—Redes sociales, por ejemplo. ¿No te has dado cuenta de que solo sube fotos tuyas?

—No creo que sea por eso...

—Te está engañando. Por mucho que te pague y use tus fotografías, no te está diciendo la verdad.

No quería creerle.

—Lo dices para que vaya contigo de gira. Pero yo voy a ir a Estados Unidos con ella.

—Te estás equivocando.

—¡No! ¡Eres tú, que quieres tenerme controlada!

Alzó una ceja.

—¿En serio? —preguntó con sorna—. Si vas a tú aire y haces lo que te da la gana. Tu único problema es que no quieres aceptar que te están tomando el

pelo. Y que no estás involucrada en ningún álbum. ¡Solo le haces fotos para Instagram!

Sentí ganas de llorar de impotencia.

—¡No es verdad! ¡Te lo demostraré!

Hizo una pequeña pausa, como si estuviera buscando paciencia.

—Eres muy inocente, Ariadna. Muchísimo —lo dijo como si fuera una simple observación. Y después cambió de tema con un bufido— Y otra cosa. Esta noche, vendrá alguien a cenar. Quiero que te comportes, te vistas bien y sonrías.

No estaba para peticiones en ese momento.

—¿Me vas a hacer derrochar simpatía a lo tonto?

—No es a lo tonto, es muy importante para mí.

—¡Vas a traer a una chica!

—Sí...—afirmó nervioso— Se llama Teddy, y me gusta mucho. Así que no la espantes —me pidió.

Sonreí maléficamente, solo para molestarle. Aquella declaración había sido pasarse de la raya, sobre todo después de decir que mi trabajo no era lo suficientemente bueno para un álbum.

—¿Espantarla de la misma manera que haces tú con mis chicos? —Intenté que la pregunta sonara sarcástica— ¿O con mi vida profesional quizás?

Puso los ojos en blanco.

—Sí, exactamente eso es lo que no quiero que hagas — «¡Pero qué cara tiene!»— Y si vas a hacerlo quizás será mejor que llames a tu amiguito Wyatt y que te lleve de paseo.

—¿Qué? ¡Pero de qué vas, Charlie! ¿Quién te crees que eres? ¿Y porque tú puedes espantar a mis chicos y yo no puedo espantar a tu amorcito? ¿Eh? — simplemente no era justo y no podía juzgarme por mantener un tono molesto en mi voz.

Suspiró, mirándome fijamente.

—¿Por qué tengo que largarme de casa?— pregunté.

—Es diferente —contestó—. Muy diferente. —repitió la palabra como si así le diera más énfasis, como si tuviera que creerle.

—No, no lo es. ¿Y qué tiene que ver Wyatt en esto!

—Sí, lo es —ignoró mi pregunta.

—No.

—Sí.

—Déjalo Ariadna, no quiero discutir ahora.

—¡Pues yo sí quiero discutirlo! ¡No voy a permitir que me digas que se aprovechan de mí y que me vaya de casa si no hago lo que tú quieres!

—¡Es mi casa!

—¡Tú me fuiste a buscar, no puedes hacerme esto! ¡Eres todo lo que tengo, Charlie! ¿es que eres idiota y no te das cuenta?

Se quedó callado por unos instantes, mirándome fijamente a los ojos. Después se mordió el labio con angustia y suspiró.

—Lo siento... —sonó el timbre— No es momento de hablar. Además están Blake y Laia en casa y no quiero que nos vean discutir.

—¿Qué más da que estén? ¡Ellos no escucharán nada! Seguro que están haciendo manitas. ¡No inventes excusas! —estaba dispuesta a seguir la disputa por un largo rato, sin embargo tocaron al timbre de nuevo. Bufé— Ahora te libras porque están tocando al timbre. La próxima vez tendremos una charla. Eso tenlo por seguro, Charlie.

—Está bien... está bien —susurró algo rendido. ¡Pero qué se había creído!

Salí del cuarto dando un portazo y fui a abrir la puerta. Charlie a veces conseguía sacar lo peor de mí con sus tonterías.

—¡Hola, princesa! —su voz hizo que mi mal humor desapareciera de inmediato.

Wyatt... Sonreí.

—¡Hola, rubio! —exclamé con una sonrisa antes de abrazarlo y besar su mejilla. Él me abrazó y sonrió como respuesta.

—Qué cariñosa estás hoy —dijo hundiendo la cabeza en mi cuello. Puse los ojos en blanco.

—No te emociones —dije separándome de él para mirarle a los ojos. Podían pillarnos.

—Muy mal —se las apañó para robarme un beso corto.

Reí.

Su mirada se quedó enganchada en la mía y sentí que todo a nuestro alrededor se detenía. Incluso yo misma me convertí en una estatua. Y de

nuevo, capturé el momento como si mi memoria fuera una cámara fotográfica. Otro instante más para mi baúl de los recuerdos, uno en el que sentí que quizás había algo más de mí en el corazón de Wyatt y un poco menos de Bethany en su memoria.

—Bueno, ¿a qué has venido? —le pregunté curiosa.

Yo no le había llamado, pero tenía pensado hacerlo.

—Estaba en mi casa y compuse algo —hizo una pausa—. Y me preguntaba si querrías venir a mi casa a que te lo enseñara.

Me sorprendió que se hubiera tomado la molestia de venir a buscarme expresamente, en lugar de enviar un mensaje.

—¡Sí! —contesté entusiasmada—. Espera a que me ponga los zapatos y vamos — le dije invitándolo a entrar y cogiéndole de la mano. Él se ruborizó un poco y sonreí.

«Que monada de chico. Me encanta, me encanta, me encanta».

Fuimos de la mano hasta mi cuarto, topándonos con la mirada no muy satisfecha de mi hermano. «Ya puede irse a la mierda», pensé. Nuestra discusión duraría horas, que perderíamos intentando demostrar cuál de los dos era mejor que el otro. En mi cuarto, cogí las Converse rojas y Wyatt se sentó en mi cama mientras yo me ponía los zapatos. Sentí sus ojos en mí.

—¿Qué miras tanto? — le pregunté. El chico negó con la cabeza.

—Nada.

Cogí a Molly y Wyatt me siguió fuera de la casa. Una vez en el coche, Wyatt me miró y rió sin razón alguna.

—¿De qué te ríes? — le pregunté divertida a la vez que me abrochaba el cinturón de seguridad.

—¿Llevas esa cámara a todos lados? —preguntó—. Apuesto a que duermes con ella también.

—No — fingí seriedad— Bueno... alguna vez sí.

Soltó una carcajada.

—¡No te creo!

—Pero fue porque no quería dormir sola — me justifiqué, dejándome en ridículo al mismo tiempo.

—Princesa, eres una persona muy rara.

—Pues anda que tú.

Cuando llegamos a su casa fuimos directos al comedor, donde el chico tenía una de sus guitarras tirada encima del sofá.

—Voy a buscar una guitarra para ti —me informó—, Ahora vengo.

El chico se perdió por algún pasillo y yo me senté en el sofá. Entonces vi un papel encima de la guitarra, lo tomé y leí.

Buscaré una manera de hablarle al viento, para decirle que sacuda un rincón de tu memoria,

Y buscaré la manera de que tus labios besen como poesías y los míos entiendan sus mensajes.

Quizás así, quizás después,

dejemos de jugar a escondernos

*Pero hasta entonces voy a seguir memorizando
la manera en la que me he enamorado de ti.*

Lo sostuve entre mis manos temblorosas, analizando las palabras escritas a bolígrafo azul en aquel papel sin pautas. ¿Estaría pensando en alguien cuando lo compuso? Una llama de esperanza creció en mi interior de nuevo. Esa que cada día iba aumentando en intensidad, esa que aunque a veces se apagaba, luego resurgía mucho más ardiente. Quería creer que había pensado en mí, pero... no podía quitarme esa voz negativa de la cabeza que me decía que estaba teniendo una fantasía mental. Y aquello llegó a doler.

Wyatt llegó con otra guitarra y me la tendió después de que dejara el papel; no notó mi nerviosismo y lo agradecí. Se sentó a mi lado, mirándome. Yo bajé la cabeza y me centré en mi guitarra antes de buscar el papel de nuevo.

—¿Lo has leído? —preguntó el chico.

—Sí, es precioso Wyatt —hizo una mueca.

—A ver, no es gran cosa, lo sé. No soy un gran compositor, la letra creo que es buena — torció una sonrisa — pero no del todo ¿sabes? No estoy seguro de si con el ritmo de la guitarra queda del todo bien. Pero es de las mejores que he compuesto — me miró a los ojos y le sonreí.

—Apuesto a que es genial — puso los ojos en blanco y suspiró.

—No sé si hacerla un poco más lenta... bueno... a lo balada.

—Enséñame. Insisto en que debe ser genial.

—Bueno, ahora lo verás — dijo. Y comenzó a tocar la melodía de la canción —. Ahora, para la señorita, tocaré mi canción: Memorizando.

Me sonrió y me pasó otro papel en el que había más letra. Lo miré y de un momento a otro el chico dejó que la dulce melodía se deslizara por su paladar.

Cerré los ojos al principio, dejándome llevar por la voz de Wyatt y después sentí la necesidad de unirme a su canto. Abrí los ojos y comencé a cantar, leyendo la letra del papel. Así, uniéndome a su melodía. Normalmente yo no cantaba. Nunca. Laia decía que tenía una buena voz, pero nunca lo había creído, sin embargo, aquella vez no me importó lo mal que pudiera cantar.

Wyatt me sonrió y los ojos le brillaron de entusiasmo cuando nuestras voces se juntaron. Cantamos juntos como si nadie más estuviera en aquel lugar, como si solo existiéramos él, y yo. Y nadie más. ¿Sabéis el típico sentimiento de magia del que se habla en los libros? Eso sentí, él y yo. Juntando nuestras voces de una manera melodiosa. Cayendo en picado el uno con el otro sin siquiera darnos cuenta, porque su voz me hipnotizaba. Sus ojos me perdían, y solo quería decirle que creía que lo amaba, pero esas palabras no salían de mi boca. Mis labios no se movían para eso. Sin embargo aquella canción era una forma de decirlo todo: «Pero hasta entonces voy a seguir memorizando la manera en la que me he enamorado de ti».

Y con la letra de su propia canción le dije que me había enamorado de él.

Wyatt me miró cuando la canción acabó y nuestros ojos gritaron las palabras que ninguno de los dos acertaba a pronunciar.

—Es preciosa, Wyatt —le dije a la vez que se acercaba a mi lentamente.

Mi pulso se aceleró. Estaba nerviosa.

—Gracias. —dijo y se acercó aún más, dejando que la distancia entre nuestros labios fuera casi nula.

«¿Va a besarme?» Pensé cuando su mano buscó la mía.

—Tienes una voz impresionante, Ariadna —dijo y suspiré a la vez que sonreía cuando los colores empezaban a manifestarse en mi rostro.

—Gra...gracias —murmuré nerviosa.

Se acercó más aún, tentativamente. Nuestros labios estaban casi juntos y mi mente se encontraba totalmente nublada. ¿Estoy soñando? Me pregunté

justo antes de que los labios de Wyatt rozaran los míos. Casi di un respingo, pero no importó porque el tiempo dejó de ser tiempo cuando me besó.

Alcé la mano derecha que pedía un lugar en su mejilla. Su mano se apoyó en mi cintura y todo lo demás se resume en dulzura.

Aquello era lo que llevaba esperando desde lo que parecía una eternidad. Aún sin saber de él, aún sin saber de esto.

Wyatt

«Esto está mal»

Me daba exactamente igual que estuviera mal. ¿Por qué tendría que importarme Charlie en ese momento? ¿Porque tenía que importarme el hecho de que él no quisiera que me acercara de esta manera a su hermana? Yo sentía cosas por ella, ¿acaso no había suficiente con eso?

Hasta yo mismo sabía que no era suficiente, y que Charlie era solo una excusa para no enfrentarme al fantasma de Bethany.

Me faltaba el aire, pero no quería soltarla; llevábamos más tiempo besándonos de lo que tenía planeado. Me había dejado llevar, pues no quería que todo cambiara para siempre. Pero a veces tienes que aceptar que algunos segundos de tu vida cambiarán de alguna manera los siguientes. Es un constante cambio que te lleva por un camino u otro dependiendo del segundo en el que lo tomes.

Le rodeé la cintura con mis manos y la pegué más a mí, pero enseguida ella reaccionó separándose unos milímetros. Así que tome aire, y me preparé para dejarla ir y atenerme a las consecuencias del beso.

Sin embargo, ella fue en busca de otro.

No puedo seguir con esto, pensé.

Sabía que si seguía, no iba a poder parar. Y que si no paraba, no iba a poder resistirme a ella. Iba a decirle todo lo que sentía y tirar todos mis esfuerzos por la borda, incluido Blue. Eso temía, que Blue se rompiera, que su corazón también lo hiciera si esto iba a más. Yo seguía enamorado del recuerdo de Bethany, y me era imposible amar a Ariadna de la misma manera.

No quería seguir jugando con ella, porque a pesar de que estuviera dispuesta a ayudarme, yo no lo estaba. Podría perderla.

Lentamente, me separé con cuidado intentando arreglar mi nerviosismo, y ella me miró confusa y aturdida al mismo tiempo. Sus ojos reflejaron la desilusión que tanto deseaba evitar.

—Esto...— murmuré — Yo... Tenemos que hablar de algo —ella enseguida notó que algo iba mal.

—¿Qué pasa? —preguntó, tensándose, poniéndose a la defensiva.

—No estoy preparado para volver a enamorarme —dijo—. Lo siento, Ariadna. Pero no puedo dejar que nos demos una oportunidad, será mejor que olvidemos lo que ha pasado.

—¿Por qué?

—No puedo, no estoy preparado.

—¿Y yo? ¿Qué hago yo con todo lo que ha pasado? ¿Y con lo que siento? —supe que lloraría— Dime, ¿qué hago, Wyatt?

—Lo siento, Ari. Pero esto no es tu culpa, es mía.

—Es por Bethany —declaró— ¿Tanto la quieres?

—Pensaba que la había olvidado... pero no puedo engañarme a mí mismo, ni a ti.

—Y yo pensaba que eras mejor, pero mira, no lo eres. Eres un cobarde que vive en el pasado. Esa chica se va a casar.

Negó con la cabeza y bajó el rostro, pero el intento de ocultar la lágrima que caía por su mejilla resultó fallido.

—Ari... te quiero demasiado como para perderte por esto. Eres mi mejor amiga y no quiero cagarla de nuevo, sobre todo porque no puedo quererte como la quise a ella.

—Tú no me quieres y tenías planeado esto. ¿Esta canción es para ella?

No contesté. Sí, era para Bethany.

—Me has dejado hacerme ilusiones porque sabías que iba a luchar por ti. Pero el que se queda solo eres tú. —murmuró, y no pude negarlo por mi propio bien. No supe qué contestar, pero ella siguió hablando — ¿Por qué me has besado? Ahora me dirás que esto es un error que no volverá a suceder porque te estás arrepintiendo de lo que pasa entre nosotros. Pero yo no quiero que lo digas. Porque yo...yo... — hizo una pausa conteniendo el aire. Yo no

sabía que decir, una clara muestra de mi idiotez— Mejor me voy. Pero ni se te ocurra volver a hablarme.

Y se levantó haciendo que mi corazón se partiera en miles y miles de pedazos. No quería dejarla ir, pero era lo que debía hacer. Me quedé quieto, inmóvil, mirándola ponerse la chaqueta y limpiarse las lágrimas. La iba a dejar ir sin siquiera darme una oportunidad, ni a mí ni a ella. ¿Podía ser más triste esto? ¿Yo podía ser más idiota?

—Te llevo — me levanté.

—No — respondió secamente, sin mirarme —. Voy en taxi.

No rechisté.

Ella se fue sin volver a decir palabra alguna y yo lo único que pude soltar fue un «lo siento» justo cuando escuché la puerta de la calle cerrarse.

—Soy idiota —La había perdido.

Capítulo 17

Ariadna

Cuando salí de casa de Wyatt estaba lloviendo; ninguna novedad en el clima londinense por lo que no me di el placer de pensar que el tiempo se unía a mis lágrimas.

«Wyatt eres un imbécil».

Me sentía dolida, traicionada, y mucho más imbécil de lo que Wyatt era. ¿Cómo siquiera había podido llegar a pensar que me daría una oportunidad? Debí haberlo supuesto; yo no era la fantástica de Bethany, y nunca lo sería. Si era a ella a quien quería, genial, que siguiera suspirando por alguien que se iba a casar con otro y que no veía desde hacía años.

Quizás era mejor así. No por él, tampoco por mis sentimientos, sino por mí misma.

Pasaron tres días en los que ni siquiera quería salir de mi cuarto, muy a pesar, tuve que hacerlo ya que Maddie me llevaba de un lugar a otro. En cierto modo aquello me ayudó a escapar de Charlie y sus preguntas, y sobretodo de Wyatt. Pensé en muchas cosas en esos tres días, justo antes de coger un vuelo a Nueva York y por un tiempo olvidarme de todo lo que había sido mi vida, tanto en Londres como en Barcelona. Parecía que se me daba bien huir; siempre encontraba un bote salvavidas al que subirme cuando las

cosas se complicaban. Y solo podía darle las gracias a la suerte por eso, podía ser una de las pocas cosas positivas en mi vida por aquel entonces, puesto que también me di cuenta de lo sola que estaba.

No tenía a nadie y lo peor de todo era que no encontraba el momento en el que comencé a fastidiar todo lo que se acercaba a mí.

Extrañaba tanto a mi familia; tenía tantas ganas de abrazar a mi madre y tanto orgullo al que vencer. Que creí que si la visualizaba frente a mí saldría corriendo a sus brazos.

—¿Ariadna? ¿Me escuchas? —preguntó la estilista de Maddie, Wendy.

Me había vuelto a quedar en las nubes. Solía pasarme a menudo, y siempre acababa pensando en lo mismo. Esta vez me había apoyado en la pared con la cámara entre las manos.

—Sí, perdona. Dime —me acerqué a ella.

—¿Me dejarías cortarte el pelo? —propuso y aquello me pilló totalmente por sorpresa.

—¿Qué? ¿A mí?

Sonrió. A decir verdad, era una chica muy simpática, un tanto callada, pero tranquila y amable. Todo lo contrario al manager.

—Sí, claro. Tu pelo está pidiendo a gritos un cambio de look y mientras Maddie siga en la entrevista no tenemos nada que hacer.

Sonreí.

—Sí no te importa... —la verdad era que me apetecía un cambio.

—Será un placer. —contestó, girando la silla para que me sentara. Así hice.

Aquel gesto de amabilidad me sobrecogió y sentí un cosquilleo invadirme cuando comenzó a peinar mis largos cabellos.

—Puedes cortar pero no más allá de los hombros —declaré.

—Me parece perfecto.

Observé en silencio como se deshacía de mis cabellos largos y os transformaban una adorable media melena ondulada. Poco a poco, los mechones de cabello iban cayendo al suelo junto con todo lo que quedaba de la vieja Ariadna en mí.

Nunca sabré si es posible ser el que eras una vez has matado a tu antiguo yo, pensé.

Había dejado a la soñadora de Ariadna en Barcelona, guardado sus ilusiones bajo mi cama de Londres y enterrado su inocencia bajo las calles de Glasgow. Quizás ya no quedaba nada de la chica indecisa que no sabía más que seguir nadando sobre las olas; en aquel instante sentí que estaba decidida a luchar por ser quien había descubierto que quería ser; una fotógrafa competente, una mujer independiente y alguien lo suficiente fuerte como para no necesitar a nadie en el que apoyarse. Iba a ser mi propio pilar.

Ahora lo sabía, mirando al espejo a esa nueva chica de cabellos por los hombros que sonrió ligeramente antes de despeinarse.

Ariadna renacería en Nueva York.

El Upper East Side me pareció el lugar más presuntuoso que jamás había visto, también, el más lujoso, con una pizca que cotidianidad casi surreal. No podía ni contar a cuántos niños pijos había visto esa tarde, y Maddie se camuflaba entre ellos, recorría las calles de Manhattan con unas gafas de sol y una peluca pelirroja. Tenía ganas de jugar al escondite entre la multitud, y por supuesto yo iba detrás fotografiándola desde una cierta distancia, lo suficiente para sentirme una auténtica paparazzi.

Ella era muy consciente de que la seguía, y también de que no sería la única que lo hiciera esa tarde. Sin embargo formaba parte del plan; iba a tener una cita y yo iba a hacerle fotos que como no, serían para el nuevo álbum. En realidad me preguntaba cómo haría la selección, ya que sin exagerar, había tomado mas de dos mil fotografías.

La chica se escurrió hasta Central Park. Iba embutida en unos tejanos ajustados, un suéter blanco y una gabardina roja. Sus cabellos, por los hombros estaban sueltos y sus labios iban a conjunto con su abrigo y cabellos.

Había quedado con Harry, con quien iba a hablar de las nuevas canciones –otra vez–. No me lo creía en absoluto, sabía muy bien que detrás de esos encuentros no habían más que besos y posiblemente sexo.

Se sentaron en un banco y compartieron unos cafés para llevar que traía el chico.

“No me puedo creer que le esté haciendo esto a Caleb”, le envié a Laia la fotografía.

Guardé el teléfono y seguí con mi trabajo. Harry y Maddie se separaron y siguieron su charla cuando él sacó una libreta y comenzó a enseñarle cosas. El chico la miraba con ojos brillantes y fue entonces cuando me di cuenta de que él se estaba enamorando, a pesar de que en el fondo, supiera que ella estaba con otro.

Seguí haciendo mis fotografías, hasta que Maddie miró en mi dirección y me hizo una señal para que parara, justo cuando los besos comenzaron a ser más intensos.

«Menos mal», pensé «Si tengo que seguir viendo esto acabaré con una ulcera».

Me alejé de ellos y paseé por el parque; necesitaba un poco de tranquilidad y paz para mí misma. Me perdí entre los árboles, entre las hojas y entre la gente que paseaba a mi lado. Saqué mi lado más artístico, y jugué a hacer fotografías a mi antojo; por fin un momento de creatividad personal. Hacía mucho que no fotografiaba lo que yo quería, desde...

—La noche en casa de Wyatt después de las compras... —susurré para mí misma— Olvídalo, Ariadna, olvídalo.

Una pequeña parte de mí sentía que se había rendido demasiado pronto.

—¿Por qué has quedado otra vez con él? —le pregunté a Maddie una vez estábamos solas en su habitación de hotel.

La chica suspiró

—Por que es un iluso. Y porque me está escribiendo un álbum entero.

—Pero le darás credito, a él le interesa.

Soltó una carcajada.

—¿Credito? Ya le gustaría. Es un don nadie y como sé que seguirá escondiéndose bajo los éxitos de los demás... no, no va a tener más que una cuenta bancaria llena y muchos sueños.

—O sea que te estás aprovechando de él. —le dije, prácticamente incrédula— ¿Y de mí? ¿También te aprovechas de mí?

—No seas tonta —dijo, tornándose seria—. Tú eres mi amiga. Harry es... un imbécil que lo único que quiere es colarse entre mis bragas.

—Pero tú le estás dando lo mismo que él te da. Sois iguales.

—No somos iguales. Yo tengo objetivos, él tiene canciones cursis y un poco de complejo Ed Sheeran.

—No me gusta esto, Maddie —suspiré, rendida. Su actitud me agotaba.

—Tienes que entenderme, soy malísima componiendo pero tengo una buena voz. Me encanta cantar, he nacido para eso... pero para crear —suspiró frustrada—, no fui dotada de esa facultad. Y me siento muy frustrada por eso, porque he intentado componer mil veces pero todo lo que hago es mierda.

Me senté a su lado.

—Te entiendo Maddie, de verdad. Pero no creo que la solución sea enamorar a un chico. El remedio no es aprovecharse de una persona.

—Ya... ya lo sé. Pero es que lo que compone es mil veces mejor desde que tenemos esta aventura.

—¡Por que se está enamorando de ti! Está componiendo de corazón, ¿no lo ves?

—Yo no le quiero, Ariadna —confesó y por su tono supe que era cierto—. Y él sabe muy bien que mi corazón siempre ha pertenecido a otro. Si se enamora es su problema.

—¿Y no te sientes mal?

Se tumbó en la cama echándose hacia atrás.

—No... bueno, sí. Quizás un poco. ¿Pero qué quieres que haga?

—Terminar con esto.

Suspiró.

—No puedo.

—¿Y por qué no?

—No soy buena dando calabazas. Y... no voy a arruinar mi álbum. Yo soy profesional.

Rodé los ojos.

—Pues deberías hacerlo... —suspiré y fui a coger mi móvil. Me quedé de piedra al desbloquear la pantalla. No le había enviado la fotografía a Laia, sino a un grupo en el que estaban todos los chicos de Blue además de mi amiga. —Mierda.

Susurré para mi misma. Maddie me iba a matar.

La miré y ella agarró también su teléfono, quizás por imitar mi acto.

—Veinte llamadas perdidas de Caleb —dijo y se rió—. ¿Qué le pasa a este chico?

Me tiré a la piscina.

—Puede que le haya enviado sin querer una foto tuya con Harry.

Maddie se levantó de golpe.

—¿QUÉ?! ¿CÓMO HAS PODIDO HACER ESO, ARIADNA?!

—¿No tenías una relación abierta?

—¡No! ¡Mentí en eso! ¡Pero te dije que no dijeras nada!

Me mordí el labio.

—Lo siento, lo siento. Fue sin querer, de verdad.

Se quedó pensativa unos minutos.

—Bien, ya está. ¡Ya has conseguido que tenga que librarme de Harry! — me señaló con el teléfono— Pero tú me has metido en este lío, así que tú me vas a sacar.

—¿Yo? ¿Y qué puedo hacer yo?! He cometido un error, sí, es cierto, pero yo no he tenido una aventura con nadie.

—Pues ahora la vas a tener con Harry.

—¿Qué?! ¡NI HABLAR!

—Me vendrá bien un romance en el staff.

—Estás loca.

—¡Tú has enviado esa foto! ¡Ahora tengo que salvar mi relación y librarme de un compositor cursi! ¡Soluciona tú lo último!

—Ese es tu problema, ¡yo no quiero nada con él!

—No me mientas. Estuviste a punto de comenzar algo con él hace un tiempo, pues ¡va! Ve a su habitación, pídele que te enseñe algo y luego títalo a la cama y dile que no le puedes olvidar. Le tendrás comiéndote la boca antes de que te des cuenta. Es de enamoramiento fácil.

—Dios mío, Maddie... intento olvidar a Wyatt. No me hagas esto.

—¿Y qué mejor que un hombre para olvidar a otro?

Me mordí el labio angustiada, aunque se lo tenía bien merecido por sus mentiras.

—Me niego.

—Entonces estás despedida.

—¡NO!

Alzó las cejas.

—Pues levanta tu culo y ve a que te toque la guitarrita —dijo antes de descolgar una llamada— Caleb cariño, puedo explicarte esto —salió de la estancia.

Y así es como se deshace de sus problemas Madelynn Sparks. «Ahora sí que estoy en un buen lío».

Me quedé un rato en la cama, tumbada con la mirada perdida en el techo y mucha ansiedad acumulada en mi interior. Decidí rápido, guiándome por la locura y un poco por el espíritu de supervivencia; no quería estar colgada ni de Charlie ni de Blue, así que si mi plan de ser independiente incluía seducir a un chico, tendría que hacerlo. Al menos hasta que estuviera en terreno lo suficientemente plano como para desafiar a Maddie. Y aún no lo estaba.

Le envié un mensaje a Harry y quedamos esa noche, podría decirse que fue ahí donde toda mi vida terminó de desmoronarse —si es que podía hacerlo mas aún—.

Wyatt

Los días seguían dando vueltas, las notas continuaban sonando, cada vez más fuertes, cada vez más graves. Las letras se amontonaban sobre los papeles de la libretas que ya había llenado. Tachones, borrones y tinta corrida. Aquellos dibujos en la esquina de la página y alguna alusión a algo que alguien había dicho ya.

No quedaba ni rastro del suelo de mi salón, tampoco quedaba uno solo de mis dedos que no estuviera rojo de tocar. Ni una sola de mis ojeras que no fuera altamente visible. ¿Que cuánto llevaba sin dormir? No lo sabía, de hecho había perdido la noción del tiempo. Solo sabía que hacía varios días que me encontraba allí, en chandal, con la guitarra en mi regazo y los papeles esparcidos. Ya lo he dicho, ni un solo rincón sin alguna de mis estúpidas letras. Pedía pizza cuando tenía hambre, me metía en la ducha solo si me apetecía, y dormía cuando tenía sueño, sin mirar las horas, sin saber cómo transcurría el tiempo.

Parecía un alcoholico sin alcohol. Un alma en pena que busca y busca sin saber qué es lo que pretende encontrar.

Ahora era yo quien se escondía en una burbuja, era yo quien cerraba la puerta, quien echaba el telón y no dejaba a nadie ver lo que se escondía detrás.

C'mon darling,
don't let yout demons go,
don't anyone see them
And you'll be proudly alone.

Me sentía cansado, deprimido, y constantemente preguntándome qué hacer, qué pensar, qué me pasaba. Esto no era por Ariadna, era por algo más, algo que había arrastrado por mucho tiempo.

Sonó el timbre de mi casa por enésima vez; era Blake. Solo podía ser él.

Se había presentado ya varias veces, y no había querido abrirle, aunque le había enviado un mensaje diciendo que estaba bien, pero que quería estar solo. Solo había estado así una vez más, hace muchos años y había sido por Bethany. Esa vez sí, una chica había provocado mi dolor, ¿y ahora? Me asustaba que siguiera siendo ella.

Le envié un mensaje.

“Déjame, quiero estar solo”.

—¡Wyatt, deja los malditos mensajes! ¡Como no me abras llamaré a la policía y abrirán ellos, tú mismo! —escuché detrás de la puerta.

“No grites, ¿quieres que nos tomen por locos en el vecindario?”

—¡Si sigues con los mensajes gritaré más! ¡Abre la maldita puerta de una vez! ¡Te juro que llamaré a la policía con alguna excusa! ¡O a los bomberos o a quien sea! ¡Soy capaz de llamar a tu madre, mira que te digo!

“Vete, estoy ocupado componiendo”.

—¡Abre!

Bufé y me levanté del suelo, dejando mi guitarra a un lado.

—¡Wyatt! —escuché una voz dulce que me dejó totalmente boquiabierto. No podía ser ella, hacía tanto que no la veía que creí que lo estaba imaginando— ¡Vamos a hablar, abre la puerta y dinos qué te pasa!

Entonces me acerqué a la puerta y abrí. Mis primos esperaban detrás de la puerta, Blake con su habitual look despreocupado, y la chica, Noel, con sus

cabellos castaños cortos sueltos y típica falda tejana. Se había maquillado un poco, sin embargo no podía esconder las ojeras de cansancio que adornaban sus ojos pardos, ni siquiera su sonrisa amable te distraía de su evidente estado melancólico. Sin embargo, ella intentaba esconderlo. Lo hacía del mundo, pero no de nosotros, su familia.

—Noel —me lancé a abrazar a mi prima, que me devolvió el abrazo cálidamente—Dios mío, Noel —susurré—. Te he echado tanto de menos...

—Y yo a ti, rubito.

—Vaya... ¿y para mí no hay abrazos o qué? He sido yo el que lleva viniendo una semana entera sin que le abras la maldita puerta. —dijo Blake con cierta resignación. Me separé de mi prima para mirarle— ¡Joder!, vaya cara llevas. ¿Necesitas una tila? ¿o droga directamente?

—Imbécil —le dije.

Noel le dio un codazo.

—Como te pille con droga te enteras —amenazó ella.

Blake alzó las manos.

—¡Era broma!

—Ni en broma —replicó la chica de cabellos por los hombros.

—Pero la verdad es que ahora parecéis más familia que antes... lleváis los dos cara de muer... —se calló cuando mi prima le dio otro codazo — Vale, me callo.

—Sí, porque para esto mejor te vas. —le espetó ella, alzando una mano en modo acusatorio.

—¡Vale, vale!

Me aparté para dejarles entrar, después de un suspiro. Me apetecía estar solo pero no me libraría de ellos fácilmente.

—Como veis estoy en proceso creativo total... —suspiré— sentaos donde podáis, Pediré una pizza.

Ambos se quedaron mirando la pila de cajas de pizza que había en una de las esquinas.

—¿Cuántas pizzas llevas esta semana? —preguntó Noel, colgando su abrigo en la entrada.

Me encogí de hombros.

—¿Todas las que caben en esas cajas?

—Madre mía, esto es serio —observó Blake.

—Solo es pizza, ni serio ni nada —repliqué.

—No Wyatt, no te hagas esto a ti mismo. Mueve el culo a la cocina. Comer tan mal afecta a tu estado de ánimo. —dijo la chica.

—Me da igual.

—Ya sé que te da igual, por eso te lo digo. Yo he pasado por esto, no quiero que pases tú. —contestó.

—Solo estoy unos días de bajón componiendo, no tiene nada de malo. En unos días se me pasará.

Blake, que se había sentado en el sofá después de apartar unos cuantos papeles, habló:

—¿Estás así porque Ariadna está en Nueva York? Porque tranquilo... volverá la semana que viene.

—No, no estoy así por eso. Puede que eso haya hecho que me ponga así, pero no es la razón de... de todo esto.

—¿Y cuál es? —preguntó— ¿Qué ha pasado?

Les miré a ambos a los ojos, sabía que podía confiar en ambos, ¿pero podía confiar en mí mismo? No sabía si era capaz de escucharme aceptar la razón de mi soledad todos estos años, y el porque cuando aparecía lo echaba todo de mi vida.

—Bethany.

—¿Aún?! —exclamó mi prima sorprendida— ¡Wyatt por el amor de Dios! ¡Olvidate de esa imbécil! —he de mencionar que dejaron de ser amigas cuando Beth me rompió el corazón—. La dejaste embarazada, vale es algo fuerte. ¡Pero ella abortó sin decirte nada y se largó a la otra punta del país para no tener que verte la cara nunca más!

—Me quería... fue... fue por sus padres...

—No, no te dejes engañar por eso. Se fue porque quiso. Fue decisión tuya.

—Ella no quería hacerlo —insistí.

—Genial. Entonces, si tan convencido estás de eso, ¿por qué no vas a hablar con Jake? Él fue la única persona que la vio antes de irse, y se lo contó todo.

—No pienso ir a prisión a pedirle al novio de mi prima que me solucione

la vida amorosa. Y no creas que me fio de un delincuente.

—¿Que acabas de decir de mi novio?

—Que es un delincuente.

Me dio un bofetón.

—Espero que no te atrevas a decir eso nunca más. ¡Nunca más! ¡¿Me oyes?! —sus ojos se aguaron— Él no hizo nada malo, y tú lo sabes. No intentes echar tu mierda sobre él, porque no tiene nada que ver con que no sepas superar a una chica que te dejó. No la pagues con alguien que no puede defenderse.

—Bethany me quería. Hicimos planes, de futuro juntos, y yo estaba dispuesto.

—Pues ella no te quería tanto. Y no la culpo por no querer tener un hijo a los diecisiete. Pero actuar de esa manera... No era necesario desaparecer.

Una de las cosas que no me gustaban de mi prima era esa. Siempre diciendo las cosas a la cara, sin filtro y sin pelos en la lengua al mismo tiempo.

—Te estoy diciendo que me quería.

—¿Y qué piensas hacer, eh? —contestó—¿Quedarte toda la vida esperando que aparezca en tu vida y vuelva a quererte? No me jodas, han pasado ya cuatro años.

—¿Y por qué no le das una oportunidad a Ariadna? —se metió Blake.

—¿Qué?

—Venga, no te hagas el imbécil. Se nota a leguas que hay algo entre vosotros. Y además... Laia me lo ha contado —contestó mi primo.

—Maldita Laia —murmuré.

«Ya podía haberse callado la boca Ariadna. ¿No era un secreto? ¡Vaya secreto!»

Noel frunció el ceño.

—¿Quién es Ariadna? —preguntó.

—La hermana de Charlie. Wyatt no le da ni una oportunidad pero cuando ella se larga a Nueva York se encierra aquí como un melancólico.

—No sabes de qué está hablando. No hay nada entre Ari y yo. Quizás... —suspiré.

—¿Quizás? —preguntó Noel— No te quedes a medias.

Alargó la mano para acariciarme el brazo.

No quería contar lo sucedido con Ariadna, no me sentía cómodo con la idea.

—Tienes que superar a Beth y seguir con tu vida... —insistió Noel.

—Lo sé.

—Wyatt —dijo Blake—. Sé que es muy difícil, pero no podemos seguir viéndote así.

A veces por mucho que lo intentes, por muy empeñado estés en sacar esa mancha de tu corazón, no puedes conseguirlo. Y siempre seguirá allí, porque yo de verdad creí que tenía un futuro a su lado. Creí que compartiría mi vida para siempre con ella, y al final lo único que compartí fue una desengaño.

—Y por eso... —continuó mi prima— Me vengo a vivir contigo.

La miré con los ojos abiertos como platos.

—No necesito que me cuiden.

—Es solo para que no te alimentes a base de pizza —sonrió— Y además, no me irá nada mal para ayudar a Jake.

—Será un placer tenerte en casa —contesté.

Me sonrió de oreja a oreja.

—Pero Blake me debe un gato. —señaló al chico.

—Wyatt, quiero que me enseñes lo que has compuesto —Blake cambió de tema..

—Sí, claro —contesté, agarrando la guitarra.

—No me desvies el tema, Blake. Me intentaste engañar con un gato falso para que viviera en tu casa. Ahora quiero un gato.

—Uy... como llueve... —comenzó Blake.

—¡Blake! No seas malo —ella fingió un puchero.

Él se rió.

—Está bien, te regalaré un gato.

—¡Bien! —exclamó ella.

—Tienes suerte de que me gusten los gatos, Noel —dije antes de comenzar a tocar.

Ella sonrió victoriosa.

—Lights down in town

*I still don't know how much i've been here
Remembering the places where you and me use to be
We used to run,
We used to laugh,
We used to cry,*

*And it's far, so far
the time has passed like a lost train
I think I might take it,
But your station is closed now...*

*I still have all these memories in my head,
You, me, home alone.
Your voice saying "my parents won't come tonight"
Me and my love, all in your body like we had never been so close,
I never thought that would be the last time for us*

*Lights down in town
I still don't know how much i've been here
Remembering the places where you and me use to be
We used to run,
We used to laugh,
We used to cry,
Remembering, remembering, remembering,
How we used to love*

Capítulo 18

Ariadna

El chico había dejado que sus cabellos ondulados castaños claros se desordenaran aquella noche, y se había vestido con la misma informalidad que su tez acaramelada. Me esperaba en la entrada del restaurante italiano, con las manos en los bolsillos, algo pensativo. Sonrió al verme, achinando sus ojos azules.

—Buenas noches, Ariadna —saludó, tendiéndome la mano—. Estás preciosa —admiró mi vestido rojo de vuelo y mi gabardina negra. Hacia mucho frío esa noche.

—Gracias, Harry. —le di dos besos al saludar.

—Aún me sigue confundiendo mucho que saludes dando besos —dijo con diversión—. Es... raro besar en la mejilla a alguien que no conoces.

Alcé una ceja.

—¿Y lo sería también en una discoteca?

Sonrió ligeramente.

—Por supuesto. Allí solo esperas que te coman la boca —bromeó.

Me reí.

—Olvidaba ese detalle... ¡pero bueno! Supongo que tendrás que acostumbrarte a mi modo de saludar.

Siguió sonriendo, casi pensé que le agradaba mi compañía. Pero no podía

evitar sentirme algo incómoda.

—Me acostumbraré rápido a esta costumbre tuya, es bastante agradable.
—posó su mano en mi cintura—. ¿Entramos?

Asentí.

—Vamos allá.

Sentí que una vez pisabas el restaurante te transportabas a la Toscana. Mobiliario de madera, manteles de cuadros rojos y olor a parmesano y orégano. Pedimos una mesa para dos, y un camarero nos acompañó hasta una de las mesas centrales, en la que nos esperaban dos cartas de platos. Ambos nos sentamos con más atención en nuestro alrededor que en el uno con otro, y al mismo tiempo, a ña espera de que el otro dijera la primera palabra. Es cierto que ambos sentíamos en el ambiente el recuerdo de aquel primer tonto hacía meses, en el que Charlie había intervenido ahuyentando al chico. Harry debía estar realmente confuso por mi repentina disposición a tener una cita.

El chico comenzó a leer la carta y yo me quedé observándolo durante unos segundos.

—¿Sabes? Creo que voy a pedir una pizza —él rompió el silencio—. Hay tantos platos de pasta y tantas salsas diferentes que no sé qué escoger. Madre mía...

—Es una buena opción. Fácil y efectivo.

—Pizza —canturreó.

Me hice la pensativa.

—Me apunto al carro de la pizza.

Asintió varias veces satisfecho, hasta diría que orgulloso.

—Nunca falla.

Me quedé callada unos minutos. El chico se había quedado sin conversación y yo tampoco sabía qué decir, ¿y qué hacer? Tampoco. Mis probabilidades de tener éxito en aquella cita disminuían con cada mirada incómoda que se intercambiaba entre nosotros. Con cada vez que se revolvía el cabello y hacía ver que su atención estaba en otro lugar. E incluso con sus tarareos.

Debía hacer algo; mi trabajo estaba en juego, y no solo eso. También lo estaba mi nueva yo. ¿Cómo se suponía que iba a hacerme fuerte si perdía lo único con lo que podía contar?

Nada es seguro, pero haré que lo sea, pensé.

—Harry —el chico alzó la mirada—. ¿Cuántas veces has estado en Nueva York?

—Esta es la tercera —contestó.

Me apoyé sobre mis codos en la mesa.

—Entonces debes conocer muy bien la ciudad, ¿no?

Negó, haciendo una mueca.

—Las veces que he estado no he tenido tiempo para turismo. Han sido reuniones, grabaciones y de vuelta a Londres— alagó la e como si le pesaran las palabras—. Realmente emocionante —arqueó las cejas con cierta ironía.

Le regalé una mueca que desaprobaba.

—¿Entonces qué hacemos encerrados en un restaurante?

—¿Cenar...? —se encogió de hombros.

—Vámonos.

Frunció el ceño, confuso.

—¿Qué?

—¡Sí! Vamonos a ver la ciudad, comamos perritos calientes al estilo neoyorkino. Vaaaa... será divertido.

Esbozó una sonrisa de lado, que no supe si se reía de mi propuesta o la aprobaba. Por unos segundos pensé que rechazaría mi oferta, sin embargo, habló:

—Me gusta la idea.

—¡Vamos allá! —me levanté, agarrándole de la mano para arrastrarle fuera del restaurante.

El camarero que nos había atendido se nos quedó mirando confuso.

—¿Y a dónde quieres ir? —preguntó una vez fuera.

—Uhm... no lo sé...— reí antes de caminar hacia ningún lugar en concreto.

Recorrimos las calles de Nueva York llenas de luces y gentes. El chico, que parecía impresionado por mi repentina decisión, dejó el silencio que nos había acompañado en el restaurante para hablar.

—¿Y eres así siempre de espontánea?

—A veces —sonreí—. Pero en realidad es que... me gusta perderme. Me

gusta caminar por las calles de las ciudades sin una dirección, perdiéndome en ella.

—¿Y eso?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, siempre lo he hecho. Aunque en Londres no... no sé por qué, realmente. Quizás porque siempre salía con Wyatt... —me callé de inmediato, «¡Ariadna, no! Ni mencionarlo.»

—Pasabas mucho tiempo con Wyatt, ¿cierto?

—Pasaba. Tú lo has dicho.

—Uy... ese tono suena molesto. ¿Ha pasado algo?

—Ey mira, un carrito de perritos calientes. ¡Siempre he querido comer uno! —le arrastré hasta allí, sin contestarle, cambiando de tema— Pero uno americano, de los de verdad.

Me siguió sin rechistar, quizás porque se percató de que no quería hablar del tema.

—¡Buenas noches! —saludé al vendedor— ¿Nos pone dos perritos calientes?

—Enseguida, señorita —contestó.

— ¿Quieres más de uno? —le pregunté a Harry.

—No, no, uno está bien —contestó.

Estuvimos caminando unas horas por Manhattan, hablando de fotografía y música, de Londres y Barcelona, de sueños y de realidad. En alguna ocasión saqué mi cámara del bolso; no podía resistirme. Las calles parecían decir «fotografíame» y aquel chico moreno tan atractivo se mantenía pensativo todo el rato. Me di cuenta que era una persona totalmente diferente a lo que yo estaba acostumbrada; no hablaba por hablar. Las conversaciones triviales lo dejaban callado y solo abría sus labios cuando realmente tenía algo que decir. Eso me pareció interesante. Sus palabras era como la de ese té negro por la mañana, caliente y dulce si le pones azúcar y un poco de leche, que solo sucede una vez al día y que a la mañana siguiente estás deseando repetir.

Sin embargo, a pesar de mis esfuerzos continué sintiéndome incómoda, no era que el chico fuera aburrido ni que no me agradara, sin embargo había algo en todo aquel objetivo de conquistarle que no me dejaba disfrutar de su compañía.

Jugar con los sentimientos de alguien me hablaba de ser lo que nunca había querido ser. Y de hacer algo con lo que me habían dañado a mí. Así que decidí ser su amiga, al menos por el momento.

—¿Cómo te va con Maddie? —pregunté por fin, justo cuando nos sentamos frente al memorial del 11-S.

Su rostro se tornó algo sombrío y suspiró.

—No me cuentes nada si no quieres... es solo que, quizás no te conviene —insistí.

—Eso ya lo sé. No era mi intención colarme por ella. Tengo muy claro que soy «el otro» y que en cualquier momento puede mandarme a freír espárragos. —Su tono estaba más que a la defensiva, y me sorprendió su sinceridad. No teníamos tanta confianza y mi pregunta quizás había sido demasiado atrevida.

Le dediqué una mirada comprensiva.

—No me mires así, no soy un cachorrito perdido. Me preocupa más el trabajo que estoy haciendo por ella que mi corazón. Me preocupa que cuándo Caleb se entere no lo pueda sacar, ¿sabes? Y seguir estando en la sombra como... —suspiró— siempre.

Ambos nos quedamos callados, durante unos minutos. Seguramente él pensaba en sus problemas, y yo en el chantaje que me había hecho con las fotos. No obstante pasé de eso a preguntarme qué había visto un chico tan centrado como Harry en alguien como Maddie. Alguien que iba a hacer justo lo que él más temía: dejarle en la sombra sin el menor de los remordimientos. Porque ella no pensaba darle ningún tipo de créditos.

—¿La quieres de verdad? —mi tono fue suave, al contrario que mis palabras.

Negó, apretando los labios.

—No puedo querer a alguien que no tengo seguro. O al menos es eso de lo que intento convencerme... claro que a veces me juega malas pasadas.

—Entonces sí la quieres, pero no lo quieres aceptar.

—Es como empeñarte en agarrarte a tierra cuando sabes que el viento te va a arrastrar de todas formas. Pero tú sigues diciendo que no te vas a dejar llevar, que es malo y te va a destruir la casa entera si le dejas la puerta abierta.

—¿Y si la dejas tú?

—¿Qué?

—Claro... termina tú con ella. Céntrate en tu música y olvídate de problemas. ¡Eres bueno componiendo, puedes hacerlo genial sin ella!

Negó, con los labios en una línea.

—No es tan fácil. No tengo a ninguna discográfica apostando por mí, porque nadie me conoce, nadie sabe de donde he salido. Mi padres no son famosos, no he ido a ningún concurso, no soy famoso en redes sociales. No tengo nada sólido que ofrecerle a una discográfica. Y además... no soy capaz de dejarla —suspiró—. No soy capaz de llevar mi vida hacia donde yo quiero. Ni siquiera sé porque te lo cuento.

—¡No digas tonterías! Eres muy bueno componiendo —y eso no era mentira— Y oye... todos necesitamos desahogarnos de vez en cuando, estoy aquí para ti.

Me sonrió.

—Gracias.

—¿Por qué no empiezas escribiendo canciones para ti? y serán tan buenas que las discográficas pelearan por ellas. ¡Lo que le vas a escribir a Madelynn va a ser un éxito! No hay nada que diga que lo que escribas para ti no vaya a serlo. Creo que deberías arriesgarte.

—Quizás tienes razón, pero no sé...

—Claro que la tengo —contesté orgullosa antes de abrazarle. El chico se tensó un poco— Perdona, soy un poco pegajosa pero esta es mi mejor manera de mostrar apoyo. Le dediqué una sonrisa.

Enseguida me devolvió el abrazo, que duró un poco más que una canción.

Permanecimos allí un rato, hablando a momentos, callados en otros. Dejé de sentirme incómoda y me puse a hacerle fotos, mientras él reía algo incómodo. No me pareció alguien tan estúpido como Maddie lo pintaba, ni que se enamorara fácilmente, es más, me pareció una persona muy agradable y noble que a pesar de sus inseguridades tenía los pies en la tierra.

Quizás era ella quien se equivocaba; quizás era ella la única llena de prejuicios.

Despedirnos fue rápido, yo ya estaba muy cansada y eran prácticamente las doce de la noche. Nos dimos un abrazo que nos acercó lo suficiente como

para que nos besáramos en las mejillas, y yo le susurrara un «lo he pasado muy bien esta noche». En eso no le mentía, y de algún modo alivió mi sentimiento de hipocresía.

No tenía muy claro si quería engañarle con una insinuación de amor repentina, pero al menos quería darle una oportunidad a una prospera amistad. Porque no tenía tiempo para el amor cuando quería ser alguien en la fotografía.

Capítulo 19

Wyatt

—Oye, Wyatt ¿tienes algo que te quite el tinte azul de la piel? —preguntó Blake entrando en el salón con Laia subida a sus espaldas. Les dediqué una mirada horrorizada.

—Parecéis dos pitufos —solté una carcajada— ¿Qué habéis hecho, os habéis metido dentro de un helado?

Ellos me dedicaron una sonrisa sarcástica.

—Ya... lo sabemos. Gracias por tu aportación, ha sido totalmente reveladora. —Blake y sus ironías—. Obviamente no sabía que tengo la piel manchada de azul.

—Ariadna nos ha bañado con una especie de tinte —informó Laia haciendo que con solo su nombre me pusiera nervioso— Maldita zorra, se las haré pagar —masculló antes de que un grito de júbilo desde el jardín; Ariadna. Con el maldito de Harry.

Decir que desde que la dejé no me había dirigido la palabra se quedaba corto. La chica ni siquiera se había dignado a mirarme o a estar a más de cinco metros de mí desde que había vuelto de Nueva York. Sabía que la había cagado, y parecía ser yo el único que estaba sufriendo por lo ocurrido. Y ella actuaba como si yo no existiera, como si mi presencia fuera invisible. Desde luego que yo tampoco intenté llegar a ella. Lo había dado por perdido. Harry

había parecido en mi camino, y después de llevársela, ella parecía más feliz que nunca, ¿quién era yo para meterme? ¿Sobretudo después de lo que había hecho? Estaba muy bien solo.

—Puede que con alcohol se quite —sugerí y me reí de nuevo.

—Deja de reírte, no es gracioso —dijo Blake a la vez que Laia bajaba de encima de él y se miraba al espejo, para luego explotar a carcajadas— Y me da miedo que eso me irrite la piel. Así que no me ayudas en nada.

—¡Parezco una pitufa! ¡Pitufina! ¡Ay dios mío, también podría pasar por E.T, o Avatar! Yo así no puedo salir a la calle— dijo Laia.

—Pues no, ya me aseguraré yo de eso —contesté—. Como la prensa os pille así, va a ser bueno. Ya lo imagino, "La pareja Dashner o la pareja Pitufo?" Y vuestras caras azules en portada.

—Ya sí, sería gracioso —replicó Blake—. Ahora si me disculpas, tenemos que ir a ducharnos.

Laia se río.

—Uy, qué marrano... ¿Te vas a duchar conmigo?

—Ni que fuera la primera vez —dijo obvio, a lo que ella rodó los ojos.

—Tenías que seguirme el rollo, amor.

—Tranquila, que te lo seguiré en la ducha —contestó y alcé las cejas. «Sigo aquí». Entonces se marcharon por el pasillo que llevaba a la habitación de Laia. «Vaya par».

Volví a mi mundo cuando se fueron. Intenté ignorar las risas de Ariadna, cambiando esos pensamientos por otros; mi prima tenía que terminar la mudanza a casa hoy. Así que intenté concentrarme en ordenar mentalmente todo lo que había que comprar para terminar su habitación. De hecho ella lo tenía todo planeado, pero por alguna estúpida razón creí que enumerarlo me ayudaría.

No lo hizo. Quería irme de allí, bien lejos, donde no tuviera que tragarme las consecuencias de un error. Las consecuencias de echar de tu vida a quien solo quiere amarte.

—¿Qué tal vas, Wyatt? —preguntó Teddy a mis espaldas.

Teddy era la novia de Charlie. No podía calificarla de nueva, ya que habían estado saliendo durante los años de instituto. Lo dejaron cuando la chica se mudó a Edimburgo por el trabajo de su padre, que era doctor. Al

principio intentaron superar a la distancia, pero no era algo con lo que pudieran luchar dos chiquillos de quince años. Charlie lo pasó realmente mal, sus dieciséis estuvieron llenos de cortes en las muñecas y días grises. Llegué a odiar a esa chica, hasta que comprendí que no era solo culpa de ella, sino de mi amigo, que no sabía controlar sus emociones. Y no lo comprendí hasta que me pasó a mí, hasta que Bethany desapareció sin decirme absolutamente nada.

Charlie me había contado que habían estado hablando por mensaje desde hacía unos meses; al principio solo querían saber si el otro estaba bien, y al final habían decidido volver a intentar lo que la adolescencia y la distancia les había arrebatado.

—Bien —le sonreí antes de sentarme frente a la barra cocina, desde donde podía ver a Ariadna sentada en el suelo hablando animadamente con Harry— ¿Y tú? ¿Cómo vas?

El chico le retiraba un mechón castaño del rostro. Ella sonreía. Estaba preciosa con su nuevo corte de pelo.

—Muy bien —sonrió—. Es una lástima que tenga que volver a Edimburgo la semana que viene.

—¿Y eso?

—Tengo clases —aclaró—, a menos que traslade mis estudios no puedo estar aquí mucho tiempo. Y creo que por el momento no voy a hacerlo... —se rió un poco.

—¿Qué estudias? —le pregunté, sin embargo enseguida seguí hablando— Espera... conociéndote debe ser... ¿veterinaria? Me acuerdo de cuando íbamos al instituto y siempre traías animales abandonados o heridos para buscarles dueño.

Ella se rió.

—Me acuerdo de eso. Era un poco extrema, poniendo carteles por todas partes.

—“Un mes de almuerzo gratis para quien se quede al gatito negro” —reí a carcajadas— ¡La gente hizo cola esa vez!

—¡Me lo quitaban de las manos! Aunque no fue muy buena idea, porque después todo el mundo me pedía almuerzo gratis con los siguientes animales.

—Te llamábamos la Pocahontas —me reí a carcajadas.

Ella rodó sus ojos azules.

—Lo sé, no sabes como me enfadé cuando me enteré. Ahora se me hace gracioso —se río—. Y bueno, sí, estudio veterinaria.

—Que bien encontraros a los dos aquí —Charlie habló a nuestras espaldas, y su voz sonaba bastante aliviada—. He conseguido el teléfono de la líder de la hermandad.

Charlie seguí con su investigación, y ahora eramos Teddy y yo sus únicos cómplices. Había descubierto algunas cosas, como que su padre, a pesar de no ser aceptado en la hermandad, pasaba la gran parte del tiempo con esas chicas. Al parecer, sus padres se vieron involucrados en una redada antidrogas en la residencia y pasaron una noche en el calabozo. Sí, aquello era muy fuerte.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Teddy.

—Karen Davis. La busqué por facebook. Y después de rebuscar un rato, he encontrado unas fotos de una cena de trabajo. Trabaja en un bufete de abogados —se sentó junto a nosotros—. Tienen página web y contacto, les he escrito para concertar una visita como cliente.

Alcé una ceja.

—¿Cómo cliente? ¿Y que le vas a decir? «Hey Karen, no quiero contratarte, solo quiero que me cuentes sobre tu turbia juventud en la facultad» —dijo Teddy,

—Y vaya si era turbia, —dije e hice una mueca de asco— ¿Qué era eso que hacían con la sangre menstrual?

—Ugh, calla —dijo Charlie—. No quiero recordarlo.

—No sé cómo se sacaron la carrera, sinceramente —dijo Teddy—. Se pasaban más tiempo de fiesta que estudiando.

Me reí.

—Invitando a los docentes a sus fiestas, un poco de sexo por aquí, un poco de malversación por allá, un poco de juegos sádicos por el otro lado. —dijo Charlie— «¿Y luego me pruebas profe, vale?»—se burló.

—Si bueno, pues seguro que a tu padre le encantaba ser objeto de sado —me burlé yo.

Charlie alzó la mano, con la palma abierta.

—¡Para! No quiero recordar como se supone que fui concebido, ¡gracias!

Tanto yo como su novia estallamos a carcajadas. Todo esto lo habíamos

leído en el informe que hizo la universidad para cerrar la hermandad. Por lo que sabíamos solo estaba permitida la entrada a mujeres, no se especificaba cuales eran los requisitos para entrar, y tampoco describía las prácticas ni fiestas que hacían. En realidad solo mencionaban que cuando alguien era rechazado del grupo, a la hora de comer le servían un vaso de sangre menstrual, que representaba todo aquello innecesario que había en el cuerpo; en ese caso, la chica rechazada. Sin embargo, no dicen nada más de ellas, a parte de que la universidad tomó medidas justo después de que dos estudiantes cayeran en coma después de una fiesta; Flora Jones y Adam Montgomery. Pero a Charlie no era lo que realmente le preocupaba, sino saber por qué su padre se volvió a Barcelona, y por qué nunca tuvo una familia unida; quería saber la verdad de la relación de sus padres. Sin embargo, con cada paso que daba, la historia se volvía mucho más turbia y extraña.

—Tengo que ir la semana que viene, y no puedo dejar de darle vueltas. ¿Y si no me dice nada? ¿y si me echa? Dios santo, ¿Y si ni siquiera lo sabe?

Teddy suspiró.

—Insisto, cariño. Deberías llamar a tu padre y hablar con él, Y después, llamar a tu madre. Te estás complicando la vida. Es más sencillo obligarles a poner las cartas sobre la mesa.

—Ninguno me dirá la verdad. De momento no coincide la versión de ninguno. —contestó Charlie—. Y estoy bastante harto de tener que aguantarme con mentiras. Quiero saberlo todo.

Sus palabras me dejaron pensativo. «Quiero saberlo todo» El nombre de Bethany se escribió en mi mente, pero esta vez con metal, a fuego vivo, quemándome, como una inscripción en una lápida.

—¿Y tú crees que saberlo todo te ayudará en algo? —preguntó Teddy.

Ariadna seguía riéndose con Harry en el jardín. Los celos me carcomían.

—Creo que me ayudará a entenderlo todo. Y a pasar página —dijo, totalmente convencido— Cuando comprenda todo y lo entienda de verdad, podré vivir mi vida sin todas estas preguntas que no me dejan en paz. Quiero empezar de nuevo, sabiendo toda la verdad. Es la única manera de quitármelo de la cabeza.

Creí que quien hablaba no era Charlie, sino alguna parte de mí mismo que deseaba hacer lo mismo.

La verdad.

¿Y si era demasiado doloroso saber la verdad?

«A pasar página». A ser yo, a vivir mi vida. A volver a sentir que puedo entregar mi corazón a una melodía que deje de banda los ritmos lentos para dejarme golpear las cuerdas. Algo que me incite a bailar de nuevo sobre una sala en la que hace mucho apagué las luces.

—Si eso es lo que crees, adelante. —dijo Teddy—. Pero debía preguntártelo.

Él sonrió.

—No te preocupes por mis sentimientos... puedo con afrontar lo que sea. —contestó él.

Mi mirada estaba fija en la pared.

«La verdad, quiero la verdad,

Necesito una dosis de realidad,

como si fuera esa copa que me provocará resaca mañana.

Mil dolores de cabeza suplantados por el intenso dolor de un día y los llantos sin sentido de la noche anterior junto a la botella».

Seguía inmerso en mí mismo.

«Quizás será como tirarse desde un acantilado al mar, para después salir nadando. Limpio. Por fin».

—¿Wyatt? ¿Estás bien? —preguntó Charlie con semblante preocupado.

—Necesito la verdad. Quiero volver a ser yo —susurré para mí mismo—. Voy a ver a Jake.

—¿Qué? —preguntó mi amigo confuso— ¿De qué hablas?

Me levanté, totalmente precipitado.

—Necesito hacer algo, porque sino me volveré loco —fui a agarrar mis cosas, y prácticamente me fui corriendo hasta la puerta—. ¡Luego te cuento!

No me hizo falta mirarlos para saber que en sus rostros no había más que confusión, y tampoco fueron necesarios más de dos minutos para que saliera a la calle. De repente me sudaban las manos, mi cuerpo ardía por dentro, y mi respiración no hacía más que entrecortarse. «Vaya, las cosas van a ponerse serias. Ya era hora», escuché a mi conciencia.

Busqué el número de mi prima con las manos temblorosas.

—Hey, estás llamando a Noel Wells. Ahora estoy trabajando, pero en

cuanto pueda te llamaré.

—¡Maldito contestador!

La llamé dos veces más, sin embargo no hubo respuesta alguna. Me tocaría ir hasta su trabajo a buscarla si no quería esperar hasta la tarde. Ahora que me había decidido no podía echarme atrás, porque sabía que si lo hacía quizás nunca más tuviera el valor para llevarle la contraria a un corazón como el mío, que lo único que quería era protegerse.

Busqué mi coche y conduje hasta lo más cerca de su trabajo que pude. Lamentablemente, cuando eres parte de los trabajadores de Oxford Street llegar allí en coche es realmente duro, así que dejé el coche aparcado cerca de Hyde Park y seguí mi camino a pie. Recorrí la calle prácticamente corriendo, escuchando las exclamaciones de algunas personas que me reconocieron, sin embargo no tenía tiempo para eso.

Necesitaba a Noel.

No llegué a la librería hasta que estuve a media altura de la calle. No me molesté en detenerme antes de entrar para regular mi respiración.

—Hola, buenos días, ¿está Noel Wells por aquí? —le pregunté a la chica que había en la caja.

Abrió los ojos como platos al verme.

—¿Eres... eres uno de los de Blue?!

Aún con la respiración costosa, asentí con una media sonrisa.

—Sí... pero... —hice una pausa—. Necesito hablar con mi prima urgentemente, ¿puedes decirme dónde está?

—Dios mío —susurró—. Está... está en la planta de arriba.

—¡Gracias! —enseguida corrí hasta las escaleras.

—¡Me encanta tú música, por cierto! —exclamó a mis espaldas.

—¡Gracias! ¡Me encanta que te encante! —y desaparecí escaleras arriba «qué oportuno el encuentro fan, de verdad destino, a veces eres bastante toca huevos».

Tuve que pasearme entre algunas estanterías para encontrar a mi prima, que estaba ordenando los libros de literatura juvenil. Tenía sus cabellos cortos recogidos en una mini coleta y llevaba un chaleco verde oliva con el logo de la tienda de color blanco. Estaba rodeada de cajas de novedades y algún que otro cliente ojeando las páginas de los libros que había en las

estanterías.

—¡Noel!

Dio un respingo al escucharme.

—¡Dios mío, Wyatt! ¡¿Qué narices haces aquí?! —exclamó al voltear.

Entonces me detuve para coger aire, apoyado en mis rodillas.

—Quiero ir a ver a Jake —alcé la mirada para encontrarme con la suya.

Entonces su rostro enserió por completo justo antes de que segundos más tarde esbozara una sonrisa complacida.

—Bien, bien, bien —y corrió a abrazarme.

Capítulo 20

Wyatt

—Noel, ¿de verdad puedo hablar con él sin un cristal delante?

—Pues claro, no está en una prisión de alta seguridad. Vas a una sala con una mesa y un policía que os vigila —explicó ella—. Ahora estoy trabajando para conseguirle un permiso para que salga de vez en cuando.

—¿Y cómo piensas conseguir eso?

—Aún sé poco sobre el tema, tercero de carrera de derecho no me da para tanto, pero su abogado dice que podemos encontrar evidencias de que su condena es injusta. A pesar de que cometiera un delito, no estaba haciendo algo malo que dañara a nadie.

—Bueno...ya sé que no fue la intención, pero la ley dice eso. El que se droga tampoco daña a nadie.

—Eso es lo que dice la ley, la realidad es otra. Y lo del que se droga, puedo discutirlo cuando quieras.

—Ya pero es que no acabo de entenderlo. Porque si la ley dice que eso es delito, ya está, lo es. Por mucho que te empeñes en que no lo sea.

—Las leyes se rompen, se cambian, y se juega con ellas tantas veces para intentar llegar a lo justo que no. No es que no me empeñe en que no lo sea, es que cinco años de prisión por algo así no es justo. Y el juez lo sabe, y yo lo sé, y el abogado lo sabe. Hasta los servicios sociales lo saben. Lo que pasa es

que hay una ley que dice que debes cumplir condena, y tiene que haber alguna manera de librarse ella... tiene que haberla sí o sí —explicó ella, completamente convencida de sus palabras—. O al menos tengo que conseguir sacarle antes.

—Es increíble lo mucho que luchas por él.

Ella me miró con el ceño fruncido.

—¿No es lo que se hace cuando amas a alguien?

Sentí que mi boca se llenaba de amargura.

—Sí, supongo que sí.

Al llegar a prisión, ambos tiramos nuestros cafés para llevar ya terminados en la papelería de la entrada, sacamos nuestros DNI en silencio. De repente sentí que el peso del mundo caía sobre mí, ¿cómo debía ser estar allí encerrado? Mis sentimientos se transformaron en tensión y agonía; no podría soportarlo.

Seguí a Noel hasta la ventanilla en la que se encontraba un policía. Entregamos los DNI.

—Venimos a visitar a Jake Harris —informó Noel.

El hombre de cabellos cortos y bigote frondoso, hizo una mueca de cierto fastidio.

—Sé a quien vienes a ver, estás aquí todas las semanas, niña.

Noel sonrió.

—Ya, lo sé —agarró su DNI y continuó hasta el control de seguridad.

—No te vayas tan rápido, solo se permite un visitante por semana.

El rostro de Noel empalideció tanto que podría haberla confundido con la pared blanda que nos rodeaba.

—¿Qué?

—Lo que oyes, niña —me estaba irritando que la llamara niña—. O entras tú, o entra él.

Vi la angustia en el rostro de mi prima, que se mordió el labio y entrecerró los ojos; ya iba a llorar. Si algo era propio de ella, era llorar para echar todos los demonios fuera. Parecía débil, pero eso la hacía mucho más fuerte a fin de cuentas. Se deshacía de todo lo malo con lágrimas, y luego luchaba más fuerte. Nunca se daba por vencida.

—Pero deberían hacer una excepción, su caso...

—No me importa su caso ni que no puedas ver a tu novio—le espetó el policía, levantándose—. Solo entrará uno de los dos. Solo uno. Son las normas.

Me acerqué a mi prima.

—Noel no pasa nada, entra tú.

—No le veré en dos semanas... ¿cómo voy a saber si está bien?

—Hey, entra tú. No pasa nada, haré lo que sea para olvidarme de Bethany. No quiero que sufras, ¿vale?

Negó.

—No, puedo vivir dos semanas sin verle. Es duro... muchísimo. Pero tú necesitas hablar con él más... más que yo —suspiró—. Te espero fuera, y no me sigas porque si me insistes al final cederé y me arrepentiré cuando te vea llorando por los rincones. Dile a Jake que le quiero muchísimo.

—Pero Noel, ¡que no pasa nada! —me sentía fatal por que ella sufriera por mi culpa.

—¡Qué entres! —dijo antes de cerrar la puerta.

Y se fue, dejándome solo en aquella sala. Haciendo lo mejor para mí porque yo ya había buscado una manera de evitar enfrentarme al pasado.

Suspiré y me ceñí a obedecerle. No estaba como para hacerme el rebelde en ese momento; debía hablar con Jake.

Me acerqué al control de seguridad y dejé mis cosas en una bandeja, una vez pasé bajo la puerta metálica, el policía me chequeó de arriba abajo antes de permitirme el paso. Me indicaron que siguiera el pasillo de la izquierda y entrara en la sala dieciocho, así hice. Sin embargo mientras mis pasos recorrían aquel espacio sombrío, sentí el eco de mis pisadas, como si fueran todos esos recuerdos que votaban en mi mente. Sentí el paso del dolor y de la represión; sentí que estaba entrando al lugar donde había encerrado a mi capacidad de amar hacía mucho.

La sala estaba en el centro del pasillo, abierta. Entré sin necesidad de empujar la puerta azul metálica, y me quedé de pie en el lugar. Era una sala sin ventanas, solamente iluminada por la luz artificial que a pesar de todo daba claridad. Las paredes eran de un blanco tan sucio que creí que no habían sido pintadas desde su inauguración. No se oía nada cuando me senté en aquella silla de metal frío, sin embargo, casi de inmediato escuché una puerta abrirse y pasos acercarse.

La persona que apareció tras esa puerta no era el chico que había conocido hacía cinco años. Sus cabellos castaños ya no estaban cortos como de costumbre, ahora le llegaban prácticamente por los hombros, llevaba una barba de tres días, algo poco habitual en él anteriormente. Su tez que estaba más pálida, hacía que sus ojos verdes se hundieran en su rostro. Quizás por falta de sueño, quizás por otra razón. Iba vestido con un uniforme ancho de color verde caqui, pantalones y camiseta de manga larga, nada más. Sus pasos eran pesados, como si se arrastrara a sí mismo. Sentí que estaba frente a la ilusión de lo que alguien había llegado a ser. Venía con las muñecas esposadas y un policía tras él. Lo primero que hizo fue alzar la mirada, ligeramente iluminada por la ilusión que seguramente le habría perseguido durante una semana, de ver a su novia.

—Vaya... —susurró totalmente incrédulo— ¿Wyatt? ¿Dónde está Noel?

No me extrañaba que se sorprendiera de que no fuera ella quien estuviera sentada en esa silla, después de todo, nadie más iba a visitarle. No tenía familia, sus padres murieron hacía tres años, y su única hermana, de ahora siete años, había sido dada a un centro de acogida. Además de que sus amigos habían ido desapareciendo a medida que se enredaba en los líos que lo metieron en esa prisión.

Estaba solo contra el mundo.

Le desataron las esposas y se sentó frente a mí. El policía se quedó en una de las esquinas de la habitación, estático.

—Siento haberle robado la visita —me disculpe, de todo corazón, porque sabía que él estaba deseando ver a la única persona que realmente tenía a su lado—. Está fuera, no la han dejado entrar porque solo se te permite un visitante.

Su mirada se clavó en la mesa, y con las manos sobre la mesa, comenzó a masajearse las muñecas.

—Menuda mierda. Menos mal que no tengo familia, sino necesitaría un mes para verlos a todos.

Su risa me dejó de piedra. Volteó para dirigirse al policía.

—Bueno Max, hoy no vas a tener que gritarme que me despegue de nadie. «Dejad los labios donde pueda verlos», «¡He dicho que nada de tocarse!», «¡Separaos!», «¡Señorita no me chantajee para que le deje besar a su novio!»

El guardia se rió un poco, pero enseguida le mandó callar.

—Vigile con sus bromas, Harris.

—Perdone —volvió su atención a mí—. Intento sacar humor a esto... me lo ha recomendado el educador. A veces es increíblemente difícil, pero tengo que esforzarme por sobrevivir en este sitio.

—¿Cómo es?

—¿Estar aquí? Una mierda aunque si te consuela las esposas solo son para traerme hasta aquí. El resto del tiempo estoy... “libre”. Es como una casa de colonias, llena de mierda... —hablaba lentamente y aquello me sorprendía también. ¿Cómo podía hablar con tanta facilidad después de vivir como vivía?

No se me ocurría que decir, ni qué contestar. Él pareció notar mi inseguridad y se quedó callado, mirándome.

—¿Y... cómo estás? —pregunté.

Se encogió de hombros. «En prisión, mal. ¿cómo quieres que esté?» me contesté mentalmente. Seré tonto.

—Bien. ¿Cómo le va a tu banda?

—Bien... bien. Vamos a hacer una gira Europea —me sentí miserable «y mientras tanto tú te quedas aquí encerrado».

Me estaba poniendo muy nervioso, básicamente porque sentía que cualquier cosa que dijera sería inapropiada, o podría herirle.

—Eso es genial —contestó, y de verdad pareció alegrarse.

Asentí y decidí que no dejaría que la situación se quedara en el aire por más tiempo, eso solo nos incomodaría. Así que tomé aire y hablé:

—He venido porque necesito que me cuentes algo... —Jake asintió.

—Supongo que no vienes a ver como estoy —dijo—. Que no te culpo... pero... bueno... dime.

—Necesito que me cuentes que hablaste con Bethany antes de que se fuera. Yo... —hice una pausa, necesitaba tomar aire—. No puedo superarla, han pasado ya cuatro años y no puedo quitármela de la cabeza. No puedo ni seguir mi vida. Y pensaba que hablar contigo me ayudaría.

Tensó los labios, como si le molestara que mi preocupación fuera esa: Bethany. Estaba claro que él tenía problemas más grandes que yo.

—¿Llevo tres años aquí y has venido a verme para esto? —sonaba bastante incrédulo— Venga ya, no me jodas. ¿Yo estoy aquí encerrado y tú

estás diciéndome que no puedes seguir tú vida por una chica? No te creía tan imbécil, Wyatt.

—Vale, Jake si no quieres ayudarme... no pasa nada. Es normal que te dé rabia.

—No se trata de eso. Se trata de que tu vida es más de lo que yo podría soñar, ¿y no la vives por un amor del pasado? Me da rabia. Vas a ir por toda Europa, ¿y me estás llorando por tu amor adolescente? ¡Tío, despierta! ¡El mundo es tuyo!

Dicho así, sonaba como un caprichoso. Y realmente me hizo sentir así.

—Quizás si que parezco imbécil, pero no te pido que me entiendas... solo que me cuentes lo que Bethany te dijo.

Alzó las cejas y entonces reviví muchos de nuestros encontronazos. Al principio yo no había aceptado su relación con Noel porque me parecía peligroso para ella y creía que él solo era un «chico malo» bastante imbécil.

—Ya que vienes por un interés, te lo contaré a interés mío.

—¿Qué es lo que quieres?

—Noel me ha contado que iba a vivir contigo —asentí—. Solo te voy a pedir que no le hagas pagar alquiler, que te asegures de que coma y que la convenzas para ir a un especialista a que vuelva a mirarle los temas de depresión.

—¿Pero no iba ya a un...?

—No desde hace un año. No puede pagarlo y está tomando las mismas pastillas desde hace meses. No le están ayudando para nada, es más, le hacen estar mucho más triste y no puedo soportar tener que verla llorar durante la mitad de la hora que tenemos para hablar cada semana. Págale el psicólogo, y te contaré lo de Bethany.

—No tienes ni que pedirme que lo haga. Es mi prima, no pienso hacerle pagar alquiler y haré siempre lo mejor para ella.

—Espero que sea verdad porque estamos hablando de la persona que más quiero en este mundo. Y si le pasa algo... —sus ojos se oscurecieron— seguramente haré algo que vuelva a meterme de cabeza en este hoyo. No bromeo en nada.

Suspiré. Que duras son las palabras de alguien que no tiene nada que perder.

—Te prometo que no va a pasarle nada, que va a volver a comer bien, a dormir y a tener una vida normal. Lo verás... ahora nos tiene a Blake y a mí y somos su familia.

—Gracias —contestó—. Sobre Bethany... la encontré al salir del trabajo, iba sola. Tenía los ojos rojos de llorar y se había quitado todas las pulseras que le habías regalado, las llevaba en la mano y las iba rompiendo.

Por mi expresión debió adivinar que aquella declaración fue como si me hubieran dado un golpe en las rodillas, dejándome postrado.

—¿Quieres que siga? — continuaba masajeándose las muñecas.

Asentí, aunque no tenía muy claro si sabría afrontarlo.

—Comenzó a llorar y me acerqué a ella porque me preocupó, Noel me había dicho lo del embarazo y sabía que la cosa estaba complicada así que quizás necesitaba un hombro sobre el que llorar. Se escondió las pulseras en el bolsillo, y se limpió las lágrimas cuando le pregunté qué tal estaba. Me dijo algo que me dejó bastante en shock: «Amas a alguien hasta que te destroza la vida. ¿Qué le costaba ponerse un maldito condón bien? Si total, la que iba a tirar su futuro a la mierda para vivir como criada y niñera iba a ser yo. ¿Mientras él qué? ¿Se iba a un maldito concurso a ver si se hacía famoso?» Me dijo que te odiaba y que no quería a ese bebé, que no quería ser madre tan joven porque no quería renunciar a la vida que había soñado tener. Quería vivir y por eso había abortado. Le pregunté por qué te odiaba si no tenías la culpa, y me dijo que te odiaba porque una parte de ella aun te quería y no quería quererte, porque si te amaba tenía miedo de seguir adelante con el bebé y eso la haría la persona más infeliz del mundo. Después apareció su padre en un coche lleno de cajas y maletas. Ella se subió, se despidió y después desapareció. Todo pasó muy rápido y no volví a verla nunca más.

No podía creerlo. Era tan doloroso saber que realmente mi amor no fue correspondido al final. Sentí mi pulso acelerarse de rabia, porque había perdido cuatro años de mi vida pensando en alguien que no me quería. ¿Y cómo era posible que aún yo siguiera queriéndola? Era como si todo este tiempo hubiera estado guardando una caja preciosa, en la que alguien me haba dicho que contenía diamantes pero al abrirla, todo lo que había dentro de ella era estiércol.

—He pensado todos estos años que había sido obligada pos sus padres y... —no pude continuar la frase, me sentía como si todos estos años de

esperanza hubieran sido tirados a las vías de un tren. Yo sí que había renunciado a mi felicidad por ella.

—Yo no la culpo. Tenía diecisiete años, todo el mundo y posibilidades por delante y sabía muy bien que seguir contigo significaba renunciar a todo. Hay gente capaz de renunciar a todo por amor, y hay otros capaces de renunciar a todo por vivir. Yo hice lo primero y mira donde estoy... si hubiera hecho lo segundo no hubiera pisado esta cárcel.

—¿Y te arrepientes? —prefería hablar de él, ya que seguir hablando de ella solo terminaría con mi corazón más estrujado aún. Él siempre lo había sabido y yo nunca le había dejado contármelo.

—En absoluto. Volvería a hacerlo.

Nos mantuvimos unos minutos en silencio, pensativos. Cada uno en su mundo, cada uno en su propia desgracia.

—Jake, siento no haber venido a verte, te debo una disculpa. —me miró cuando rompí el silencio.

—No me la debes, entiendo que nadie quiere ir a ver a un «delincuente».

—No eres un delincuente.

—¿Y eso que más da? Me tratan como si lo fuera.

—En un mundo en el que mandan hombres de traje, calculadores y fríos, que adoran la racionalidad, luchar por amor debe ser el mayor delito de todos.

Y su respuesta, fue una sonrisa.

Capítulo 21

Ariadna

Vi a Teddy hablando con Wyatt. Los miré curiosa, intentado leer las palabras que salían de sus labios, pero fue inútil. Charlie no tardó mucho en aparecer y unirse a la conversación. Hacía días que los veía hablar mucho, y tenía curiosidad por sus conversaciones.

Hacia ya tres semanas que no había vuelto a hablar con Wyatt, y no sabía si estaba llevando la situación demasiado lejos. Le echaba de menos, mucho de menos y Harry no podía reemplazar a Wyatt, éramos amigos y me encantaba estar con él. Pero nunca sentiría por él lo que sentía por Wyatt, eso era un hecho.

Entonces me vio. Wyatt cruzó su mirada con la mía y nos quedamos mirándonos por algún tiempo. Él no parecía tener intención de apartar la mirada, pero yo sí lo hice. Aún me dolía mirarle, porque había quedado como una idiota.

Me levanté de donde estaba, no quería permanecer en su presencia y estar en el salón no ayudaba en absoluto. Caminé hasta el pasillo, con mi portátil entre las manos, ya que estaba editando todas las fotos de Nueva York. Wyatt me miró fijamente. Abrí la puerta del pasillo y pasé por su lado, sin mirarle pero él no tenía intención de hacer lo mismo.

«Incómodo, incómodo, incómodo.»

Una vez en mi cuarto, me puse los auriculares y la música a todo volumen, dejando que me inundara entera. Dejando que me ayudara a evadirme. Me senté en la cama y abrí mi portátil, donde seguí con mis fotos; aquello era cada día más mi pasión. Seguí con Maddie, pero al rato, sin saber por qué lo hice, acabé repasando todas las fotografías que tenía de Wyatt. No podía sacarlo de mi mente ahora que lo tenía siempre cerca.

Llegué a pensar, que posiblemente, él me amaría de vuelta.

Y me equivoqué.

Me quedé mirando las fotos, una tras otra, volviendo a empezar desde el principio. Aquella baño el London Eye, aquella en el metro, aquel beso en Glasgow...

Suspiré.

Princesa.

«Qué palabra más vacía».

De repente noté que el colchón se hundía a mi lado y por eso descubrí que me había evadido totalmente del mundo. Me sobresalté y creí perder el aliento al encontrar a Wyatt junto a mí, mirándome. ¿Qué hacía él en mi cuarto? Me miró vacilante y se acercó a mí sacándome los auriculares y dejando el portátil de lado. Por alguna razón no me moví, aunque debí haberlo hecho. ¿Que se creía que estaba haciendo? Estaba paralizada después de tanto tiempo sin tenerlo cerca.

—¿Pero qué...?

— Tienes mucho talento —admiró aquella foto que le hice meses atrás, cuando todo me sorprendía.

Cerré el portátil de un golpe. Él sonrió.

—Gracias —lo aparté a un lado con un movimiento seco, a conjunto con mi voz «Mierda».

Me levanté y dejé el portátil en la mesa.

—¿Por qué te lo llevas? —preguntó— Quiero ver las fotos.

—No —solté secamente de espaldas a él—. No vas a verlas.

Mi pulso se estaba acelerando, mis sentidos se nublaban. Dios, no podía dejar que él me afectara de esa manera.

—¿Por qué? —susurró.

—Porque no quiero. Vete.

—Ariadna... —suspiró—No me voy a ir.

—Pues deberías, porque te estoy echando

—Venga... por favor...

Volteé y me crucé de brazos, encarándole.

—Está bien, ¿qué quieres? —espeté— Y sé rápido porque solo tienes dos minutos.

No contestó. Se quedó mudo.

—Va, Wyatt. No tengo todo el día —estaba tan nerviosa que ni siquiera se me hacía difícil ser así de dura, porque él había sido un idiota.

Llevé mi atención a otra cosa, y bufé al ver que no decía nada. «Cómo se le esconden las agallas al perro cuando te encaras a él». Pero entonces, él me agarró de la mano obligándome a mirarle. Y mi mundo se detuvo por unos instantes. Sus ojos conectaron con los míos y el corazón se me subió a la garganta. ¿Cómo había podido vivir un mes sin mirarle a los ojos?

—¿Qué quieres, Wyatt? —volví a preguntarle y desvió la mirada, nervioso. Pero dos segundos más tarde volvió a mí— Wyatt...

—A ti... —dijo dejándome completamente de piedra.

—¿Qué?

Debí haber escuchado mal.

—Ariadna... —repitió con seriedad— Quiero hablar.

No despegué mi vista de sus ojos. Ni siquiera cuando me agarró de las mejillas con sus manos y me besó. Me quedé paralizada de nuevo, y esta vez asustada también, no quería volver a sufrir. Pero no rechacé el beso, no tuve las fuerzas para eso. Cerré los ojos intentando congelar el momento, pero sus labios se movían con necesidad, como si de verdad me hubiera echado de menos. Se empujó contra mí, agarrándome de la cadera y pegándose más a su cuerpo. En poco fuimos como una sola figura.

Estaba muy aturdida y no lograba pensar en nada más que no fuera ese beso. Se separó unos milímetros de mí para coger aire y lo besé de nuevo. Llevé mis manos a su nuca y las enrollé allí acercándolo más a mí.

No quería que esto se acabara, no quería que luego se fuera. Quería que me dijera que me quería. Pero por otra parte no quería que fuera tan fácil como estaba dejando que lo fuera, ¿qué me pasaba?

—Lo siento — susurró muy bajito, cerca de mi oído y mi piel se erizó—.

Perdóname por lo que hice. He sido un idiota, no puedo pretender que no me gustas, porque me encantas, y siento mucho lo que hice. No quería perderte.

—dijo y sentí que viajaba a la luna y volvía de vuelta para encontrarme entre sus brazos. ¿De verdad acababa de decir eso?

Volvió a besarme con algo más de ternura y luego se separó para mirarme.

—Wyatt... —posé una mano en su pecho, apartándole. Bajé la cabeza y suspiré, pero él puso un dedo en los labios indicando que me callara y suspiró. Le aparté—. No, no me hagas esto. No puedes venir con palabritas y pretender que no me hiciste daño. Yo confiaba en ti...

—Es que es imposible —dijo y se levantó negando con la cabeza. Me incorporé y lo miré confusa—. Es imposible que estemos juntos. No es porque no quiera estar contigo.

—¿Por qué? —pregunté— Dame una razón que no sea tu estupidez.

—Charlie —se separó de mí—. Y Harry, tu noviete.

Caminó en dirección a la puerta con cierta resignación.

—No es mi... —salió del cuarto dejando mi corazón partiéndose de nuevo, y mis palabras desvanecerse en el aire.

No entendía nada. Ni sus actos, ni sus palabras ni absolutamente nada porque todo terminaba con una resignación. ¿Para qué diantres había venido si lo único que quería era volver a repetirme lo que ya sabía? No íbamos a estar juntos. Aquello solo parecía dañarme, de nuevo.

Caí rendida sobre mi cama, acompañada de un suspiro.

¿De verdad Charlie era tan importante? ¿Y Bethany? ¿Tan inolvidable era esa chica? Aquello me sacaba de quicio, pero al mismo tiempo sentía lástima por Wyatt. Una vez pierdes la valentía de vivir por ti, has perdido todo lo que te queda. Las cadenas se las había puesto él, y las había anclado tan al fondo del océano que no sabía si algún día lograría salir del Titanic que era Bethany.

Sin embargo yo seguiría mi vida, porque no hay nada más necio que querer ayudar a quien no quiere ser ayudado.

Así que sin más dilación, agarré mi portátil y seguí con mi trabajo editando fotografías, tenía muchas obras con potencial entre manos y un proyecto personal que prometía ser un éxito —al menos en mi imaginación lo era—. La semana anterior una revista de moda me llamó para hacerme una

entrevista, les llamaba la atención que una chica tan joven fuera la fotógrafa personal de Madelynn Sparks y quisieron hacerme una entrevista antes de que me marchara de Londres. Desde ese entonces, había recibido algunos correos de personas influenciables en redes sociales que me preguntaban a cuanto cobraba una sesión de fotos. Así que me estaba pensando la posibilidad de trabajar para alguien más, de esa manera aumentarían mis ingresos y no estaría colgando de los hilos de Maddie. Sin embargo, ella se las había apañado para tenerme más ocupada que nunca.

Pero era mi día libre, y por mucho que me gustara la fotografía no iba a hacer ninguna sesión personal a nadie. Al menos hasta que pudiera encajar las cosas. Por el momento me relajaría, editaría y más tarde iría con Laia a comprarme una tableta gráfica —se me estaba haciendo muy arduo editar con el trackpad del Macbook—. Y quizás así me olvidaría de Maddie por un rato y con suerte también de Wyatt.

Enseguida vi una videollamada entrante de Harry. Descolgué.

—¡Hola, Ariadna! —saludó, justo cuando apareció su rostro en mi ordenador.

—Hey —mi saludo fue algo vago —¿qué tal?

—Genial —contestó—. Pero tú... estás más seria que de costumbre, ¿ha pasado algo?

Rodé los ojos.

—Wyatt. Se ha presentado para hablar conmigo, me ha pedido que le perdone y que me echa de menos pero... que estar juntos es imposible y después se ha ido enfadado porque cree que eres mi novio —le expliqué con bastante molestia—. Estoy bastante enfadada.

Harry había sido la única persona a parte de Laia a quien le había contado lo sucedido, por el simple motivo de que necesitaba desahogarme.

—Vaya un drama —rió un poco—. ¿Por qué cree que soy tu novio?

Me encogí de hombros.

—Yo que sé. Está delirando, y me pone negra.

—No se lo tomes muy en serio. Está celoso y seguramente bastante frustrado.

—Pues es solo su culpa. Él lo ha mandado todo a la mierda, no yo... bueno, ¿cómo es que me has llamado?

— Acabo de componer una canción, y me gustaría que me dijeras qué te parece.

—¡Wow! Claro —sonreí—. Enséñame.

—Bien —se separó un poco de la cámara para agarrar la guitarra—. Allá voy.

Comenzó a tocar, juntando su voz a la guitarra acústica. Enseguida me evacuó aquella melodía dulce como la de un melocotón, y fría como un helado. «Sweet remembering» se titulaba, y hablaba sobre un chico que recordaba los mejores momentos junto a la persona que había amado, pero que ya no era más que un recuerdo guardado en la cajonera junto a la cama. «Oh the sun was like a peach at the afternoon, saying goodbye to us, as our hearts beated faster» Se mantenía el tono nostálgico, como si hubiera una sonrisa pintada entre las letras, y pude imaginar miles de fotografías llenas de besos y sonrisas. «I liked you in that beach, I loved us in that sea».

Imaginé las costas catalanas, la playa de la costa brava, el olor a sal y las puestas de sol. Las risas junto al mar y las olas que nos miraban.

—Es preciosa —dije, completamente maravillada. Incluso me quedé con el estribillo cantando en mi cabeza. Harry era buenísimo— Es increíble.

—¿Estás segura?

—¡Completamente! ¿Estás loco? ¿Cómo no iba a estarlo? ¡Si es que tendrías que hacer un álbum tú solo!

Hizo una mueca.

—Bueno... técnicamente esto es para Maddie.

Mi boca se abrió por sorpresa.

—Tú estás loco. ¡No puedes darle esta canción!

—Pero es buena... Me ayudaría si ella la hiciera un éxito.

«Ella se atribuirá el mérito».

—No Harry, sé más perspicaz. Guárdala —le señalé— ¡Para tu álbum!

Bufó.

—No te emociones tanto, Ariadna. Que no voy a sacar ningún álbum, ambos lo sabemos.

—Yo no lo sé. Yo sé que lo vas a sacar.

Al contrario de lo que esperaba, se lo tomó algo mal. Lo vi en su rostro, que se contrajo al tensarse, y más tarde, retiró la guitarra a un lado.

—Harry... no te lo tomes mal, solo quiero animarte. Me fastidia que no creas en ti.

—Y a mí me fastidia que intentes hacer que las cosas sean de arco iris aunque sean una mierda, Ariadna. Ya te he dicho que no es tan fácil para mí.

—No hago las cosas de arco iris.

—Entonces no me animes a que me crea que puedo hacer algo de lo que me voy a arrepentir. Porque si me lanzo a intentarlo, lo más probable es que me dé de bruces contra la pared. ¿Y qué haré entonces?

—¿Y por qué eres tan negativo?

Suspiró.

—Porque soy realista y sé que no valgo tanto.

Y así es como se mata a los sueños; no creyendo en uno mismo.

—Yo voy a ir a comprar algunas cosas también —informó Laia agarrando su capuchino para llevar—. Así que al final aprovechamos la tarde las dos.

—¿Qué cosas? —pregunté agarrando mi chocolate caliente.

—Pinturas, y quiero un caballete. Mis padres me han pasado dinero hoy, pero tengo que conseguir un trabajo porque... —sonrió un poco— les he convencido para que me dejen intentar entrar en la universidad aquí, en Londres. Estoy entusiasmada, sin embargo tengo que esperarme un año porque no tengo al día los exámenes de inglés que exigen a los estudiantes extranjeros. Así que este año estudiaré inglés y prepararé mi portfolio. Y con un poco de suerte entraré en Bellas Artes en la Universidad de Londres.

—¡Laia, Dios mío! ¡Eso sería genial!

—¡Sí, lo es! Bueno, no creas que todo es perfecto, el grado es increíblemente caro, pero ya encontraré la manera de pagarlo. Aunque por lo que tengo entendido es como un préstamo. Además Blake no quiere que trabaje porque dice que su dinero ahora es mío también, pero necesito sentir que hago algo por mí misma. No quiero vivir de esta manera porque nuestra relación va muy rápido. ¿Quién sabe si dentro de dos años seguiré con él? Y además no quiero ser la mantenida de nadie. Así que las cosas están un poco tensas entre nosotros. Esta mañana se ha enfadado porque no quería tener sexo

con él, ¿te lo puedes creer?

Suspiré.

—No dejes que esto te agobie. Puedo ayudarte a conseguir trabajo, ¿quieres?

—Por favor... claro que quiero —me abrazó.

—Entonces mañana mismo comenzamos la búsqueda.

—Sí, por favor. No puedo dejar de pensar en mi futuro y voy a acabar volviéndome loca.

—Oye, deja de preocuparte por el futuro. ¡Ya vendrá! Preocupate de comprarte las cosas para pintar y pasarte horas haciendo lo que más te gusta. Quizá puedes conseguir que alguna empresa te compre tus obras o podrías trabajar para hacer exposiciones. Realmente la universidad tampoco es algo vital para la vida.

Ella se separó de mí y me dedicó una mirada seria.

—Ariadna. Sabes cómo soy, y quiero dar lo mejor de mí en todo lo que hago. Mi sueño es estudiar bellas artes y en un futuro vivir de ello. No sé si de artista, de profesora, de lo que sea, pero vivir del arte. Necesito respirarlo, ¿comprendes? Es la vida que me gusta, no quiero estar atada a Blake y a lo que él haga. Porque a pesar de estar juntos, él tiene su vida y yo la mía. Él tiene sus sueños y yo los míos, y eso ambos lo sabemos. No voy a vivir una vida que no me gusta, por él. Y si alguna vez llegamos a algo serio, necesito que sea nuestra vida, no la suya seguida por mí. Ni la mía seguir por él. ¿Lo entiendes? Y ahora mismo soy una don nadie viviendo del cuento de otro y odio ese sentimiento.

—Laia, no tienes que sentirte así. Tienes todo lo que podrías querer, y vas a poder tener todo a tu alcance si sigues con él o al menos mientras lo estés. Puedes ser quién quieras, nadie te lo impide.

—No tengo dinero, ni trabajo, ni estudios.

—¡Yo tampoco tengo estudios! ¡¿Y qué?! Ya lo tendré. Tienes dieciocho años, y todo un futuro por delante. Disfruta de esto mientras puedas y ya volverás a estudiar en otro momento. Creo que le das demasiada importancia a tener un título.

—No lo entiendes, Ariadna. No es que le dé importancia a un título, pero quiero una formación. Me gusta aprender y quiero hacerlo —hizo una pausa, sus palabras repiqueteaban pesadas contra la estancia—. Pero no importa, no

pasa nada. Tú siempre has pensado que la vida cae del cielo y todo es bueno —desvió su mirada de mí cuando dejó que su tono se volviera molesto.

No podía negar que eso era cierto, siempre me había comportado como si la vida fuera fácil y los milagros se repartieran en paquetes de diez en diez. Sin embargo, desde que había dejado Barcelona había aprendido que la vida no era así, y sabía lo que era esforzarte para ver que nada había valido la pena. También sabía lo que era esforzarse por un trabajo y sentirse terriblemente solo.

—Laia... — fui tras ella. Necesitaba que ella supiera que la apoyaba y que por mucho que pensara que los estudios no eran primordiales, había algo que sí era importante; si quería aprender era la mejor manera.

—Déjalo, Ari. cambiemos de tema. — y se fue cerrando la puerta.

—No, por favor. Las cosas no son así, yo no creo que el mundo sea un lugar ideal hecho de chucherías y caramelos. Sé que es jodido, se lo que es que no te tomen en serio— suspiré, y ella alzó una ceja—. Y te entiendo.

—Vale... cada una tiene sus problemas. Siento haber dicho las cosas de ese modo, pero a veces pienso que no sabes lo que es luchar. Siento que aunque tu vida no sea un cuento de hadas, tú si que crees que tienes un hada madrina rondando por aquí para salvarte el culo de todo.

—Lucho cada día contra la soledad. —ahí fui yo quien enserió—. Quizás no es contra mi jefa, que también, o contra llegar a final de mes, pero tengo un vacío dentro de mí desde que dejé Barcelona —mis ojos se aguaron de impotencia, ¿cómo podía decirme eso?—. Y no te voy a permitir que me digas que no sé luchar. Cada uno lucha a su manera, y cada batalla es distinta. Y no estás sola, me tienes a mí y aunque no lo quieras creer tienes a tus padres y a Charlie.

—Ari... no llores —dijo—Mira, perdona si te he ofendido, pero es lo que pienso.

Negué con la cabeza. Primero Wyatt, y ahora Laia. ¿Quién sería el próximo?

—No tengo que perdonarte nada, solo me has dicho lo que piensas y lo comprendo. Pero tienes que saber que también hay tormentas en el país arco iris.

Asintió, con un respiro rendido.

—Como tu digas, Ariadna.

No intercambiamos palabra alguna hasta llegar a la gran superficie donde ambas compraríamos nuestras cosas. Primero buscamos mi tableta, y luego fuimos a la sección de material de Bellas Artes. Eran tantas cosas que Laia tubo que llamar a Blake para que nos viniera a buscar, el chico estaba ocupado, pero dijo que podía escaparse un momento para venir. Nosotras le esperamos en una cafetería. Lana se pidió otro café, como si no fuera suficiente cafeína la que había tomado en los cuatro cafés que llevaba en todo el día. luego decía que no entendía por que se ponía tan nerviosa. «Si no te tomaras cinco cafés al día quizás no acabarías subiéndote por las paredes». Yo me pedí un zumo de piña.

Estuvimos hablando un rato sobre tonterías que vimos en internet, algo que agradecí ya que deshizo todo el hielo que se había congelado entre nosotras. Blake apareció un poco más tarde, con una chica a su lado. Nunca la había visto y por la expresión de Laia, ella tampoco.

La chica en cuestión era de estatura media, con los cabellos azabache por los hombros, tez blanca y mirada parda. Sus rasgos eran redondeados, y tenía una sonrisa en el rostro. Iba vestida con una chaqueta roja que llevaba abierta, un vestido negro con una falda de vuelo, llevaba medias del mismo color y unos botines con un poco de tacón. No exageraba en absoluto diciendo que era preciosa.

Blake no nos había visto, cuando después de hacer un comentario la chica se puso de puntillas y le abrazó dándole un beso en la mejilla. Él sonrió y la sujetó de la cintura.

—¿Pero qué cojones? —gruñó Laia, que se había levantado de la mesa y cruzado de brazos— ¿Quién narices es esa?

«Va a arder Troya» pensé.

Blake tardó un poquito en vernos, y enseguida nos saludó levantando la mano. La chica también lo hizo. Dios mío, era guapísima.

Laia estaba más tensa que un bate de beisbol.

Llegaron a nuestra altura.

—Hey chicas, ¿qué tal las compras? —saludó Blake soltando a la chica para inclinarse en busca de un beso de su novia. Ésta le apartó la cara, provocando una mueca en él.

Yo no dejaba de mirar a la misteriosa muchacha que se había unido a nosotros.

—Hola —ella misma se presentó—. Soy Noel, la prima de Blake y Wyatt —nos tendió la mano con una sonrisa.

«¡Dios mío!», escondí una risa por los celos de Laia.

—¡Hey, encantada! —contesté, estrechando su mano— Soy Ariadna.

Ahora que me fijaba tenían algunos rasgos parecidos, como el color del cabello y la forma de las cejas.

Laia dejó de lado su postura tensa para ponerse colorada. Blake se rió, agarrando de la cintura.

—¿Estabas celosa, cariño? —dijo, acercando su rostro al de la chica que bajaba la cabeza.

—Iba a matarte, imbécil. —contestó.

Entonces estallé a carcajadas.

—He visto como todo ardía —dije—. Te he visto sangrando, Blake.

Noel, algo confusa preguntó:

—¿Pensabas que...? —se llevó las manos al rostro— No, por Dios. Las confianzas eran familiares. Nunca tendría nada con este... este —miró a su primo...

—¿Este qué? —preguntó él.

—Simplón, diría.

—Joder Noel, no puedes haberme llamado simple.

—Lo he hecho.

Laia se rió.

—Te ha descrito muy bien —dijo Laia.

Yo me limitaba a mirar a Noel, preguntándome si Bethany que había sido su mejor amiga, se parecería en algo a ella.

—¿Por qué me hacéis esto? Ariadna, di algo bueno de mi.

Alcé una ceja.

—Cantas bien. —contesté.

—Vaya un halago, tenías que decir algo como eres una persona maravillosa renunciando a su tiempo libre por venirnos a buscar. Eres el mejor de Blue porque tienes un corazón enorme —me crucé de brazos.

—¿Y también quieres que me haga un ídolo con tu cara? Puedo rezarle tres veces al día —repliqué— Como los árabes a la Meca.

Se rieron todos.

— Pero admitid que entre Wyatt y yo... Gano por goleada. —dijo el chico.

Noel hizo una mueca.

—En el caso hipotético de que tuviera que escoger a uno de vosotros como novios, escogería a Wyatt. —confesó Noel.

Ahí fui yo, quien sin querer, fulminó con la mirada a la chica.

«¿Qué?».

Noel comenzó a reír.

—Ariadna, no me mires así, era una broma. No apoyo el incesto. Además tengo a... —su humor comenzó a cambiar y vi que de repente se tornaba triste, de golpe. Aquello me extrañó.

Blake suspiró al darse cuenta.

—No pienses en eso ahora, Noel. Te queda poco para verle.

—Seis días es mucho — se mordió el labio, pero no pudo reprimir el llanto. De repente parecía haber olvidado nuestra presencia—. Disculpadme necesito un baño, ahora vengo.

No nos dejó contestar siquiera, que desapareció entre las mesas de la cafetería buscando el baño.

—¿Qué le pasa? —preguntó Laia.

—No es agradable pero tarde o temprano os enterareis. Su novio está en prisión desde hace tres años, solo le permiten un día de visitas a la semana. Ayer fue ella con Wyatt porque él tenía que hablar de algo con Jake, su novio. Al parecer solo se permite un visitante y no pudo verle. Es de sentimiento frágil así que lleva así desde ayer. Ya hace una semana que no le ve y hará dos la semana que viene.

—Madre mía... —dijo Laia que al igual que yo no sabía muy bien que decir.

—Y me quejo yo de mis problemas... ahora me siento egoísta. —dije—. Voy a ver como está.

Fui hasta el baño, y al abrir me la encontré frente al espejo secándose las lágrimas con un trozo de papel.

—Oye... ¿cómo estás?

—Bien... estoy bien. Perdona —me miró—, estoy un poco sensible últimamente.

—No te preocupes, yo lo estuve hace poco. El mal de amor es una mierda. —me acerqué a ella— ¿me dejas ayudarte con el maquillaje? Se te ha destrozado un poco.

Asintió.

—Gracias... ¿qué te pasó?

Suspiré.

—Wyatt... Pasó algo entre nosotros, y yo estaba dispuesta a estar con él y ayudarlo a olvidar a Bethany pero... —hice una pausa— Me hizo ilusiones, me dijo que quería estar conmigo, me besó... me hizo creer que de verdad quería que estuviéramos juntos. Y un día, de repente, me dijo que ya no quería seguir porque no podía olvidar a esa chica. Y yo como una imbécil enamorada, cayendo por él aún sabiendo que no me quería a mí de verdad. Vaya una idiota, ¿no?

—Vaya un gilipollas él —sonó algo indignada—. Encima tuvo la cara de decirme que no había tenido nada con nadie porque no era capaz. Será embustero. Estoy harta de Bethany. Y estoy cansada de su estúpido drama. ¿Es que no se da cuenta de que así no va a ninguna parte?

—¿A sí?

—Sí, es como un maldito fantasma en su cabeza. Aunque espero que ahora que sabe la verdad comience a cambiar.

Me encogí de hombros.

—Pues no sé... hoy se ha metido en mi cuarto después de un mes sin hablarnos. Me ha dicho que quería hablar conmigo, que le perdonara, que no me quiere perder y que le gusto mucho. Me ha besado y después se ha largado diciéndome que es imposible que estemos juntos. Pero ahora tiene otra excusa más, dice que mi hermano no le deja. Quién no se deja es él —bufé, sonando enfadada mientras le limpiaba todo el maquillaje corrido—. Estoy harta, te lo prometo.

En su rostro no vi más que sorpresa.

—Mi primo es tonto —mi historia le sacó una sonrisa—. Y yo creyendo que Blake era malo en el amor. Wyatt es el peor que he encontrado, porque le gustas de verdad. Es un cobarde, eso es todo.

Me reí.

—¿Y a ti? ¿Cual es tu mal de amor?

—Mi novio está en prisión y no he podido verle esta semana. Me está matando por dentro no saber si está bien, no escuchar su voz, no saber de lo que le pasa ahí dentro —suspiró—. Amar a alguien y no poder estar a su lado sabiendo que esa persona te ama también es horrible. Llevo tres años sin besarle, no se nos permite en las visitas. Tres años. Cada día sueño con verle fuera de allí.

—¿Cuánto tiempo le queda?

—Le dieron siete años de condena, le quedan cuatro y ahora voy a pedirle un permiso. Estoy trabajando en rebajarle la condena...

—¿Qué... qué hizo? —pregunté algo temerosa— Si no es molestia preguntar.

—Tranquila, no es nada. Sus padres murieron hace unos años. Él era mayor de edad, pero tenía una hermana pequeña, Hillary. No podía mantenerla y tenía que entregarla a servicios sociales. Se negó y se fue de Londres al pueblecito donde yo vivía, alquiló una casa y se cuidaba de la niña mientras intentaba sacarse los estudios preuniversitarios. Quería ir a la universidad a pesar de todo... —hizo una pausa—, Hillary era muy feliz con él, no te niego que rozaba la pobreza, pero al menos estaban juntos. Ella iba al colegio, y nunca le faltaba de nada. Pero al final lo pillaron y lo acusaron de secuestro a un menor y como habría estado envuelto en venta de drogas le cayeron dos años más. Realmente solo vendió una vez porque iba muy mal de dinero y necesitaba comprarle unas cosas a la niña... pero bueno, a la ley no le importa las razones que tuviera.

Me sentí totalmente indignada, la había me invadió al imaginar la historia y el dolor de una persona que recibía condena por algo así.

—¿Y su hermana?

—La enviaron a servicios sociales... pero mi familia consiguió adoptarla. Ahora está muy bien. Pero Jake... mi pobre Jake —volvió a estallar en lágrimas y decidí no volver a mencionar el tema.

La abracé, a pesar de lo poco que la conocía.

—Hey... tranquila. Esto no durará para siempre
Asintió.

—Es cierto —susurró—. Pero siento que el tiempo ha parado porque no quiere que él salga de ahí.

—El tiempo no ha parado, cielo. Ya lo verás.

Nos quedamos allí unos minutos más, hasta que ella se calmó y decidió que era hora de volver a casa. Me contó que se había ido a vivir con Wyatt y que seguramente le estaría esperando para terminar de montar una de las estanterías de su nueva habitación. Blake también está ayudando con los muebles. Nos ofrecieron ir con ellos, sin embargo Laia tenía muchas ganas de ponerse manos a la obra con sus pinturas y yo tenía muy pocas ganas de encontrarme con Wyatt. Así que nos dejaron en casa de Charlie y después se marcharon.

Capítulo 22

Charlie

Aquel bufete de abogados olía a ambientador de lavanda y bosque. No solo eso, sino que la madera de cerezo de los muebles que casi no dejaba ver las paredes de la oficina. El pasillo que me había llegado hasta allí no era más que una moqueta oscura y una pared blanca con diplomas enmarcados. Una becaria no mucho mayor que yo me había hecho pasar, y dirigido al despacho de Karen, no sin antes ofrecerme algo de beber, «¿Café, té, agua? ¿Le apetece algo?». Le dije que me apetecía un café solo, lo iba a necesitar si la abogada decidía mandarme por donde había venido cuando descubriera que lo único que yo quería era investigar en su pasado.

La chica no se marchó hasta que Karen apareció, entregándole unos papeles y dándole las gracias por atenderme. La becaria asintió y se marchó, cerrando la puerta con mucha delicadeza.

Entonces todos los nervios que había acumulado desde que había llegado al edificio se multiplicaron por mil. Entendí por qué ella era la presidenta de la hermandad. Ella tenía esa actitud de autoridad que tienen las mujeres poderosas. Era alta y de constitución delgada, sus cabellos castaños y ondulados caían por debajo de sus hombros, y sus ojos claros, eran penetrantes. Se sentó frente a mí, quitándose la americana del traje gris que llevaba.

—Buenas tardes, Soy Karen Davis. Encantada— me tendió la mano.

—Charlie Britton —respondí, más preocupado del sudor de mis manos que de la mujer que podía tener las respuestas a todas mis preguntas—. Es un placer, gracias por reunirse conmigo.

—El placer es mío —sonríó—. No me has enviado ninguna denuncia, ¿entonces eres tú quien quiere denunciar? Me gustaría que me explicaras el caso.

«Vaya, iba a por faena».

Tomé aire antes de hablar, pero la becaria nos interrumpió y sirvió un café a cada uno. Dándome tiempo para pensar en cómo enfocar mi pregunta. «Verás, no quiero ser cliente tuyo, solo quiero que me ayudes a investigar el pasado de mis padres», No eso no servía. «Me gustaría que me explicaras lo que sabes sobre la hermandad a la que formabas parte cuando eras universitaria». No, eso tampoco. Mierda.

—¿Por donde íbamos? —comenzó dando un sorbo al café—. ¿Qué es lo que necesitas?

Va, cuando más rápido antes te olvidas.

—La verdad es que no quiero denunciar a nadie, y tampoco me han denunciado —intenté sonar lo más tranquilo posible.

Ella alzó una ceja,

—¿Y qué quieres, chico? Tengo trabajo por hacer. —pareció molesta.

—No... no quiero molestarte. En absoluto, pero necesito... Necesito que me resultas unas dudas.

—¿Yo? ¿Pero quién eres tú?

—Yo... soy...—suspiré, no parecía tener ganas de que le diera vueltas al asunto, sería mejor ir rápido—. El hijo de Abigail Britton. Tu compañera de universidad.

Su rostro enserió, y se puso tan blanca que podría pasar desapercibida con la pared.

—No sé de quién me hablas.

—Sí que lo sabes— contesté, sintiéndome mas tranquilo al ver que la había intimidado—. No quiero nada más de ti que saber por qué mis padres no estuvieron juntos.

—¿Y cómo voy a saber yo eso?

—Tú liderabas la hermandad.

—Sí, es cierto. Y yo eché a tu madre cuando se quedó embarazada. Así que o sé nada de lo que le pasó con aquel español —se llevó las manos a la frente—. Madre mía, no me puede estar pasando esto.

—¿Por qué no me quieres decir lo que pasó? ¡Que más da! Ya han cerrado la hermandad, ya sois todos altos con una vida perfecta. Así que, ¿por qué nadie puede contarme porque mi padre se largó a Barcelona y porque nunca le conocí? Algo debió pasar en esa facultad.

—Mira chico, el pasado es mejor dejarlo bien encerrado, porque sino, te come. Y mucho más el pasado que no puedes conocer.

—Pero es que no puedo cerrarlo. No puedo pasar página sin saber qué paso y por qué nunca he tenido a mi padre. ¿No puede entenderlo? Hagalo por mí, y no le robare un minuto más. Por favor.

—Chico...

—Llevo meses investigando en los archivos de la universidad a escondidas y no he encontrado nada. Por favor. Eres la única persona que puede ayudarme.

Suspiró, rendida.

—Todo lo que hay en esos archivos es falso. Se lo inventaron.

—¿Por qué?

—Para tener una razón de acabar con nosotras, no le interesábamos a la universidad. Nuestras ideas eran demasiado «revolucionarias». No éramos unas estúpidas sádicas como nos hacen ver.

—¿Y por qué tuvo que echar a mi madre?

—Porque podía hacer que cerraran la hermandad por imprudentes. Y hubiera sido dejar que ellos se salieran con la suya.

—¿Ellos?

—Los chicos de la 13.

—No entiendo, — ¿de qué estaba hablando?

—¿No hay nada sobre ellos en los archivos verdad? —negué—. Eso era porque el líder era hijo del decano, y creía que podía hacer lo que quería. Estúpido Sam. Yo me encargué de llevarlo a la cárcel años más tarde... púdrase ahí —hablaba con tanta rabia que podía ver el fuego quemando cada uno de sus recuerdos. Ese tío se pensaba que podía usarnos como a sus

muñequitas, pero las cosas no eran así. Pasaron cosas entre los chicos de su grupo y las chicas del mío, por eso quisieron acabar con nosotras —hizo una pausa—. Te lo voy a contar, pero te aconsejo que después te olvides de todo esto, porque te hará más daño que no saberlo. ¿Quieres que siga?

—Por favor— tuve que sujetar fuerte el café.

—Abigail estaba coladita por ese español. ¿Cómo se llamaba? No importa. Le advertí que no se fiara de él, era parte de los amigos de Sam y todas sabíamos que Sam no trae nada bueno. No nos hizo caso y casi nos cierran la hermandad por lo que pasó. Sam estaba muy enfadado porque nosotras le desafiábamos, él se había acostumbrado tenernos a todas en su cama, pero descubrimos que su juego no estaba basado en la libertad como nos hizo creer, sino en la posesión. Cuando todas comenzamos a darle de su propia medicina, quiso vengarse con la única tonta a la que tendría bajo control; tu madre. creía que no echaríamos a la chica de nuestro grupo me cuanto el español la dejara embarazada. Todo era un plan, tú fuiste el resultado de un plan para acabar con nosotras. Pero solo acaba con el futuro de tu madre. Tu padre siempre supo que tenía un hijo, ya que fue él quien decidió traerte al mundo —no fui capaz de decir nada, esta paralizado, perplejo y por un momento, lleno de vacío. Él... ¿cómo pudo hacer eso?

»Siento mucho haber dejado sola a tu madre en un momento así — continuó hablando—. Pero en ese momento veía las cosas de otra manera, y solo quería ver sufrir a Sam. Al final logró que nos prohibieran ser una hermandad y inventó todas esas cosas sobre nosotras. Desconozco si tu padre quiso saber de ti y tu madre no le dejó. No se nada de eso, pero al menos sé porque tu madre no quiso verle de nuevo. La había utilizado, ya está.

Comencé a sentirme como el resultado de una venganza. Peque en esa gran ciudad, en ese mundo de maldad, que me había hecho pagar toda mi vida los juegos de otros. ¿Qué era yo? ¿Un arma?

Ella lo vio en mi rostro. Vio el oro que había creído encontrar transformado en un túnel sin diamante alguno.

—¿Qué esperabas? ¿Una historia de amor algo Hollywood? ¿Creías que el destino había separado a dos personas que se amaban?

Negué. No era capaz de hablar. no era capaz de hacer nada más que sentir un poco en mis ojos que nunca antes debía sentido con tanta intensidad. Yo no era de los que lloran. Nunca. Boom. Se le rompió la burbuja a Charlie. Se le

acabó la esperanza.

Karen me había destrozado como un huracán se lleva todo a su paso. Y el odio que tenía a mi padre se hizo tan intenso que sentí que si lo veía alguna vez más, lo mataría con mis propias manos.

No era capaz de salir de allí, Karen me miraba pensativa, y con algo que nunca más olvidaría: pena.

—Te dije que el pasado es mejor dejarlo encerrado. ¿Te sientes mejor ahora que sabes la verdad?

Una parte de mi se sentía aliviada, pero la otra, se sentía como si acabara de tropezar y estuviera cayendo en un precipicio directo al mar y a las rocas.

—Sí, ahora me siento mejor— lo peor de todo no fue decirlo, sino no tener claro si mis palabras eran ciertas.

Mis preguntas se bloquearon, y de repente, no quise saber nada más de mis padres. Ni de mi pasado. Ni siquiera de mi mismo.

Me acabé el café amargo de un sorbo, dejé mis sueños en aquella taza blanca a insulsa. Me levanté, y me fui con un simple «gracias» que supo a toda la amargura que yacía en mi corazón.

«Soy una maldita venganza. Por eso mi padre nunca tuvo los cojones de mirarme a los ojos».

Capítulo 23

Ariadna

—¿Madrugando? —preguntó Charlie a mis espaldas, mientras yo me preparaba el desayuno. No le había visto venir.

Bostecé al voltear.

—Sí, hoy tengo que ver a Maddie al medio día, y me apetecía tener un poco de tiempo para mí, ¿qué haces tú despierto tan temprano? —le pregunté.

—La cabeza no deja de darme vueltas.

—Vaya... ¿y eso? —pregunté agarrando otra taza— ¿quieres un café?

Asintió.

—Gracias —dijo antes de comenzar la explicación a su dolor de cabeza—. En tres días comienza la gira —dijo sacando dos huevos y bacon de la nevera, ¿en serio? Nunca iba a entender como la gente podía desayunar esa clase de cosas. En mí país no verías nadie hacer eso— Tengo tanta ganas y estoy tan nervioso.

—¡Sí! —exclamé entusiasmada— Yo nunca he ido de gira. ¿Dónde iremos primero?

—Empezaremos por Alemania, después iremos a Italia y a Francia. Luego creo que vamos a países bajos, Dinamarca y subimos a Suecia. Y después iremos Barcelona donde nos quedaremos cinco días.

—¿Cinco días? ¿En Barcelona? —un escalofrío recorrió todo mi cuerpo; eso

significaba volver a ver a mamá y papá.

—Sí, Blake y yo insistimos en quedarnos los días de descanso allí, por ti y s. Y así Blake también conocerá a la familia de su novia y bueno, yo pensé que te gustaría estar ahí más días. —explicó mientras cocinaba su desayuno. Me senté frente a la barra con mi zumo y mis tostadas, dejé su café allí también.

—Sí, claro que me gusta la idea —aquellos detalles que tenía Charlie de vez en cuando me encogían el corazón, sin embargo, no me sentía realmente emocionada por la noticia— Gracias.

«Cinco días es mucho tiempo».

—De nada — acabó de cocinar y se sentó a mi lado para empezar a comer—. Por cierto, quería comentarte algo.

—Dispara.

Abrió los labios, pero no llegó a hablar de inmediato, en lugar eso se quedó pensativo como si estuviera repasando mentalmente aquello que me quería decir. Al final habló.

—¿Vas a estar todos los meses de gira conmigo? ¿O vas a ir con Maddie? — por alguna razón sentí que aquello no era lo que me quería decir.

—No lo sé... —suspiré—, en principio hoy es el último día que trabajo en ese proyecto porque mañana tengo una reunión para entregar todas las fotografías. No sé si querrá que siga trabajando con ella para algo más.

—Claro que querrá, ya te he dicho que te tiene de fotógrafa personal.

Rodé los ojos.

—Ya estamos otra vez. No voy a discutir eso contigo ahora, Charlie. El casi es que puedo pedirle vacaciones hasta que termine el tour, no serán más de dos meses, ¿no?

Asintió.

—Dos meses, clavados.

—Entonces genial, en dos meses, si quiere, volveré a trabajar con ella.

—Y mientras... ¿quieres ser nuestra fotógrafa del tour?

—¿Tú alucinas no? ¡No sé tanto como para eso!

—A ver, me refería a que podrías ser parte del equipo. No trabajarías tú sola, sin con dos fotógrafos más. Tú serías más bien una ayudante.

—En ese caso... ¡CLARO! —exclamé.

—¡Perfecto! Entonces le diré a Meredith que te llame.

No me lo podía creer. ¡Aquello era increíble!

—¡Muchas gracias, Charlie! —le abracé, y él, algo tenso me devolvió el abrazo.

—Bueno... no es nada... —contestó.

—no sabes cuánto te agradezco que me hayas cambiado la vida de esta manera —le dije—. No todo es perfecto, pero poco a poco voy sabiendo qué quiero hacer en la vida. Quiero hacer fotos.

Él sonrió.

—Me alegro de que hayas encontrado tu sitio. De verdad.

—Estoy pensando en apuntarme a terminar el bachillerato a distancia... y después apuntarme a un grado de fotografía.

—Permíteme decirte que es una de las mejores ideas que has tenido desde que te conozco.

Me reí.

—Eso ha sonado como si fuera una alocada.

—A veces lo eres —dijo sonriendo—. Pero forma parte de tu encanto.

Su sonrisa inundó mi rostro también, al mismo tiempo que sentí un calor dentro de mí, como si el sol se hubiera despertado en mi estómago, reconfortándome. En momentos como este, dejaba de sentirme sola, para sentirme junto a Charlie.

—En en un rato vendrán los chicos a ensayar, voy a vestirme, ¿vale? —informó mi hermano una vez terminó de comer—. Y a despertar a Blake.

—¿Blake está aquí? —pregunté, yo seguía con mis tostadas.

Charlie asintió.

—Teniendo aquí a su novia, y una habitación de cinco estrellas en el hotel Britton. ¿Dónde crees que va a estar? —bromeó.

—Obvio.

Salió de allí, dejándome sola. Sonreí incrédula. «Ayudante de fotografía en una gira... dios mío». Ni en mis mejores sueños. Me perdí en mi imaginación, soñando despierta con la gira. Hasta que los gruñidos mañaneros de Blake y las quejas de Charlie para que despertara me hicieron reír. Cuando el timbre sonó me levanté a la puerta.

Error. Contuve la respiración al verle.

Wyatt estaba plantado en la puerta mirándome con asombro.

—Buenos días — saludé y su ceño se frunció.

—Buenos días —respondió algo desorientado, llevando su mirada al suelo.

Yo buscaba su mirada, que parecía mas un eco de lo que alguna vez habíamos compartido. Volteé, y fue en ese momento en el que me percaté de que si él dejaba que le temor a perder de nuevo le dominara, no iba ser yo quien dejara que su corazón se inundara de resentimiento.

—Bonito pijama —observó y sonreí dándome la vuelta para mirarle. Me había olvidado de eso.

—Gracias, Wyatt —sonreí y sabía que esta reacción no era la que él esperaba por mi parte después de lo sucedido el día anterior.

—De nada, Ari —su tono sonó algo mas relajado.

—Pasa —me hice a un lado y pasó.

Fuimos a al comedor y se sentó en el sofá, yo fui a la cocina que comunicaba abiertamente con el comedor mientras el chico seguía mirándome como si intentará descifrar algo. Agarré mi tostada y fui a sentarme junto al chico.

—¿Cómo estás, Wyatt?

—Bien, ¿y tú?

—Muy bien, gracias — pestañeé coquetamente y él entrecerró los ojos antes de mirarme de nuevo—. Ayer conocí a tu prima, es muy simpática.

Alzó una ceja.

—Lo sé, se pasó hablando toda la noche. Y regañándome. Gracias por eso. — noté algo de molestia.

—Va no te enfades, necesitaba hablar con alguien.

—¿Con mi prima?

—Ella me habló de Jake.

No se quejó más. Asintió y tardó un poco en hablar:

—¿Qué pretendes? —preguntó— Creía que estabas enfadada.

—¿Por qué? Me dijiste que no querías perderme, eso es motivo para alegrarse, ¿no? —mi actitud no era mas que irónica, por supuesto que estaba molesta. Pero no iba a dejarme llevar por lo negativo; no más.

—Supongo —contestó, sin embargo esa confusión no tenía intención de desaparecer—. Si es eso lo que quieres pensar, adelante. Pero, ¿sabes? No me gusta que vayas contando lo que pasa entre nosotros.

—¿En serio? Qué pena. Solo he hablado con Noel y con Laia. ¿Tanto te

molesta?

—Me molesta que se hayan enterado solo mis primos. No creas que Blake no lo sabe desde hace tiempo.

—Laia...

—Ariadna, sabes que no me gusta que la gente se entere de mi vida personal.

—¿Porque así puedes echarte atrás cuando quieras? ¿porque así sientes que nada es totalmente real?

Era mi momento. Aquel era el momento en el que debía hablar con él y decirle lo que pensaba. Sabía que no era fácil pero nada lo era.

Entreabrí los labios y sentí las palabras llegar hasta mi lengua y chasquearla.

El tiempo decía que me apresurara pero yo me sentía intimidada ante su postura y olor. ¿Y si me perdía y sonaba más egoísta de lo que ya era?

—Buenos días —saludó Blake con su ronca voz matutina entrando al salón y sentándose en uno de los sillones algo aturdido, interrumpiendo completamente mi acto de hablar.

Mi mente volvió a aturdirse y cerré los labios llevando mi mirada al chico que yacía en bóxers y mala cara cayendo sobre el sofá. Odiaba que fuera así, porque estaba increíblemente bueno y mirarle no era algo que quisiera hacer.

—Buenos días —dijo Wyatt

—Tengo sueño... —bostezó Blake.

—¿Qué tal, Blake? ¿Has dormido bien? —le pregunté.

Asintió adormilado. Y cuando sentí la mirada de Wyatt en mí solo supe ignorarla.

—De maravilla —contestó— pero tengo sueño... —alargó la o.

—Claro, después de todo el ejercicio que hiciste anoche has dormido como un niño. — se burló Wyatt haciendo que el chico reaccionara con sorpresa.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Blake y comencé a reír como loca. Al final el chico había conseguido lo que quería.

—Yo lo sé todo —Wyatt miró al rizado, mientras se aguantaba la risa.

—No, en serio, ¿tanto ruido hicimos?

Mis risas no podían ser calladas, y mientras el chico creía que la insinuación de Wyatt iba en serio acababa de desvelar algo que ni siquiera sabíamos.

—Sí, mucho —Wyatt no quería parar la broma, y se acomodó en el sitio negando con la cabeza.

—Oh dios, qué vergüenza —susurró para mí mismo, cerró los ojos y suspiró con incomodidad antes de volver a mirarnos — yo... Em... Ahora vengo.

El chico se levantó y fue al pasillo, al cabo de unos segundos su voz se escuchó.

—Cariño... hicimos mucho ruido.

—¿De qué hablas? —replicó la voz de mi amiga.

Wyatt me miró antes de dar or finalizado su aguante de risa. Estalló en carcajadas.

—Blake es cortito —dijo Wyatt—. Si yo ni siquiera he dormido aquí.

—Un poco.

Entonces pensé en volver al tema, pero antes de que pudiera hacerlo fue Charlie quien irrumpió en la situación.

—Finn y Caleb están viniendo —anunció sentándose donde antes lo había hecho Blake—. ¿Tienes algo preparado?

Wyatt se encogió de hombros.

—¿Qué voy a tener? Ni siquiera sé por qué nos has hecho venir a todos aquí

—contestó— Tengo alguna cosas para el nuevo álbum pero si se supone que vamos a ensayar...

—Sería mejor trabajar en el nuevo álbum, ensayar ya nos lo harán hacer cuando empiece el tour. Esas canciones nos las sabemos de memoria, es una gilipollez ensayar tanto.

—Es una mierda —concluyó el rubio echando la cabeza hacia atrás.

—¡Blake, ven! —Charlie lo llamó.

El rabillo de mi ojo fue llamado a Wyatt, realmente, no podía pensar en nada más que no fuera él y odiaba sentir un hormigueo en mis dedos llamándome a tocarle a pesar de no poder hacerlo. La presencia de Charlie se me hizo molesta y por un segundo, sentí una pequeña voz en mi cabeza gritar. Luché por no suspirar.

Debía buscarme algo que me mantuviera con la cabeza en otra parte. Fui a mi cuarto y agarré mi móvil para después volver con ellos y sentarme en el sofá perdiendo tiempo en redes sociales. Sin embargo, mi mente continuaba yendose una y otra vez a aquel lugar que no podía controlar.

Cuando Finn y Caleb llegaron, los cinco chicos se hicieron camino hasta la pequeña improvisación de estudio que teníamos en casa. Suspiré tranquila una

vez desaparecieron, había sentido mi corazón ir a mil mientras un calor nervioso me invadía durante todo el rato. Dejé de mirar el móvil y eché la mirada al techo cuando mi amiga se sentó a mí lado. Su estado de ánimo melancólico comenzó a bailar por el ambiente, algo a lo que yo no sabía cómo actuar.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté.

—No lo sé —contestó, como si le pesara la voz como si las palabras no fueran más que rocas—. Yo estoy un poco deprimida —suspiró.

La abracé, quizá era lo que necesitaba, y adiviné cuando ella correspondió al abrazo.

—¿Qué sucede? —pregunté ya que el dinero no era lo único que la preocupaba, y lo sabía

—No me acabo de sentir bien.

—¿Por qué?

Laia, la que controlaba la situación. Laia, la que siempre sabía qué hacer y destacaba como la mejor. Laia, la que nadaba en el agua como la que más pertenecía a ella, había dejado caer el telón.

No podía creerlo.

—Es todo, este estilo de vida es... — no acabó la frase ya que antes de eso paró a inspirar profundo —, no lo sé. Supongo que solo necesito acostumbrarme.

Aquello no sonaba convincente.

—¿Seguro?

—Sí —asintió con una mentira.

—Quiero que me cuentes qué pasa, sino no puedo ayudarte.

—No es nada, tranquila. De verdad, solo que... —su mirada volvió a perderse, pero está vez en el suelo. Sus ojos se mancharon de cristal líquido cuando un par de lágrimas silenciosas bajaron por su rostro — le quiero. Quiero a Blake.

Fruncí el ceño. ¿Qué?

—¿Y por eso lloras?

—Sí —sollozó.

No pude evitar reprimir una risa. De repente todo el peso que llevaba sobre los hombros se esfumó.

—¡Pero no llores por eso! ¡Si él te quiere también!

—Pero es que... — su voz temblaba mientras limpiaba sus lágrimas apartando el cabello de su rostro — llevamos muy poco tiempo juntos y siento que nuestras vidas en realidad son tan diferentes... no sé.

—Os conocéis desde hace meses.

—Es muy poco tiempo.

—¿Y qué? ¿Te asusta amar con tanta rapidez?

—Las cosas a alta velocidad siempre acaban estrellándose.

—No si pueden volar.

—¿Qué?

—Los aviones... vuelan.

—Eres tonta —se rió entre lágrimas. Reí también, a pesar de no entenderla siempre sabía como hacerla reír.

Decidimos no perder el tiempo, ella buscó uno de sus blocs de dibujo y yo agarré mi ordenador para terminar de ordenar las fotos de la entrega para Maddie. El espacio se llenó de un silencio creativo que nos inundó a ambas, haciendo formar parte de algo que nos mantenía unidas.

Me giré cuando escuché voces, y enseguida me encontré con los chicos hablando entre ellos; ya habían terminado con la reunión. La mano comenzó a temblarme al sentir la presencia de Wyatt. Necesitaba hablar con él. Blake se acercó a su novia y se sentó junto a ella, ella alzó la cabeza y dejó un beso suave en sus labios.

—¿Qué hacéis? —preguntó Blake.

Mi amiga no contestó, así que lo hice yo por ella.

—Ella dibuja y yo arreglo mis fotos.

—Oh, ¿puedo ver? —preguntó con curiosidad a Laia.

—Claro —respondió ella. Blake le sonrió y enseguida me vi alejada de la situación.

Era la hora de almorzar y tenía un hambre inhumana. Intenté concentrar mis ideas en otros puntos que no fueran Wyatt o la comida, pero me costaba. Me costaba mucho ignorar se sentimiento tan intenso que desconocía. Problema número uno de no tener amores durante la secundaria; cuando te enamoras a los diecisiete pareces una niña de doce enrojecida porque el chico está en la misma casa que ella. Cruel vida.

Laia estaba mucho más tranquila, es más, escuchaba sus risas desde la cocina y eso me hizo sonreír también. No entendía el punto de su tristeza y preocupación, no quería ser una don nadie, pero eso no era así. ¿No podía verlo?

Me entretuve cortando verduras para hacerlas a la plancha.

—¿Qué haces? —preguntó Blake apareciendo a por algo de beber.

—Verdura.

—¿A las once de la mañana?

—Como verdura cuando quiero —le repliqué con molestia.

—Uy, uy... estamos bordes.

—No estoy borde, solo que haces preguntas idiotas —no entendía el porqué de mi tono de voz, pero me daba igual. Se fue sin decir nada.

Sentía un agobio recorrer todo mi cuerpo, y cuando pasaba mis nervios y humor se encendían. No podía evitarlo, por mucho que lo intentara.

—Hey, ¿qué tal? —esta vez fue Wyatt, que no tardó más de cinco minutos en aparecer.

—Agobiada —contesté sin ganas moviendo la verdura para que no se quemara.

Volteé y miré a mi alrededor para darme cuenta de que estábamos completamente solos en aquella cocina que se pegaba al comedor.

—¿Por qué? —preguntó y sentí un cosquilleo viajar por mis labios. Este era mi momento.

—Lo sabes, Wyatt. No me vengas con preguntas tontas .

No contestó. Suspiró y se dedicó a jugar con la cerveza que aún no había terminado mientras mis ojos miraban sus labios. ¿Debía dejarlo ser tan difícil?

—Wyatt... —me acerqué a él, pero no era tan fuerte como para lanzarme a sus brazos a por un beso— no puedo pretender que no me gustas. Ni que esta situación no me molesta. Yo tenía claro que iba a pasar de ti, pero viniste a dale vueltas al tema de nuevo y yo no sé... He llegado a pensar que lo que quieres es que yo vaya detrás de ti.

—No te he pedido que lo hagas —alzó la mirada hacía mí— Y te dije que era imposible, pero parece que no lo entiendes. No voy a tener ninguna relación —suspiró—. Creo. Al menos.

—No lo entiendo porque no tiene sentido —suspiré frustrada—. Dijiste que te gustaba y te volvía loco. Sé que es porque sigues estancado en el pasado, y puede que crea que a Charlie no le haga mucha gracia. Y si le sumamos esa norma estúpida del contrato en el que uno no puede tener pareja entiendo que te sientas presionado, pero por favor.

Su mirada se tornó seria y sus palabras se volvieron silencio mientras yo volvía a hablar:

—Wyatt, tengo sentimientos, ¿sabes? Parece que te olvidas de que estas jugando.

Dejó la cerveza sobre la encimera y se apoyó con las palmas de sus manos sobre el mármol.

—Vale, perdona. Es cierto que me estoy comportando como un egoísta.

—Yo no usaría precisamente esa palabra.

—Lo siento, Ari. De veras.

—No, yo lo siento por ti. Porque las imposibilidades te las pones tú solo. Te voy a decir algo, si no quieres tener nada, vale. Esta bien, yo ya te he dicho lo que pienso. Pero no pienso sufrir porque parece que lo único que quieres es marearme, y no voy a dejarte. Tenlo claro. Podemos hablar, ser amigos, lo que quieras. Pero dejemos este tema aparcado de una vez, porque no puedo más con tus líos y tampoco quiero rencores.

Suspiró, y habló, solo para fastidiarla más de lo que ya había hecho:

—No quiero que la banda se vaya a la mierda por un capricho mío. Ese es el problema ¿Vale?

«¿Qué?»

—¿Eso soy yo? ¿Un capricho? —mi voz fue seria, pero no podía evitar sentir el temblor en ella.

—Sí.

Volteé, apagué la plancha de verduras y me fui.

—Ahora sí que no tenemos nada más que hablar.

Tercera vez.

Era la tercera vez que salía perjudicada después de hablar con él. La tercera vez que me metía en el laberinto que era su mente, indecisa por naturaleza, temerosa perderse más aún. Quería decirme a mí misma que no podía más, son embargo, sabía que volvería a pasar. Porque yo nunca me daba por

vencida y él jugaba con la idea de tentarme a romper sus reglas. Por mucho que quisiera dar punto y final, por mucho que dijera «hasta aquí hemos llegado». La idea de deshacerme de Wyatt provocaba un dolor en mi corazón que no sabía cómo curar.

Fui a mi cuarto porque necesitaba esconderme del mundo y no tenía ganas de ver a nadie. Mi apetito había desaparecido y la palabra capricho taladraba mi cabeza haciéndome sentir como un trozo de carne. Yo era una persona, no un capricho. Yo era mucho más. Y por eso lo la impotencia me transformó en un océano de lágrimas.

«Ariadna, no. No llores de nuevo por él»

¡No puedo evitarlo!, me contesté a mí misma.

Cerré la puerta y me cambié, sentí la necesidad de hacer ver que el día comenzaba de nuevo.

Mi vestido blanco suelto de flores pequeñas turquesa no lograba acabar con la amargura y menos lo haría ir a trabajar con Maddie en un rato. Es por eso que la idea de irme antes pasó por mi mente. Quizás un café, unas galletas y un paseo logran acabar con mi tristeza.

—Ariadna... —noté como Wyatt entraba al cuarto y cerraba la puerta.

—Vete —no le miré, ni siquiera tenía ganas de hablarle. Quería que se fuera y dejara mi corazón roto tal y como estaba, porque cualquier cosa que dijera parecía dañarme más.

—No. Escúchame.

—No quiero hablar contigo.

Ignoré su toque cuando apartó el cabello de mi frente y de esa manera ignoré también su mirada buscando la mía. Ignoré su presencia sentada a mi lado, el temblor de mi cuerpo y su disculpa, «Lo siento, Ariadna. No debí decir eso. Soy un imbécil». Sin embargo, cuando intenté ignorar su beso en mi mejilla acompañado de otra disculpa, no pude:

—¿Qué crees que estás haciendo? Yo no soy el capricho de nadie, no puedes venir y besarme cuando tú quieras.

Por más que lo intentara me era prácticamente imposible mantenerme tranquila. Un do mayor nubló mi mente.

—No te pongas así —dijo.

—¿Y cómo quieres que me ponga? —lo enfrente apretando la mandíbula con

rabia — Me acabas de llamar capricho.

—Princesa...

—No, princesa no. ¡Capricho! ¡Eso tienes que llamarme! —me levanté.

—No has entendido a lo que me refería.

—Lo he entendido perfectamente —me crucé de brazos, luchando por no llorar de nuevo.

—No.

«Capricho, capricho, capricho»

Y el silencio se hizo. Esa clase de silencio que lucha por ser roto pero nadie tiene el valor para darle el empujón a hacerlo. Ese silencio que quiere saltar al mar pero el miedo no le deja. ¿Por qué insistía? Una pequeña parte de mí, creía que su voluntad iba por encima de su querer y su lucha interna por decidir la mejor opción gritaba por su gusto hacia mí. Necesitaba saberlo.

—¿Te gusto? —no estaba muy segura de qué esperaba con esa pregunta.

—Si —contestó mirándome fijamente a los ojos.

—¿Me quieres? —pregunté.

—Sí.

—¿Entonces cuál es el maldito problema?! —dije tirándole un cojín.

—¡Eh! —se quejó.

—¡De “eh” nada! ¿Cómo puedes decir que me quieres y luego dejarme de esta manera? ¡No soy un juguete!

—No digas eso. No eres un juguete. Lo sé, y nunca te trataría como tal.

—Entonces deja de hacerlo, entonces bésame de verdad, entonces dime que vas a estar conmigo y quédate a mi lado.

Bajé la mirada al suelo, no quería mirarle. Me había echo daño, mucho daño, pero él me cogió de la barbilla y la alzó para que le mirara, cosa que no hice. ¿Por qué había dicho todo eso si después no tendría el valor de mirarle a los ojos? Es más, cerré los ojos cuando se acercó lo suficiente para besarme tiernamente en los labios. Sentí el beso en lo más profundo de todo mi ser haciendo que mariposas revolotearán por mi estómago, subiendo hasta mi garganta y acariciando mis labios con los de Wyatt.

—¿Me quieres, verdad? —¿Cómo le preguntas si te quiere a quien no deja de rogar por tu amor?».»

Me sentía como una muñeca en sus brazos, capaz de actuar como un títere solo

por él.

—Sí —me volvió a besar. Me gustaban sus besos pero odiaba mi poca estabilidad emocional.

—Escúchame, por favor —susurró y asentí, «no me marees otra vez, por favor»—. No quiero perderte. No eres un capricho. Nunca lo serías, yo me refería a que no quería fastidiar a los demás chicos por un asunto mío.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé, Ari. Pero no puedo aguantar un día más sin ti.

—Tienes que decidir. O tu pasado, o tus demonios... o yo.

—Ari... esto es difícil.

—Déjame aclarar tus dudas.

Noté incomodidad en la situación, así que callé al volver a besarle sabiendo que no era correcto. Su beso seguía tierno, sin embargo poco a poco cambió para convertirse en algo más pasional, necesitado, querido. Sentía que mi mente se había convertido en un papel de ideas cruzadas en forma de colores. ¿Qué pasaba si me atrevía a pasar la línea?

Mis manos no preguntaron si podían apoyarse en sus mejillas, y de alguna manera lo agradecí. Sus manos se posaron en mi cintura, mis piernas me pusieron en su regazo y sus manos acariciaron la piel de mi cintura dejando que todo fuera parte de un bonito relato que mantendría en mi memoria por mucho. Su aliento chocaba contra el mío y mi cuerpo se acercaba a él si que pudiera controlarlo. ¿Era normal esta pasión?

—Uh —me sobresalté al escuchar la voz de Blake— ¿te lo estás pasando bien, primo?

Me separé de Wyatt pero sus manos seguían en mi cintura, él alzó la cejas en dirección a su primo.

—¿Qué quieres, Blake? —preguntó el rubio y Blake se apoyó en la puerta cruzado de brazos.

—Pues nada... Yo estaba paseando y quería hacerle una visita a mi amiga. Pero me he encontrado a mi primo comiéndole los morros.

—Madre mía... —dije y escondí la cabeza en el hombro de Wyatt.

—¿Paseando? ¿Por casa de Charlie?

—Pues sí... —dijo Blake— ¿Qué pasa? ¿No puedo? —hice ademán de apartarme de Wyatt pero Blake soltó una carcajada— Ariadna tranquila, que

no me importa que estés así con él. Yo ya lo sabía.

—Ya cállate, Blake —ordenó Wyatt.

—Vale, me callo —su actitud fue seria, por lo cual ambos suspiramos. Decidí separarme de Wyatt, sin embargo Blake volvió a hablar— ¡Ja! Que os lo habéis creído. Yo me quiero enterar de todo —dijo sentándose a los pies de mi cama mirándonos como un niño pequeño al que le ofreces un caramelo.

Reí y Wyatt negó con la cabeza.

—Blake, eres una cotilla —dije.

Él levantó las manos en señal de rendición.

—Si no me contáis le chivo a Charlie —imitó a un niño pequeño.

—Pues le contaré a tu madre lo que pasó con su amuleto cuando teníamos catorce —amenazó Wyatt.

—¡NO ERES CAPAZ!

—Lo soy. Y le contaré a Laia todo lo que quieres olvidar de tu pasado.

—Eres una mala pulga —sentenció Blake levantándose.

Reí. Vaya par.

—Aquí están todos locos —dijo Wyatt, volvió a besarme y sonreí sin entender a donde íbamos a parar con nuestra relación.

Capítulo 24

Ariadna

Mi respiración estaba agitada, y no me di cuenta de ello hasta que terminé de gritar. Mi corazón había subido a mi garganta y bombeaba tan fuerte que sentía que en cualquier momento iba ahogarme. Laia, que se aguantaba de brazos cruzados mantenía su mirada azul rojiza y llorosa. Ninguna de las dos quería pronunciar palabra alguna y sabía que así iba a permanecer la situación. No podía creer que me echara en cara sus llantos, porque a pesar de todo sabía que tenían algo de cierto.

Durante un tiempo, no dejamos de mirarnos. Mi cuerpo era como un cohete punto de despegar.

Fui hacia mi cuarto a terminar la maleta, no tenía nada más que decirle.

Lloró. La chica lloró y a pesar de entender sus razones no lograba encontrarles coherencia. Quizá éramos más diferentes de lo que alguna vez había creído. La razón era la misma que le había tenido melancólica los últimos días, sin embargo se le sumaba una discusión con Blake, en la que él le había dicho que no veía factible que se buscara un trabajo para estudiantes con condiciones mínimas. ¿Sus razones? Aquello los separaría, y a él no le importaba ayudarla económicamente hasta que pudiera tener algo de sus cuadros. Laia no estaba dispuesta a aceptarlo, como era comprensible y por esa razón había venido llorando a mí porque yo la había traído a Londres. Y

según ella, también a este problema.

Laia se equivocaba; no había sido yo, había sido Blake, pero tenía tanto orgullo que no quería aceptarlo.

Suficiente había tenido hoy con que Maddie hubiera rechazado todas mis fotografías al decirle que me iba a ir a trabajar a la gira de Blue estos dos meses. Maldita zorra. Encima me había despedido, dejándome sin nada. ¿De qué había servido todo este tiempo con ella? ¡Me había usado de fotógrafa para sus redes sociales! Que no me hubiera molestado, si tan solo hubiera sido sincera desde el principio.

Lo que más rabia me daba era que Charlie me advirtió de que esto pasaría. «Por idiota, ¡él te avisó!». Por eso ni siquiera se lo había contado a él; solo lo sabían Blake, Laia y Harry.

Por eso me había sacado de mis casilla el tener que aguantar a Laia, deprimida porque no sabía qué hacer con sus dibujos ni qué trabajo buscar que encajara con el ritmo de su relación. No me hubiera molestado si no me hubiera culpado a mí de sus problemas.

No tenía, precisamente un buen día, y había dormido poco, pensando en mi familia y en las mil maneras que podría usar para vengarme de Maddie. La dejaría en mi imaginación, ya que por lo menos no me consideraba tan rastrera como ella. Si realmente hubiera sido mi amiga se hubiera alegrado por mi oportunidad con Blue. ¡Vamos! Acababa de hacer la última entrega de fotografías, ¡Ya no me necesitaba más para el álbum! «Ariadna, no seas ilusa, no te quería para el álbum. Solo eras un peón en esa partida que como objetivo solo tiene aumentar su ego». No podía entender a esa chica, por más que lo quisiera.

Comencé a repasar lo que tenía en la maleta. Laia me siguió y ayudó sin soltar una palabra, y por más que no entendiera nuestra reciente discusión, sabía que ella estaría siempre para mí. Era humilde y eso nadie podía quitárselo.

Estuvimos media hora en silencio.

—Ari —me llamó, poniéndose frente a mí—. Lo siento —sus ojos ya no estaban rojos.

Asentí, y suspiré.

—Tranquila, no pasa nada. Pero no me eches las culpas a mí, te has enamorado y es difícil. Pero yo también siento no comportarme como el pilar

que necesitas ahora mismo.

No me dijo nada, pero me abrazó tan fuerte que podríamos habernos quedado pegadas en nuestra amistad. Y pensé en mamá y en papá, y en lo mucho que los extrañaba. ¿Qué me hubiera dicho mamá de Maddie? ¿Y papá? ¿Hubieran sabido escucharme y aconsejarme para que no me diera de bruces contra la pared? ¿Y yo? ¿les hubiera escuchado?

Mi cabeza estaba llena de “y si...?”, y sentía una irremediable tentación a llamar a casa.

Hay personas de las que no puedes distanciarte, el tipo de personas que no dejarán que lo hagas, porque eres una pieza en su vida, al igual que ellos lo son de la tuya. ¿Cómo? ¿Por qué? Ese ya es un simple juego del corazón, y por eso cuando papá me llamó no fui capaz de ignorar la llamada, parecía caída del cielo. Mis sentimientos florecían y a pesar del dolor, nunca podría negarle nada a mi padre. Porque eso era, mi padre.

Me separé de Laia, la miré a los ojos y le enseñé el nombre en la pantalla. Ella me asintió con una mirada aprobadora y asintió; mis padres se merecían al por mi parte. Y yo también me lo merecía, a pesar de todo.

—No me mates. Yo les he enviado el número —se disculpó mi mejor amiga. Y aunque no dije nada en voz alta, internamente, le di las gracias.

—¿Diga? —me acerqué a la ventana y mis dedos jugaron con la cortina. Mi amiga permaneció a mi lado.

—Hola, Ari —su voz sonó igual de dulce que siempre. Papá tenía la cualidad de hacer que me relajara nada más escuchar su voz. Comenzaron a caer lágrimas sordas por mis ojos, que yo ni siquiera controlaba, que él no podía notar desde su costa en el mediterráneo—¿Cómo estás?

«Cuánto he extrañado tu voz».

—Bien, papá —hice un esfuerzo por mantenerme distante, a pesar de que algo me decía que mi comportamiento solo perjudicaba a ambos. El dolor emocional no era tan fácil de arreglar— ¿Y tú?

—Bien —contestó. Sentí que me quedaba sin voz— pero echo de menos a mi hija, y estoy preocupado por ella.

El arte de clavar la aguja en la yaga. El dolor en la nostalgia. El recuerdo que te hace preguntarte cuántas de tus decisiones fueron un error y cuantas un acierto.

—Lo siento, papá. Necesitaba tiempo lejos de todo. —limpie mis

lagrimas. Me sorprendía poder hablar con claridad.

—Lo sé, cariño. Y he intentado comprenderlo, pero...

—¿No puedes?

—No, no puedo.

—¿Y mamá?

—Menos aún.

Suspiré. No quería hablar de esto, hacía que se me formara un nudo tan grande en el estómago que creí que se me habría un agujero negro en mi interior.

—Mañana empieza la gira. Voy a viajar por Europa —cambié de tema, con amargura sabor «eres una cobarde» entre los labios.

—Vaya, qué bien. Disfruta de la experiencia.

Sentí que se había abierto una brecha entre nosotros. Me sentía como si le hablara a un extraño laque curiosamente conocía muy bien.

—Gracias.

—¿Ya has conocido a la madre de Charlie? —preguntó.

Segunda aguja para la yaga.

—No —mi voz sonó más seria—. No quiero conocerla.

Sentí un eco al otro lado de la línea. Un eco formado por su silencio.

—Como tú quieras, Ariadna. Esto es decisión tuya. —su voz, esa que tanto me tranquilizaba, se notó rota.

«Qué he hecho». La culpa tenía que ser mía.

—Gracias —noté mis dientes chasquear— ¿Cómo está, mamá?

—Te echa de menos, lo está pasando muy mal.

No quería seguir con la conversación. Sentía que la nostalgia iba a ser mayor a mí y un sentimiento de haber crecido antes de tiempo iba a invadirme.

—Papá tengo muchas cosas que hacer. Ya hablaremos — corté la conversación con rapidez.

—Está bien — dijo—. Te queremos mucho, llámanos pronto, ¿vale?

—Vale, adiós.

—Te quiero, tesoro. — y colgué.

Entonces fui yo quien lloró. Caí en los brazos de mi mejor amiga. Sin ninguna palabra que decir, más rota de lo que nunca había estado. No era más

que tristeza y nostalgia. Y comencé a visualizar toda mi vida en Barcelona, como si estuviera leyendo una colección de diarios de mi vida, y en todos me arrepentía de todos los errores que había cometido, muchos de los cuales ni siquiera conocía

Capítulo 25

Ariadna

—**H**arry, necesito dar una vuelta. Llevo un día asqueroso —le confesé a mi amigo que se había presentado con una pizzas en mi casa cuando le había dicho que Madelynn me había echado.

—Podemos salir si quieres. O podemos beber aquí —propuso. Solté una carcajada.

—¿Quieres emborracharte? ¿Así sin más? Porque a mí no me iría mal.

Se encogió de hombros.

—No es muy emocionante así, la verdad. Yo que sé. Prefiero que t emborraches en casa que en la calle, tienes el baño más cerca para vomitar.

Bufé. Nos habíamos tumbado en el sofá mirando al televisión, algo a lo que ninguno prestaba atención. Estábamos solos, ya que Charlie había salido con Blake y Wyatt y Laia estaba hablando por videollamada con su familia.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó.

Suspiré.

—No tengo muchas ganas de hablar del tema. He discutido con Laia, y he hablado con mi padre después de meses sin hablar. No puedo dejar de darle vueltas a la cabeza. Si le sumas lo mal que estoy por que Maddie me echara de patitas a la calle... —suspiré—. Mi vida es una mierda.

Me apoyé en él, y me rodeo con el brazo.

—Yo no puedo dejar de pensar en si me va a dar créditos o no... Después de ver lo que te ha hecho a ti, me espero cualquier cosa de ella.

—Y aún así sigues prendado de sus huesos. ¿Eres masoquista? — pregunté. No lograba entender como aquel chico seguía queriéndola, y ahora que Maddie me había fastidiado no tenía ninguna razón para no decirle la verdad a mi amigo.

—¿Por qué sigues tú queriendo a Wyatt a pesar de que te haga daño? — preguntó— Supongo que es por lo mismo. Me siento idiota.

—Voy a decirte algo que no te va a gustar. Y quizás te enfades conmigo, si lo haces, te doy permiso para gritarme lo miserable que soy.

Frunció el ceño extrañado, se incorporó en el sofá y me miró serio y confundido al mismo tiempo. Con la mirada fija en mí.

—¿Qué tienes que decirme?

Suspiré.

—¿Recuerdas cuando estuvimos en Nueva York?

—Sí.

—Os hice una foto a ti y a Maddie besándoos, y sin querer, la envié a un grupo en el que está Caleb. Él se enteró y bueno, Maddie me dijo que te engañara e hiciera pensar que estaba enamorada de ti para librarse de ti.

—¿Qué? ¿Por eso me llamaste para ir a cenar?

Asentí.

—Me amenazó con despedirme. Yo no quería hacerlo, por eso, no lo hice. Eres un gran chico, y para mi no eres ninguna molestia e la que librarse como para ella.No te quiere, no te valora. La única razón por la que se liaba contigo era por que “así tus canciones eran mejores” —con cada palabra, Harry estaba más serio, más lejos de la simpatía que siempre había conocido de él —. No me gustaba eso, pero, ¿qué iba a hacer yo? También me dijo que no te iba a dar crédito ninguno por tu trabajo.

Achinó los ojos, incrédulo.

—¿Por eso me has estado diciendo que guarde las canciones para mí?

—Claro... no podía decirte la verdad porque tenía miedo a que me despidiera, pero al menos podía disuadirte para que no cometieras un error... —suspiré—. Sé que no ha estado bien y debí decirte la verdad. Pero...

—Lo sé, lo sé —habló lentamente, pensativo y con una mueca de tristeza

en el rostro. Desilusión, engaño, traición, esos sentimientos veía en su rostro —. No me duele por ti Ariadna. Me molesta que no me lo hayas dicho pero lo entiendo y aun así me has animado en todo. Me duele por ella. Porque, Joder, yo si que me había enamorado.

Se levantó y se llevó las manos al rostro.

—¡Ha jugado conmigo para que escriba canciones más íntimas! ¡Será zorra! —caminaba de un lado a otro de la habitación.

—Harry... lo siento —me levanté y me acerqué a él.

—Ahora si que quiero emborracharme. ¡¿Dónde mierda tienes el vodka?! ¡Le he vendido cinco canciones! ¡Menos mal que no he cerrado el trato con las demás! —comenzó a hiperventilar, muy nervioso—. ¡Joder!

Le agarré del brazo.

—Hey... Harry tranquilo.

Negó.

—Me siento utilizado.

—Pues igual que yo, creía que era mi amiga, y nunca lo fue.

Volvió a llevarse las manos al rostro, incrédulo.

—¡¿Pero como se puede ser tan desalmado?! —preguntó, más para si mismo que para mí.

—Venga, ven aquí —le di un abrazo. No tenía palabras para calmarle, así que era todo lo que podía darle. Me devolvió el abrazo con tanta fuerza, con tanta necesidad que me sentí completamente llena. Nunca me habían abrazado de esa manera.

—Eres mi mejor amiga —susurró—. Y eso que te conozco desde hace muy poco. Gracias por estar en mi vida. Es la única cosa que le agradezco a Madelynn.

Le acaricié la espalda. Me dejé llevar por el calor que emanaba de aquel chico de cabellos castaños, tez morena y ojos azules. Me dejé llevar por aquel corazón soñador asustado de salir a hacer realidad su sueño. Y me dejé llevar por él.

—Gracias a ti por estar en mi vida —aquello sonó más íntimo de lo que sonaría con un simple amigo. Él era más que eso; era mi mejor amigo también.

—Te quiero —dijo. Y sabía que hablaba solo de amistad.

—Y yo a ti— yo también hablaba de amistad.

Nos mantuvimos un rato en el abrazo, y después, nos separamos y fui a buscar algo de beber. Ambos necesitábamos olvidar. Ambos necesitábamos reír. Y ambos necesitábamos estar el uno con el otro.

Yo saqué el vodka. Él sacó los vasos. Yo el refresco. Él hizo la mezcla.

—Haz los honres —me tendió el vaso.

—¿Sabes que somos patéticos? ¿Ahogando las penas en alcohol?

Se ríe.

—¿Qué más da? Ahora nos pondremos artísticos. ¿Tienes una guitarra?

Asentí.

—Charlie tiene una.

Fui a buscar la guitarra y agarré mi cámara. Volví al salón y él había llevado allí las bebidas. Agarró la guitarra y comenzó a tocar melodías varias mientras hablábamos.

—¿Qué tal con Wyatt? —me preguntó.

—Hemos... vuelto. No lo sé. No tengo nada claro lo que somos, pero supongo que estamos juntos.

Me dedicó una sonrisa.

—Espero que no la fastidie esta vez.

Asentí, pensativa. Imaginando todas las maneras en las que Wyatt podría fastidiarla.

—Esperemos... —bebí.

Se cruzó de piernas en el suelo, y con su atención en la guitarra y en las notas comenzó a tocar.

— So good. So Sweet... So good. So Sweet —su voz era ronca y dulce al mismo tiempo.

Sonreí, y le hice una fotografía.

—Adoro tu voz —le elogíé.

Me miró, con una sonrisa vergonzosa en el rostro.

—Gracias —dio otro trago de su mezcla.

Él seguía con su tarareo mientras yo le fotografiaba. Tanto a él, como a ambos. Era pura diversion, no tenía que pensar en sacarnos perfectos, simplemente tenía que dejarnos ver siendo nosotros mismos.

—Voy a cantarte algo que estoy imaginando —informó.

*So good. So Sweet.
Kill the vibe. Kill that dress.
I just want to play my best
And there's her always pushing me out.*

*Yeah I know he's the best
And I'm just the other man*

*She's so good,
she's so sweet
so good
so sweet*

*¿Did you know he found me in London?
¿Did you know he told me the truth?
You never had that "open relationship".
You just wanted two men in your legs.*

—Buena para Maddie —dije.

—No le irá mal —suspiró.

—Grábala en un estudio —dije—. No seas tonto, vete con todo el talento que tienes, graba esas canciones y ¡A por un contrato!

Se mordió el labio, pensativo.

—Con una condición —alzó el dedo índice.

—¿Cuál?

—Me dejás usar las fotos que acabas de hacer para el álbum.

Me reí a carcajadas. Estaría de broma, ¿no?

—Son fotos corrientes, no estaba pensando en hacer algo profesional.

—No me importa como sean. Edítalas y pásamelas. Yo me tiro a la piscina, pero tú te tiras conmigo de la mano.

Sonreí, y no supe por qué, pero llegué a sonrojarme un poco. Aquello era quizás, lo más dulce que me habían dicho nunca.

—Trato hecho —le tendí la mano. Sonrió satisfecho y me la estrechó.

—Trato hecho —y me guiñó un ojo.

Wyatt

—Nah, creo que quizá me acostaré con a esa —señalé a una de las chicas de vestido negro apretado y tacones de aguja sentada en la barra del pub—. Tiene un culo tremendo —reí dando otro trago.

Blake soltó una risita tonta y me miró de reojo antes de hablar. Tenía la nariz tan roja que parecía Rudolf.

—Tú no te vas a acostar con nadie.

—¿Y tú qué sabes? —repliqué.

—Wyatt, que la chiquita se cabrea si haces eso. Además pierdes la apuesta —replicó echándose hacia atrás en el asiento y cerrando los ojos—. Y no queremos eso.

«Cabrón».

Esa apuesta de la que hablábamos la habíamos hecho hacía un año, cuando prometí que solo me acostaría con alguien a quien quisiera. No fue por voluntad propia. Conocí a una chica en un un pub y Blake me dijo que no era capaz de acostarme con ella porque aún pensaba en Beth. Aposté que no era así, y él apostó lo contrario. Yo estaba convencido de que lo de Beth era una tontería, sin embargo, cuando llegó el momento, no fui capaz. Y en consecuencia Blake me hizo prometer que la próxima persona con la que me acostara sería alguien a quien, al menos, quisiera.

—¿La chiquita? —preguntó Charlie que estaba sentado al otro lado en la mesa redonda— ¿Quién es esa?

—La chiquita —respondió Blake con diversión—. El ligue de mi primo —le di una patada por debajo de la mesa para que callara la maldita boca. Charlie no podía saber de Ariadna, o “la chiquita”. Mi primo me fulminó con la mirada.

—Sí sí, una chica. No la conoces —informé.

—No me has dicho nada, cabrón —me insultó sin venir a cuento.

—Lo siento, se me ha olvidado. No tiene mucha importancia —repliqué

dando otro sorbo. El alcohol iba a hacerme explotar la cabeza, pero era el último día antes del tour y quería olvidarme de toda la mierda que vendría a continuación. Firmas, fans, jet lag, más fans, gente hablándome en idioma que no entiendo, estrés, más estrés, ensayos, más ensayos de cosas que ya sé hacer... y Ariadna.

—Tranquilo, no pasa nada —replicó—. Pero enseñame una foto, al menos
Blake comenzó a reír, y si las miradas mataran, Blake hubiera muerto en aquel momento.

—No tengo ninguna decente —respondí.

—Va, no mientas —dijo Charlie.

—Es que son... ya sabes. Algo personal. No te lo puedo enseñar —intenté librarme del mal trago.

Blake, estalló en carcajadas, antes de hablar:

—¿Sabéis qué? Sois un par de tontos —nos miró a los ojos pero su nariz sonrojada y su tono ebrio me hizo reír— No te rías de mí, Wyatt.

—Pareces Rudolf —me metí con él.

—Ya lo sé, estoy precioso. Más guapo de lo que estarás tú en toda tu vida.

—Eres más tonto que nosotros dos juntos —dijo Charlie.

Blake cerró los ojos como si buscara paciencia en alguna parte.

—¿Me vas a dejar hablar, o no? Quiero contaros algo.

—Es que hablas muy lento y me aburres— repliqué.

—A que te pego —replicó

—A que no.

—A que sí.

—A que no.

—A que sí.

—A que...

—¡Callaos, joder! — interrumpió Charlie—. Habla de una vez, Blake.

—Pues mira, es que...

—¡Hola! Me llamo Beth, ¿podría hacerme una foto con vosotros?— una rubia despampanante irrumpió en la situación.

Blake hizo una mueca de fastidio.

—Yo no voy a hablar nunca... —murmuró.

—¡Claro! —respondió Charlie.

—Yo no, que estoy borracho y salgo muy feo —dijo Blake, de repente, entre risas—. Se llama Beth.

—¿No decías que estás guapo? —le repliqué— ¿Qué problema tienes con su nombre?

Me señaló.

—Se llama como tu ex —se rió más, señalándola—. Yo estoy como yo digo, ¿vale?

Negué con la cabeza y me disculpé ante la chica.

—Joder, siempre diciéndome lo que tengo que hacer. Don correcto con la ley y con las opiniones. —continuó Blake.

Rodé los ojos.

—Blake, ya.

—Blake, esto, Blake lo otro.

—Que sí, calla —expresé levantándome para hacerme la foto con Beth—. No seas pesado.

Blake no rechistó. Nos hicimos las fotos con la chica y cuando se marchó volvimos la atención a Blake.

—Creo que Laia me va a dejar, hoy hemos discutido —dijo dando otro trago—. ¿Qué hago? No quiero que me deje.

«A esto viene la borrachera y el comportamiento».

—¿Qué? —pregunté— ¿Por qué?

—Sí, mierda. Para una vez que me enamoro, la chica se asusta porque voy muy rápido. Además no quiere que la ayude en nada y ya comenzamos a tener problemas.

—Es que vas muy rápido —rió Charlie—. Relájate un poco. Un día de estos le pides matrimonio. Te veo ta capaz que no me sorprendería.

—No puedo relajarme, me he enamorado —hizo un puchero— ¡No quiero que me deje! Pero no atiende a razones. Ella quiere trabajar, pero si trabaja, ¿cuándo vamos a estar juntos? ¡Yo me voy a ir por Europa!

Tanto yo como Charlie comenzamos a reír a carcajadas.

—Que no te va a dejar —dijo Charlie entre risas—. Solo tendrá sus dudas, como las tienes tú. Es algo normal, todas las parejas discuten.

—No te rías. Que yo veo como me mira, y no es como antes.

—¿Cómo antes? ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? ¿Dos meses? — reí.

Blake me fulminó con la mirada antes de dejar la copa en la mesa de un golpe.

—Te callas —sentenció. Volví a reír—. Y llevamos más tiempo. Wyatt, no te rías.

—Es que estás llorando por una tontería—le dije.

—Es que estoy borracho, ¿te importa? Y si hablamos de ti estalla en carcajadas todo el local.

—No — volví a reír mientras Charlie hacía lo mismo.

—Laia no te va a dejar Blake, no dramatices — dijo Charlie.

—Eso espero —dijo Blake levantándose—. Voy al baño.

Ambos asentimos cuando el chico se levantó, alejándose. Estaba seguro de que iba a vomitar, no sería raro en él. Pedí una cerveza y Charlie pidió algo de aperitivo ya que tenía hambre.

—No sé si tengo ganas de que empiece el tour —dijo—. Por una parte estoy entusiasmado pero por otra voy a echar de menos estos días de “vacaciones”.

—Yo tengo muchas ganas —sabía que iba a costarme mantenerme cerca de Ariadna intentando que todo fuera como siempre. Amigos éramos, y eso no podíamos cambiarlo.

—Quizás es porque siento que voy a dejar tirada mi investigación un tiempo.

—¿Por qué?

—No puedo investigar fuera de Londres.

—Seguro que hay algún alumno de fuera de Londres. ¿Y si pruebas a pedirles una entrevista?

—¿Después del éxito con aquella abogada?

—No pierdas la esperanza, no todo el mundo es esa mujer.

—Hay una mujer en Italia, cerca de Milán.

—Escríbele un email, quizás te ayuda.

Jugó con su cerveza unos segundos, pensativo.

—Voy a hacerlo —contestó—. Mañana por la mañana, antes de ir al aeropuerto.

—Genial.

El camarero nos trajo el pedido.

—¿Te cuento algo?

—Dime.

—Desde que estoy con esto de la hermandad y mis padres, no puedo dejar de mirar a mi alrededor. Y me he dado cuenta de que hay secretos en la banda.

«Mierda». Se me heló la sangre. ¿No sabría nada de Ari? No podía saber que había “vuelto” con ella.

—¿Qué dices?

—No lo digas a nadie —me miró fijamente con tanta seriedad que estuve seguro de que lo había descubierto. No quería volver a discutir con él por su hermana—. Es importante que nadie se entere de esto.

—¿Qué sucede?

estaba tan nervioso que noté como de repente comenzaba a sudar. «Blake, ahora es el momento de aparecer y cortar la conversación. ¿Dónde diantres estás?»

—Es Finn.

—¿Finn? —mi primer pensamiento fue borrosamente confuso. Finn no era la clase de persona que guardaba secretos. ¿Qué?

—Creo que sigue sintiendo cosas por Madelynn. El otro día se vieron —el alcohol ya me estaba volviendo loca la cabeza. Él no podía sentir nada más por Madelynn, eso acabó hacía mucho tiempo. Sin embargo, a medida que pasaban los segundos y Charlie seguía mirándome con total convicción, mi credibilidad aumentó; quizá si era posible.

—¿Cómo que se vieron? —llegó mi cerveza, agradecí y mi pie comenzó a golpear el suelo nervioso mientras mi amigo esperaba que la camarera se alejara. Si algo cabía destacar, era que éramos el punto de atención en la estancia a pesar de estar alejados de todos. Debía intentar permanecer calmado.

—Madelynn le llamó. Fui a cenar con Teddy y luego él apareció con una chica. Estábamos hablando y le llamó Maddelynn, lo vi en la pantalla de su móvil. Él colgó la llamada y después se escuchó y se fue...

—Espera, ¿estabais los cuatro solos? —le interrumpí.

Negó.

—También estaban Jason, Chloe y Mark —informó. Esos eran amigos de

Charlie, ya que a pesar de ser un grupo todos manteníamos nuestras propias amistades fuera del rol de banda—. La chica estaba hablando con Chloe y no se dio cuenta de que llamó, pero yo sí. Se alejó de todos y cuando colgó se fue con la excusa que le dolía la cabeza —no podía creerlo, quizá Charlie solo estaba dejando que el alcohol le hiciera decir tonterías—. Esto acabará mal, Wyatt.

—¿Estás seguro? Lo de Madelynn y Finn terminó hace un año.

—Un año no es tanto tiempo.

—Lo es si has superado a la otra persona y más si esa persona tiene una relación con tu amigo— dije—. Además, ambos sabemos que Madelynn puede ser simpática y buena amiga... pero no puedo decir que sea buena novia. Ya sabes lo de Harry... y sospecho que no será el único. Finn no es idiota, no arruinará una amistad.

. Di un trago amargo de cerveza; ese sabor era uno de los que me daban la vida.

—Lo sé, lo sé. Es muy zorra en ese sentido. Caleb tiene más cuernos que dedos en las manos —dijo y dejé el jarrón en la mesa.

—Si se acostado con medio Londres.

—Y no puedes decirle nada...

—Ya. En realidad a mí me da igual que tenga mil amantes, lo que está mal es que le prometa amor a alguien y se la pegue por la espalda. Yo llevo un año sin sexo y me siguen llamando mujeriego por un descuido —recordé a aquella chica rubia con la que me lié una noche en una fiesta; estaba tan borracho. Pero tampoco me importaba, después de todo era joven y podía besar y tocar a quien me apeteciera.

—Bienvenido al siglo veintiuno —dijo con burla—. Tú estate atento y si ves algo raro avísame. No quiero que el grupo se desmorone porque Madelynn le sea infiel a Caleb con Finn.

—Viendo como reaccionó con Harry quizás ni se inmuta.

Negué.

—Si lo engaña con Finn, Blue terminará en trio. Tú, Blake, y yo.

El grupo era mi vida, y sacrificaría todo por seguir con él de una pieza. Absolutamente todo. Así que como pillara a Finn, se iba a enterar de quien es Wyatt Hardford.

—¿De qué habláis? —preguntó Blake cuando volvió, su nariz seguía igual de sonrojada, y sus ojos adoptaron ese tono brillante de haber llorado. No pregunté.

—Creemos que Madelynn está intentando engatusar a Finn. Olemos cuernos —informé.

—Zorra — masculló con desprecio —. Sabéis que solo la aguanto por Caleb, sino fuera por eso, ardería Troya cinco veces. Y suerte que mañana ya no la veo más porque como me la enganchara en el tour iba a tener que tomarme sedantes para no quedarme sordo cada vez que la escuchara dando órdenes a todo el mundo como si ella fuera la reina de Europa— Hablaba casi sin respirar, parecía que iba a ahogarse.

—Cálmate, Blake —dijo Charlie—. No vale la pena alterarse.

—Encima es «amiga» de Laia, me cago en mi vida —maldijo dando un golpe en la mesa—. Lo único que espero de una persona tan prepotente como Madelynn es que desaparezca, os lo prometo.

El odio de Blake hacia Madelynn no era muy nuevo, podría decirse que siempre había sentido rechazo hacia ella a pesar de que a ojos de todos supiera ponerse una máscara y hablar con simpatía.

—Al menos le ha dado trabajo a mi hermana —dijo Charlie.

—¿Trabajo? —Blake alzó las cejas, más disgustado aún—. La ha tenido meses haciéndole fotos a todas horas para que en el último momento le diga que no quiere nada y que no va a usar su trabajo para el álbum.

Me quedé de piedra.

—¿Qué dices, Blake? —preguntó Charlie, sorprendido también.

—Ah, no os lo ha contado. Y todo porque tú, Charlie, le ofreciste hacer fotos en nuestro tour y Maddie se enfadó. Así que no le ha hecho un favor a nadie. Ni siquiera a Harry, que se va a quedar en la sombra más oscura después de componerle un álbum entero —hizo una pausa—. No me pidáis que me relaje, por favor.

Apreté los puños de rabia.

—Esta imbécil se va a enterar de quien soy yo. ¿Cómo se atreve a aprovecharse de mi hermana? ¡Mi hermana! —saltó Charlie, a quien enseguida intenté calmar. Yo también estaba furioso, pero no había que caer en el mismo juego de niños de Madelynn Sparks.

Por suerte, mi madre, tan oportuna como siempre, decidió que aquel era un momento perfecto para llamarme. Y lo aceptara o no, nos hizo un favor al apaciguar la tensión de la situación.

—¿Diga?

—¡Hijo! ¡Ya me estás contando lo de la novia de tu primo que a tu tía va a darle un ataque de alegría y Blake no ha llamado! estallé en carcajadas, esas dos mujeres siempre estaban igual.

—Blake, mi madre te solicita — le di el teléfono pasándole el marrón a él.

—¿Hola? — respondió la llamada frunciendo el ceño — Sí, tengo novia... no, no la voy a llevar a casa... no, no vais a hacerle chaquetas de punto...— comenzó a reír — No voy a comprarle un perro —me disco una mirada socorrida y yo negué con al cabeza. «No puedo salvarte de esta, lo siento»—. Sí, estoy borracho... ¡Yo también tengo derecho a divertirme!... Por dios, no es whisky... vale... que sí... No... no lo veo viable... no insistas que no puedo llevarla a casa. Edimburgo está muy lejos, tía... Vale, cuando acabe el tour... Laia, se llama Laia... yo no tengo la culpa de que sea un nombre raro... es de Barcelona... —rió a carcajadas— No, no baila flamenco... No sé si sabe cocinar... Yo no mando a mi novia a cocinarme, tengo a Charlie para eso —«¡Oye!», exclamó nuestro amigo—... Vale, yo le pregunto si sabe hacer paella y tortilla de patatas... que sí, te pasa la receta —se apartó el teléfono de la oreja—. Tu madre es muy pesada.

—Dime algo que no sepa —reí.

Se volvió a poner al teléfono.

—Tengo que irme, luego hablamos ¿sí? Te quiero, tía.

—También te quiero, mamá —grité al oído de Blake.

—¡Wyatt, que me dejas sordo!

Volví a reír. Mi primo siempre sería mi mejor amigo, y mi complemento en muchas cosas. Yo rubio; el castaño. Yo responsable; él alocado. Yo relativamente bajito; él era alto como una jirafa (quizá no tanto). Pero éramos la mezcla perfecta que toda familia necesita.

Charlie, se había quedado callado. Miraba su cerveza y comía las patatas fritas que había pedido en silencio. De vez en cuando me miraba fijamente, y después volvía a lo suyo. Se le veía muy enfadado por lo de Ariadna, y eso hizo que me pudiera en alerta. «Hay secretos en Blue».

—Dime Charlie, ¿qué es lo que crees haber descubierto?

Capítulo 26

Ariadna

Por fin comenzaba la aventura, primer destino: Berlín.

Estaba nerviosa, la idea de ir de gira con Blue era alucinante; increíble. No podía creer que había intentado ahorrar de los almuerzos, pagas, y noches de niñera para ir a un solo concierto, y de repente tendría entrada privilegiada en todos y además trabajo. Aquello era más de lo que una fanática de un grupo podría pedir. Iba a ser tan increíble que aquella era la única palabra que tenía para describirlo.

Laia y Blake ya habían arreglado sus diferencias, Wyatt y Charlie hablaban entre ellos, y Finn y Caleb estaban sumidos en sus teléfonos móviles. cabe destacar que el último seguía molesto conmigo por aquella foto de Nueva York.

Me acerqué a una de las tiendas del aeropuerto a por gominolas; las esperas me hacia necesitar azúcar. Quizás debería comprar muchas porque estaba cansada de levantarme a cada rato a por otra bolsa. Pero también pensé que debería plantearme el dejar de comer porquerías. Pero... siendo realista, ¿cómo resistirme a las golosinas? Era imposible.

Me compré dos bolsas de ositos Haribo, y muchas golosinas varias: fresas, cerezas, de vino, etc. Si me dijeran con qué no podría vivir, sabía que golosinas sería mi primera sorpresa.

Charlie me quitó uno de los paquetes de Haribo cuando me senté con ellos, por lo que parecía la adicción era algo familiar. Wyatt no me hablaba, y agradecía eso, que sería difícil esconder lo que había entre nosotros delante de mi hermano. Me gustaba despejarme con mis lápices, mi música y mis golosinas. Así que me puse los auriculares y me dejé evadir del mundo hasta que Laia me tocó el brazo para que levantara y entrara al avión.

La azafata se ríe de mí cuando me vio socorrida entre todas cosas las cosas con las que cargaba; no lograba encontrar mi pasaporte. Llevaba el libro y las golosinas en las manos, y en el bolso colgando de mi hombro tenía mi ordenador, mi móvil, mi tablet, millones chicles, maquillaje y todo lo que prácticamente nadie necesita a menos que sea yo, además de mi monedero y tarjetero. Mi pasaporte y billete de embarcación habían quedado en el fondo, humillando mi momento. Bufé exasperada porque no conseguía alcanzarlos.

—Lo siento — dejé el libro en el pequeño mostrador de la chica.

—Tranquila, no pasa nada —dijo. Todos ya habían pasado, y ninguno se había dignado a ayudarme «Muchas gracias, chicos. También os quiero».

Finalmente encontré mi pasaporte y se lo tendí junto con el billete. Fila uno asiento A. ¡Me tocaba ventana! Adoraba ir en la ventana, no había nada mejor que poder pasar el rato ceno el mundo desde las alturas. Dudaba que hubiera algo más bonito que las nubes al sobrevolarlas.

—¡Tenga un buen vuelo! — me deseó y le dediqué una sonrisa antes de adentrarme en el túnel que llevaba a la puerta del avión. Un cosquilleo comenzó a jugar con mis tripas. Estaba nerviosa, como una niña pequeña a punto de experimentar algo que nunca creyó que existiera.

—Berlín —susurré—. Es increíble.

Siempre había imaginado Berlín como una ciudad fría y gris. Supongo que por su historia, o por mi escaso conocimiento de ella. Sin embargo, ir era algo que siempre había querido hacer, me parecía tan enigmática que todo lo que podía pensar era en buscar la manera de capturar todos sus secretos con mi cámara. Cabe decir que no me creía capaz de tal logro, pero al menos, iba a asegurarme de que la esencia de Berlín no se me olvidara en la vida. Quería dar paseos por el río, visitar el famoso muro de Berlin, ver sus museos, plazas, calles... ir en bicicleta y llevar mi cámara en la cesta programada para sacar una fotografía cada treinta segundos, captando mi recorrido por la ciudad. Era una idea algo arriesgada, ya que podía salir muy bien, o

terriblemente mal.

Estaba tan entusiasmada y ansiosa. ¿A caso podría soñarlo más maravilloso? Esperaba que lloviera, porque la lluvia siempre hacía las cosas más encantadoras ya fuera de buena o mala manera. Podía convertir una noche tranquila en algo escalofriante y una calurosa tarde de verano en un agradable baño de frescor.

—¿Otra vez hablando sola? Eso sí que es increíble, Ari —Wyatt se burló de mí.

—No te burles de mí —lo miré de reojo con una sonrisa tonta en el rostro.

—Ayúdame, Caleb es muy pesado con Madelynn. No deja de decir que la echa de menos —bufó.

—Déjalo. No vale la pena discutir con un ciego.

Suspiró.

—Es muy pesado.

No contesté.

Entré al avión y me senté enseguida dejando mi bolso a mis pies. A mi lado estaba Wyatt y al otro Caleb. Ambos estaban callados y dado a que no tenía muchas ganas de hablar, agradecí que lo hicieran. No estaba de mal humor, simplemente tenía ganas de disfrutar del silencio y ponerme a leer un rato. Hacía mucho que no cogía un buen libro y me perdía unas horas en la imaginación.

Al cabo de media hora de vuelo, decidí dormir. Estaba terriblemente cansada.

—Princesa, despierta —la suave voz de Wyatt me sacó de mi sueño. Había dormido todo lo que quedaba de viaje. Me removí en mi asiento y abrí los ojos para encontrarme con su intensa mirada. Quise besarle, pero aunque deseara hacerlo frente a Charlie, no lo haría.

Toda yo me estremecí, y al mirarle a los ojos sentí la urgente necesidad de conocer que era lo que se movía entre nosotros; lo que nos hacía juntar

nuestros labios; lo que nos hacía mirarnos con un quiero estar a tu lado.

Me levanté aún adormilada. Wyatt me ayudó y salimos del avión junto con todos los demás. Vi a los chicos y a Laia hablar animadamente frente a nosotros pero Wyatt no hizo señal alguna de querer unirse al grupo. Es más, me agarró de la mano y caminó a cierta distancia de los chicos y de todos los demás que venían, llámese estilistas, managers y más gente que yo no conocía y tampoco tenía intención de conocer.

Ese gesto hizo que un calor me recorriera por dentro.

—¿Quieres ir a ver Berlín esta tarde? —preguntó. Claro que quería, es más, estaba deseándolo.

—Claro —contesté con una sonrisa.

Él sonrió y solté su mano. Agarré a Molly que estaba colgada de mi cuello y le saqué una foto a su rostro confuso.

—¡Eh! —exclamó— Al menos avisa.

—Me gusta más cuando estas normal y no fuerzas una sonrisa —y eso era totalmente cierto. Él estaba guapo sin pretenderlo.

Fuimos a coger las maletas y una vez con ellas nos dirigimos a la salida.

Cuando salimos del aeropuerto lo único que podía pensar era en irme de allí, es más podría decir que mi actitud gritaba la necesidad. Había mucha gente y nunca había visto tantas fans juntas. "Joder" escuché exclamar a Laia cuando vio tal cúmulo de miradas y voces. Yo por mi parte me tensé, me solté de Wyatt y busqué a mi hermano con la mirada en busca de ayuda, y al verme, él se acercó a mí y me rodeo los hombros en símbolo de protección. Con él me sentía a salvo, a pesar de que llevara unos días muy frío conmigo.

Llevaba unos días distante. A veces le pillaba mirándome con expresión dolida, como si yo le hubiera hecho algo. No lo entendía, pero había tantas cosas que no entendía de Charlie, que me conformaba con saber que formaban parte de las cosas que nunca sabría. Sonaba bastante conformista, pero yo no tenía el valor de dar la cara y hacerle explicarme qué era lo que le sucedía.

—No te alteres —dijo—. Sabes que son muy escandalosas, pero la mayoría son inofensivas... —asentí.

Ya lo sabía. Eran chicas normales como yo y ellos, no obstante las cosas eran muy distintas si las mirabas desde esta parte dela historia, donde todo apunta hacia ti y eres el centro sin querer serlo. Yo debería haber pasado desapercibida, después de todo, no era nadie. Pero a mí no me asustaban los

fans, lo que me atemorizaba era la multitud.

Pasé entre medio de la multitud, abriéndome paso con los brazos y la mirada en el suelo. No quería que la bordería fuera un adjetivo con el que se me etiquetara más tarde, sin embargo mi actitud era la misma que anteriormente y tenía ganas de estar tranquila en contacto con el nuevo lugar. Pero la tranquilidad parecía imposible. Llegué hasta el taxi y me apoyé en la puerta aguantando bien mi bolso y mirando la situación. Los chicos se hacían fotografías. Laia llegó a mi lado también, sin embargo su actitud era muy distinta a la mía; reía.

—¡Esto es una locura! —me miró— Una chica casi se come mi pelo — negué con la cabeza ante su risa incontinida.

—¿Por eso te ríes?

—Ha sido muy gracioso, ¿vale? —siguió riendo—. Me ha parecido simpática, porque ha sido si querer. A la pobre la han empujado.

—Vaya... —yo estaba agobiadisísima.

—Ugh, estoy cansada —dijo entrando en el vehículo y poniéndose cómoda. Imité su acción y entré a su lado. Estaba impaciente por salir a visitar la ciudad con Wyatt y esperaba que no fuera de esa manera cuando lo hiciera; realmente quería disfrutar de la ciudad y no tenía ganas de interrupciones a pesar de sentirme muy egoísta por ese pensamiento.

—Yo he dormido en el vuelo, no tengo mucho sueño —informé.

—Yo no he dormido nada —dijo divertida—. Estaba enganchada a Blake.

Rodé los ojos. No entendía su comportamiento. En un momento estaba feliz y sonriente con su relación y a otro estaba llorando y lamentándose. ¡¿Quién los entendía?!

—¿Y esa cara? —preguntó frunciendo el ceño.

—No sé, después de la que me liaste por Blake ahora vienes riendo y enamorada con tu romance perfecto. No hay quien te entienda. ¿Te entiendes tú? —solo pude mirarla de reojo. En ocasiones las personas somos tan complicadas.

Ella bufó, y dejando que algo de orgullo se mostrara en su rostro miró hacia la ventana.

—Quizá solo estoy confusa. Pero tranquila, no te diré nada más. Así mis

problemas no te afectarán —estaba molesta, pero no iba a bajarme a su nivel—. Deberías estar contenta de que haya solucionado las cosas con él.

—Cómo digas —contesté impasible antes de mirar también por mi ventana.

Tanto ella como yo sabíamos que no iba a callarse y que volvería contarme todas las cosas que pasaban por su cabeza en pocas horas. Así era su orgullo, fuerte pero poco duradero. Intenso solamente a momentos. Exactamente igual al mío.

Blake se sentó al lado de su novia que tubo que moverse al centro. Charlie fue al asiento copiloto mientras los otros tres iban en otro taxi. Suspiré. Ya echaba de menos a Wyatt.

Wyatt

Cuando dejé las cosas en mi cuarto me di una ducha. No tenía que ensayar hasta el día siguiente, y a parte de la entrevista telefónica con una radio australiana a las once de la noche, aquel día era todo para mí. Así que decidí que saldría con Ariadna después de ducharme.

Estaba tan entumecido que no pude evitar desperezarme un par de veces antes de entrar bajo el agua, había algo en los viajes de avión que me hacía sentir de esa manera tan incómoda.

El hotel no estaba mal; era exactamente igual a todos los hoteles de lujo en los que había estado, salvo por algún pequeño detalle en el menú o en la arquitectura y decoración. Pero debía ser sincero, todos ofrecían lo mismo al final de todo el paripé.

Salí de la ducha media hora más tarde, y después de vestirme y arreglarme el cabello fui a buscar a Ariadna, que estaba en una habitación a dos puertas de la mía.

Hay veces en la vida en las que estás nervioso y no puedes controlar el por qué de ello, simplemente es algo mayor a ti que solo te incomoda pero al mismo tiempo te gusta. Eso me pasaba con Ariadna, y sabía que todos mis problemas de atracción a ella venían de dos focos importantes. El primero, mi

miedo, algo a lo que por fin estaba decidido a vencer. Segundo, Charlie. Y tercero, el contrato, ya que ahora Finn había aparecido con una “novia”. Genial, yo era el que debía quedarse soltero.

—¡Wyatt, ya estás aquí! —exclamó la chica al abrir la puerta.

Asentí apoyándome en el marco. Ella se mostró abierta a dejarme pasar al cuarto, pero no quería hacer nada de lo que después fuera a arrepentirme. Tenía que hablar con ella del contrato antes de que nos metiéramos en un lío.

—Sí... eh... ¿vamos? — pregunté llevando mi atención al final del pasillo, así señalando la salida.

—Oh... ¡vale! —volteó— Espera que cojo a Molly — entró en el cuarto de nuevo y yo negué con la cabeza.

—Molly... ¿quién narices le pone nombre a su cámara?

Me apoyé en la pared y solo tuve que esperar dos minutos a que ella volviera a salir, esta vez con el cabello recogido en una coleta alta y una sonrisa de oreja a oreja mientras sujetaba su cámara.

—Ya estoy —anunció saliendo del cuarto y de nuevo volteé hacia ella mientras ella cerraba la puerta.

Sin darme cuenta, apoyé mi mano en su cintura.

—¿A donde quieres ir primero?

—Parecerá típico... pero quiero ir al muro de Berlín primero y después quiero visitar el barrio de Kreuzberg. Están muy cerca, es más creo que el muro está en ese barrio pero no lo tengo muy seguro.

La aparté cuando vi a Mónica, nuestra manager aparecer.

—¿El barrio de qué?

—Kreuzberg —repitió ella con algo de torpeza—, no sé pronunciar en alemán.

Reí.

—Me he dado cuenta, pero tranquila yo tampoco.

—También quiero ir a Prenzlauer Berg —cabe destacar que su pronunciación era más dificultosa a medida que cambiaba de palabra y con ello mucho más graciosa.

—Vale y... ¿qué son esos sitios?

—Son los dos barrios bohemios de Berlín —sonrió de oreja a oreja caminando en dirección a la salida— ¿Alquilamos unas bicicletas?

—¿Bicicletas? ¿qué?

—¿Qué?

—¿Qué te pasa?

—Estoy confuso, has dicho muchas cosas al mismo tiempo.

—No he dicho muchas cosas al mismo tiempo.

Me estaba agobiando y sabía que debía dejar de ponerme nervioso, y por ello empecé a dirigir mis pensamientos a otra parte.

—¿Sabes cómo ir? — pregunté.

—No, he pensado coger unas bicicletas, como ya te he dicho, y miramos en algún mapa por internet — informé.

—Está bien... — estaba seguro de que acabaríamos perdiéndonos.

Alquilamos unas bicicletas en un lugar de la misma calle que el hotel y a pesar de notar que la gente nos miraba y algunos nos hacían fotografías, pero actuamos como si nada pasara y nos montamos en las bicicletas después de que yo buscara por internet cómo ir.

Ariadna, claramente había perdido sus aptitudes con las ruedas cuando su infancia pasó a adolescencia. Iba de un lado a otro, moviéndose en zigzag como una niña primeriza.

Reí.

—¡No te rías! — exclamó volteando la cabeza en mi dirección; iba detrás de ella.

—Lo siento — respondí divertido.

—Ya, ya...

Por alguna razón ella se había empeñado en coger una bicicleta con cesta y poner su cámara en ella capturando fotografías cada treinta segundos. Empezaba a pensar que su obsesión con la fotografía era enfermiza, sin embargo, solo podía calificarlo de pasión.

Sabía lo que era sentir pasión por algo, yo lo hacía con la música.

El muro de Berlín no estaba muy lejos del hotel, o al menos eso me pareció. No tardamos más de veinte minutos. Era espectacular la cantidad de graffitis que había en él, ya que prácticamente no había un solo centímetro sin pintar que dejara a la vista un pasado que nadie quería recordar. No. No era un lugar corriente, y aquello me hizo estremecer. Un lugar en el que el color hacía olvidar al dolor.

Bajé de la bicicleta y la dejé apoyada en una farola; Ariadna hizo lo mismo, sin embargo ella se dedicó a mirar las fotografías que había hecho durante el trayecto. No pude evitar sentir mi estómago revolverse, y por primera vez sentí un olor a gasolina que no provenía de ninguna parte, una ilusión de mi cerebro recreando la desgracia que agradecía no haber vivido. Mi mano se acercó al muro palpándolo y así dejando que su frío me absorbiera. ¿Sería permanente esa sensación de hielo? ¿Y esta sensación de estar partido en dos?

El sonido de la cámara me hizo despegar mis pensamientos de allí.

—¿Qué haces? —mi tono de voz fue suave.

Ariadna sonrió coqueta.

—Sabes que me encanta hacerte fotos.

—Lo sé —me acerqué a ella— ¿De dónde sale tu amor por hacerme fotos? ¿Tan irresistible soy? — mi mirada mostró algo de picardía haciendo que se sonrojara.

—Eres tonto. Y también precioso, pero más tonto.

Reí. Aquella siempre era su respuesta cuando no sabía qué decir.

Cuando nos fuimos de allí, nos dedicamos a perdernos por Kreuzberg. Yo solo miraba de un lado a otro preguntándome por qué había tantos graffitis en esa zona la ciudad. Sentía que había mucha historia que no sabía; mucho de lo que tendría que aprender. Uno de mis problemas como músico era que hacía mucho tiempo que había dejado los libros de lado; ya no me eran necesarios. Sin embargo, a veces me gustaría conocer y saber un poco más de lo que me rodeaba.

Ariadna propuso parar a tomar un café y dejamos las bicicletas amarradas para entrar a una cafetería que hacía esquina y tenía decoración sencilla.

—¿Sabes que nunca creí que Berlín fuera tan bonito? — la chica comenzó a hablar cuando nos sentamos en una de las esquinas más escondidas del lugar.

—¿No? ¿Por qué?

—Este lugar siempre me ha dado algo de grima... ya sabes... su historia —jugó a mover la cucharilla en su café—. Pero es precioso.

Asentí.

—Ya, pero eso no tiene nada que ver — repliqué — su historia no hace de

este lugar un sitio feo. A mí me gusta, aunque no entiendo por qué hay tantos graffitis.

—Es el barrio bohemio, la pequeña Estambul de Berlín — alzó los brazos obvia —. El centro de Berlín.

Alcé una ceja.

—No me has contestado porque hay graffitis... Solo te has hecho la inteligente diciéndome las pocas cosas que sabes para hacerme sentir idiota — reí.

Soltó una carcajada.

—Me has pillado — me quedé embobado de la manera en la que sus labios se movían.

—Tranquila, ha funcionado un poco — ella era increíble.

No replicó, quizá porque notó mi mirada más fija en ella de lo normal. Quizá sus pensamientos volaron locos de nuevo, como cada vez que lo hacía.

«Wyatt, sabes que la quieres. Que debes decirle que lo has dejado todo atrás y ya no vas a tener miedo».

No puedo evitar sentirme un poco asustado.

«Tú eres el único que tiene poder sobre tu voluntad. Recuerda que siempre tendrás lo que creas que mereces, porque tu peor enemigo siempre serás tú mismo».

Suspiré dando un sorbo a mi café, pero no podía dejar de mirarla. Sus ojos marrones brillaban más de lo normal, me cautivaban junto con la manera que tenían sus labios de curvarse.

Y es que la historia se respiraba en el aire, el paraíso estaba en su mirada y me pregunté si detrás de todos aquellos graffitis de Kreuzberg estaría la respuesta que llevaba tiempo buscando hacía tiempo. ¿Alguien podría enseñarme cómo amar de verdad? ¿Alguien me enseñaría a dejar de temer a los corazones rotos?

No había querido enamorarme, sin embargo ella ya era la protagonista de los últimos capítulos de mi vida y lo sería de los próximos.

No la besé, pero quise enseñarle al mundo que había dejado a Bethany en el pasado y que quería luchar por Ariadna.

—¿Has estado en algún concierto nuestro? —pregunté. Ella negó.

—Será mi primer concierto, ¿sabes cuánto tiempo llevo esperando?

—¿En serio? ¿No has ido a ninguno?

—No —dijo—. Y ya te lo había dicho hace tiempo. ¿Me escuchas cuando te hablo, Wyatt?

Ella río y sentí un repentino odio hacia ese gesto por hacerme sentir como un tonto suspirando por ella.

Posé mi mano sobre la suya, y entonces decidí que era el momento de explicarle lo del contrato.

—Ariadna, tenemos que hablar —dije después de que ella viera un sorbo a su café.

Alzó su mirada, que se encontró a la espera con la mía. Algo tensa.

—Dime.

—Todos los de la banda tienen pareja, y me encantaría que nosotros lo fuéramos, pero... ¿recuerdas aquel contrato? —suspiré.

Se mordió el labio con una mueca de un fastidio que hablaba de tristeza. Asintió.

—¿Entonces ahora qué? Ahora que por fin...

—Tendremos que esperar a que alguno deje su relación, pero no dejemos que eso cambie.

—Seamos un secreto.

—Me parece buena idea.

—A mí no.

—Pero no hay nada más que podamos hacer... Ariadna, por favor.

Ella suspiró y asintió, desplazando su mirada a un lado, no muy contenta.

La conversación siguió pero ninguno volvió a hablar del tema, las tonterías se hicieron lugar y cuando decidimos ir al hotel estaba más que decidido a evitarla durante el resto del día. Pero... ¿cómo? La observé despedirse de mí para ir a su habitación a cambiarse, ella y Laia habían quedado en ir al restaurante a cenar juntas y yo necesitaba hablar con Blake y después llamaría a Noel para ver como estaba.

Aún podía sentir las ganas de besarla en mis labios.

—¡Blake! —lo llamé mientras daba golpes en la puerta de su cuarto sin recibir respuesta alguna.

—Está en el gimnasio —Mónica que salía del lugar pasó por detrás de mí. Aquella chica era una máquina — ¡No te olvides de la entrevista de esta

noche! —exclamó señalándome con el dedo índice.

—No, no. Lo tengo todo en mente, tranquila.

—Más te vale —dijo antes de desaparecer. ¿Dónde demonios estaba el gimnasio?

Mónica tenía treinta y cinco años, mucha energía y una capacidad de organización increíble. Siempre me había preguntado por qué no tenía pareja ni hijos a esa edad, pero ella era feliz. No lo necesitaba, o al menos eso parecía. Me preocupaba que ella se diera cuenta de mi relación con Ariadna empezaba ser algo más que amistad, eso por no decir que había sentido la mirada de Bernard en mí más veces de lo normal. Aquel hombre calvo y barrigudo nunca me había caído bien.

Bernard era otro de los jefes, no tenía muy clara su función, pero estaba un poco por encima de Mónica. Coordinaba y supervisaba tanto nuestro trabajo como el de ella, y nunca te deseaba el ojo de encima si no estabas haciendo bien tu trabajo. ¿Y cómo lo sabías? Su mirada era tan profunda y amenazadora como al de un halcón cuando eso pasaba, le gustaba comenzar a lanzar indirectas y después, si no reaccionabas, no tenía ningún miramiento en llamarte la atención de la manera más humillante posible. Ese hombre corpulento, de cabeza brillante por la calvicie y ojos marrones, no tenía tiempo para tonterías.

Pregunté en recepción sobre el gimnasio, y después de que me indicaran que estaba en la quinta planta junto al spa. Subí a la quinta planta y gracias a la poca gente que había allí enseguida encontré a Blake jugando con el saco de bóxer. Clavando su determinación en él y descargando toda la tensión acumulada a base de golpes que hacían que su piel se llenara de sudor cristalino. Él olvidaba al mundo; lo olvidaba todo cuando se encerraba con su saco y guantes. Hasta el punto de olvidar que había gente a su alrededor.

—¡Blake! —exclamé acercándome a él con cuidado de que no cayera ningún golpe o puño en mi dirección. Su ceño estaba fruncido, concentrado en su objetivo. No captó mi presencia— ¡Blake!

No había nadie con él. Blake siempre se había tomado el deporte de una manera muy seria. Tenía muchos problemas de espalda, y además su constitución nunca había sido del todo delgada y siempre había tenido algo de complejo gracias a una etapa de su adolescencia en la que llegó a estar bastante pasado de peso. Él no quería que eso volviera a pasar; las burlas

habían sido demasiadas y hasta sintió el rechazo por ello llegó de él mismo. Era su pesadilla, y luchaba contra su cuerpo día a día sabiendo que no podría evitarla durante toda la vida. Su cuerpo era así, y él no quería aceptarlo.

—¡Blake! — esa vez grité y logré sacarlo de su propio universo.

—¿Wyatt? — se apartó el cabello mojado de la frente, mirándome.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

—Uhm... —asintió— Sí... ¿qué pasa?

—Hueles a muerto, tío.

—Calla y dime qué te pasa —dijo. Suspiré apoyándome en el saco.

—Es Ariadna.

—Lo sabía.

—La quiero.

—Eso también lo sabía. Deja de decir obviedades.

—Es más... creo que me estoy...

—Enamorando —terminó por mí—. Sí, sí. Lo sabía. ¿Me dejas seguir con el boxeo?

Lo fulminé con la mirada. Odiaba cuando hacía eso.

—También sé que odias cuando hago esto, pero es que ¡por favor!

—Blake, esto es serio. No puedo permitirme estar con ella porque todos tenéis pareja. ¡Eso no es justo! Además Charlie me mataría, se iría todo a la mierda Aunque no tiene derecho a enfadarse porque la conoce de hace muy poco tiempo y aunque sea su hermana ya es mayorcita para hacer lo que quiera. ¡Esto no es justo, Blake! ¿Por qué tengo que cargar yo con esto? ¡Es una norma estúpida hacer que hay uno soltero! ¡¿Qué hago con esto?! ¡Dime que hago porque me volveré loco!

—Hey, hey... calma —se quitó los guantes y los lanzó al suelo—. Todo saldrá bien, ¿me entiendes? No te dejan tener una relación pública... no la tengas. Pero siempre puedes hacerlo a escondidas.

—Sí, ¡qué listo! —expresé con ironía— ¿Y cuándo me pillen qué hago?

—¡No lo sé! Pero así es la vida, tienes que arriesgarte, echarle huevos al asunto y no dejar que te pisen. Es tu vida, ¿no? Sí yo fuera tú, hablaría con ella, daría las normas a la relación por el bien de la banda. Sí más adelante crees que estás lo suficiente enamorado para plantar cara, adelante.

—¿Y no te importa que la banda se vaya a la mierda? — estaba

estupefacto por sus palabras. ¿Y todo lo que habíamos trabajado? ¿Todo lo que habíamos arriesgado por la banda?

—Wyatt, tú eres mi primo — me miró fijamente a los ojos —. Mi familia. Eres la persona que más quiero en el mundo y lo sabes porque he crecido a tu lado... me importas más tú, que la banda. Y si tuviera que arriesgar todo por ti, sabes que lo haría. Pero te aseguro que si la banda se va a la mierda, no será por tu culpa. Ahora que por fin parece querer dejar atrás a Bethany, te mereces más que nadie ser feliz.

Tardé unos minutos en contestar, quizá porque necesitaba asimilar sus palabras, o quizá porque de repente mi cabeza había imaginado como todo se perdía. ¿Y si arriesgaba por Ariadna y salía mal? ¿Y si me quedaba fuera de la banda y sin nadie? Tuve que respirar hondo y echar la cabeza hacia atrás cuando suspiré, para así poder sentir que seguía con los pies en la tierra.

—Gracias, Blake — lo abracé a pesar de saber que todo lo que hacíamos eran especulaciones. Pero tenía clara una cosa, yo iría al fin del mundo por él y por eso mismo no podía dejar que su sueño se acabara por mi culpa.

No sabía que debía hacer, tenía una guerra en mi cabeza y muchos caminos como opción. Mi corazón no sabía si pertenecía a la banda o si quería arriesgar. Mi cabeza no sabía si lo correcto era plantar cara para que dejaran de machacarme o seguir con la cabeza baja dejando que todo siguiera igual que siempre. Muchas opciones, una sola vida. Pero había algo que tenía claro, quería que Ari estuviera en mi vida.

Capítulo 27

Ariadna

No había encendido la luz del cuarto al entrar, por lo tanto estábamos completamente a oscuras, dejando de lado la tenue luz que entraba por las rendijas de las ventanas. Era temprano y presentía que se avecinaba un día nublado, es más, eran las ocho de la mañana y ni siquiera estaba lo suficiente cansada como para que mi mente no recordara los sucesos de la noche anterior. Había bebido tanto en el restaurante que cuando Charlie me vio gritó más de lo que alguna vez alguien lo había hecho conmigo. ¿Qué le pasaba? Yo solo quería pasarlo bien, y Laia a veces me arrastraba al lado rebelde. ¿Quién era él para gritarme? ¿Mi padre?

Además, mi amiga estaba recuperando su actitud normal, dejando de lado sus dramatizaciones con los estudios, así que habíamos pasado una noche agradable. El camarero estaba tremendo y comí hasta quedarme tan harta que iba a salir comida poco la nariz antes de ponerme a beber. Quizá fue un comportamiento exagerado, pero no me importaba. ¡Estaba de gira con mi grupo favorito y mi mejor amiga! ¡Estaba consiguiendo a Wyatt! ¡Y estaba muy feliz! ¡Además Harry había empezado a grabar!

Aún había un pequeño flash repitiéndose en mi mente, recordando la cafetería en Kreuzberg y aquel extraño sabor en el aire que me hizo pensar que Wyatt iba a besarme. Frente a todos. Eso me hubiera gustado.

No tenía ni idea de por qué estaba Wyatt en mi cuarto, sin embargo sentía su respiración muy cerca de la mía. Mis pies estaban clavados en el centro del cuarto, y los suyos a pocos centímetros de los míos. Quizá este sería mi chocolate matutino. Enrollé mis brazos en su cuello.

—¿Por qué me haces esto? —dijo. No le veía los ojos, pero sabía que estaban puestos en los míos. Sonreí a pesar de mi confusión

—¿El qué? — pregunté, jugando con su labio interior, tirando de él.

—Puede escucharnos cualquiera... —él solo pensaba en su dificultad en la relación, ¿cuándo pensaba dejarse ir?

Había llegado temprano, entrado en el cuarto y se había quedado callado hasta aquel momento. Me imaginé al chico dando vueltas en la cama durante toda la noche pensando en lo nuestro.

—Hagamos de esto un secreto. Nuestro secreto —susurré. Mis dedos acariciaron sus mejillas, y mis labios rozaban los suyos. Lo que deseaba más que a nada en el mundo; era la opción que llevaba toda la noche queriendo decir.

—Los secretos no duran por siempre —replicó.

—Aprovéchalo mientras puedas, con pasión —aquella chica que hablaba por mí había perdido el miedo sin que yo le hubiese dado permiso para ello.

Apoyó su mano en el final de mi espalda, y después acercó sus labios un poco más, hasta hablar encima de los míos. Sentir su aliento chocando contra el mío hizo que un cosquilleo invadiera todo mi cuerpo; de arriba a abajo.

—Me da miedo arriesgar todo, pero quiero estar contigo.

—Pero no puedes ganar sin arriesgar. No debes dejar que decidan por ti. Olvida ese contrato, al menos cuando las puertas estén cerradas.

No replicó. Se dedicó besarme, embriagándose. Tan tierno y fuerte al mismo tiempo que solo podía ser suyo. ¿Lo estaba arrastrando por el mal camino? ¿Me importaba?

Le quería.

Mis manos se apoyaron en sus hombros y sus besos me empujaron hasta la pared, donde con su cuerpo pegado al mío hizo del momento algo que recordar. Quería sentirle aún más.

Me estremecí cuando sus manos se colaron dentro de mi camiseta, sin embargo el acto solo me acercó hasta rozarme peligrosamente con su cuerpo.

Aquello era nuevo para mí. Pero me gustaba la manera en la que sus manos me acariciaban y me hacían sentir como una bailarina de una caja de música; cogía fuerzas con cada giro que eran sus caricias.

—Eres preciosa —susurró cuando sus labios se separaron de los míos buscando el aire que nos faltaba y mis frente se pegó a la suya. Sonreí antes de volver a besarle.

Esta vez enrollé mis brazos en su cuello y disfruté del movimiento de sus labios. Nunca pensé que besar pudiera hacerme perder la cabeza de este modo.

Cuando tocaron a la puerta, Wyatt se separó de mí justo cuando comenzaba a besar mi cuello. Mi respiración algo agitada por sus caricias y besos no conseguía mantenerse firme y cuando mi corazón subió nervioso a mi garganta, me atreví a preguntar quién era.

—¿Quién es?

—¿Se puede? —Blake. Suspiré aliviada. Menos mal que era él.

—Sí —repliqué cuando Wyatt encendió la luz.

—Ariadna, el pelo —el rubio señaló mis cabellos y de un movimiento rápido los peiné como pude recogéndolos en una coleta.

—¿Qué hay Blake? —le pregunté al chico de tatuajes que estaba de pie en la puerta.

Él nos dedicó una sonrisa pícaro.

—¿Estabais? —preguntó.

—No —contestó Wyatt.

Blake no eliminó la sonrisa.

—¡Oh sí, estabais! —dijo Blake señalándonos de la misma manera que un niño pequeño haría. Rodé los ojos

—¿Qué querías? —preguntó Wyatt—. Señor interrumpe momentos.

—Ah sí...Tenemos que irnos para el palacio de los deportes en el que actuamos. Ya sabéis...

—Pero es muy temprano —replicó Wyatt

—Ya —se encogió de hombros con algo de fastidio—. Yo solo informo.

Wyatt

No tenía ganas de ensayar, a pesar de que estuviera siendo divertido. No me desagradaba la idea de pasarme el rato tocando, pero en ese momento, no tenía ganas de nada. Todo el asunto del contrato había hecho que mi ánimo decayera. Me obligué a mí mismo a pensar en ello pero no podía. Era un sentimiento muy extraño, dividido entre el querer hacer y el no.

Además, me había quedado con las ganas de pasarme al menos, un rato más con Ariadna en la habitación. «Wyatt, arriba esos ánimos»

Había un problema con la cuarta cuerda de mi guitarra, se había roto y no había recambios en ninguna parte, algo que me estaba sacando de mis casillas, ya que a pesar de tener otra guitarra de repuesto, no había otra que me ayudara más en el escenario que esa. Necesitaba esa guitarra roja y negra, sobretodo en un día como ese.

Mientras tanto, Blake practicaba con su violín sentado en el borde del escenario, el contraste de sus tatuajes y aspecto de chico malo con el violín resultaba algo chocante, sin embargo sabíamos que no tendríamos el éxito que teníamos sin ese instrumento. Era su toque personal hacia la banda. Fin practicaba con el piano, Caleb con el bajo y Charlie jugaba con la batería ya que todos sabíamos que no le era necesario ensayar más. Pero los solos de violín de Blake, eran la firma de Blue.

La mirada se me fue a Ariadna, que hablaba con los otros dos fotógrafos justo a los pies del escenario. Tenía su cámara entre las manos ya que se había negado a usar otra que no fuera la suya, y toqueteaba los botones del manual sin dejar de hablar.

—¿¿Alguien me trae un recambio de la cuerda o qué?! —exclamé exasperado, tenía unas ganas inmensas de estar junto a ella. Los técnicos de sonido iban a lo suyo, y no había nadie para ayudarme con la maldita cuerda—. Se me va a acabar la paciencia.

Mi paciencia ya se había acabado.

—Ve a buscarla — replicó Caleb.

—O coge la de recambio — añadió Charlie.

—No sois de gran ayuda — repliqué.

—Aquí hay una bolsa con cuerdas — Finn se metió en la conversación. No había hablado prácticamente en toda la mañana, y a decir verdad, tal y como dijo Charlie, aquello comenzaba a oler mal.

—Gracias —me acerqué a agarrar la bolsa, y a pesar de que intentara evitar centrar mía atención en su extraño comportamiento, no podía. Finn no sería tan cabrón de intentar algo con Madelynn estando ella con Caleb y él con Elizabeth.

El chico señaló con una expresión la bolsa que descansaba a los pies del teclado y sin prestarme mucha atención nombró en voz alta las notas de una de nuestras principales canciones; Dirty night.

—La, la, la... dirty nights are not that high... —tarareó con tranquilidad, metido en su propio universo. Noté mi ceño fruncirse, no quería desconfiar de él, pero todo era demasiado sospechoso a mi parecer. ¡Finn nunca estaba callado!— they're just some vodka pills and lots of sugar... c'mon, drink up all the tears you left behind. I'll be by your side, drinking all the tears you're showing tonight. La, la, la... Dirty nights are not that high... — alzó la mirada cuando se percató de que estaba mirando— ¿Qué pasa? ¿Qué miras?

—¿Por qué estás tan callado?

—Tengo cosas en la cabeza —soltó sin el más mínimo miramiento, siguiendo con su canto— Do you remember that winter in the beach? You said it was beautiful how the sea was singing with the wind. But honey, I wanted to tell you... I wanted to tell you something I didn't say... Doubt kills more dreams than your rejection ever will... Aren't you gonna love me, yet? Aren't you gonna love me, yet? love me, yet?

—¿Y ya está? ¿Solo eso? —sus intentos de echarme de allí con sus cantos no iban a dar resultados.

— A ver, es que tengo novia pero me gusta otra —«mierda».

—¿Otra? ¿Quién?

—Otra... déjame. Eso es asunto mío —frunció el ceño mirándome mientras se encogía de hombros. Y habló con tanta frialdad que enseguida entendí que era mejor no insistir.

Aquello me llenó de rabia, porque mientras él jugaba, yo no podía estar con quien amaba.

—Vale... —me alejé con una vocecita repitiendo en mi cabeza que no era Madelynn esa chica. Inspiré en un intento de recuperar mi respiración. Maldito juego del amor, iba acabar conmigo.

Ariadna

Finn corrió hasta Blake y se subió a caballito encima de él haciendo que los chillidos aumentaran hasta tal punto que creí que acabaría sorda. Las luces del palacio de deportes estaban apagadas y solamente el escenario brillaba en el lugar. Estaba tan nerviosa que solo podía sentir un pequeño remolino en mi estómago creciendo cada vez más. Las puertas habían sido abiertas hacía poco, y a pesar de las miradas de algunas chicas en nosotras, podía decir que estábamos tranquilas. Nuestro lugar en tercera fila no estaba rodeado de gente —por el momento— y a pesar de estar en un lateral me sentía en el cielo. ¿Lo había dicho ya? Estaba tremendamente nerviosa, y eso que no era yo quien inauguraba un tour. Por el momento me mantendría allí los primeros minutos, ya que mis otros compañeros de cámara harían las fotografías desde el escenario y dese la otra punta del recinto. Después, yo tendría que salir de allí para hacer fotos desde el pie del escenario.

Laia estaba a mi lado toqueteando su cámara; quería tenerlo listo antes de que empezara el concierto. Las chicas del pase vip comenzaron a entrar y la zona se llenó mientras pasaban videos musicales a la espera de los teloneros y después, ellos.

—Estoy nerviosa — Laia me sonrió cuando dejó su labor con la cámara.

—Yo también —por alguna razón di palmitas de emoción, en ocasiones debía disculpar a mi retraso.

Estuve perpleja durante todo el concierto. Solo sabía saltar y cantar a pesar de que me diera vergüenza la cantidad de burlas que recibiría por parte de ellos después, incluso cuando estaba tomando fotos, ya que ellos me veían disfrutar. ¡Era mi primer concierto! Recuerdo como dejé de sentir mis piernas y como la música hacía que el latido de mi corazón se escuchara más fuerte mientras cantaba. Totalmente eclipsante.

—Doubt kills more dreams than your rejection ever will... Aren't you gonna love me, yet? Aren't you gonna love me, yet? love me, yet? — amaba esa balada. Y cuando Wyatt cantó su solo con el violín de Blake de fondo, sentí que mi corazón se estrujaba.

Ya te amo. Le miré a los ojos, pues yo estaba a los pies del escenario, sola entre el espacio que había entre ellos y la multitud, con mi cámara entre

las manos y el corazón en el aire. Él me correspondió la mirada, y me sentí la chica más afortunada de todo el palacio de deportes .

Era asquerosamente empalagosa la situación a la que mi vida se estaba entregando, pero me encantaba.

Capítulo 28

Ariadna

Escuché como Laia y Blake discutían al otro lado de la pared. Ambos tenían un carácter fuerte, a pesar de que mi amiga superaba a Blake con creces, por lo tanto no pude evitar reír cuando escuché al chico exclamar: ¡Deja de tirarme cosas!. A lo que ella contestó: Dios, me exasperas, Blake... suéltame... Nooo, ahhhh... ¡Suéltame!... ¡No me hagas cosquillas cuando me enfado!. Las risas de la pelirosa vinieron después.

—Bien, ya lo han arreglado —suspiré y cerré los ojos intentando dejar la mente en blanco.

Estaba agotada. Acabábamos de llegar a Italia y la regla seguía incordiándome. ¡Vamos, habían pasado ya cinco días! ¿No podía irse? El viaje en avión había ido horrible y tenía que decir que los días pasados en Vienna lo fueron también, prácticamente no me moví de la habitación si no era para algo estrictamente necesario. Actitud zombie era como Wyatt y Charlie lo habían llamado, pero es que por alguna razón me encontraba muy mal esta vez.

Suspiré haciéndome una bolita en la cama. Me dolía tanto.

¿Por qué tenemos que sufrir esto solo las mujeres? Naturaleza, eres injusta.

Encendí la televisión pero enseguida volví a apagarla, yo no tenía ni idea de italiano y odiaba los hoteles en los que no te daban opción de lenguaje en los canales.

Permanecí unos segundos con la mirada clavada en la pared, y después agarré mi móvil para mirar tumblr, esa red social tenía la capacidad de inspirarme pero hacerme no querer mover un solo dedo. Imágenes bonitas, más imágenes bonitas, un gato, un gif gracioso... era maravilloso para matar el tiempo.

Tocaron a la puerta y no sentí la voluntad de levantarme hasta que tocaron una segunda vez. Wyatt esperaba al otro lado de la puerta.

—¿Qué haces aquí? —mi ceño se frunció pero mi actitud se mostró nerviosa hacia el chico de mirada profunda de pie frente a mí. Estaba en pijama, y no tenía muy buena cara.

No contestó, sin embargo se hizo lugar dentro del cuarto antes de cerrar la puerta y sentarse en la cama. Lo seguí.

—¿Wyatt, qué haces aquí? — volví a preguntarle. Su mirada no dejaba la mía.

—No quería dormir sólo —las mariposas de mi estomago ardieron en las llamas de mi nerviosismo. ¿Dormir conmigo? ¿Eso quería?— Puedo... ¿quedarme?

Asentí sin pronunciar palabra alguna, después de todo en aquél momento sobraban. Me metí dentro de las sábanas y le ofrecí lugar. Me sonrió y enseguida se acomodó a mi lado. Sus brazos me abrazaron haciendo que por un momento sintiera que una burbuja recubría de todo problema, sin embargo el dolor de tripa seguía ahí.

—¿Te encuentras mejor? —susurró.

—Me sigue doliendo —contesté acurrucándome en él. Él colocó la palma de su mano en la parte inferior de mi vientre.

—¿Mejor?

Sonreí, sonrojándome. Aquel gesto me pareció tan dulce que creí poder derretirme en aquel momento.

—Sí.

—Por lo que tengo entendido, el calor ayuda.

Dejé un beso suave en su cuello.

El silencio se hizo el signo en aquella pieza musical a la que muchos llaman amor, o al menos eso era lo que yo sentía.

—Te quiero —susurró en mi oído; sin que lo viera venir, sin que lo esperara. Lo dijo, como si fuera lo más natural que pudiera decir. No sonó como una declaración, sino que sonó como un «acabo de llegar a casa».

Me parecía increíble como esas simples palabras podían significar tanto para mí, le dieron un toque de electricidad a todo mi cuerpo.

Era la primera vez que esas dos palabras salían de sus labios. La primera vez que me miraba a los ojos, cuando yo volteaba y todo lo que veía en ellos era amor.

«Nunca sabré lo que es el amor».

Una vez esa afirmación encabezaba mi lista. Ahora, en esta habitación iluminada tenuemente por una lámpara de noche, descubrí que seguía en la lista. Era la primera, y supe que yo le quería, pero... ¿era realmente amor? ¿Podía a caso sentir algo más intenso?

—Yo también te quiero—respondí cuando apagó la luz de la lámpara.

Olvide las cosas que nunca sabría por esa noche, y me dije a mí misma, que si alguna vez conocía el amor, que si esto era amor de verdad no lo dejaría ir.

—Siento mucho haber sido tan idiota todo este tiempo. Tendría que haberme atrevido a dejar a Bethany atrás antes... he sido un idiota, y te he hecho daño. Besó mi cuello.

Suspiré y cerré los ojos.

—Sí...

—Lo siento —repitió—. Siento haber sido un gilipollas.

Le obligué a mirarme.

—No has sido un gilipollas. Has sido un iluso... pero todos lo somos en algún aspecto. Todos la cagamos y nos hacemos daño a nosotros mismos. Lo mejor es aceptarlo, e intentar ser mejor cada día. Sé que suena típico... pero es que así son las cosas.

Nuestros labios volvieron a juntarse, a hablar de lo que se querían el uno al otro.

—Tuve que ir a la cárcel para darme cuenta de que estaba comportándome como un idiota.

—Escuché que fuiste a la cárcel, pero no sabía porqué.

Hablábamos con tranquilidad, entre besos cortos, con la respiración relajada y el corazón abierto. Yo también me sentía como si hubiera llegado a casa.

—Jake, el novio de Noel fue la última y única persona a la que Bethany vio y dio explicaciones... se encontraron por casualidad y ella necesitaba hablar.

—¿Jake te lo contó?

Asintió.

—Y comprendí que lo único que estaba haciendo manteniéndola en mi vida era evitarme otro desastre amoroso. Qué le voy a hacer... llevo un poeta romántico dentro. No soy bueno lidiando con lo que me hace daño.

—¿Y crees que alguien lo es? Mírame a mí con mis padres.

—Otro desastre.

Le besé y respondió al beso con lentitud y ternura, fue como si estuviéramos intentando memorizar como se sentían los labios del otro. Nuestras palabras se callaron, y su mano, que seguía en la parte baja de mi vientre comenzó a acariciarme. De un momento a otro estaba cubierta de caricias, girada contra él con nuestras piernas entrelazadas y mis manos en sus cabellos.

Sabía a donde iríamos si no lo paraba en cuanto se quitó la camiseta. Pero esta vez era yo quien no estaba preparada para ese paso.

—Wyatt... —susurré su nombre entre besos, llamando su atención. Gimió en respuesta—. No... no quiero hacer el amor aún.

—Vale—susurró con calma, dejó sus manos en mi cintura. Noté que él sí quería, pero eso no me haría cambiar de opinión. Necesitaba estar segura de que esta vez no se echaría hacia atrás.

—Deberíamos dormir —le di un beso corto. Él asintió.

Volví a acomodarme enrollada a él, y él volvió a posar la mano en mi vientre. Me sentí estúpida por no haberle disuadido de otra forma y haber vuelto tensa la situación.

—Buenas noches, princesa —susurró.

—Buenas noches, Wyatt.

Unos golpes y ronquidos muy fuertes me despertaron. ¿Qué mierda estaba pasando? Wyatt se encontraba abrazado a mí con los ojos abiertos de par en par y la mirada en el techo.

—¿Qué alguien calle a la bestia... —susurró y me reí mientras los ronquidos y golpes no cesaban.

—¿Quién ronca así? —pregunté.

—Pues no es muy difícil de adivinar —dijo Wyatt—. Blake. Llevo toda la vida aguantando esos ronquidos y todavía me quitan el sueño.

Bufé divertida.

—Joder, ¿y los golpes?—pregunté.

—También es sonámbulo.

No pude evitar reír. ¡Pobre Laia!

—Voy a ver que pasa. —me levanté y Wyatt también lo hizo

—Vamos a callar a la bestia —se rió.

Salimos del cuarto y tocamos la puerta de Blake y Laia. A la primera nadie abrió, pero la segunda vez Laia abrió con expresión dormida pero a la vez divertida. Los golpes y los ronquidos se escuchaban más fuertes ahí dentro.

—¿Qué pasa? — pregunté yo a la vez que entraba a la habitación.

Miré encima de la cama y Blake no estaba. ¿Dónde estaría?

—¿Dónde está Blake? —preguntó Wyatt leyéndome la mente.

Laia se rió y señaló la pared. Allí estaba Blake, de pie con los ojos cerrados roncando y dando golpes. Lo señale incrédula y comencé a reír. Wyatt rió también y se acerco a Blake sin decir nada.

—Sh... —dijo Laia para que nos calláramos— No podéis despertarlo si está sonámbulo.

Pum.

—Pero tampoco puedo dejar que dé golpes toda la noche —dijo Wyatt obvio— Esto es increíble.

Reí.

Ronquido.

Pum.

—Va a ritmo —dije acercándome a Blake— mirad. Pum —dije uniéndome a los golpes. — Pum, pum, pum, pum, pum.

Reí. Y ellos hicieron lo mismo.

Pum. Ronquido.

—Si es que lo alborota todo hasta cuando duerme — dijo Laia negando con la cabeza — Amor, deja de dar golpes. Te van a hacer pagar la pared como hagas alguna marca — dijo acercándose a su novio aguantándose la risa.

Reí otra vez. Aquella era una de las situaciones más divertidas en las que alguna vez me había encontrado.

Pum.

—Esto va a Twitter —dije y saqué mi móvil.

—Pobrecito, mi niño. No hagas eso, Ariadna —dijo Laia poniendo su mano en el hombro de Blake—. Deja de dar golpes ya, joder. Voy a intentar llevarlo a la cama.

Wyatt río y empecé a grabar. Señoras y señores, esto es lo que hace Blake Dashner a las cuatro de la mañana. — dijo Wyatt y señalo donde estaba Blake — Andar sonámbulo, roncar y dar golpes contra la pared.

Reí.

—Blake, ya, a la cama —susurró Laia con suavidad—. Esto es un sueño, estás soñando. A la cama.

Pum.

—Que no quiere irse a la cama, él es así. Una vez se puso a gritarme y escupirme — dijo Wyatt y todos comenzamos a reír—. Le gusta más este rollo.

Pum.

—¿Bueno Laia... Que ha pasado exactamente? —le pregunté y ella me miró divertida.

Me dedicó una mala mirada.

—No grabéis esto, no es justo para Blake.

—¡Estamos de broma! — se metió Wyatt.

—Pero esto es pesado.

—Seguro que mañana se ríe — dije intentando convencerla de que no pasaba nada malo.

De repente escuchamos otros golpes que no eran de Blake.

—¿Y esos golpes? — preguntó Wyatt.

—Pican a la puerta — dije yo y fui a abrir aún grabando.

—¿Qué mierda está pasando aquí? ¡Quiero dormir! — dijo Caleb entrando al cuarto — A ver aquí cada uno a su... ¿Blake? — dijo al ver al chico.

Pum.

—Lleva así media hora. — aclaro Laia. Y vi como Finn también entraba al cuarto y cerraba la puertas

—¿Estáis de fiesta y no me avisáis? — esta vez fue Finn quién se unió al asunto. Comenzó a reír cuando vio a Blake — ¿A este qué le pasa? ¿Lo habéis drogado?

Pum.

—No idiota — dijo Laia —. Está sonámbulo —Caleb y Finn comenzaron a reír.

—Callad que no podemos despertarlo — dije yo.

Finn se acercó a Blake.

Pum.

—Blake, ¿Te duele? — preguntó y Blake le respondió con un ronquido. No podía parar de reír.

—¿Y tú que estás haciendo? — me preguntó Caleb.

—Gravarlo en video — aclaré. Y Caleb me quito la cámara.

Pum.

—Ya veréis cuando se lo enseñemos a Blake mañana — dijo Caleb.

Todos reímos menos Laia que llevaba mala cara.

—No os rías de él — dijo la chica.

Pum.

Wyatt y Finn rieron.

—Pobre Blake parad de reiros — dije yo a pesar de no poder parar de reír.

Pum.

—Tú también estás riendo — me acusó Wyatt.

Lo fulminé.

—Bueno un poco, pero es que es muy gracioso.

Pum.

—Ya, callad — se quejó Laia — lo vais a despertar. En vez de hacer el tonto... — hizo una pausa y miró a Finn — Finn como le pongas algo para que se haga daño te mato — dijo ella — en vez de hacer el tonto, podríais ayudarme a llevarlo a la cama. Y dejar de reiros de él, porque me estás enfadando. Si queréis reír iros al pasillo.

Pum.

Ella aprovechó que Blake paró de golpear unos segundos y lo agarró del brazo con cuidado.

—Ya cariño, ven — dijo agarrándole suavemente para que girara —. Ayudadme — Wyatt se acercó y Finn también.

—Blake, ya, a la cama — dijo Finn.

Llevaron a Blake a la cama entre todos e hicieron que se tumbara, aunque en ningún momento dejó de roncar. Laia lo arropó.

—Ya está, gracias — dijo ella.

—Sigue roncando.— dijo Caleb . — Bueno voy a parar el video ya. — paro el video y sonrió — Voy a poner esto en Twitter.

—Pobre Blake — dijo Wyatt.

Finn río.

—Mañana ya veréis lo que me voy a reír como diga que le duele la cabeza o los puños— dijo Finn.

En ese momento tocaron a la puerta. Caleb abrió y ahí estaba Charlie.

—¿Qué hacéis? ¿Por qué tanto alboroto? — preguntó.

—Te lo has perdido— dijo Caleb —. Blake estaba sonámbulo dándose golpes contra la pared. Él rió y negó con la cabeza.

—¿Habéis grabado no? —preguntó.

Capítulo 29

Ariadna

Besé su mejilla y comencé a acariciar su pecho.

—Wyatt... despierta —deje un beso en sus labios.

No respondió al gesto siquiera, estaba profundamente dormido. Sonreí y acaricié sus cabellos antes de volver a besarle.

—Wyatt... — volví a llamarle, con dulzura.

Esa vez emitió un gemido adormilado.

—Wyatt deberías ir a tu cuarto, antes de que alguien nos vea —acaricié su hombro y dejé un beso en la comisura de sus labios.

A pesar de mis intentos, él seguía durmiendo. Suspiré con una sonrisa y lo besé tiernamente. Él sonrió y me devolvió el beso. Me separé de él preguntándome si podría tener eso cada mañana y enseguida abrió los ojos.

—Buenos días, princesa — dijo y le sonreí.

—Buenos días mi caballero andante —bromeé.

—¿Caballero andante? — preguntó con diversión. Asentí. — Te quiero.

Me besó y giré para ponerme sobre él. Puso sus manos en mis caderas, acercándose. Me separé por falta de aire pero enseguida volví a besarle a la vez que acariciaba su mejilla.

—Y yo a ti —hice una breve pausa capturando su rostro con mis manos—. Arriba que en poco tenemos que ir al aeropuerto y tienes que irte a tu cuarto.

El chico hizo un puchero.

—No quiero. Quiero quedarme aquí contigo en la cama y hacerte algo más que besarte. — dijo y me sonrojé, por esa simple insinuación.

—En otro momento, ahora levanta —me quité de encima de él y se levantó buscando a tientas la camiseta que se había quitado para dormir. No tenía muchos músculos, pero de todas maneras su cuerpo era irresistible a mis ojos. Estaba tan guapo por la mañana, recién levantado con su cabello desordenado y sus ojos brillantes.

—Me voy a mi cuarto. En un rato nos vemos.

—Cuidado, que no te vea nadie —le advertí, como alguien le pillara estábamos muertos. Él asintió y abrió la puerta.

—Hasta luego, princesa — dijo y salió cerrando la puerta.

Suspiré feliz. Aquel día sería genial.

Salí de mi cuarto ya vestida y después de una ducha, bajé a desayunar. Los chicos estaban sentados en una mesa hablando animadamente. Cogí un plato y elegí lo que iba a desayunar del buffet libre para luego sentarme entre Finn y Charlie. Wyatt estaba justo delante de mí, me guiñó un ojo cómplice que me hizo ocultar una sonrisa.

Estaba centrada en mi desayuno, así que su tema de conversación era algo ajeno a mí. Sin embargo, cuando hablaron de Blake mis alertas se encendieron, ¿cómo estaría el chico? ¿se habría tomado muy a pecho el video? Había llegado a sentirme culpable y arrepentida de haberlo grabado, el pobre Blake no merecía tal humillación y me había comportado fatal al tener la iniciativa de grabar. Solo quería buscarlo y pedirle disculpas, pero temía su reacción. No debí haber dejado que Caleb lo subiera a las redes.

—Todo el mundo está hablando de ello en twitter, hasta han hecho montajes —explicó Wyatt—. No se lo va a tomar bien. Ya os dije que no era buena idea subirlo, ¿es que no pensáis? Ese video solo es divertido si se queda entre nosotros.

—Es muy bueno, seguro que se reirá cuando vea el video —dijo Finn, ignorando todo lo que el rubio estaba diciendo.

—No lo creo, se va a enfadar mucho — replicó Wyatt.

—Ya se le pasará —dijo Finn.

—¿De verdad, Finn? ¿No te importa? —Me metí en la conversación.

—No, siempre se le pasa —contestó sin el más mínimo signo de preocupación en su voz.

—Pues yo me siento culpable por haber hecho ese video — repliqué.

—Ey, Ariadna —Se metió Caleb—. Tranquila, no es para tanto, no es la primera vez que grabas o fotografía la privacidad de los demás.

Ese chico hubiera muerto allí mismo si yo pudiera matar con la mirada.

—Si estás enfadado porque tienes, más cuernos que dedos, no lo pagues conmigo. Búscate otra novia, quizás.

Toda la mesa se quedó muda. Incluso él. Pero yo no iba a aguantar más sus tonterías.

—Te comportas como un niño —continué—. Me equivoqué, la foto era para Laia. Pero tranquilo, ya he visto que eres de los que buscan culpar a otros de los problemas a los que no tienen valor de enfrentarse. Cuando el cuento que te crees de Madelynn se esfume, estarás solo.

Caleb no pronunció palabra alguna, sin embargo, se levantó y se fue. Se llevó el gran orgullo que tenía, y la poca dignidad que le quedaba.

—Lo hemos humillado a nivel mundial, va a matarnos. — habló Charlie minutos más tarde. Pensó que volver a Blake, harían que todos olvidaran lo que acabado conocer.

Wyatt no dejaba de mirarme fijamente.

—¿Dónde está Laia? —preguntó Finn. Lo miré, ¿Laia? ¿Por qué preguntaba él por Laia? Ellos apenas se hablaban y aquella pregunta me resultó algo extraña.

—No lo sé —respondí mirándole fijamente— ¿Tienes algo que hablar con ella?

Tardó unos segundos en contestar.

—No —dijo, pero sus ojos indicaban todo lo contrario.

—Oh.

—Eh.. Mirad a Blake —dijo Wyatt. Me giré y vi como Blake se rascaba la frente y el cuello y luego bostezaba. Al ver que le mirábamos se acercó a nosotros

—¿Qué pasa? ¿Porqué me miráis tanto? —preguntó una vez estuvo a nuestra altura.

—Nada —contestó Finn.

Nos miró poco convencido.

—No os creo.

Finn ríe.

—Bien que haces — dijo Wyatt.

—¿Sabes que a veces por la noche haces cosas raras? — preguntó Finn.

Blake abrió los ojos de par en par.

—Oh, joder — Se sentó a mi lado de golpe alarmado — ¿Qué hice?

—Pues...— Intenté decirle pero me cortó.

—No espera... Que lo adivino. ¿Me he metido en la cama de alguien? ¿He encendido el agua de las duchas? ¿He cambiado los muebles de sitio? — todos negamos con la cabeza — Mmm.. ¿Os he atado a algún lado? ¿He salido del hotel? ¿He dado portazos? ¿he bailado? — negamos de nuevo y él nos miró desesperado— ¿He intentado acostarme con Finn?

Finn dio un respingo horrorizado y todos los demás reímos.

—Dios, no — dijo el pelirrojo horrorizado. — Y no lo intentes si quieres conservar tus partes bajas.

Reímos y Blake le guiño un ojo seductoramente.

—Básicamente roncabas como un camionero y despertando a todo el mundo y te dabas golpes contra la pared — dije yo y todos comenzaron a reír recordando la noche anterior.

—Ah claro. Ahora ya se porque me siento como si me hubiera peleado con alguien— dijo.

—Mira, Blake — dijo Finn y le puso el video que habíamos hecho anoche.

El chico se ríe al ver la situación.

—Que malos sois todos. Os reíais de mi. — Para mi sorpresa se lo tomó bien — ¡Qué vergüenza! Suerte que mi novia se ocupa de mi dignidad. Aquí no se puede tener amigos que se ríen de ti.

Reímos y Finn sonrió complacido.

—Pues... Caleb lo ha subido a Twitter.

La impulsividad de Blake no se escondió en aquella ocasión, se levantó de golpe apretando la mandíbula y analizando con la mirada a cada uno de los presentes. me sentí como si hubiera aprieto una puerta prohibida.

—¿Qué?! — exclamó. Ví a Laia aparecer por el rabillo del ojo — . Te

has pasado Finn, os habéis pasado todos — Miró a su primo —. Wyatt, tú mejor que nadie sabes que no estoy nada orgulloso de ser sonámbulo, es algo que me avergüenza y ahora lo sabe todo el puto mundo. Todo el mundo me ve roncando y dando golpes como un puto desquiciado — sus ojos se volvieron más brillantes. ¿Tan grave era? Todo era mi culpa. Mi maldita culpa.

—Blake... lo siento —me levanté con el arrepentimiento y la culpa como nombres,

—Cállate, Ariadna — replicó con desprecio —. Yo guardo tus putos secretos y confío en ti, y tú me lo agradeces poniéndome en ridículo —luego miró a Wyatt—. Lo mismo va para ti.

—Venga tío, ¡era una broma! —se metió Finn intentando apaciguar las aguas en tormenta.

—¿Ah sí? ¡Veremos qué broma será tu cara cuando la rompa, imbécil! — con otro movimiento impulsivo se acercó a Finn— Ella me habrá grabado, pero has sido tú el que ha empujado a Caleb a subirlo. Estoy seguro, porque eres un chismoso. Maldito mete mierda.

—¡Eh, tranquilo! —replicó el chico de ojos azules, levantándose. Noté que todo el restaurante estaba fijo en nuestra discusión. Laia agarró a Blake del brazo cuando llegó a nosotros— ¡A mí no me vengas tocar las narices! ¿Quieres ver quien le rompe la cara a quien? Imbécil.

—Vamos a verlo entonces— Blake se acercó a él, y la pelea hubiera comenzado si no fuera por Laia, que se colocó entre ellos.

—Blake, ya está. Tranquilo — Se puso frente a él y poniendo sus manos en el pecho del chico empezó a empujarlo lejos. Sabía que a ella no le haría nada— Vámonos. No vas a pelearte con nadie. No vale la pena.

—Laia... suéltame —advirtió el chico, pero ella no dejó su posición.

—Vamos a dar una vuelta y desayunemos fuera —La chica de cabellos rosados le dedicó una sonrisa dulce, mientras él, con la expresión dispuesta a atacar, no dejaba de mirar a Finn. —. ¿Por favor?

Blake bufó y a pesar de que tardó en hablar, finalmente cedió.

—Está bien.

Intercambiamos miradas nerviosas cuando se alejó con Laia, yo por mi parte, no imaginaba que pudiera haber armado tal revuelo por una cosa que creí divertida. Soy imbécil. Suspiré. Pero miré a Wyatt, porque tanto él como yo sabíamos muy bien a lo que se había referido Blake con lo de «nuestros

secretos».

—No sabía que se pondría así —dijo Finn—. Voy a borrarlo, pero solo por no tener que aguantarlo ser un puto imbécil.

Y se marchó él también.

—Que bien comienza el día... a ver como acaba —dijo Charlie, haciendo sarcasmo de la situación.

Capítulo 30

Ariadna

No sabía muy bien si quería entrar o no. Pero estaba plantado frente a la casa de Juditta d'Angelo, una de las compañeras de mi madre en la hermandad.

No había hablado con nadie de lo que Karen me contó, pero si había dejado que eso me hundiera. Nadie lo sabía, pero lo había hecho. Era bueno escondiendo mis sentimientos si me lo proponía, incluso de Teddy. Al menos, era honesto conmigo mismo.

Seguí allí de pie. No estaba muy seguro de si quería volver a escuchar la misma historia, porque, ¿por qué iba a mentirme Karen? ¿Por qué iba a contarme algo así si era mentira? No tenía sentido.

Creía a esa abogada. Y sabía muy bien que si eso era cierto, mi madre tenía una razón muy contundente para haberme escondido esa realidad. Ningún niño merece saber que es un simple producto de artillería; con objeto de guerra con el que se espera matar.

Había abierto un recado a mi padre mucho más profundo del que ya tenía, y si alguna vez volvía a verle, le abofetearía tan fuerte que acabaría con todos los dientes en el suelo. Le arruinó la vida a mi madre, y eso era algo que estaba pagando con el rechazo e su hija. Se lo merecía.

Volví a preguntarme a mí mismo si realmente quería seguir con la

investigación. Ya no me quedaba nada más por saber, a pesar de que la historia de las hermandad fuera interesante, no me servía de nada. No me llenaba, solo me producía dolor.

Había escrito un email a Juditta, haciéndome para por un periodista que estaba investigando las hermandades de Londres en los ochenta. Y ella había de buen grado; parecía alguien muy amable.

Pero no hablé con ella.

Permanecí horas frente a aquel humilde hogar en el centro de Pisa, a donde había llegado en taxi desde Milan. Tendría que irme pronto, así que me di media vuelta, y me fui.

No quería saber nada más. No quería seguir mirando al pasado; porque tenía suficiente con vivir con él. No tenía penado contarle nada a Ariadna, ella podía seguir viviendo en su nube todo lo que quisiera. Pero yo estaba en paz, al menos eso fue lo que me hizo retroceder y volver al hotel.

Porque ser la venganza de alguien, no te convierte en un vengador. A pesar de que el rencor habitara en mi corazón, supuse que aprendería a vivir con ello. Y a esconderlo de todos. No quería que la gente supiera cuan roto me sentía. No era su problema que cada día tuviera menos ganas de hablar, y más ganas de escuchar. No era de la incumbencia de nadie que cada día me importaran menos las cosas, y que fuera capaz de renunciar a todo por olvidar lo que sabía de mi nacimiento.

No sabía qué hacer, a parte de no querer saber más.

Suficiente para Charlie, se acabó la partida.

Wyatt

Estaba sentado frente a Blake, que seguía enfadado por el video. Las fans lo habían notado en el concierto, ya que rara vez el chico se negaba a interactuar con alguno de nosotros. no podía negar que yo tenía algo de culpa, pero él se estaba comportando como un crío.

—¿Vas a seguir sin hablar? — pregunté, él alzó la mirada que llevaba tiempo perdida en su teléfono. ¿Dónde estaba Laia?

No contestó, volvió a bajar la mirada. Di un trago a mi bebida.

—Blake, no puedes estar siempre enfadado — llegó Charlie con otra bebida, algo contento y moviéndose lentamente al ritmo de la música —. Era una broma y no sabíamos que te sentaría así. ¡Estamos de fiesta! ¡Como siga viéndote así de amargado voy a llevarte yo a la pista de baile!

Blake bufó antes de beber de su cerveza y no contestar. Odiaba que se callara cuando estaba enfadado con alguien.

Ignoré su actitud y me levanté en busca de Ariadna. Quizá ya estaba un poco borracho, pero no me importaba escurrirme entre la gente que fijaba su mirada en mí cada vez que pasaba por su lado. Ariadna bailaba sola en la pista, como si no le importara nada de lo que pudiera correr alrededor de ella, siendo solo una en medio de un montón de gente y muchas sensaciones causadas por el alcohol, la música, el sudor, y el sexo que se movía en el ambiente. La excitación hacía a muchos prácticamente tener sexo en los sofás de la discoteca.

La agarré de la cintura por detrás una vez estuve a su lado.

—Hey, princesa — susurré en su oído, prácticamente pude escuchar como sonreía.

—Hey — Volteó y apoyó los brazos alrededor de mi cuello, arrastrandome a su loca realidad en la que nadie más existía —, este sitio es genial. Aunque las luces de neon me hacen pensar en un puticlub —soltó una carcajada.

Reí alzando las cejas, bailando con ella.

—¿Un puticlub? ¿Cómo sabes cómo es un puticlub? — pregunté — ¿Has estado alguna vez en uno?

—Películas, tonto.

—Ah, que miras películas sobre casas de prostitutas.

—¡No! — rió— Calla anda. ¿Sabes? Me encanta bailar.

Dijo, moviendo su cuerpo como si hubiera nacido para eso.

—No lo haces nada mal

—Ya lo sé —se separó de mí, pero la acerqué de nuevo.

Mi mirada se nublaba, ¿cuándo había bebido tanto? Mis manos se apretaron a la cintura de Ariadna cuando sentí un cosquilleo en mi entrepierna. Eso no podía estar pasando.

Volví a la realidad. No debía estar tan cerca de ella en publico.

—Ariadna, voy a hablar con Blake — la solté en contra de mi voluntad, y ella reaccionó agarrando mis brazos, acercándose.

—¿Por qué? Quédate un poquito más conmigo — su mirada suplicante era mayor a mí.

—No puedo — miré de un lado a otro, intentando averiguar si había alguna mirada fijada en nosotros, el alcohol aún me dejaba pensar con claridad —. Luego hablamos.

Y me alejé de ella.

Me escurrí entre la gente para llegar de nuevo a Charlie y Blake, con la intención de distraerme y beber hasta olvidarme de toda esa mierda. Me sentía atrapado en una flor, bonita y hermosa, capaz de distraer a cualquier hombre, pero también peligrosa, te mantiene en su centro hasta que decide marchitarse y matarte con ella.

Laia se había sentado en el regazo de Blake, y me saludó cuando me senté. Charlie ya no estaba.

—¿Todo bien? — saludó la chica, mi primo seguía sin hablar.

—Sí —contesté y le pedí una cerveza a la camarera— ¿Me vas a hablar ya, Blake? ¿O vas a seguir actuando como un gilipollas? — Estaba hasta las narices de él y de aquel tema.

Me miró fijamente, de aquella manera que solo sabía hacer él y que solo hacía que todo el que la recibía se estremeciera, menos yo. A veces se le olvidaba que habíamos crecido juntos.

—Lo siento, ¿vale? No debimos grabar ese video, pero no es necesario que te pongas así. Lo hemos borrado y nos hemos disculpado. ¿Qué más quieres que hagamos?

—Lo sabes muy bien, Wyatt — replicó enseguida con recelo antes de hacer que Laia bajara de su regazo para ser él quien se perdiera camino a la pista de baile.

Laia me miró.

—Déjalo en paz, sabes que es así de testarudo — dijo ella y tenía mucha razón —. Además ha bebido, espérate a mañana y ya verás como se le ha pasado.

—Pero me cansa esta actitud. Es un imbécil.

—Nadie os dijo que subierais el video. Le habéis humillado.

—Ya lo sé, joder. ¿Pero qué quieres que haga ahora? Ni siquiera lo he subido yo, ha sido Finn— El ritmo de mi respiración se agitó, me estaba enfadando.

Suspiró.

—Pero bien que no te pareció mala idea por la noche. Ni a ti ni a Ariadna. No lo sé.

—Permanecemos en silencio un rato, los dos, uno frente al otro, hasta ye ella volvió a hablar.

—Mira, es lo que hay. Ya he intentado hablar con él y es muy testarudo. No quiero discutir con él por eso porque ya llevamos unas semanas bastante mal— suspiró.

—Lo siento.

—No es tu culpa, no te disculpes. Es mía, fuimos demasiado rápido, no tendría que haber venido de gira con vosotros. —bajó la mirada— Voy a buscarle, —Volteó buscando a su novio, imité su gesto y mis ojos se abrieron como platos al encontrarle bailando con una morena de cabellos rizados como si fuera el rey de la pista, rozando su cuerpo con el de la chica y dejando que ella acariciara sus cabellos. Miré a Laia cuando pensé que mi primo iba a besar a esa desconocida—. Pero, ¿¿qué?!

Sus piernas no esperaron a que ella reaccionara, y enseguida se levantó y prácticamente corrió hacia ellos. Maldito Blake. Tuve el presentimiento de que aquella noche acabaría mal, después de todo aquel día comenzó a ir en picado desde el momento en el que amaneció. Seguí a Laia, que se plantó frente a ellos y os miró hincue ninguno de ellos prestara atención a su presencia. Vi como sus puños se apretaban, y de un momento a otro, noté como ella se esforzaba por seguir pareciendo fuerte a pesar de sus lágrimas, pero entonces Blake notó su presencia.

—¡Laia! ¿Quieres bailar? —preguntó claramente borracho, aunque algo me dijo que usó la actuación como excusa a sus actos.

—¡Imbécil! —exclamó la chica antes de darle tal manotazo que la mejilla del chico se volvió colorada cuando ella volteó y dejando que sus lagrimas no se escondieran más corrió hacia la salida— Si me vas a engañar al menos asegurarte d que no me entere, pedazo de mierda.

—¡Laia, espera! —Blake empujó a la morena lejos de él y corrió tras su

novia. Digno espectáculo que todos los presentes quisieron presenciar.

Suspiré. Vaya noche. No sabía que también tenían problemas de infidelidad. ¿Qué diantres le pasaba a todo el mundo?

No opté por ir detrás de ellos, es más, volví a sentarme esperando que alguien me hiciera compañía. Podría bailar y hacer escándalo, pero por alguna razón me sentía atado a Ariadna, no podía irme con otra tía. Bufé. ¿Dónde estarían los demás?

Finn llegó a la fiesta más tarde, después de haber pasado dos horas en el ensayo pegado a Laia mientras Blake se ocupaba de seleccionar los nuevos violines, todo había sido muy extraño. Palabras prácticamente susurradas, miradas cómplices y silencio ante la presencia de alguien más. Todo aquello, por más que intentara ignorarlo, hacía que me mantuviera alerta, ¿qué estaba pasando con ellos? ¿Madelynn? ¿Sabría Laia que Finn tramaba algo con Madelynn? ¿O estaría él aprovechándose de la mala racha por la que pasaba su relación con Blake?

Finn no era malo, pero le perdían las mujeres, aún más las que no podía tener.

—¡Hey! — Finn se sentó frente a mí y miró a todos lados con el ceño fruncido — ¿estás solo en una fiesta? ¿Estás enfermo? ¿Te duele algo?

—Estoy bien —prácticamente gruñí.

—Bien borracho —se burló antes de dejar salir un par de carcajadas —. Voy a pedir algo — Llamó la atención de una camarera con un gesto.

—¿Dónde estabas?

—Hablando con alguien.

—¿Con quién? —mi tono sonó insistente.

—Nadie importante, tío —se rió—. El alcohol te estresa.

Lo fulminé con la mirada, cada día lo aguantaba menos.

—¿Has visto a Charlie? —pregunté, él se encogió de hombros.

—No, ¿tú lo has visto?

—Hace un rato.

—¿Y Ariadna?

—En la pista, bailando sola —respondí y no pude evitar reír.

—Vaya tela —se rió también— ¿por qué no le haces compañía?

—Porque no —Mi mirada se fijó de nuevo en la chica, que movía sus

caderas libremente junto con sus brazos y piernas, disfrutando del momento sin más necesidad que la música. Un chico se acercó a ella.

—Te la van a quitar —advirtió— Sabes que esa chica te encanta. Estoy seguro de que estás loco por follártela.

Carraspeé.

—Solo es mi amiga. Y no hables de ella como si fuera un objeto.

—No he dicho que no sea tu amiga— llegó su bebida y se la tomó de un trago —.Bueno, yo voy a disfrutar de las chicas mientras tú te quedas aquí solo —expresó con picardía antes de volver dejarme solo en la mesa. Me levanté también, no pensaba quedarme solo y amargado solo porque Ariadna me tentara. El alcohol se me había subido mucho más a la cabeza e iba a demostrarle a esa chica que no iba a caer en sus encantos tan fácilmente. Ella era una mala pero dulce tentación.

Volví a escurrirme entre la gente para llegar a ella, que seguía en su mundo disfrazado de bailes y música. Noté como muchos chicos la miraban, y antes de agarrarla por la cintura me aseguré de que todos captaban lo evidente. Esa chica estaba conmigo.

—Ari —susurré en su oído.

—Wyatt —respondió. Supe que sonreía.

—¿Bailas conmigo?

—Me gusta la idea.

Dejé un beso en su cuello, enseguida noté su mano subir hasta mi cabello.

—A mí también —respondí. Otro beso húmedo más en su delicada piel.

Sonrió coqueta al repetir la acción de nuestro encuentro anterior y voltear a enrollar sus brazos en mis hombros. «No dejes que te engatuse», dijo mi parte cuerda. «Bésala ya», dijo el alcohol. «Te arrepentirás de esto» «No sé si me importa» Pero no tuve tiempo de debatir conmigo mismo, cuando mis labios rozaron los suyos pasaron milésimas de segundo hasta que el beso se profundizó. Ambos nos convertimos en el centro del universo en esa pequeña sala de discoteca. Creí que había perdido la cabeza, juraría que me sentía como si por fin hubiera liberado toda la represión que me había impuesto, sin embargo, recibí un golpe fuerte, tanto que me lanzó lejos de Ariadna de un puñetazo.

—¡Cabrón! ¡¿Cómo se te ocurre tocar a mi hermana?! —Charlie se

abalanzó sobre mí.

—¡Charlie, déjale! —gritó Ariadna enseguida por encima del ritmo de la música. Todos estábamos lo suficiente subidos de alcohol como para no ser conscientes de nuestros actos. Pero al menos to podía controlarme. Ariadna gritaba de fondo, y lo único que yo hacía era defenderme— ¡Charlie, suéltale!

Ariadna

—¡¿Qué haces pedazo de imbécil?! —le grité a Charlie, que se había puesto sobre Wyatt— ¡Suelta a Wyatt!

Empujé a mi hermano lejos del chico que quería y con el rostro y el corazón lleno de furia me encaré a él.

—¿Quién eres tú para apartar de mí a la persona que yo escojo besar? —le espeté— ¡No he pedido que lo apartes! ¡No he pedido que me digas con quien y como debo ser feliz! ¡No te he pedido que me dejes estar con él porque no es tu problema!

—¡Ariadna, es mi amigo!

—¡Quizás por eso no deberías lanzarte a pegarme! —exclamó Wyatt, que se encontraba en el suelo con las manos en el rostro y el labio sangrando.

—Eres un gilipollas, Charlie —le contesté, agachándome a ayudar a Wyatt con su herida—. ¿Estás bien?

—Me estas jodiendo, ¿no?—comenzó Charlie—. No teníais otra cosa que hacer que follaros el uno al otro.

—No voy a devolverte el golpe, Charlie —contestó Wyatt, levantándose—. Soy mejor que tú —Charlie se quedó mudo, sin embargo sus ojos hablaban más que sus labios—. Ari estoy bien, pero quiero irme de aquí.

—Vamos, me voy contigo.

El rubio asintió, y se limpio la sangre del labio con la manga de su camiseta a falta de algo mejor.

Charlie, que seguía con su mirada de odio habló.

—No puedo creer que me hagáis esto —dijo.

—Nadie te está haciendo nada —repliqué, pero en ese momento, Wyatt me agarró de la cintura y me hizo girar sobre mí misma para quedara la altura de su rostro.

—¿Esto es lo que no quieres que hagamos? —me besó con tanta pasión que creí que podía desmayarme allí mismo. Enrollé mis dedos en sus cabellos y lo acerqué a mí cuando su lengua entró en mi boca— Que sepas que no es el primero, ni será el último.

Sonreí en sus labios. «Por fin conozco al Wyatt que planta cara».

—Bésame otra vez —y busqué sus labios, olvidándome de que Charlie estaba allí y de que cualquiera podía ver nuestra muestra de amor. Solo estábamos él y yo, y eso hizo que me llenara por dentro.

Nos volvimos al hotel cogidos de la mano, parecía no importarle toque la gente pensara y por fin sentí que lo que él sentía era lo mismo que sentía yo por él. No se molestó en esconderse de nadie, y caminó con la cabeza alta por el pasillo, sin soltar mi mano, gritándole al mundo “estos somos tú y yo, y van a tener que aceptarnos”.

—¿Sabes qué palabra me gusta mucho? —dijo una vez estábamos en la habitación, tumbados en la cama, uno junto al otro.

—Nosotros —susurró en castellano a mi oído—. Tiene un sonido precioso. Nosotros. Nosotros —repitió la palabra varias veces.

—Nunca me había fijado en su sonido.

—Es bello porque une a la gente. Una palabra así debe sonar como una canción —dijo, y volvió a repetir— Nosotros.

Me moví para besarle. Su labio ya no sangraba, pero fui lenta, no quería hacerle daño. Sin embargo a él no le importaba, e intensificó el beso como si necesitara beber de mis labios. Aún había la huella del alcohol en su sabor, y le dejé embriagarme. Sus manos subieron por mi espalda, dibujando caminos que aún no había descubierto en mí misma.

Y los besos se sucedieron hasta que el cariño y la necesidad se transformaron en una pasión que nunca había conocido. Mis manos parecían haber estado hechas para acariciar su cuerpo, al igual que las suyas parecían haber nacido para desabrocharme el vestido y hacer que mi piel se transformara en fuegos artificiales cuando él la tocara.

Me senté sobre él, y noté cómo su cuerpo me decía «tengo ganas de ti». Sus ojos, brillantes y expectantes, llenos de deseo estaban ansiosos por

cerrarse para que mi roce volviera a él. Me deshice de mi vestido, y contuve el aire.

Aquella era la primera vez que estaba en ropa interior frente a un hombre; frente a alguien que amaba. Sus manos, que yacía en mi cintura, acariciaron mi silueta mientras yo me volvía a inclinar sobre él.

—Eres la chica más preciosa que he visto nunca —susurró, y sonreí al ver que su mirada baja ligeramente a mis pechos antes de subir a mis ojos. Me sentí deseada.

—Qué adulator —volví a sus labios—. ¿Pretendes subir mi autoestima?

—No lo necesitas —dijo—. Sabes que eres preciosa.

Besé su cuello y me deshice de su camiseta, mientras, él acariciaba mi piel como nunca antes me habían tocado. Y me sorprendía que mi cuerpo contestara tan bien a él, ni siquiera tenía que pensarlo. Mis caderas se rozaban con las suyas, y me pregunté cuánto tardaría en perder la cabeza.

—Cielo... —susurró cuando bajé sus pantalones— ¿Vas a querer hacerlo?

Llevé mi atención a sus ojos azules, que brillaban como un mar brilla por la noche a la luz de la luna.

—Sí... pero... es la primera vez que lo hago —me mordí el labio— ¿Te importa?

—Claro que no, me parece perfecto —me besó—. Voy a buscar un, ya sabes, a la habitación de Blake. Yo no tengo... —se rió nervioso— Hace tanto que no... ahora vengo.

Me senté en la cama, dejándole salir. De repente mi corazón iba tan rápido que creí que iba a explotar. Se vistió a toda prisa, y después de volver a besarme como si quisiera arrebatarme el alma salió de la habitación.

Entonces me entró el miedo a no hacerlo bien. ¿Y si era un desastre? ¿Y si dolía tanto que lo fastidiaba todo? No quería ser horrible en la cama. «Oh por dios, no te preocupes por esto». Cuando estaba con él mi cuerpo y el suyo no necesitaban experiencia para complementarse. Todo debía salir bien.

Volvió enseguida con un par de preservativos en la mano, que dejó en la mesita de noche y después se desvistió para volver a mí.

—Tumbate —me dijo cuando se sentó junto a mí, besando mi cuello, bajando por mi hombro, y llegando su mano a la parte final de mi espalda—.

Te dolerá menos, si estoy sobre ti.

—Estoy nerviosa.

—Tranquila, te gustará.

Me besó, y su lengua se adentró en mi boca con tanta dulzura que pensé que no habría azúcar que lo igualara. Enrollé mis brazos en su cuello me dejé caer hacia atrás, enrollando las piernas en su cintura. Gemí al notar sus caderas moverse contra las mías, lentamente.

Sus labios volvieron a bajar por mi cuello, y sus manos acariciaron mis pechos. Mis manos, que se habían perdido entre su espalda y su cabello sentían un toque eléctrico al rozar su piel. Nuestros labios volvieron a unirse, y entonces sus manos, abandonaron mis pechos para desabrocharme el sujetador.

Pensé que sus caricias volverían a ellos, pero en lugar de esto me abrazó. Su pecho se pegó al mío en un abrazo que duró lo mismo que una vida, y tan poco como el latido de un corazón.

—Te quiero, Ariadna —dijo mi nombre como si tuviera miel en los labios. Dejé besos mojados en su cuello, sin soltarle, como si tuviera miedo a hacerlo y no supiera por qué.

—Yo también te quiero, Wyatt.

Nos mantuvimos así unos minutos, hasta que ambos sentimos la necesidad de unirnos hasta que no quedara nada de nosotros que nos tocara. Hasta que no hubiera nada que nos pudieran arrebatarnos con un contrato, o con un hermano imbécil. Ni el miedo al pasado, ni al futuro; todos quedaron encerrados en algún lugar que no quería conocer. Al menos, por esa noche.

Cuando el abrazo se rompió, se apartó de mí y se quitó los bóxers. Después se inclinó hacia la mesilla y agarró un preservativo.

—¿Aún quieres? —preguntó mientras se lo ponía.

—Sí, claro que sí —reliqué, quitándome las bragas. Mi corazón volvió a dispararse y creí que me ahogaría. Nunca había sentido tantos nervios, y nunca habían sido tan agradables.

—Si te hago daño, dímelo. Y pararé —susurró con tranquilidad, besándome y acariciándome mientras se habría paso dentro de mí, muy poco a poco.

Cerré los ojos y respiré hondo. Dolía. Pero era amor, doloroso y

agradable al mismo tiempo. Ese dolor que no quieres que pare, porque te mantiene vivo. Él fue con cuidado, lento y atento a cada uno de mis gestos, besando mis labios, besando mi cuerpo; haciéndome el amor como si nunca antes hubiera amado.

Capítulo 33

Ariadna

¿Será este el fin de Blue?

Algunos periodistas tenían ese talento especial para hacer los titulares menos originales que pudieras escuchar. Lancé el periódico lejos y fui hacia la ventana, donde repentinamente había mucha más gente de la que nos había visitado días anteriores en el hotel. Era irreal.

La pelea de Wyatt y Charlie había corrido como la pólvora por internet, causando el caos entre los fans y la diversión entre todos aquellos a quienes no les importaba en absoluto la banda. Pero yo había caído en el foco de atención cuando había salido como culpable del asunto.

Bufé apoyándome en la ventana. ¡No era mi culpa tener un hermano idiota! ¿Qué se suponía que debía hacer? Sabía que había estado lo suficiente bebida para olvidar que no debía besar a Wyatt en público, pero no lograba entender la molestia de la gente. ¿Tanto daño había provocado? ¿Un beso podía hacer daño? La gente no lo entendía, y los managers tampoco.

Un beso se había convertido en un “incidente” que no volvería a suceder. ¿A dónde llegaría el mundo? ¿Por qué nos obligaban a amar a escondidas?

En ese momento extrañé a Harry, él seguro que me hubiera subido el ánimo al ver esos titulares.

—Ariadna, tenemos que hablar —Charlie me sacó de mis pensamientos,

pero solo para llevarme al mismo tema.

—Si vas a volver a regañarme, no te molestes. No puedes prohibirme querer besar a alguien —«ni hacer lo que hice con él anoche».

Wyatt se marchó al amanecer para que no nos pillaran juntos. Se despidió con un beso y a quena aun no había vuelto a verle, aun sentía sus labios sobre los míos.

—No voy a regañarte — lo miré fijamente a los ojos cuando se sentó en el sillón a mi lado. La entrada del hotel me hacía sentir pequeña en aquellos momentos, y por extraño que pareciera llegaba a gustarme. Solo un poco.

—¿Entonces, qué quieres?

Él suspiró.

—Quiero disculparme — dijo —. Lo siento. Yo también iba bebido y no debí haber formado el escándalo.

—Eso díselo a Wyatt. Él es quién tiene un ojo morado y un labio roto— repliqué con algo de recelo.

—Él está hablando con Mónica.

—Oh. Genial. ¿Por mi culpa o por la tuya? ¿le ha pillado saliendo de mi cuarto esta mañana?

—O sea que estáis juntos... de verdad.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Todo empezó cuando fuimos a Glasgow. Pero estamos juntos desde que empezó el tour.

—¿Por qué?

—Porque nos hemos enamorado, supongo que sabes lo que es eso porque tú tienes novia. Le quiero y me quiere. ¿Qué problema hay? ¿Por qué parece que te hemos traicionado? ¡No te entiendo!

—Porque es mi mejor amigo y tú mi hermana.

—Deberías alegrarte por eso, ¿no?

—Me da rabia que desde el principio haya ido él antes que yo. Viniste con nosotros por mí... y me da rabia ver que con él eres feliz y conmigo no. Idealicé nuestra relación tanto cuando me enteré de que tenía una hermana... ya no sé si estás aquí por Wyatt o por mí.

—¿Estás celoso?

—No lo estás entendiendo.

—Charlie, eres mi hermano, y lo que siento por ti es algo muy diferente a lo que siento por él. Estoy aquí por los dos, pero cuando me vine a Londres, era solo por ti. Y ha sido solo por ti durante mucho tiempo, pero me he enamorado de él. ¿Qué puedo hacer? No puedo controlar lo que siento. No puedo reprimirlo.

—Ya lo sé. Me siento egoísta.

—Le debes una disculpa a Wyatt, y si quieres que nuestra relación vaya bien, apoyarme como un hermano haría. Por favor, Charlie.

Asintió, pero no habló.

No dejé que la conversación fuera a más. Por mucho que me esforzara en mantenerme serena, estaba tan nerviosa por Wyatt que prácticamente podía escuchar como todo a mi alrededor me susurraba lo mal que estaba disimulando. Todos debían pensar que había sido un simple beso ebrio; nadie debía sospechar que esa noche acabara con nosotros en la cama, a pesar de que anoche lo deseáramos con todas nuestras fuerzas.

Volví a suspirar.

—Mejor me voy a dar una vuelta —me levanté de un impulso.

—¿A hacer fotos?

—Sí —me crucé de brazos después de colgar mi bolso de mi hombro. Llevaba mi cámara allí dentro.

—Ten cuidado —su mirada viajó hasta los fans de la puerta. ¿Por qué venía la gente a la puerta del hotel? ¿No tenían vida?

—Lo tendré —me hice la fuerte, pero no podía negar mi miedo hacia toda esa gente.

Charlie habló segundos más tarde, cuando ya me alejaba de él con la mirada tan alta como mi orgullo.

—Por cierto —comenzó—, mi madre vendrá a conocerte a París.

Mordí mi labio, dejando que mi postura dándole la espalda mostrara todas mis emociones.

— Está bien — mi voz sonó más tensa de lo que pretendía.

No dijo nada. Yo tampoco lo hice, pero noté mi sangre hervir incitándome a perder el control de mis piernas. No quería conocer a esa mujer.

Una vez en la calle no pude librarme de las miradas, pero al menos lo hice

de hablar. Nadie se acercó a preguntarme, y yo me puse mis auriculares y dejé que la música me llevara a donde nadie podía molestarme. Sentía rabia en mi interior.

Hacer el amor con Wyatt había sido uno de los mejores momentos de mi vida, y amanecer con el mundo en contra de mí por ello me hizo sentir rota. ¿Por qué? ¿Por qué me preocupaba tanto descubrir que en realidad me importaba lo que pensaba la gente de mí? En esos artículos yo era la mala del cuento, que había aparecido diciendo ser familiar de uno y los había acabado enfrentando. Las cosas no eran así en realidad, Charlie y Wyatt lo arreglarían, yo no era el problema; lo era el contrato. Pero eso la gente no le importaba, solo necesitaban a alguien a quien echar las culpas de la poca estabilidad de la banda últimamente. Tenían problemas de relación entre ellos, pero yo no era la culpable, o al menos de eso me estaba convenciendo.

Entré en mis redes sociales como un error que no volvería a cometer. Había cientos de insultos, me odiaban, y por mucho que intenté ignorarlo, mis ojos enseguida se llenaron de lágrimas sordas.

Llamé a Harry.

—Buenos días, Ari —contestó al otro lado de la línea esa voz dulce y lenta.

—Ho... la —y estallé en sollozos, solo necesitaba oír su voz para sentir que podía dejarlo todo ir.

—¿Ari? ¿Qué te pasa? ¿Te han hecho algo? ¿Estás bien? —el chico enseguida se sobresaltó y comenzó a preguntar preocupado.

—No lo sé, no sé si estoy bien —repliqué y me metí en el baño de una cafetería, donde nadie podía encontrarme.

Estaba en Milan, y me hubiera gustado no parar sus calles entre lagrimas.

—Cuéntame qué ha pasado.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque estoy llorando, no puedo...

—Esperaré hasta que puedas hablar con tranquilidad, si quieres. Solo si quieres.

Le di las gracias, y lloré con él al teléfono. Al terminar no quise contarle toque me ocurría, me sentía tonta dejando que me afectara lo que los demás

decían de mí. Así que le pregunté por su álbum, le dije que me alegraba mucho por él y que estaba deseando volver a verle.

Nos estábamos evitando en público. Y ambos teníamos nuestras razones. ¿Las tuyas? Seguramente la charla con Mónica. ¿Las mías? Habían quedado claras con mis llantos al teléfono.

Estábamos saliendo del hotel para ir al aeropuerto: próxima parada París. Esperaba que la ciudad del amor arreglara los desastres que había en la banda. Y que me afectaban a mí también, solo quería volver a estar con Wyatt a solas, y hacer el amor una y otra vez. Lo de la noche anterior había sido como viajar al cielo y bailar entre la luna y las estrellas.

Agarré mi maleta y bajé del ascensor, topándome con Finn de espaldas a mí. El pelirrojo vestía una sudadera roja y unos tejanos ajustados, mientras hablaba por teléfono.

—Lo sé, nena —supuse que sería su novia. A quien ninguno había tenido el placer de conocer—. Maddie, lo solucionaremos. Pero estoy deseando que vengas... estoy deseando verte —susurró haciendo que mi ceño se frunciera. ¿Por qué estaba hablando con Madelynn?—. Sí, Caleb no sabe nada. Ni lo sabrá. Ya veremos como lo hacemos... te quiero —puse adivinar una sonrisa en su rostro.

No podía ser cierto. Aquello me dejó perpleja, y puedo decir que sobran más adjetivos y descripciones. No tenía más. Sabía muy bien que Maddie era incapaz de serle fiel a Caleb, pero ¿con Finn? Aquel sí podía ser el final de la banda, porque una traición como esa podría romperlos en tantos pedazos haciendo que todos sacaran sus golpes hacia la peque bola de cristal que los mantenía juntos.

Debía contárselo a Blake y Wyatt.

—Mañana nos vemos, cariño —dijo antes de colgar. No sé si me vio, pero me mantuve lo suficiente lejos como para que pensara que no había escuchado una sola palabra de su conversación.

Caminé fingiendo estar distraída, pero no podía evitar sentir asco hacia él y Madelynn. ¿Cómo podían estar haciendo aquello? Sabía que habían tenido una relación hacía un tiempo, pero engañar a alguien querido no tenía razón ni justificación. Caleb debía saberlo, pero no sabía si debía ser yo la que abriera la boca para decírselo, después de todo, no era la mejor persona para ir desvelando secretos. Además no me creería, ¿debía recordar que practicasen no me hablaba? Lo del video de Blake había sido algo extraordinario.

Fui hasta el taxi, con mi maleta en mi mano derecha y mi bolso colgando de mi hombro izquierdo. Era momento de volar a París.

¿Nerviosa, Ariadna?

Creía que acabaría explotando.

Dejé la maleta al taxista y él se encargó de poner mis cosas, cuando Laia se acercó con Blake, supe que sería un viaje largo hasta el aeropuerto. Tenían esa manía de hacerme sentir como una sugetavelas.

—¿Y esa cara, Ariadna? —preguntó Blake cuando el coche se puso en marcha. Yo me mantenía apoyada en la ventana.

—Lo de Finn y Madelynn, ¿cómo terminó? —me incorporé para preguntarle.

—Se dieron un tiempo, pero Madelynn se enamoró de Caleb y lo dejaron —contestó el chico, creí que su tono hablaría con despreocupación, sin embargo lo que sucedió fue todo lo contrario— Des de entonces Finn ha ido de flor en flor ¿pasa algo? ¿te has enterado de algo?

Se movió incorporándose en mi dirección; Laia se había sentado en el centro y nos miraba, confusa. Él parecía estar esperando una respuesta afirmativa, y sentí que él ya sabía lo que iba a contarle.

—¿Qué sabes? —pregunté; quizá mi tono sonó como si hablara bajo el agua.

—Creo que Finn y ella vuelven a estar liados —contestó con una mueca molesta, prácticamente su expresión habló por él. Sentía que las cosas se habían visto envueltas por un viento arrasador, que en cualquier momento lanzaría los árboles que mantenían el equilibrio al suelo; todo caería, y con ello el tren al que viajaba se desviaría por los golpes.

—Vas por bien camino —contesté y un suspiro salió de mis labios.

—Hijo de puta —masculló con rabia—. ¿Te ha dicho algo?

—Lo he escuchado hablar con Madelynn por teléfono. No sabe que lo sé.

—Tanta mierda por ti y Wyatt y el que se está cargando todo es Finn. ¡¿Sabes lo que pasará cuando Caleb se entere? ¡Se irá de la banda! ¡Y Finn se irá también porque ninguno de nosotros estará dispuesto a querer nada con él!
—bufó con nerviosismo antes de golpear el asiento delantero vacío.

—¡Ya lo sé!

—¿Pero por qué hacen eso? —preguntó Laia, que seguía intentando procesar todo lo que de repente caía en agua helada.

—¡Blue con dos miembros menos no es Blue! —Blake comenzó a entrar en ansiedad— Y cuando descubran lo tuyo con Wyatt se irá él a la calle. Oh mira, Charlie y yo haríamos un buen dueto. Voy a irme a la mierda. ¿Un batería y un violinista? ¿A done coño vamos?

Nunca lo había visto tan nervioso, su ceño se fruncía y su respiración se agitaba, dándome la impresión de que entraría en un ataque de nervios de un momento a otro.

—Blake, tranquilo — Laia acarició sus cabellos intentando tranquilizarlo, sin embargo el intento fue inútil.

—¿Tranquilo? ¿Cómo? Mierda, Laia. ¡Dime como voy a estar tranquilo si todo por lo que he trabajado y he conseguido se va a ir a la mierda gracias a un imbécil! ¿Qué voy a hacer? ¡No puedo estar tranquilo!

—Encontrarás algo que hacer —dijo la chica—. No seas tan dramático, a Wyatt no lo echarían, y no se irían ambos.

—Pero es que no quiero que se vaya ninguno —replicó.

—Blake, por favor. Que no cunda el pánico. Encontraremos qué hacer.

Pero él dio otro golpe.

—Voy a matarlo. Mataré a ese cabrón.

No culpé su mal humor. Entendía lo que le pasaba. Sabía lo que era perderlo todo sin haber tenido oportunidad de escoger por ello. Cuando te arrebatan algo es cuando sientes que nada tiene sentido; luchaste por algo que te robaron.

Sin embargo había algo que no entendía con esos Blake y Laia... ¿No estaban peleados? Sus idas y venidas me desconcertaban mucho.

Wyatt

Finn estaba raro. Ariadna lo miraba, Blake lo miraba e incluso Laia mantenía su visión en él con un vago disimulo. Algo iba mal, pero no encontré la oportunidad de preguntar.

Esta vez íbamos en avión privado, se podría decir que agradecía la elección a pesar de que no tenía muchas ganas de estar solo con todo el equipo. ¿Cuándo podría hablar con Ariadna? Quería saber cómo estaba después de la noche anterior. Quería abrazarla y besarla de nuevo, pero las cosas no iban así, y me encontraba sentado al lado de la ventanilla mientras Charlie y Teddy hacían manitas y todos los demás parecían estar en una partida de Cluedo. Vigilando cada movimiento de cada uno de los presentes. Pero los ojos más avidosos eran los de Blake. Sus verdes esmeraldas se habían teñido de atención.

—¿Vais a estar todos así de aburridos? — Finn se quejó de la situación, parecía se el único que no se daba cuenta de lo que se cocía en el espacio. Y si lo hacía era muy bueno disimulando.

—Estaremos como nos dé la gana — replicó Blake sin muchos ánimos. Yo no me molesté en hacerlo.

Tensión que no entendía de donde venía. Silencio que había durado días, y confusión llenando el ambiente. Aquello era una mierda y tenía que ver con Madelynn Sparks. Estaba seguro.

Lo primero que hice al llegar a Paris fue soltar un suspiro aliviado; estar en ese avión me había roto la espalda y acabado con mi paciencia.

No fui directamente al hotel, todos lo hicieron y Blake se ocupó de mis cosas mientras to me escapaba en sentido contrario a voltear por la ciudad. Necesitaba un descanso, estar en contacto conmigo mismo y desconectar de todo y de todos. Tuve suerte; no me molestaron mucho durante mi paseo y pude aclarar mi mente, al menos de algún modo. E incluso, pensé que podía hacer una decisión definitiva sobre mi quehacer con Ariadna.

No me importaban las amenazas de Mónica. No servían para nada.

Estaba harto de temer hacer lo equivocado; podían prohibirme tener una relación, pero no podían evitar que me enamorara. Y aquel sería el día en el

que iría a por Ariadna y le diría que la amaba y que iba a estar con ella a pesar de todo lo que el mundo dijera, porque estaba en mi derecho como ser humano.

Nadie debía ser castigado por amar; e incluso si ese amor tiene la capacidad de destruir el mundo.

Así que fui al hotel.

—¿Dónde está Ariadna? — pregunté a Caleb, la primera persona que vi cuando llegué a donde estaban nuestras habitaciones.

—Creo que en el bar, ¿por?

—Quiero hablar con ella.

Asintió sin mucho entusiasmo.

—Va a venir Madelynn.

—Oh, guay —respondí alejándome de él de nuevo. Tenía tantas ganas de ver a Madelynn como de romper la cláusula del contrato que me prohiba tener relaciones sentimentales.

¿Dónde estaba el bar? Aquel hotel era enorme.

Bajé a la planta baja, y enseguida pregunté por indicaciones. Yendo a la derecha, al final. Al contrario que en las películas, todo comenzó a ir muy rápido, cómo si el tiempo comenzara a correr. ¿O era yo?

Encontré a esa chica de cabellos castaños que lograba volver mis sentidos locos, apoyada en la barra, con una sonrisa y una cámara en su mano junto con su cuaderno apoyado en el mármol. Su sonrisa era profunda y no entendía cómo era posible que nadie en el lugar la estuviera mirando de la misma manera que lo hacía yo.

—Ariadna — pronuncié su nombre, pero ella estaba muy distraída riendo con Laia para notarme, pero la pelirosa sí lo hizo.

—Wyatt... — pronunció Laia con el ceño fruncido. Ariadna volteó.

—¿Wyatt? — mi mirada se fijó en la suya, buscando un contacto que no quisiera romper.

—Ariadna, tenemos que hablar.

Ella se incorporó, y sin dejar de mirarme cerró el cuaderno. Se levantó, y me fijé en que había recogido su cabello en una coleta de lado que le quedaba preciosa. Después de todo, ella siempre estaba preciosa.

Asintió.

—¿Dónde? — preguntó agarrando su cámara mientras Laia sonreía cómplice.

—En privado — contesté. Sus ojos marrones me dejaron sin aliento cuando sonrió.

—Vamos.

Puedo jurar que escuché a Laia susurrar cosas a Ariadna cuando nos alejamos. Y sabía que la chica estaba igual de nerviosa que yo. De nuevo, todo se movía exageradamente rápido. Sus cabellos estaban más claros, y caminaba por delante de mí; quizá me perdí en su movimiento y olvidé cómo se suspiraba. Por unos segundos.

—¿Dónde quieres hablar? — se dirigió a mi cola mirada brillante y los labios encorvados en una media sonrisa antes de pulsar el botón del ascensor.

—En tu habitación. ¿Va bien?

Asintió, y no dijo nada más hasta que llegamos a la habitación. Pero yo noté como mis pies no sabían moverse a un ritmo; no era solo mi declaración a ella, sino la sentencia que estaba dando a mi carrera. ¿Qué ocurriría? Tuve miedo.

Ella abrió la puerta con calma, pero una vez entró, lo hice con ella para cerrar la puerta.

—¿De qué quieres hablar? —jugó a ser inocente, com siempre hacía. Alzando levemente una de sus cejas.

—De nosotros —posé mis manos en sus brazos, y de un suave movimiento hice que caminara hasta sentarse en la cama.

—Fue un error besarnos en público, me ha quedado claro— contestó con despreocupación, juraría que era fingida.

—Pero no fue un error.

—¿No? Creía que lo nuestro era secreto.

—No debería.

—¿Por qué? —parecía que me estaba probando con cada un de sus preguntas.

—Porque no es justo.

—Ya sé que no es justo —suspiró—. ¿Pero qué quieres que haga yo?

—Nada —mi yo cobarde calló lo que llevaba tiempo queriendo decir. No podía dejarle hablar por mí—. Pero quiero decirte algo.

—Dime.

No sabía cómo decírselo. Era simple, y lo sabía. “Nena, no quiero esconderme más. Quiero tener una relación estable contigo”. Era simple, muy simple. ¿Por qué no podía decirlo sin pensar que parecería imbécil?

Puedo jurar que las manos me sudaban.

—¿Wyatt?

No sabía qué decir, así que la besé. Sus labios se unieron a los míos con suavidad, pero no hicieron falta más de dos segundos para que mi lengua pidiera entrar en su boca y sus labios se movieran con más pasión, apoyando así sus manos en mis mejillas, como ella siempre hacía.

—Dejemos de escondernos —susurré en sus labios, todo parecía mucho más fácil así de cerca de ella—. Quiero que seas mi novia —susurré.

—Wyatt... —replicó en un susurró más inaudible que el mío— Te quiero — volvió a besarme y no respondió a mi declaración, pero yo sí lo hice con la suya.

—Y yo a ti, princesa.

Sonrió en mis labios antes de volver a besarlos. Sentí que estaba sellado, de una vez por todas había soltado lo que quería decir. La quería. Y quería estar con ella. Así de simple pero complicado al mismo tiempo.

La agarré por la cadera, quizá porque me hacía sentir que no podía escapar de mí a pesar de que sabía que no lo haría. Las preguntas se esfumaron de mi cabeza y me concentré en ese único simple gesto; el beso. Cuando sus labios se separaron de los míos, escuché como el beso se rompía.

—¿Estás seguro de esto? — su voz era como una dulce fresa.

—Sí, completamente seguro — noté su sonrisa en mis labios, acariciándome.

—Es peligroso...

—No me importa.

—La banda...

—Ariadna —corto su voz, sé muy bien que está insegura, pero no pienso dejar que se crea responsable de mis decisiones—, quiero esto. Estoy harto de esta norma estúpida, yo quiero tener el derecho de tener una relación.

Suspiró, pero sonrió de nuevo para besarme y que una risita saliera de sus labios con alegría para ponerse sobre mí y lanzarme hacia atrás, tumbándome

en la cama.

Por primera vez, sentí las mariposas en mi estómago diciéndome lo enamorado que estaba de ella.

Capítulo 32

Ariadna

Si París no se llamara la ciudad del amor, debería llamarse la ciudad de la justicia tomada por mano. Wyatt no iba a dejar que decidieran por él y eso llega a asustarme hasta el punto de no saber bien qué pensar de la situación, pero lo que no puedo negar, es que estoy en una nube. Una gran nube llena de felicidad, perfección y amor.

La brisa hacía que me sintiera bella cuando hacía volar mi vestido pegándolo y despegando de mi cuerpo con suavidad. Él caminaba a mi lado, el aire se respiraba frío, pero no me importaba ir en tirantes. Sentí el impulso de comportarme como un alma libre y correr gritando que por fin salía con mi chico a la calle. Era como cerrar los ojos, e imaginar estar en un sueño en el que despertar y darte cuenta de que por fin los sueños se hacen realidad.

—Se te ve feliz —opinó caminando a mi lado.

—Sí —respondí acercándome a él y apoyando mi cabeza en su hombro, hice que sus brazos me rodearan—. ¿A dónde vamos?

—No tengo ni idea —me guiñó un ojo— ¿importa?

Negué.

—Me gusta más esto. Creo que a veces deberíamos dejarnos ir, dejar de hacer planes y simplemente hacer y ser. Caminar y caminar dejando que todo te sorprenda si quiere hacerlo.

—El mundo sería más bonito.

—Sí —sonreí como una idiota. Sus dedos se enrollaron en mis cabellos.

—No hay nadie —susurró observando la calle desierta. Parecía que los edificios de París había hecho que la noche callara a la ciudad; había tanta diversidad. Volví a besarle, acariciando sus mejillas, después su mano se entrelazó con la mía.

—Son las doce de la noche. Quizá somos raros —sonreí.

—Ellos son los raros —contestó acariciándome—. Eres tan suave... —su rostro se hundió en mi cabello, y mis talones dejaron de tocar el suelo para enrollarse en su cuello y ponerse de puntillas.

—Prométeme que a partir de ahora esto será así.

—Lo prometo —su aliento chocó con mi mejilla—. No te quiero dejar nunca.

Y volví a besarle.

Me arrebató la cámara cuando mi conciencia se perdió en su beso y se separó de mí con una sonrisa.

—Esta noche serás tú la modelo —su sonrisa se alargó de costado, formando una media luna.

—Nunca he sido la modelo.

—Déjate llevar. ¿No era lo que querías? —la sonrisa que le dediqué en respuesta fue quizás la más verdadera que había trazado en mi vida.

Y me dejé llevar. Sonreí ante la cámara y actué con tranquilidad dejando que me capturara desde todos los ángulos que deseara. Era suya esa noche. También era mía, y de París, y de todo lo que alguna vez no había sabido y quizás nunca sabría. Tampoco me importaba.

—La gente me ha insultado hoy. —declaré, sentándome en las escaleras que bajaban al metro. Él estaba detrás de mí, y me fotografiaba.

—La gente no sabe nada. Todo lo que dicen es basura, porque ninguno conoce lo que sucede de verdad. Así que no les hagas caso.

—Eso intento.

Se sentó a mí lado.

—No soy el más indicado ara dar consejos sobre como ignorar lo que te daña. Pero cuando fui a visitar a Jake, me di cuenta de varias cosas que ni siquiera me he admitido a mí mismo, hasta esta mañana, con Mónica.

La brisa parisina parecía cantar a nuestro alrededor.

—¿De qué?

—Él me dijo que hay gente que arriesga lo que sea por amor, y otros que lo darían todo por vivir. Supongo que se refería a la libertad, a la cárcel. Y tenía mucho sentido. Salí pensando que si él lo había hecho y juraba que volvería a hacerlo a pesar de estar encerrado, era exactamente igual a mí. O al menos eso era lo que yo pensaba con respecto Beth, pero no era así. Me llamó cobarde. Yo la quería como no había querido a nadie, y me aferré al recuerdo de su amor porque era la única manera de hacer que me doliera menos que me dejara. Justificaba sus actos culpando a sus padres para creer que aun había posibilidad de que algún día volviera a mí vida, pero no la había. Era una ilusión, una chascara que hasta yo mismo sabía que no era cierta pero no quería aceptar.

»Salí de allí pensando que quería vivir. Quería sentir y quería hacer todas las cosas que nunca me había atrevido a hacer. Nunca me había atrevido a desafiarme a mí mismo, a romper las reglas que yo mismo me imponía y luchar por algo que sabía que me haría feliz aunque conseguirlo fuera difícil. Quería estar contigo, porque te quiero y lo sabía, pero tenía miedo de volver a sufrir por amor, así que me convencía de que no podría estar contigo. Al final, me dolía más no estar contigo que obedecer al contrato, o a Charlie o a cualquier persona que pudiera impedirme estar a tu lado.

»No sé si me estoy explicando. Verás, dejar que otras cosas me pidieran estar contigo era lo mismo que había hecho con Beth, culpar a sus padres. Contigo culpaba a Beth, a Charlie al contrato, a cualquier cosa con la que pudiera justificar que debía seguir en mi zona de confort. Así que Jake tenía razón, soy un puto cobarde en lo que a sentimientos se refiere. No sé por qué, pero lo soy.

»Y hoy he entendido lo que Jake me dijo; no tengo que renunciar a vivir por amor, ni al amor por vivir. Ambos van ligados, sin embargo también puedes escoger arriesgarlo todo por ambos o solo por uno. Y esta mañana, le he dicho a Mónica que iba a estar contigo y que no me importaba lo que me dijera. Si quería echarme, que lo hiciera. Si quería mandar el grupo a la mierda por una norma estúpida que se inventó para molestarnos por no estar todos en una reunión, que lo haga. Si voy a trabajar con gente así de estúpida, prefiero no trabajar con nadie. Esto ya no es sobre estar contigo o no, esto es

algo sobre mi vida. Y voy a vivir como yo quiera. Por fin. Y ni siquiera me importan Finn, ni Caleb ese es su problema, y no voy a descargar mi rabia sobre ellos. Aunque sé muy bien que serán ellos quienes destruyan esto.

—Eres increíble —no tenía más palabras para él que esas.

Me hizo pensar en mis padres, a quienes no les había vuelto a coger el teléfono. «Te estás comprando como una zorra».

No me gustaba sentirme así, así que eché el pensamiento de mi mente y besé al chico.

Wyatt

Maldije el momento en el que olvidé apagar la alarma. La noche anterior había sido tan buena que me había olvidado de todo. Pero Ariadna pareció tomarlo con diversión porque antes de que abriera los ojos para buscar el teléfono y apagarla comenzó a reír.

—¿Y eso? —susurró adormecida y divertida al mismo tiempo.

—Se me olvidó quitarla— Pasé mi brazo por encima de ella antes de intentar incorporarme, pero la palma de su mano izquierda tiró de mí hasta tumbarme de nuevo y ella se ocupó de apagar la alarma. Después apoyó su cabeza en mi pecho, dejándome absolutamente atontado con las caricias que sus dedos hicieron sobre mi piel.

—No importa —respondió y cerró los ojos mientras yo la observaba; era tan bella que podría comparar el color de su piel con perlas y el rizo de sus pestañas con abanicos.

—¿Vas a dormir? —mis dedos se enredaron en sus cabellos. Ella asintió y ese gesto hizo que mis labios se tensaran en una sonrisa.

—Yo también —cerré los ojos, pero antes de eso agarré bien la sabana y tapé a la chica ya que notaba algo de frío en el ambiente.

Quizá habíamos dejado la puerta del balcón abierta cuando le hice fotografías sin parar en ese lugar. Me pareció increíble lo fotogénica que era y lo poco que dejaba que la cámara capturara su rostro.

Se durmió al poco tiempo, y yo también lo hice, pero mi sueño fue ligero y

poco profundo; tanto que comencé a notar un vacío en mi tripa y una sensación de caída. Llegaba el momento de echar las cartas sobre la mesa después de haberlas preparado durante toda la noche. ¿Era normal sentir que quería retirar la mano del fuego cuando empezaba a quemarme?

— ¿Wyatt? — fue la voz de Charlie la que me despertó. O quizá la confusión de escucharla, pero en ese momento aquel fue el sentimiento que me invadió. ¿Cuándo me había dormido? ¿Y él? ¿Cómo había entrado y por qué tenía mis brazos entrelazados a Ariadna?

Recuerdo que solté un gruñido somnoliento.

—Charlie... ¿qué quieres? — para mi sorpresa fue Ariadna la que habló, ya que pensaba que seguía dormida.

—¿Qué estáis haciendo? — emitió una pregunta intimidante, sin embargo ninguno de nosotros le tomamos en serio; era el momento de dar la cara.

—Dormir — contesté.

—¿Juntos?!

—Sí... —aún no había abierto los ojos, realmente me sentía muy a gusto con esa situación. Por fin— Lo preocupante es cómo has entrado.

—Me dieron una copia ayer.

—Idiota. ¿Para qué quieres espíarme? —se quejó Ariadna.

No contestó enseguida. Es más, se quedó de pie mirándonos fijamente mientras sentía cómo quería quemar la colcha con solo mirarla.

—¿Quizá por esto? —contestó minutos más tarde. No alcé la mirada— Wyatt, suelta a mi hermana.

—Es mi novia —aclaré.

—¿Qué?! ¡Suéltala! —exclamó agarrando la colcha para destaparnos. Alcé las cejas y esa vez me incorporé para mirarle.

—Charlie, déjame —interrumpió Ariadna— ¡Ya lo hablamos ayer! ¡¿Qué diantres te pasa ahora?!

El chico seguía mirándonos pero cuando nuestras miradas se cruzaron supe muy bien que mi amigo yacía en la mayor confusión que alguna vez había habitado en él. Estaba más que seguro de que no sabía qué hacer, ni cómo reaccionar. Por eso que me levanté y lo encaré. Escuché el sonido de las sábanas moverse cuando Ariadna se tapó con ellas a pesar de no estar desnuda. No habíamos tenido sexo y estaba más que seguro de que verme a mi

en bóxers hacia que Charlie pensara lo contrario.

—Venga Charlie, dime que te molesta — ordené y sentí una sonrisa satisfecha en mi rostro. Llevaba tanto tiempo esperando por ello.

—Será mejor que la dejes en paz — esa fue su replica.

—¿Por qué? No tengo nada que perder — y ahí cayó la mía.

—Tienes mucho que perder, diría yo — pero la suya era más fuerte.

—No me importa — y aquella fue mi sentencia.

—Pero a mí sí, no quiero que lo pierdas todo ahora. Hemos luchado mucho por esto.

—¿Ahora me vas a decir que esta actitud no es porque este con tu hermana sino por la banda? —todo me parecía estúpido.

—Sí— dijo.

Por unos instantes noté el aire más pesado en la estancia, quizá fue porque mi respiración se volvió así. Era la primera vez que notaba como Charlie se distanciaba de mí a pesar de no mover un solo centímetro sus pies.

—Siento lo del otro día, pero no soy un monstruo. Si os queréis... — suspiró—, por mi parte todo está bien. Pero no por la de Mónica.

—Mónica se puede ir a la mierda —repliqué. Él se quedó mirándome, como si no reconociera a la persona que tenía delante, como si estuviera intentando conocer a alguien que nunca había visto.

—Ariadna tiene que prepararse para conocer a mi madre. Vete. — dijo y sonreí de lado antes de encogerme de hombros. Asiento terminado; cuándo no te queda más por rebatir, date la vuelta.

—Está bien — volteé sobre mis pies para agarrar mi ropa y ponérmela con tranquilidad ante la atenta mirada de ambos. Después, me acerqué a la chica —. Buena suerte, princesa — dejé un beso en sus labios que ella siguió con empeño y que Charlie se encargó de romper —. No te pongas nerviosa.

—No lo haré — contestó. Volví a besarla y cuando me separé para marchar mis hombros chocaron con los de Charlie con molestia.

Pero para mi sorpresa, salió él detrás de mí, dejando a la chica sola en la habitación. Ignoré su presencia, y seguí mi camino hacia mi habitación, necesitaba una ducha urgente antes de bajar a comer. La noche anterior estuvimos tantas horas fuera que podrías sentir que la noche sería nuestro lugar favorito de aquel momento en adelante. Así de pasional como era, así de

ella. Creo que llegamos a las cinco de la mañana. La memoria de la cámara había quedado llena con su rostro y mis pies no sentían el pisar del suelo; de todas maneras me sentía más vivo de lo que lo había hecho nunca. Subimos en barca por el Sena y ella fingió ser una tripulante más del titanic al que mucha imaginación le había dado; aquello me hizo reír. Muchas cosas en ellas me hacían reír, y la verdad era que nunca las había disfrutado tanto como la noche anterior.

—¿Qué harás sin a banda? —me preguntó.

—Quizá es momento de iniciar una carrera en solitario.

—¿Qué? ¡¿Eres tonto?!

—Sí, una en la que pueda decidir mi propia vida — ni siquiera yo mismo daba juicio a mis palabras. Mil confusiones en un mismo punto, juntándose para formar un color tan confuso que ni yo mismo podía descifrar. Sabía que de verdad quería tomar esa decisión, sin embargo no sabía si esa voz que susurraba en mi cabeza que estaba equivocado podía estar en mi correcto.

—Wyatt, estás cometiendo una locura.

—¿Ahora te importa? —aquella respuesta hizo que mis pensamientos se volvieran en contra del chico; una hipócrita declaración.

—Siempre me has importado.

—No te importaba cuando era yo quién sufría por tu culpa y no podía estar con Ariadna por ti. Tampoco te importó cuando me pegaste en la discoteca. Pero venga, ¡pégame ahora también! Parece que para ti y para todos tengo la culpa de enamorarme, ¿no es verdad?

—No la tienes, pero te estás poniendo en peligro y ni siquiera te has dado cuenta aún. Toda tu carrera, todo tu mundo.

—¡Me importa una mierda! —mi bomba explotó— ¡¿Qué más da todo lo que pueda tener si no me dejan controlar mi vida?! ¡Para ti es muy fácil, Charlie, tú no eres quien aguanta todo esto!

—Deberías ser un poco más responsable, y no pensar tanto en ti, sino en cómo afecta a los demás lo que haces.

—Charlie, no voy a seguir esta conversación, no soy yo quien se está cargando todo. Habla con Finn, es él quien tiene que dar solución a todo esto. No yo —el aire se estaba tornando demasiado hipócrita cómo para poder soportarlo.

Él no tenía derecho a hablarme de aquella manera, ya que desde el principio había sido culpa de él y de los otros dos que habían firmado sin pensar en las consecuencia. Yo me quejé, y parece que el mundo me esta castigando por haberlo hecho.

Capítulo 33

Ariadna

Me negué a ver a esa mujer y eso hizo que todo lo que había reprimido sobre mi familia saliera a derrotarme.

—Por favor, Ariadna —me suplicó Charlie.

—No quiero, no quiero —repetí, llorando como una imbécil. No por esa mujer, sino por mamá y papá. Era a ellos quien debía ver, no a una mujer que había roto mi familia antes de que empezara.

—No tienes que ser su amiga, solo quiero que te conozca.

—¿Por qué? ¡Es tu madre! No es la mía, ¿sabes donde está la mía? En Barcelona, llorando por mi culpa. Llamándome día si y día también sin que yo me digne a coger una llamada. ¿Y ahora tengo que ver a tu madre? ¿A caso es ella una santa? ¡¿A caso no tiene la misma culpa que tienen mis padres en esto?! No quiero verla. ¡No quiero y no insistas?

Apretó los labios.

—Haz lo que te dé la gana, es lo que haces siempre. Quería un puto momento en familia con mi madre y mi hermana, no creo pedir tanto.

—¡Ella no es mi familia!

Aquello parecía atravesarle como una estaca.

—Para ella tú si que eres la suya.

—Es su problema.

—Eres una idiota.

—¿Y tú qué?

—¡Estás aquí por mí! ¡Te he dado todo desde que te conocí y tú solo me has dado rechazos! ¿Qué te costaba poner una maldita sonrisa? ¿Qué te costaba hacer eso por mí? Solo quiero ver a mi familia unida un maldito día.

—Charlie, no quiero ver a tu madre. No quiero hurgar en la herida que aún no ha curado, ¿no puedes entenderlo?

—¿No ha curado? ¡¿Y tú crees que a mí me ha curado? —preguntó furioso, acerándose mucho a mí.

—Parece que sí.

—¡Pues te equivocas! —su rostro estaba al borde de la tristeza más absoluta, de un momento para otro— ¡Tu padre dejó embarazada a mi madre a propósito y luego la abandonó por venganza! ¡Por venganza! ¡SOY UNA VENGANZA!

—Eso no es verdad.

—No te atrevas a decirme lo que es o no es verdad, porque he estado investigando. ¿Sabes que tu padre perteneció a una hermandad cuando estuvo en Londres? ¿Sabes que el jefe era un controlador machista? ¡¿Sabes que odiaba a mi madre y la engañó?! ¡¿A que no lo sabías?!

No era cierto. No era cierto. Papá nunca haría algo así. Papá era una persona increíble.

—No es verdad.

—Nunca le importé.

—¡No es verdad! —me acerqué a él, lo suficiente para que nuestras miradas quemaran la una a la otra. Para que escasos centímetros nos separaran, y se comieran toda la distancia que alguna vez se había trazado entre nosotros— Él siempre sufrió por no tenerte a su lado. ¡Lo viví cada día de mi vida!

—¡Eso no es así! ¡Acepta las cosas de una vez! ¡Deja de evitar la verdad y vivir en una maldita burbuja! ¡Eres una ilusa!

—¡Te lo estás inventando! ¡Te digo que mi padre nunca haría algo así!

—No me crees.

—No, no te creo. Eres un mentiroso —dije, con el rostro rojo y los ojos llenos de lagrimas. mis mejillas no eran más que cascadas de un lago en el

que cada vez entraba más agua.

—¿Por qué iba a mentirte?

—¡No lo sé! ¡Quizás porque necesitas una razón para odiar a papá y esa es la única que te queda! Mi padre no supo de ti hasta que naciste, y tu madre nunca le dejó tener contacto contigo. Esa es la única verdad.

—Pues si esa es la verdad que vas a creer, has acabado conmigo.

—¿Ahora me amenazas?

—No es una amenaza —su tono era sombrío y su mirada se había vuelto tan seria que parecía haber caído en un agujero de oscuridad—. He vivido toda la vida sin ti, puedo seguir haciéndolo. Y debería haberlo hecho desde el principio. Lárgate con tu novio, ya no me necesitas para seguir aquí, y yo tampoco te necesito para seguir con mi vida.

Lo peor no fue saber que iba en serio, sino ver el rechazo en su mirada. El desprecio comiéndose cada centímetro de mi piel. Yo cayendo a un vacío del que sabía que saldría pronto, pero se quedaría a mi alrededor, obligándome a esquivarlo.

—Vale —contesté.

Me quedé plantada en medio de la habitación, sintiendo que acababa de vivir una escena ficticia, y que todo aquello no era real. Nada podía ser real.

Wyatt

Charlie no dejaba de mirarme, Finn estaba perdido en su móvil, Blake se mantenía pensativo, y Caleb nos miraba sin entender cuál era el punto de la situación. Las chicas se quedaron en el hotel en lugar de venir al concierto, no había hablado con Ariadna, pero sí le había enviado algún mensaje esperando que contestara pronto. Solo me faltaba hablar con Charlie, quien parecía tener intención de hacerlo también.

—¿Sabéis qué? —comenzó Caleb— Sois muy raros. En un momento estáis animados y al otro estáis serios. ¿Qué os pasa? ¿Tenéis la regla?

—No pasa nada —contestó Finn enseguida—, no siempre tenemos que estar animados y hablando.

Caleb alzó una ceja.

—Es raro en vosotros — dijo.

—Estamos bien — contesté —, es exactamente lo que dice Finn.

Suspiró. Llegamos al lugar en el que actuábamos y comenzamos a prepararnos. Acomodé un poco mi cabello esperando que la estilista dejara que por una noche lo llevara a mi manera y después me puse la ropa que me habían preparado. Todo estaba calculado al milímetro; la hora a la que teníamos que salir, el minuto exacto en el que hablaríamos y qué diríamos, hacia donde nos moveríamos, sin embargo una vez llegábamos al escenario éramos los dueños de él, y nada ni nadie podía evitar que rompiéramos las normas y nos dejáramos llevar.

Podría trabajar en esto toda mi vida, pero no de esta manera.

—Wyatt, tenemos que hablar — me dijo Charlie cuando el concierto acabó, pasando por mi lado y quedándose quieto para mirarme.

—¿De qué?

—De ti.

—¿De mí? Lo siento, no quiero hablar de mí — contesté quitándome la camiseta para ponerme la ropa que llevaba antes.

—Yo sí — insistió agarrándome del brazo para que le mirara.

—No, Charlie. Hemos hablado suficiente antes. Déjame tranquilo.

—No lo hemos hecho, ¿estás loco? — esto último lo susurró — se va a ir toda tu carrera la mierda.

—Puedo irme en solista — no podía creer lo que acababa de decir. — Y, no es por ella, es por mi libertad como persona. Ahora déjame, ya le has fastidiando el día a Ariadna, no me lo jodas a mí también.

—Wyatt, te estás equivocando.

—Al menos, me equivoco por una decisión que yo he tomado, no que otros han tomado por mí. Al menos no le reprocho a nadie mi pasado familiar. Ella no es culpable.

—Las cosas no son así, Wyatt. No te metas en lo que no es tuyo.

—Sí que lo son, y lo sabes muy bien. La has echado de tu vida porque no quiere creer lo que tú dices. Y la he encontrado llorando desconsolada, eso no te lo perdono.

Lo ignoré y seguí cambiándome. Charlie me acababa de demostrar lo poco

que valía su apoyo. Ariadna estaba destrozada, y por mucho que intentara esconderlo sabía que no podía. Lo había visto en su mirada, cuando se había secado los ojos, y también escondido en sus palabras, cuando dijo: «haré como si no fuera mi hermano».

Ariadna estaba más guapa esa noche. Sus cabellos brillaban a la luz de la luna, y se veían más verdes que de costumbre, supuse que se habría vuelto a poner el tinte. Llevaba un vestido blanco y suelto, que la mostraba libre a los ojos de todos y deseable a los míos. Las cosas se subían de tono en mi imaginación cuando ella se mordía el labio inferior y sonreía agarrando otra aceituna.

—¿Por qué me miras tanto? —preguntó curiosa, mostrándome cada uno de sus blancos dientes.

—Estás preciosa.

Se sonrojó y desvió la mirada que había tenido melancólica toda la noche.

—Gracias.

Le di un beso largo que acabó con un chasquido.

—No las des —contesté agarrando sus piernas y pasándolas por encima de mi regazo.

Estábamos sentados en el sofá de mi habitación, con la luz tenue y la cena en la mesita. Fondue.

—Me encanta la fondue. Un gran logro para los franceses —dijo.

Me incorporé y pinché una patata, la mojé en el queso y la acerqué a sus labios. Ella se ríe.

—Sabes que no me gusta que me miren cuando como —dijo.

—Venga, esta vez no puedes atragantarte.

Apoyó su mano en mi hombro.

—Sabes que eres hipnotizante —acaricio mi cabello—, es imposible no atragantarse.

—Ay, ay —me reí dándole otro beso—, anda come, que nos estamos poniendo demasiado pastelosos.

—Aquesados —dijo dándole un mordisco a la patata.

—¡Cómete la toda! ¡No me seas señorita! — se ríó y agarró toda la patata cubierta de queso. Después fue mi turno de comer.

—¡Ahora te doy yo a ti! —se animó la chica. Abrí la boca y esperé a que ella me diera la patata con queso.

Le di un beso antes de darle oportunidad de agarrar otra, y dejé que mi mano se posara en su nuca y cuando las suyas agarraron mis mejillas. Así, haciendo que sus labios se movieran con los míos y buscaran una manera de ser más fieles al destino.

Ella cayó hasta tumbarse en el sofá, y yo quedé encima de ella disfrutando del beso y de sus pausas para respirar. Era tan intensa, que debía respirar para no perder la conciencia gracias a su dulzura. Mi lengua se metió en su boca deseosa de probarla y ella enseguida movió sus manos hacia mis omoplatos cuando la suya se enredó con la mía.

—Wyatt... —susurró en mis labios.

—¿Sí? —mi mano que se posaba en su nuca se enredó en sus cabellos cuando bajé a besar su cuello.

—Sabes a queso —se ríó.

—No estropees el romanticismo —me reí antes de callarla con un beso.

Sus labios respondieron enseguida, y bajé mi mano por su cuerpo acariciando su cintura y cadera, colándome dentro de su camiseta para tocar su piel. Cerré los ojos cuando fui hasta su cuello, sus manos se enredaron en mis cabellos y mi boca llegó al lóbulo de su oído.

—¿Salimos al balcón? —susurré cuando ella se quedó quieta ante mi cercanía. Sabía que la ponía nerviosa y solo intentaba que se olvidara de Charlie, al menos por un momento.

—Vale —sonrió.

Me levanté entrelazando su mano con la mía y la guíe hasta el balcón, pasando por la tenue luz de la habitación y llegando a donde las luces parpadeaban en la oscuridad. La chica se apoyó en la barandilla y yo lo hice detrás de ella.

—Es precioso — dijo. Sentí que aquella escena típica de novela por fin

había llegado a mí.

—Sí — contesté manteniendo el silencio. No hacía falta decir anda más.

Me apoyé en ella, y ella lo hizo en mí. Las palabras permanecieron calladas, y prácticamente, por unos segundos, creí que podría quedarme callado por mucho tiempo. Mi personalidad introvertida de repente se sentía atraída por el sigilo y la compañía. Quizá podría componer una canción.

—¿Sabes qué? — me dijo.

—¿Qué?

—Siempre me ha dado miedo mirar al cielo por la noche — confesó la chica —, más que miedo, respeto.

—¿Por qué?

—Siento que puede absorberme, y soy tan pequeña en comparación. ¿No se asusta el cielo? Por el día quema a los ojos si miras mucho, y por la noche parece querer comerte. Pero, siempre es bonito.

—Nunca me había fijado, pero es cierto. Parece que querer llevarte a algún lugar muy lejos.

Ella sonrió.

—Sí. Y lo más extraño, es que a pesar de eso, me gusta mirar al cielo.

Lo hice. Miré al cielo como ella decía, y sentí como las estrellas y la oscuridad se arrastraban a mi alrededor; un sentimiento extraño, pero bonito.

—No mires al cielo —dije—. Mírame a mí.

Volteó cuando soltó una risa.

—Bueno, tú eres mucho más guapo. Pero acabas de arruinar toda la poesía de la situación —se burló usando las mismas palabras que yo minutos antes.

Y volví a callarla con un beso.

Ariadna

Todavía era de noche; faltaba poco para que el sol diera su bienvenida cuando desperté tumbada junto a Wyatt, pero eso no me impidió dibujar su rostro a la luz de la luna mientras lo repasaba con mis dedos. Pasé desde su

frente a sus pestañas, desde sus pestañas a su nariz, y de su nariz hasta sus labios donde me detuve más tiempo. Tiempo que pasaba perdido, conmigo perdida también.

El sol comenzó a salir minutos más tarde, y me pregunté cómo era que me había despertado tan temprano. Pero no podía dejar de pensar en Charlie y en el vacío que sentía en mi corazón. Quería hablar con él, pero al mismo tiempo el rechazo que sentía él por mí lo sentía yo por él.

Al menos tenía a Wyatt a mi lado, ya que Laia cada día estaba más distante.

Juré que podía quedarme allí por toda la eternidad y no sentiría ningún error a ello, pero tocaron a la puerta, encendiendo mi confusión. ¿Quién sería a las seis de la mañana? Besé la frente de Wyatt antes de levantarme.

Mi corazón se paró al ver a Mónica, llevaba sus cabellos recogidos en un moño, y su característica carpeta había desaparecido.

—Bu... buenos días — intenté parecer serena, pero mi expresión lograba delatarme.

—Buenos días, Ariadna — dijo — ¿Puedes decirle a Wyatt que se despierte? Tenemos que hablar con él.

—Pero... son las seis de la mañana. Está durmiendo.

—Una buena hora para hablar, antes de ir a la entrevista con la radio francesa.

—Pero... — sentí mi sangre llegar a mi cabeza y un frío caminar por mi piel. Ya lo sabían todo, y lo peor era que hasta que no me topé con la realidad no fui capaz de ser consciente de mis actos — ¿Vais a echarlo?

—Esa no es una decisión que yo tome — contestó.

Debía hacer algo, aquello se me escapaba de las manos a pesar de saber que era lo que Wyatt quería, por mí. Todo por mí, y mi vocecita interior se negaba a permitirlo.

—No le hagan nada, por favor.

Mónica suspiró.

—Ariadna, no está en mi mano — dijo —. Yo solo cumplo ordenes, igual que Wyatt.

—¿Este es un plan para montar escándalo? ¿para que toda la prensa esté en vuestro ojo de mira y todos los cuchicheos también? ¡No es justo!

La mujer negó con la cabeza apoyándose en la puerta.

—Ariadna, déjalo.

—No puedo dejarlo. Yo amo a este chico y queréis jugar con su vida.

—Si lo amas, lo dejarás en paz para poder seguir su vida tal y como era.

—Eso no es...

—Ariadna... si lo haces, les diré a mis superiores que el caso ha sido solucionado y no harán nada. Blue tiene muchos problemas, sobretodo porque son una apuesta nueva y aprovecharán cualquier incumplimiento de contrato para deshacerse de ellos. Por eso es importante.

—¿Qué? — no estaba muy segura de que mi voz fuera escuchada. Más bien, la sentí como una gota de agua silenciosa, que se consume cayendo al suelo.

—Has escuchado — sentenció — tienes media hora. Tú eliges.

—No puede hacerme esto — mis ojos se aguaron, pero no dejé que ella me viera llorar.

—Lo siento, es mi trabajo — y se fue.

Pude perseguirla, pero eso no cambiaría nada. Las cartas ya las echamos hacía tiempo, y a pesar de lo que el corazón me decía, mi cabeza no sabía por donde caminar. Y sentí cómo me caía al suelo al cerrar la puerta, mientras el chico aún seguía en los brazos de morfeo yo dejaba escapar lágrimas silenciosas que querían gritar pero no podían; las impotencia era un sentimiento que me era difícil de vencer. Más fuerte que yo; que me callaba y me dejaba en un rincón sin poder evitar impropio destino. Mi tren acababa de ser asaltado.

Pero me levanté, y volví a acercarme a Wyatt, que con tranquilidad dormía en el sofá junto a las velas que se consumieron la noche anterior. Mordí mi labio para no sollozar; él no podía verme llorar. Acaricié su rostro, y dejé un beso suave en sus labios antes de levantarme contra mi voluntad. No quería irme, pero me sentía culpable y no podía dejar que lo echaran del grupo. Así que agarré mi maleta y di gracias a no haberla deshecho. Me quité el pijama, lo guardé y me vestí, recogí mi cabello en una coleta alta y después salí de allí aún con los ojos rojos y perdidos. Sequé mis lágrimas una vez más, y quise prometerme que no lloraría, sin embargo, aquella promesa era imposible.

El pasillo se me hizo interminable, pero no me sorprendió encontrar a

Meredith al final de él, donde me esperaba cruzada de brazos sin la mirada en el suelo. Inspiré antes de hablarle, sentía que las rodillas me temblaban.

—Me vuelvo a casa — le dije —. Dejo a Wyatt... puedes decírselo a tus superiores— no la miré.

Aquella era quizá una de las cosas más dolorosas que alguna vez había hecho. Dejando de lado mi sorpresa familiar.

—Has hecho bien — suspiró y me extrañó sentir su abrazo —. Lo siento mucho, si fuera por mí no dejaría que esto pasara.

Y fue entonces cuando me rompí en sollozos.

—Sh... tranquila — intentó tranquilizarme, pero no era tan sencillo, sentía como cada cosa de mí me abandonaba, quedándose ahí con él.

Enseguida me separé de ella, si iba a irme, lo haría antes de que me arrepintiera de mi destino: Barcelona.

—Tengo que irme.

Ella asintió.

—Llamaré a un taxi y te adelantaré todo el pago que debías cobrar or las fotos. —ahora me sobornaba.

—No — negué — llamaré yo y el dinero ingrésamelo a la cuenta ahora. Dile a Charlie que he ido a casa, y... — aguanté un sollozo — dile a Wyatt que lo siento.

Volvió asentir. Aquella mujer era extrañamente fría, pero cálida al mismo tiempo.

—Adiós — fue su última palabra.

—Adiós — también fue la mía.

No escucho sonido alguno cuando marchó, solo el de las piedras silbar con el viento. Prometí no dejarle, prometió no dejarme, quizá no con palabras, pero si con besos; pero las promesas están hechas para romperse lo antes posible, así duelen menos. Pero ahora siento que es el viento que choca contra mí, me tira por estúpida.

Y guardaré sus fotos. Así podré ver cómo sus ojos hacían contacto con los míos cuando quiera, así podré ver cómo sus labios se curvaban sonriéndome cuando quiera llorar; y lloraré más pensando en su recuerdo. Pero debí dejar claras las normas, debí saber lo que era sentirse encerrada en el botón del pánico.

Quise amarle con pasión, y quizá lo hice con miedo.

Wyatt

No había nadie. Desperté solo como quien lo hace en medio del desierto, sin saber por qué está allí, sin saber cómo llegó. Así me sentí cuando no vi a Ariadna a mi lado, extrañado, sin saber por qué. Seguramente estaría en el baño, o habría salido a desayunar, pero había algo en la situación que me decía que ella no se había ido por voluntad propia. No era estable mi especulación, ya que juraría que ella se hubiera quedado a mirarme hasta que hubiera despertado. Volvía a ser extraño.

Me desperecé y enseguida la llamé:

—Ariadna, ¿estás aquí? —quizá si había ido a la cafetería, o estaría cuchicheando con Laia.

Nadie contestó.

Me encogí de hombros y me levanté para ir al baño a hacer mis necesidades y ducharme. El agua fría se sentía tan bien por la mañana, era como una manera de despertar mis energías y dar los buenos días a cualquier desastre que viniera. Había aprendido algo con los años, y era que todos los días eran un desastre, pero siempre había la opción de que fueran bonitos.

Me vestí con la primera ropa que encontré en mi maleta y me extrañó no ver cosas de Ariadna. ¿Dónde estarían? Quizá las habría llevado con Laia porque no sabría qué ponerse, a veces lo hacían.

Bajé al restaurante a desayunar, esperaba que fuera buffet libre, porque no había cosa que adorara más por las mañanas, y se me ocurrió que podría haber pedido que me lo trajeran a la habitación, pero siempre era mejor ir al restaurante. Sentir el olor a comida recién hecha, ver a los camareros ir de un lado a otro y a la gente conversar en un suave murmullo que quedaba como un simple eco cuando agarraba una servilleta y componía. La compañía me concentraba, siempre que no me hablaran a mí.

Her kiss is constantly a breath taking, maybe my explanation it's so

*much spoken,
but I don't care if I say her smile, is bright. 'Cause so much words for
her will be the end of times.*

Nunca había estado tan profundamente enamorado, atontado, o pasmado como en aquel momento. Ni siquiera con Beth. Y es que solo tenía pensamientos para volverla a ver. Qué locura.

Cuando me percaté de que había olvidado el desayuno cuando me puse a escribir pensé que era demasiado patético como para reírme de mí mismo por ello, y me levanté manteniendo disimulo hacia el buffet libre. Mi hombrecito hambriento interior saltó de alegría y marcó un gol en su portería de bufets probados.

¿Dónde estaría todo el mundo? No había nadie que conociera en aquel restaurante.

Desayuné, y cuando terminé fui en busca de todos los que faltaban allí. Debían estar en alguna parte.

A la primera persona que encontré fue a Laia saliendo de su cuarto con la maleta a rastras y el rostro lleno de lágrimas.

—Ey, Laia — me acerqué a ella preocupado — ¿Qué pasa?

—¡El hijo de puta de tu primo me pasa! — exclamó antes de sollozar — No quiero volver a verle en mi vida.

—Pero... ¿qué ha pasado? — pregunté alarmado.

—No sé, pregúntale a él.

—Pero...

—Wyatt me voy de aquí. Dile a Ariadna que vuelvo a casa. No la encuentro y no me coge el teléfono.

—¿¿Qué!? ¿Cómo que te vas? ¡No puedes irte!

—Sí. No quiero seguir aquí con él. Me voy a Barcelona, a mi casa. Donde debería haberme quedado.

La agarré del brazo.

—Laia, venga. Esto puede solucionarse.

—No, no puede solucionarse.

—Todo puede solucionarse.

—No quiero solucionarlo —lloró más fuerte—. Solo quiero ir a casa.

Suspiré antes de abrazarla y dejar que llorar en mi pecho.

—Venga, tranquila. ¿Qué te ha hecho?

—Está en la cama con otra. No lo entiendo. Encima estaba yo durmiendo cuando la ha traído. ¿Cómo ha podido hacerme esto? ¿Cómo?

Abrí los ojos como platos. ¡¿Que Blake, qué?!

—Debe ser un mal entendido. Blake no haría algo así.

—Ve al cuarto y preguntarle a la rubia que hay en su cama —sus ojos cada vez estaban más rojos y su respiración era cada vez más costosa.

Suspiré. No lograba entender qué estaba pasando con mi primo últimamente, pero me rompía ver a la chica llorar. Si quería ir a casa, la ayudaría a ir al aeropuerto.

—Vamos al aeropuerto — la llevé hasta el ascensor —. Te acompaño.

Asintió dejando que sus lagrimas siguieran mojado mi camiseta.

—Gracias —susurró en un hilo de voz.

—No las des.

Dejó de llorar cuando salimos del hotel y la gente se acercó. Ser famosoapestaba en ocasiones. La agarré de la cintura y llevé yo su maleta por ella.

—Tranquila, ya llegamos al taxi.

—¡Wyatt, me encantas! — exclamó una chica a la que dediqué una sonrisa. ¡No era momento para eso!

Noté que Laia se hacía la fuerte. «No tienes por qué hacer eso, rosita.»

Abrí la puerta del taxi para ella y le di al taxista la maleta para que la guardara. Después entré junto a ella.

—Tengo más cosas en casa de Charlie, ¿puedes decirle a que me las envíe por correo cuando pueda? —dijo entre sollozos, limpiándose las lágrimas.

—Claro — susurré y la abracé cuando sus labios se fruncieron en una mueca de llanto —. Ven aquí. No quiero dejar de saber de ti.

—Te echaré de menos — dijo.

—Sh... no llores más.

—Pero me duele. Yo le amo y... y — rompió de nuevo en llanto. Maldito cabrón. Iba a hablar con él seriamente más tarde.

—Sh... Conduzca al aeropuerto, por favor —indiqué al taxista cuando entró en el coche.

Asintió antes de comenzar a conducir. Saqué el móvil y le mandé un

mensaje a Ariadna.

“¿Dónde estás, princesa? Voy de camino al aeropuerto con Laia, ha habido problemas con Blake y quiere irse a casa. Luego te cuento. Te quiero”

Lo guardé de nuevo.

—¿Y ahora qué harás?

—Estudiar Bellas Artes.

—Seguro que serás la mejor de la generación — intenté animarla.

—Ojalá. Pero no necesito ser la mejor, solo sentir que lo que hago sale de mí. Si no vives con pasión no sirve de nada vivir.

Sabias palabras.

En el aeropuerto no había mucha gente, cosa que se agradecía. Ayudé a Laia a salir y la chica se hizo una coleta mientras yo aguantaba su maleta. Le pedí a una señora un pañuelo.

—Toma, sécate los ojos — sonreí al tenderle el pañuelo. Me dedicó una sonrisa leve.

—Gracias.

—No las des. ¡Vamos! — intenté mostrarme animado, así quizá podría contagiarla. Aunque fuera un poquito.

Ella dejó de hablar en cuanto entramos al edificio. Su mirada se perdió en el aire, observando cada rincón, pero no viendo absolutamente nada. La llevé hasta la venta de billetes, donde pedí yo por ella un pasaje a Barcelona, le pregunté cómo estaba, pero fue incapaz de hablar sin volver a llorar. Acaricié su cabello.

—Irás a casa —le dije—. Verás cómo te encontrarás mejor allí.

Asintió, pero sabía que mis palabras eran en vano. Un corazón roto nunca sana, solo aprende a funcionar con sus partes separadas.

La acompañé a facturar. Llegaba el momento de decirle adiós, y hubiera deseado que Ariadna estuviera allí. Ella siempre sabía cómo consolarla. Volví a mirar mi teléfono. Ni una llamada. Sin rastro de ella. Suspiré, ¿dónde se había metido esa chica?

Laia facturó y cuando pensé que podíamos ir a tomar algo antes de que pasara por el control de seguridad, unas fans se acercaron a mí. Así que decidí que era mejor dejarla pasar al otro lado y ocuparme de mis admiradoras después. Aquella escena se sentía terriblemente trágica, y el aeropuerto estaba

más frío cada segundo. ¿Sería por su ausencia? La chica era como un amuleto de la alegría, y si faltaba, estaríamos con un sabor amargo en los labios por semanas. Pero sus ojos ya no estaban alegres y sus labios empezaron a sangrar por la fuerza con la que se los mordía.

Creí que el momento no podía ir peor y me equivoqué. Creí que Ariadna estaría en algún lugar esperándome, y cuando vi su cabello verdoso dos filas delante de Laia supe que había algo mal en mi vista. Aquella no podía ser Ariadna. ¿Pero por qué llevaba su ropa y su maleta? ¿Por qué se me aceleró el pulso y no pude hacer nada más que correr a ella? No me disculpé con Laia, porque de repente ya no la veía. El mundo desaparecido haciéndose cada vez más grande hasta dejarme solo con la chica que me daba la espalda.

—¡Ariadna! — la llamé, pero no volteó. Dio un paso adelante, pero intenté colarme entre la gente — ¡Ariadna! ¿Qué haces aquí? ¿A dónde vas?

No entendía qué pasaba. ¿Se había discutido con Charlie y la había obligado a volver a Londres? La arrastraría de nuevo al hotel si era eso lo que ocurría. Charlie no se saldría con la suya.

Pero ella volteó unos segundos, los cuales sus ojos llorosos hicieron que los míos dejaran de ser espejos para ser ventanas; me dejó desnudo ante su mirada. Volteó enseguida.

—Princesa — la agarré del brazo — ¿Qué pasa?

No habló. No se molestó en mirarme tampoco. ¿Quién estaba apuñalándome por dentro? Esto no podía estar pasando otra vez.

—Ariadna, por favor, háblame. — supliqué, había perdido la noción de lo que era el mundo.

—Vuelve al hotel — sus palabras fueron escuetas.

—¿Qué? ¿Por qué? ¡Ven conmigo! ¿Te han hecho algo? — agarré su rostro preocupado, pero su mirada solo se alejaba de la mía cuando me apartó de nuevo — Ariadna, por favor ¿qué estás haciendo? —Y era yo quien sentía que iba a tener que aprender a vivir con el corazón roto de nuevo— ¿Me estás dejando?

Me miró. No habló, pero su mirada fue un espejo, reflejando la ventana a mi alma. Fueron pocos segundos, pero no hicieron falta más par que seguridad me arrastrara fuera, donde solo podía gritar su nombre, suplicar que no se fuera, y llorar frente a todos los móviles que querían hacerse de oro con el peor momento de mi vida.

Se fue.

Ella se fue.

Y dejó que me rompiera en la ciudad del amor.

Epílogo

Ariadna

Volví a Barcelona con la sensación de que acababa de despertarme de una pesadilla que había comenzado con un sueño. Me perseguía un sabor amargo, una sensación de haber perdido por siempre algo que nunca tuve.

Laia desapareció al bajar del avión. Ninguna habló, pero sentía que algo acaba de cambiar para siempre entre nosotras. Nuestra amistad se quedó con Blue, y noté el espacio entre nosotras como un lugar tan vacío que no sabía describirlo. A pesar de eso nos abrazamos, y nos despedimos con un «que vaya bien» que no fue más que un adiós a nuestra amistad. No volvimos a hablar. Y todavía me preguntaba porqué había dejado morir nuestra amistad tan de repente, sin saber en qué había pecado. Me culpaba de su desdicha con Blake, pero solo porque necesitaba a alguien a quien echarle las culpas.

Mis padres no sabían de mi vuelta, pero en cuanto toqué al timbre de casa, salieron los dos a abrazarme como si acabara de volver de una guerra. En cierto modo, lo fue, aunque aún no sabía contra quien había luchado. Ni qué había hecho.

Todo estaba como siempre, era como si mi vida no se hubiera movido de aquellas paredes. Me acerqué a ellas, y arranqué todos los pósters de Blue, uno por uno, haciéndolos añicos entre lágrimas. Debía olvidarme de todo eso, porque amaba a Wyatt.

Pasaron semanas, en las que no hace nada más que ir a la playa, al psicólogo —eso fue cosa de mis padres— y a hacer fotos. Miraba las fotos de Wyatt todos los días, y llamaba Harry de vez en cuando: era lo único que me había llegado de Londres.

¿Y Wyatt? ¿Intentó llamarme? ¿Contactarme? Lo hizo por mar y tierra, incluso se presentó en mi casa sin éxito un par de veces, cuando la banda visitaba Barcelona. Tenía que olvidarme de él y de todo, por mi propio bien. O al menos eso decía mi psicólogo. Sin embargo no podía, cada día tenía más ganas de oír su voz. Cada día miraba el teléfono esperando una llamada suya, o de Charlie o de Laia. Y si no le llamaba, estaba a punto de hacerlo. Cada día me levantaba con la esperanza de estar en un hotel y no en casa de mis padres, pero no era así. Yo ya no tenía corazón, y de nada me servía buscarlo.

Y cada día pensaba en Charlie y en aquello que se nos había quedado a medias. Esa vida que podríamos haber tenido juntos y que había terminado con cuatro gritos y una gran renuncia. ¿Qué será de él? ¿Qué pensaría de mí?

Nunca le pregunté a mi padre si lo que Charlie me contó era cierto, no quería saberlo. Y me regañaba a mí misma por esa cobardía, sin embargo era lo que me ayudaba a seguir adelante cada día.

Aquella mañana salí de casa para ir a la academia, estaba haciendo un curso para entrar a un grado superior de fotografía. Era otoño y sentía que yo misma estaba cayendo al igual que las hojas de los árboles. Marrones y marchitas en el suelo. Eso era todo lo que quedaba de mí y de mis sueños. ¿Por qué? Esa mañana se había hecho pública la ruptura de Blue como banda.

Mi renuncia había sido en vano. Y con ello todo mi sufrimiento.

Es increíble cuánto daño pueden hacernos los errores, porque ese día me sentí como si fuera una piedra lanzada al mar. Me había quedado anclada en lo más hondo.

¿Por qué no saliste cuando Wyatt vino a pedir tu amor de nuevo? ¿Por qué no hiciste nada? ¿Por qué dejaste que la vida te arrebatara a Laia? ¿Por qué no has ido tras ella?

Iba tan sumida en mis pensamientos que me tropecé conmigo misma y estuve a punto de caer al suelo.

—Dios mío, soy imbécil —musité para mí misma y limpié mis lágrimas. Desde mi regreso a casa me había sentido en una constante tormenta, en la que siempre llovía en mi interior.

—No eres imbécil —creí escuchar la voz de Wyatt.

—Y ahora encima escucho voces —me dije a mí misma—. Recuerda que no harás una sola locura nunca más, porque ya te has demostrado a ti misma que tomar riesgos solo te hará sufrir más cuando todo se vaya al garete.

Alguien tocó mi hombro y alcé la mirada que llevaba perdida en el suelo. Lo primero que vi fue el mar intenso de su mirada, y creí que estaba soñando.

—Wyatt... —susurré su nombre—¿eres tú de verdad?

No podía creerlo.

—Lo soy. Llevo aquí toda la mañana esperando a que salgas y me permitas hablar contigo. —se encogió de hombros.

Vestía una camisa a cuadros rojos y unos tejanos, y sus cabellos parecían oro.

—¿Por qué? Te dejé en París sin ninguna explicación.

—Porque yo cuando amo, amo de verdad. Y no me iré hasta estar seguro de que no quieres estar conmigo, y sé que eso no es cierto. Dicen que a la tercera va la vencida.

Me sonrió, y de nuevo pensé que estaba soñando.

—Pero... joder. Fui una idiota.

—Un poco idiota sí que fuiste. Pero ya no importa, la banda... lo hemos dejado. —noté tristeza en su voz, pero ni rastro de indignación. Sonó como si se hubiera retirado de una batalla airoso.

—Lo... lo sé. Pero...¿por qué?

Comenzamos a caminar, y por un momento sentí que nunca había estado lejos de él.

—Cuando te fuiste Charlie dejó de hablar conmigo, Blake comenzó a emborracharse cada dos por tres y Finn y Caleb... ya sabes como estaba la situación. Teníamos muchas peleas, muchas discusiones. Ya no se aguantaba más. No podíamos estar más tiempo juntos.

—¿Y ahora?

—Charlie sigue sin hablar conmigo. Blake está hundido en un drama por Laia, que ha desaparecido del mapa y se niega a hablar con él. Fin está con Maddie y Caleb se ha vuelto a Escocia.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer ahora?

Se encogió de hombros.

—De momento, quiero recuperar a mi chica. Y después... No lo sé. No me importa lo que sea siempre que estés a mi lado. Pero supongo que seguiré tocando.

Había dejado de llorar de tristeza, y comenzado a soltar lágrimas de felicidad. Ahora se había dibujado un arcoiris en mi interior, y por fin, después de unas largas semanas, había podido respirar en paz.

—Lo siento mucho... creí que era... —se puso frente a mí para no dejarme continuar. Paré en seco y le miré. Parecía un sueño y el corazón iba a salirse de mi pecho.

—Sh... no importa. Sé porqué lo hiciste, sé que vino Mónica porque ella misma me lo dijo y se disculpó. No estoy enfadado y no tienes que disculparte. Lo entiendo.

—¿Entonces?

—Escúchame —dijo y tomó mi mano—Ariadna Gómez, ¿volverías a mi vida? ¿volverías a amarme de nuevo?

—Yo ya te amo, idiota —y me lancé a abrazarle tan fuerte que podríamos habernos convertido en una sola persona.

Nos besamos y de repente todo el vacío que había sentido en mi corazón se llenó de amor. Un amor tan grande que pensé que podría llenarme para toda la vida, a menos que se fuera.

Coloqué en mi mente la lista de las cosas que nunca sabría y decidí quemarla. Ya no la necesitaba, ya no quería recordarme lo que no quería saber. Ahora solo quería una cosa:

Amar y vivir.

FIN

Sobre la autora

Noëlle Stephanie es un pseudónimo, quizás para separar a su yo del día a día de esta figura que quiere ser autora y escribir. Sin embargo, se presentará un poquito. Nació el 10 de diciembre de 1996 en Granollers, una pequeña ciudad en la provincia de Barcelona –España– y estudia Historia del Arte, Universidad Autónoma de Barcelona.

Su pasión es el arte y todo lo que tiene que ver con la historia y la literatura. Su lugar favorito siempre fue su rincón-biblioteca, o al menos así le llamaban sus amigas de la secundaria. No podía despegar los ojos de un libro, y cuando lo hizo fue para escribir el suyo propio. No obstante, ahora, cuatro años después de que empezara a escribir como *hobby*, puede declarar que la escritura es para ella como una religión, que hay que alimentar a base de las experiencias que te da la vida, y otras que tienes que buscar por ti mismo. Por eso, de momento, sueña con poder trabajar en un museo alguna vez, y seguir alimentando su vida de historias que aún nadie haya contado. No espera mucho de la vida, solo que la sorprenda.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Odisea Ediciones. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.





NUNCA TE

enamores

DE UN

artista

PREMIO
WATTYS

NOËLLE STEPHANIE



SERIE AQUARELLE MOI 1

Nunca te enamores de un artista

Stephanie, Noëlle

9788416811045

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Sophie Donaire es una joven dispuesta a cruzarse Francia para luchar por su sueño: convertirse en una artista. Decidida por hacerlo realidad, Sophie acepta la propuesta de un artista al que admira. Harry Charles Okwand, en busca de la ayudante perfecta, acepta tutelar a Sophie, quien se convertirá en su modelo y su musa. El profundo deseo de Sophie y Harry, dos almas reprimidas y atormentadas, se hará cada vez más fuerte, y la línea que separa amor y deseo quedará totalmente difuminada. "Nunca te enamores de un artista. Te hará sentir como la más bella musa, el más lírico poema y la más hermosa canción. Y después, te romperá el corazón con su loca manera de amar".

[Cómpralo y empieza a leer](#)



AMANDO A

JARED

SAGA TE AMO 1

NURIA ORTIZ



Amando a Jared (Serie Te amo 1)

Ortiz, Nuria

9788416811007

256 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Más de 2 millones de lecturas en Wattpad Violeta, una de las fisioterapeutas más solicitadas de Chicago, recibe una mala noticia: Jared, el chico al que amó y que la avergonzó en el instituto, ha sufrido un grave accidente de moto que lo ha dejado en silla de ruedas. Y Violeta es la única que puede ayudarlo a ponerse en pie de nuevo. ¿Habrán cicatrizado las heridas de un amor no correspondido después de tanto tiempo? Incluye un adelanto exclusivo de Te amo, Bradley

[Cómpralo y empieza a leer](#)

GEORGIA MOON

TODO

lo que

**ENCONTRÉ
EN LA**

Ciudad



Todo lo que encontré en la ciudad

Moon, Georgia

9788416811052

500 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Elionor está cansada de su monótona vida y decide dejarlo todo atrás e irse a Londres; estudios, amigos, familia y a Eddie, su gato. Necesita un cambio, algo diferente para seguir teniendo la ilusión de despertarse cada mañana y sonreír en aquella nueva ciudad. Lo que Elionor no espera es que el encuentro con la mirada azul de un joven músico en la estación de Baker Street será la que le hará dar ese giro en su vida, llenándola de curiosidad por él y el cuaderno que siempre le acompaña, maravillándose por todo lo que escribe y por el misterio de la dueña de todos sus pensamientos; la belle Marie. Una historia sobre lo que dos personas encontraron al conocerse, y el trágico desenlace de un amor olvidado en el pasado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



TEAMO,
BRADLEY

SAGA TEAMO 2

NURIA ORTIZ



Te amo, Bradley (Serie Te amo 2)

Ortiz, Nuria

9788416811014

400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Más de 2 millones de lecturas en Wattpad Bradley sentía cada vez más envidia de sus dos hermanos. Los dos disfrutaban del amor y convivían, mientras que él estaba solo. Pero un día, cuando ya había perdido toda esperanza, encuentra a Ashley, una estudiante de pediatría que teme a salir de la rutina y decepcionar a la gente de su alrededor. Bradley tendrá que ganarse su confianza poco a poco, enseñarle a disfrutar de la vida y del amor.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JORDI RIBOLLEDA



El último espectáculo

Ribolleda, Jordi

9788416811069

130 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El último espectáculo Era en el calor del ostentoso camerino del teatro donde el señor Griffith obraba sus mayores trucos y engaños. Algunos los llamaban el perfecto rompecabezas, otros los despreciaban y los tachaban de imposibles y mentiras. Nada más lejos de la realidad. A decir verdad, ni siquiera el propio Richard Griffith sabía muy bien cómo hacía todo aquello: cómo de algo tan mundano y simple como su camerino podía sacar tanta magia y vida. Pero lo hacía, y cada noche un nuevo espectador tenía la suerte de maravillarse con esa gota de imposibilidad e ilusión. Esa noche le tocaría a otro, y a otro a la siguiente. Ésa había sido su vida durante las últimas décadas, y no recordaba por qué lo hacía, pero algo en su interior le empujaba a compartir ese don tan especial que poseía. Pues así sería. El teatro del Señor Griffith había llegado de nuevo a la Ciudad y, en su mente, su creador preparaba ya el más astuto, apasionante y maravilloso acto final que jamás se haya presenciado. El último espectáculo aguarda al que menos se lo espera, como tantas otras veces

[Cómpralo y empieza a leer](#)